

Adriana Bolívar y Carlos Kohn (compiladores)

## El discurso político venezolano

Un estudio multidisciplinario



# Los compiladores:

---

## **Adriana Bolívar**

Profesora titular de la Escuela de Idiomas Modernos, es coordinadora del Área de Lingüística en la Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación. Tiene el título de Doctora en Inglés, con especialidad en Análisis del Discurso, de la Universidad de Birmingham, y posee un *Master of Philosophy* en Educación de la Universidad de Londres. Publica regularmente en inglés y en castellano en revistas especializadas sobre gramática, análisis del discurso político y académico. Autora de varios libros y miembro del comité editorial de revistas nacionales e internacionales. Es presidenta de la Asociación Latinoamericana de Estudios del Discurso.

## **Carlos Kohn**

Profesor agregado del Instituto de Filosofía, es coordinador del Área de Filosofía en la Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación. Es Licenciado en Ciencias Políticas y *Magister* en Historia, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, y culminó con honores sus estudios tendentes al *PhD* en Historia de las Ideas en la *London School of Economics and Political Science* (Inglaterra). Tiene numerosos artículos publicados en revistas nacionales e internacionales sobre teoría y discurso político, hermenéutica, y problemas epistemológicos de las ciencias humanas. Es miembro de la Sociedad Venezolana de Filosofía, de la Asociación Internacional de Ciencias Políticas (IPSA) y secretario de documentación y publicaciones de la Asociación Venezolana de Filosofía Política.

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

---

RÉCTOR

*Trino Alcides Díaz*

VICERRECTOR ACADÉMICO

*Giuseppe Giannetto*

VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

*Julio Corredor*

SECRETARIA

*Ocarina Castillo*

---

FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN

---

DECANO

*Benjamín Sánchez*

COORDINADOR ACADÉMICO

*Vincenzo Piero Lo Monaco*

COORDINADOR ADMINISTRATIVO

*Eduardo Santoro*

COORDINADORA DE EXTENSIÓN

*Ana Beatriz Martínez*

COORDINADOR DE POSTGRADO

*Omar Astorga*

# El discurso político venezolano

Adriana Bolívar y Carlos Kohn  
(compiladores)

# El discurso político venezolano

## Un estudio multidisciplinario

© Comisión de Estudios de Postgrado y Fondo Editorial Tropikos, 1999.

1ª edición: 1999

ISBN: 980-00-1586-8 (UCV)  
ISBN: 980-325-209-7 (Tropikos)  
Depósito legal: lf-7519993202417

Diseño de colección y portada: *bid & Co.*

Ilustración de portada: NORMA MORALES.

Preimpresión de portada: Desarrollos Compumedia

Edición al cuidado de Bernardo Infante Daboín.  
Autoedición electrónica: IMPRIMATUR, artes gráficas

Comisión de Estudios de Postgrado, Centro Comercial Los Chaguaramos,  
piso 5, Dirección de Postgrado, Facultad de Humanidades y Educación,  
Universidad Central de Venezuela. Caracas-Venezuela. Telefax: 662 4768.

Fondo Editorial Tropikos, apartado postal 47.687, Caracas 1041-A, Venezuela.  
Telefax: 662 44517- 6627986.

Impreso en Venezuela  
*Printed in Venezuela*



*Comisión de Estudios de Postgrado  
Facultad de Humanidades y Educación-Universidad Central de Venezuela*



*Fondo Editorial Tropikos*

Presentación .....	9
Introducción .....	11
MARITZA MONTERO: Los sonidos del silencio: construcción y destrucción del otro en el discurso político .....	17
VINCENZO P. LO MONACO: Problemas metalingüísticos en el análisis del discurso político .....	33
NANCY C. NÚÑEZ O.: Las limitaciones del contexto en el análisis del discurso .....	43
DANIEL ANTONIO HERNÁNDEZ L.: La enajenación lingüística: base del consenso globalizante .....	55
MIREYA LOZADA: ¿Discurso político o ideología <i>light</i> ? .....	69
OMAR ASTORGA: Más allá de la crítica del discurso político .....	81
LUZ MARINA BARRETO: Algunos vicios en el razonamiento político de los venezolanos .....	91
ADRIANA BOLÍVAR y CARLOS KOHN: Diálogo y participación: ¿cuál diálogo?, ¿cuál participación? .....	103
JESÚS HERRERA: «Negros» y «demonios»: los esclavos africanos en el discurso político hegemónico durante el período colonial .....	117
LUIS BARRERA LINARES: ¿Perfil psicológico o discurso proselitista? Cuatro candidatos presidenciales en el consultorio .....	131
LOURDES MOLERO DE CABEZA: Análisis de dos discursos del proceso electoral de 1998 bajo un enfoque semántico pragmático .....	145

MARÍA FERNANDA MADRIZ: El discurso antipartidos y la relegitimación de las élites .....	159
FRANCES D. DE ERLICH: La oposición a un candidato presidencial en una muestra de discurso periodístico: alcances de una propuesta analítica .....	173
DULCE YUMAR: Estrategias discursivas de los actores implicados en el debate sobre la asamblea constituyente .....	185
CARLOS SILVA: Un día en la vida discursiva de Hugo Chávez.....	199

## Presentación

No es la primera vez, y esperamos que tampoco sea la última, que la Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación, muy acorde con la época, nos hace entrega de un trabajo multidisciplinario. Esta vez, los prolijos investigadores Adriana Bolívar —doctora en lingüística por la Universidad de Birmingham, Inglaterra— y Carlos Kohn —*magister* en historia de las ideas por la Universidad Hebrea de Jerusalén— se han encargado de compilar, además de presentarnos un trabajo en conjunto de su propia creación, una serie de ensayos sobre el discurso político, que conjugan posiciones de distintas disciplinas: psicología, filosofía política, filosofía analítica, lingüística, comunicación social, economía, entre otras. Todos ellos de investigadores —unos noveles, otros veteranos— con *telos* compartido: encontrar caminos comunes para transitar la difícil senda parmenídea de la episteme.

El tema no podía ser de mayor actualidad, así como los personajes estudiados a través de sus manifestaciones discursivas. Estos dos factores hacen que este libro tenga gran importancia y nos permita conocer lo que nuestros universitarios reflexionan, discuten y producen en los centros de conocimiento que, a la postre, generan una parte importante de lo que somos como país.

El libro es el resultado de la selección y compilación esmerada y bien cuidada de una serie de artículos presentados en las II Jornadas de Análisis del Discurso Político, bajo los auspicios de la Comisión de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV, que tuve el honor y el orgullo de dirigir en esos tiempos. La contribución de las universidades Simón Bolívar, Los Andes, del Zulia y Central de Venezuela le dieron brillantez y seriedad —que no aburrimiento— a esas jornadas. Los trabajos seleccionados son una muestra de la calidad de la investigación humanística-

social que se realiza a diario en nuestras más prestigiosas casas de estudio superiores.

Mis más cálidas felicitaciones a todos los que hicieron posible esta nueva obra de la Comisión de Estudios de Postgrado y, por ende, de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV. En particular mis palabras de afecto para Adriana y Carlos, incansables investigadores, promotores y divulgadores de las nuevas ideas que circulan por el torrente sanguíneo de las investigaciones multi, inter e intra disciplinarias.

BENJAMÍN SÁNCHEZ M.

## Introducción

**E**l análisis del discurso político atrae la atención de estudiosos de diferentes disciplinas en las humanidades y en las ciencias sociales, especialmente en estos tiempos cuando se impone la interdisciplinarietà como recurso para ofrecer nuevas formas de enfocar y solucionar problemas sociales relevantes en América Latina. El discurso político nos atañe a todos, porque la actividad política tiene efectos importantes en nuestras vidas. Partiendo de esta perspectiva, el objetivo del libro, que ahora presentamos, es recoger los aportes que, desde los campos de la filosofía, la psicología, la lingüística, la comunicación social y las ciencias políticas, han hecho algunos investigadores de distintas universidades de nuestro país al análisis del discurso político en general y al venezolano en particular.

Este libro es el resultado de las II Jornadas de Análisis del Discurso Político realizadas en Caracas, entre el 21 y el 23 de octubre de 1998, con el auspicio de la Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación, coordinada por las áreas de Filosofía, Lingüística y el Ininco. Los quince artículos que se ofrecen fueron seleccionados de las ponencias presentadas en tal evento, en el cual participaron, como asistentes y ponentes, investigadores de la Universidad Simón Bolívar, de la Universidad de los Andes, de la Universidad del Zulia y de la Universidad Central de Venezuela. El objetivo era confrontar teorías y métodos de análisis, evaluar el proceso electoral de 1998 y, en lo posible, proponer alternativas para el cambio social en Venezuela.

Si bien la meta original de las jornadas era que las mesas de trabajo se dividiesen en tres grandes temáticas —a saber: problemas teóricos y metodológicos del análisis del discurso; el discurso político venezolano y la coyuntura electoral de 1998; discurso y cambio social—, la lectura exhaustiva y rigurosa de los artículos podrá evidenciar que cada uno de estos aspectos está, ora explícito ora implícito, en la versión definitiva de los

trabajos presentados a los compiladores, lo cual es una prueba más del beneficio que se obtiene cuando se desarrollan trabajos en equipo o como resultado del *diálogo* y la *cooperación* entre colegas interesados en compartir conocimientos y experiencias.

Los artículos de este libro sirven también como muestra de las muchas interrogantes que nos planteamos al practicar el análisis del discurso político, desde las más teóricas, como preguntarnos si en realidad podemos hacer estudios «objetivos», desprendidos de nuestros propios esquemas ideológicos o, si aceptamos que estamos comprometidos con ayudar a resolver problemas en una sociedad en crisis, hasta dónde podemos llegar y qué podemos hacer en la práctica cotidiana, para contribuir efectivamente a un cambio para mejorar lo existente. Son muchos los problemas y variadas las respuestas. Este libro es sólo un primer intento para abrir un espacio de discusión, que esperamos sirva para estimular la integración y la crítica constante de nuestros esquemas de investigación.

De los quince artículos, el primero, *Los sonidos del silencio: construcción y destrucción del otro en el discurso político*, escrito por Maritza Montero, fue la conferencia inaugural de las jornadas, que abrió la discusión sobre los alcances del discurso político y llamó la atención sobre cómo se dice sin decir, sobre las funciones del silencio y de su poder constructor y a la vez destructor. Al ilustrar con el discurso de tres políticos, Irene Sáez Conde, Hugo Chávez Frías y Eduardo Fernández, ella analiza la forma en que se entretajan en el discurso las palabras y los silencios en nuestro contexto político. Los artículos que siguen se ubican en dos grandes grupos, los que se inclinan más por la discusión teórica sobre lo que significa practicar el análisis del discurso político, sobre lo que significa estudiar lo político desde la óptica de la filosofía, de la historia, de la comunicación, y los que, sin descuidar la teoría, se concentran en la coyuntura electoral, especialmente en lo que estaba sucediendo durante la campaña electoral de 1998.

En su artículo *Problemas metalingüísticos en el análisis del discurso político*, Vincenzo P. Lo Monaco se propone «ensanchar y problematizar el horizonte filosófico-metodológico subyacente al ejercicio del análisis del discurso político» basado en la hipótesis de que si el analista del discurso político realiza su análisis apropiadamente, entonces debe poseer y poder exhibir criterios de asertabilidad y condiciones de verdad objetivos e identificables de tales análisis. En *Las limitaciones del contexto en el análisis del discurso*, Nancy Núñez se ocupa de lo que significa hablar de contexto y hasta dónde llegan sus límites, apoyándose en la pragmática representada por Grice, pero ofreciendo recomendaciones sobre la necesidad de ir un poco más allá, hacia

el método de Stubbs, quien contrasta varias interpretaciones sobre el mismo objeto de estudio y da así cabida a las interpretaciones más objetivas. En *La enajenación lingüística: base del consenso globalizante*, Daniel Hernández plantea y fundamenta

la importancia de rescatar el lenguaje como la autoexpresión creativa del sujeto social a través de la crítica de los esquemas abstractos de la palabra vacía y de la reconstitución de una subjetividad constituida en prácticas sociales de trabajo y de cooperación, de solidaridad y comunicación dialógica, transparente, crítica y humana.

En *¿Discurso político o ideología light?*, Mireya Lozada expresa su preocupación por lo que ha llegado a significar hablar de ideología en nuestro tiempo y hace una lectura de lo que para un grupo de entrevistados, y también tomando en cuenta lo expresado en artículos de prensa, todavía se llama «lo ideológico». Lo interesante es que, a pesar de su interrogante inicial, llama la atención sobre las implicaciones ideológicas de una relectura del discurso ideológico y de sus implicaciones creativas y transformadoras. En *Más allá de la crítica del discurso político*, Omar Astorga sostiene que la crítica del discurso político debe redirigir su mirada hacia las prácticas discursivas en las cuales se va a redefinir el espacio de la política, y advierte que el análisis debe ir más allá (o más acá, si se quiere) de la hegemonía de los medios. Plantea que la validez del análisis en sus dimensiones sintácticas y semánticas debe estar articulada a la tarea de reinterpretar el fenómeno de la articulación del poder como categoría y como contexto cultural. En *Algunos vicios en el razonamiento político de los venezolanos*, Luz Marina Barreto nos lleva a la reflexión sobre algunas formas de razonamiento moral y su vinculación con una teoría comprensiva de la motivación moral. Nos presenta algunos desarrollos en filosofía moral con el fin de arrojar alguna luz sobre lo que está sucediendo ahora en Venezuela. En *Diálogo y participación: ¿cuál diálogo y cuál participación?*, Adriana Bolívar y Carlos Kohn unen esfuerzos, desde las ópticas de la filosofía política, la filosofía del lenguaje y el análisis crítico del discurso, para preguntarse sobre los significados de las palabras diálogo y participación en nuestro sistema democrático, y proponer formas para revitalizar el discurso de la democracia. Ilustran sus planteamientos con el análisis del diálogo a través de la prensa.

En «Negros» y «demonios»: *los esclavos africanos en el discurso político hegemónico durante el período colonial*, Jesús Herrera nos lleva a buscar en el pasado la explicación para entender las imágenes del «otro» a través de las representaciones simbólicas que elaboraron los europeos «de los once millo-



nes de africanos a quienes como mercancía transportaron a los puertos americanos durante el período colonial». Nos explica cómo de la versión ideológica colonial del negro como «demonio» se pasa a la del negro como «raza inferior», con los efectos que todavía ello tiene hoy para la discriminación racial en Venezuela.

Desde el artículo número diez en adelante el interés se centra más en la coyuntura electoral de 1998 propiamente. En *¿Perfil psicológico o discurso proselitista? Cuatro candidatos presidenciales en el consultorio*, Luis Barrera Linares analiza las características de Hugo Chávez Frías, Irene Sáez Conde, Enrique Salas Römer y Luis Alfaro Ucero desde la perspectiva del análisis crítico del discurso en la línea de van Dijk, Fairclough y Wodak, para mostrar cómo una columna cuyo fin es presentar el «perfil psicológico» de los candidatos es utilizada por sus autores con propósitos proselitistas a favor de uno(s) candidato(s) y en desmedro de otro(s). En *Análisis de dos discursos del proceso electoral de 1998 bajo un enfoque semántico pragmático*, Lourdes Molero de Cabeza, apoyada en la semántica lingüística de Pottier, analiza el discurso de Hugo Chávez Frías y el de Irene Sáez Conde, como representantes de dos tipos de propuestas: la del cambio radical o la «descomposición» como punto de partida para el viraje hacia la Constituyente; y la del cambio moderado o la democracia participativa. Nos explica detalladamente cómo funcionan estos ejes temáticos en los discursos con evidencia lingüística de cada uno de ellos. En *El discurso antipartidos y la relegitimación de las élites*, María Fernanda Madriz nos plantea su inquietud ante dos interrogantes fundamentales «¿Qué hacen los políticos y los no políticos con el discurso antipartidos? ¿Qué rol ha jugado éste en el proceso de ilegitimación de las élites dominantes?» Se trata de preguntas que nos llevan a entender las estrategias empleadas por las élites partidistas en su intento por relegitimarse ante el país. Nos alerta sobre este discurso antipartido, pues, según su investigación,

puede servir al real desenmascaramiento de la forma perversa en que el poder se ha ejercido en nuestro país, pero también para que los poderes tradicionales se renueven, se oculten, se remocén y, de nuevo, consigan eludir la justicia.

En *La oposición a un candidato presidencial en una muestra de discurso periodístico: alcances de una propuesta analítica*, Frances D. de Erlich, basándose en los aportes de la pragmática lingüística y de la retórica, estudia algunos aspectos del discurso mediático producido durante la campaña electoral en contra del candidato a la Presidencia de la República, Hugo

Chávez Frías, con el fin de mostrar evidencias de ciertos razonamientos falaces sobre los cuales se construyen las principales temáticas favorecidas. Su trabajo permite comprender las construcciones falaces y proporciona datos que deben tomarse en cuenta al redactar textos persuasivos con miras a hacerlos argumentativamente eficaces. En *Estrategias discursivas de los actores implicados en el debate sobre la asamblea constituyente*, Dulce Yumar analiza, a partir de la teoría de Anscombe y Ducrot, algunos discursos de interacción polémica en el cuerpo de informaciones políticas de *El Nacional* y pone en evidencia que esta interacción presenta rasgos muy particulares, pues los participantes no asumen posiciones inflexibles en sus argumentaciones como es lo habitual en este tipo de intercambios. Ella encuentra que «los interlocutores defienden sus posiciones y atacan al contrario, pero no lo neutralizan como un oponente con el que no hay ninguna coincidencia».

En el último artículo, *Un día en la vida discursiva de Hugo Chávez*, Carlos Silva se ubica en la línea del análisis del discurso de Potter y Wetherell y construye un día en la vida de Chávez basándose en su lectura de intervenciones del candidato referidas en distintos artículos de la prensa nacional. El resultado de su análisis se manifiesta en tres lecturas, todas ligadas al discurso político del comandante Hugo Chávez Frías.

Los quince artículos proporcionan una variedad de posiciones teóricas y métodos de análisis y nos presentan la visión de un grupo de investigadores interesados por desarrollar su disciplina de estudio y, al mismo tiempo, por examinar con otros colegas los fenómenos sociales que nos competen a todos. Además, las referencias bibliográficas que cada uno de los autores incluye al final de cada trabajo constituyen por sí mismas una valiosa fuente de información para quienes deseen profundizar en esta temática del análisis del discurso político.

Es estimulante encontrar tantos puntos de contacto y descubrir que todavía quedan muchos caminos que recorrer juntos.

ADRIANA BOLÍVAR y CARLOS KOHN

# Los sonidos del silencio: construcción y destrucción del otro en el discurso político

Maritza Montero\*

## LOS ALCANCES DEL DISCURSO POLÍTICO

**E**l discurso político se da en el espacio público y se refiere al campo de lo público, de lo que debe ser conocido por todos. Y como todo discurso, expresa los intereses del hablante, que en el caso de la política pueden provenir de corrientes partidarias, de los deseos e intenciones de grupos o sectores de la sociedad respecto del Estado, de la ciudadanía, del pueblo, de las relaciones intergrupales o internacionales. Y por cuanto en ese espacio público se entrecruzan, alían u oponen intereses, el discurso político es argumentativo, ya que busca convencer, persuadir, mostrando las bondades que adornan las razones presentadas y los aspectos negativos que plagan las razones contrarias.

El discurso político cumple entonces diversas funciones: informa, comunica, define y explica. Y al hacerlo, construye hechos. También ataca, justifica y defiende; pide y rinde cuentas; propone cambios o se opone a ellos; trata de convencer y para ello presenta puntos de vista y concepciones de la vida pública y del mundo. Pregunta y responde. Atribuye, calificando y descalificando.

El carácter público del discurso político hace de él un polo de atracción natural. Las palabras de los políticos atraen los comentarios y el análisis que en el sentido común producen las audiencias que los escuchan. Y en el caso de este tipo de discurso esa atracción es doblemente reforzada por el especial carácter que revisten quienes los pronuncian. Se trata de hombres y mujeres ligados a movimientos políticos o a funciones gubernamentales, sea ejecu-

\* Instituto de Psicología, Universidad Central de Venezuela.

tivas, legislativas o judiciales y por lo tanto, aquello que dicen en tanto que actores políticos toca también a los intereses de la ciudadanía, del pueblo en general. Pero además, como el ejercicio de la cosa pública usualmente es codiciado por diversos grupos o partidos, la atención despertada por los discursos aumenta en el sentido de que su análisis puede permitir a quienes siguen y a quienes se oponen, conocer las fortalezas y debilidades de los hablantes y de los grupos que los respaldan.

### EL ANÁLISIS DEL DISCURSO POLÍTICO

El análisis del discurso es un método que permite conocer sistemáticamente, no sólo los contenidos explícitos de las comunicaciones sino que, extendiéndose más allá de donde Ithiel De Sola Pool en los años 50 fijara los límites del análisis de contenido, es decir, las líneas del texto, va a aquellos mensajes e intenciones que se transmiten entre ellas. En el caso de los discursos políticos, tiene particular interés, por cuanto ellos constituyen sistemas de afirmaciones que construyen y también destruyen actores políticos y programas electorales o de acción gubernamental, a la vez que revelan relaciones de poder.

Analizar discursos va más allá del sentido común. Supone un quehacer que busca encontrar el sentido e interpretar las palabras o las acciones o ambos en el texto, para lo cual apela a la desconstrucción y análisis sistemático del mismo. Y es aquí donde se revela su profundidad y su tortuosidad, su complejidad y su carácter multisémico. El discurso político puede ser un laberinto, a veces sin Minotauro, para el cual los métodos de análisis cumplen la función de hilos conductores. Así, al analizarlo, es posible descubrir que detrás de una primera apariencia, otros rostros surgen; que entre las líneas del discurso se deslizan mensajes, tendencias, amenazas y advertencias; que es posible negar afirmando, afirmar callando, callar diciendo, decir gestualizando y con el gesto contradecir todo.

Un análisis de discurso atiende entonces no sólo a los contenidos evidentes del texto, sino también al entorno espacial y temporal en el cual se presenta, a las diferencias contenidas dentro de ese texto, comparándolas intraversión y respecto a otros textos de un mismo autor o autora. Atiende además a los detalles, sin importar cuan pequeños parezcan; busca la organización retórica, esto es, cómo se construyen los argumentos con los cuales se espera convencer, disuadir o atraer a aquellos a quienes se dirige un texto. Asimismo, trata de evidenciar las responsabilidades por las afirmaciones, sugerencias, acusaciones, interpretaciones e informaciones que se presentan en el discurso (Edwards-Potter 1992, Montero-Rodríguez 1998).

El proceso de desconstrucción que se da dentro del análisis de discurso consiste en la descomposición de las estructuras que sostienen la construcción conceptual del sistema de argumentos usado en el texto, a fin de conocer sus relaciones con otros conceptos o descripciones, su modo de configuración y su sentido dentro del texto. Desde esa perspectiva el análisis trata de presentar la cara oculta del discurso, las corrientes subterráneas que discurren con mayor o menor turbulencia a través del mismo, haciendo aflorar a la superficie los intereses no manifiestos, pero intensos de quien produjo el discurso.

Potter, Edwards y Wetherell (1993) consideran que el análisis del discurso se refiere a la teoría y al método correspondientes al estudio de las «prácticas sociales y de las acciones que las constituyen» (1993:383). Su modelo de la acción discursiva se dirige a unir sistemáticamente las diferentes características o rasgos del discurso, prestando particular atención al cómo esos rasgos actúan sobre las prácticas sociales de los participantes. Esta definición sitúa al discurso en un contexto más amplio que el de la sola interacción verbal (escrita u oral), a la vez que se centra en la acción más que en la cognición o el comportamiento. Esto significa que enfoca secuencias de actividad o, como prefiero denominarlas, *secuencias relacionales de actividad*, en el sentido de que son acciones insertas en relaciones entre personas y grupos. Relaciones que no sólo producen verbalizaciones, conductas específicas y modos de actuar, sino que constituyen al ser mismo de sus actores, a la vez que son constituidas por ellos. Relaciones que van desde la diada hasta la comunicación a distancia con un público disperso.

Así, el contenido tanto explícito como implícito, busca producir efectos diferentes en ese doble o triple, o múltiple objetivo, según el caso. Advertir a unos, demostrar a otros, convencer a muchos más. Y al hacerlo, se reconoce y legitima a interlocutores, pero también se ignora o minimiza a opositores, o a enemigos, o se busca atraer la atención o simpatía o apoyo de otras figuras. Igualmente, se presentan imágenes del hablante que revelan su fuerza, su debilidad, sus temores, recursos y necesidades, a la vez que se muestra a quien se considera en el mismo plano, sea partidario, aliado u opositor, y a quien no. Para esto el silencio sobre esas figuras puede ser, según el contexto, una poderosa estrategia de ataque.

### HABLAR, DECIR Y CALLAR

El discurso político como todo discurso puede manifestarse en tres dimensiones diferentes:

**HABLAR.** Es decir, proferir palabras para darse a entender (o a no entender), comunicarse e incomunicarse por la falta de entendimiento entre los interlocutores, o por el no decir nada significativo de acuerdo a la situación. Hablar muestra entonces el valor de «nada», o más bien la ausencia de valor de lo que se suele llamar «nada», exponiendo de tal manera la necesidad de ubicar al significado en contexto, a la vez que muestra la relación entre la palabra, el silencio y la valoración.

**DECIR.** Manifestar con palabras el pensamiento. Asegurar, sostener, opinar. Esto es, el habla con significado, con contenido significativo, con valor para quienes comparten esos significados y ocupan posiciones en determinadas situaciones y/o contextos.

**CALLAR.** No hablar, guardar silencio. El silencio elocuente, que dice, y el silencio vacío, que no dice.

### LOS SIGNIFICADOS DEL SILENCIO

Si queremos determinar cuál es el significado de los silencios, es necesario precisar qué se entiende por silencio y como se lo define. Una breve revisión de sus connotaciones muestra lo siguiente:

1. Por silencio se entiende la circunstancia de no haber ningún sonido en un sitio o en un momento (Moliner 1994: *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos, tomo II).
2. Pero hay también definiciones culturales. Así, en Japón se suponía que el silencio recibía una apreciación positiva (quizás debida a la poesía clásica japonesa), sin embargo, Gudykunst *et al.* (1996) presentan datos que contradicen esta creencia. Estudios recientes muestran que el silencio es usado en Japón para no tener que hablar, para deliberadamente quedarse callado y no tener que decir no, para no discordar o disentir (Hasegawa y Gudykunst 1998). Estudios realizados en EE.UU., a su vez, indican que el silencio es usado en ese país como pausa, corte, brecha, vacío o espacio vacío, ausencia de sonido, o como falta de comunicación (Hasegawa y Gudykunst 1998). Las variaciones culturales del silencio se expresan en los diversos modos normativos de usarlo; en las actitudes hacia la comodidad o incomodidad con que se lo recibe; en soportarlo o no; en rechazarlo o no y en los modos de llenarlo (p.e.: hablar del tiempo, plegarse a las normativas sociales al respecto), o en el significado atribuido.
3. El silencio también es entendido como ausencia o como falta de comunicación verbal (Saville-Troike 1985, cit. por Hasegawa y Gu-

dykunst 1998), o como ausencia de sonido (Jensen 1973). No obstante, Barthes señala al respecto que cuando se ha hablado no es posible callar, pero cabe observar que con tal afirmación no parece estarse refiriendo al silencio, sino al no-hablar, al no-decir. Al habla como algo vacío.

4. El silencio puede ser visto, además, como marco en el cual recibe significado el discurso, el habla. Así, Johannesen (1974) dice al respecto que «el lenguaje se hace significativo para la gente parcialmente en contraste con los silencios relacionados». Esto significa entonces que el silencio puede estar lleno, que no es sólo un vacío. Y Jaworski (1993) señala que el silencio puede ser visto como: *a*) un *estado* en el cual puede tener lugar la comunicación. En este sentido, el silencio encuadra y estructura; *b*) como *actividades* (tipos de señales no verbales) contentivas de significados específicos a una relación; recipiente para otras cosas.

En suma, podemos decir que el silencio no es equivalente al no-hablar, al no-decir, pues, puede decir no hablando y es, ciertamente, mucho más complejo que el hablar sin decir nada. Y como vemos ha recibido una variedad de significados: falta de información; falta de presión o motivación para hablar; necesidad de pensar lo que se va a decir; rapidez o lentitud de pensamiento; evitar discusiones; acuerdo; desacuerdo (sobre este punto recordemos cómo los dichos populares están llenos de contradicciones al respecto: *el que calla otorga; el que calla ni niega ni afirma*); duda; fastidio; inseguridad; asombro; descortesía; castigo; perturbación; inarticulación del discurso; preocupación; interés; aislamiento; ira; intercambio empático. Todo esto indica cuán útil y cuán cargado puede ser el silencio.

### FUNCIONES DEL SILENCIO

#### El silencio tiene diversas funciones

1. Evitar la comunicación. Por ejemplo, con extraños (hay normas sociales al respecto). O bien puede ser una forma de adversar al otro. Asimismo, puede ser una forma de ruptura de la comunicación.
2. El silencio puede ser específico a la cultura o al contexto, dentro de los cuales puede tener una función establecida por la tradición constituyendo una fórmula o procedimiento socialmente aceptado o acordado en un grupo o en una situación. Por ejemplo: preferir no decir nada, cuando decir algo genera una amenaza para el otro o para sí mismo.

3. Puede también ser estratégico, sirviendo entonces para ganar tiempo, esconder sentimientos o lograr que el otro muestre más de sus argumentos.
4. Como se ha indicado antes, hay silencios que dicen, llenos de significado, y silencios que carecen de significación. El silencio que dice puede descalificar al otro al no legitimar su carácter de interlocutor. Al no reconocerlo como situado en el nivel del diálogo: no se le responde, no se le ataca, no se le toma en cuenta. No existe en el discurso. También el silencio puede formar parte del uso de implícitos, al yuxtaponerlo o ser la respuesta a frases aprobatorias o descalificadoras en las que se menciona un determinado tema o sujeto.

Es necesario señalar la dificultad o imposibilidad de separar el silencio del habla. Y esto ocurre porque el silencio forma parte del habla, es un elemento más del discurso. Habla y silencio se otorgan significado mutuamente. El silencio está inscrito en guiones conversacionales y se establece socialmente. La comprensión viene de ambos, de los ritmos y de las arritmias entre habla y silencio, y también del contexto en que se dan. Igualmente, las personas que interactúan a través de la comunicación influyen en el uso que se da al silencio, pues las relaciones existentes entre ellas pasan tanto por el campo cognoscitivo cuanto por el afectivo; por el plano de lo consciente y por el de lo no consciente.

Ejemplificaré con discursos políticos provenientes de la campaña electoral de 1998 (iniciada de hecho en 1997 por algunos precandidatos), cómo el uso del silencio puede servir para la construcción de una imagen política, a la vez que para la destrucción de otra. En tal sentido, me serviré de dos ejemplos: el primero, constituido por la relación establecida entre los discursos políticos de Eduardo Fernández, precandidato electoral del partido socialcristiano, COPEI, y de Irene Sáez, precandidata postulada por el Movimiento IRENE, con los electores dentro del partido COPEI y el público en general. El segundo, constituido por la relación entre el discurso político del candidato Hugo Chávez Frías, postulado por diversos partidos y organizaciones (Patria Para Todos, Movimiento Al Socialismo (MAS), entre otros) y el de Irene Sáez, candidata hasta 15 días antes de las elecciones del partido COPEI y de los movimientos IRENE y Factor Democrático, y el público.

Para ello analicé textos aparecidos en órganos de prensa con cobertura nacional entre los meses de septiembre de 1997 a mayo de 1998, para el primer caso, y entre enero y julio de 1998, para el segundo.

## Dos formas del uso del silencio en el discurso político durante la campaña electoral presidencial de 1998

Se trata en ambos casos de un uso del silencio, destructor del Otro. Es necesario advertir, que cuando uso la expresión «destructor del otro», no quiero decir que en el proceso de destrucción sea el discurso político con sus decires y sus silencios el único factor de destrucción. Es por eso que hablo de tréadas en las cuales hay, en los dos casos que presentaré, dos actores políticos fundamentales y un tercer actor, decisivo, pero cuya intervención en la relación refleja la construcción selectiva que produce a partir de su percepción de la situación, de los cambios ocurridos en esos dos actores, respondiendo y, por tanto, también estimulando a esos dos actores, sin intervenir directamente en la comunicación existente entre ellos. Ese tercer actor, que es el público, tiene un enorme poder: el de elegir. Y ganar sus simpatías, su afiliación, y, con ellas, el otorgamiento del poder, son la motivación fundamental sobre la cual se funda el discurso de los otros dos.

Me referiré en primer lugar a la competición por la obtención de la candidatura de COPEI desarrollada por Irene Sáez y Eduardo Fernández entre fines de 1997 y el primer semestre de 1998, y luego al diálogo de decires y silencios mantenido entre Irene Sáez y Hugo Chávez Frías durante la campaña electoral.

### EL CORPUS ANALIZADO

El *corpus* de este análisis abarca declaraciones de prensa de los candidatos presidenciales Irene Sáez Conde, Hugo Chávez Frías y de un candidato a candidato, Eduardo Fernández, militante y dirigente del partido socialcristiano COPEI, aparecidas en los diarios antes mencionados y en las fechas indicadas arriba. El análisis, de orden retórico-hermenéutico, se centró en el estudio de las estrategias discursivas usadas por las figuras políticas anteriormente citadas, sobre las cuales he venido trabajando en los últimos años (Montero 1994a, b; 1997, 1998a, b; Montero y Rodríguez 1998).

### EL MÉTODO

El análisis parte de un enfoque retórico-desconstruccionista combinado con la perspectiva hermenéutica (Gadamer 1977). Para ello partí de un proyecto anticipatorio ya descrito en los párrafos que anteceden: conocer el

significado del discurso de los actores políticos involucrados en ambas situaciones, en las cuales me llamaba la atención la presencia de ciertos silencios, cuyo efecto quería conocer, presente en la expresión verbal pública referida en el primer caso (Sáez-Fernández-electores de COPEI-público) a la situación de tensión entre ambos y para ambos, en su búsqueda de la nominación como candidato/a presidencial de COPEI. Y en el segundo caso (Chávez Frías-Sáez-público), en la situación de tensión-competición-des-calificación que trasluce de los discursos de estos dos contendores en la carrera hacia la presidencia.

Para esto hice una revisión de las declaraciones de prensa de las tres personas señaladas, aparecidas durante los dos períodos indicados, seleccionando aquellas que contenían referencias en el primer caso (Sáez-Fernández) a la situación, y en el segundo (Chávez Frías-Sáez), incluyendo aquellas declaraciones en las cuales cada uno de los dos candidatos menciona al otro o en general, se refería a la situación electoral.

El análisis comenzó por hacer repetidas lecturas de los textos, en las cuales las categorías de análisis se fueron sucediendo, sustituyéndose unas a otras, fusionándose, dividiéndose, desechándose, aumentando o disminuyendo a medida que avanzaban las lecturas y la interpretación. Estas continuas lecturas siguieron este patrón:

- Selección de los textos de acuerdo a su carácter relevante para lo que en el método hermenéutico se denomina «proyecto anticipatorio» (referido a la intención inicial de la investigadora).
- Distinción entre citas textuales y resúmenes hechos por los periodistas responsables de la edición de esos textos en cada publicación, desechando estos últimos.
- Repetidas lecturas de dichos textos, revisando el «proyecto anticipatorio». Esto significó buscar lo que pensaba que podría encontrar, lo que esperaba, y también lo que no esperaba.
- Búsqueda de ideas principales o ideas-tema, de ideas afines, subordinadas e ideas aisladas, relacionadas con el tratamiento de los candidatos que forman las relaciones antes señaladas.
- Registro de frases que expresan ese tratamiento.
- Registro y discusión de posibilidades contrarias al proyecto anticipatorio, surgidas de los textos.
- Acuerdo en el sentido de los textos (unidad de sentido).
- Construcción de las dimensiones para el análisis interpretativo, lo cual implicó buscar estrategias argumentativas y figuras gramaticales en esas frases.

- Análisis de los textos desconstruyendo su sentido inmediato en función de las estrategias presentes en el texto, y de la estructura gramatical de sus frases.
- Revisar dimensiones y conceptos a medida que avanzaba la investigación, cerrando así el «círculo hermenéutico».

## RESULTADOS

### 1. Relación Irene Sáez-Eduardo Fernández-electores de COPEI-público general

EL CONTEXTO: Los textos referentes a esta relación se producen en los tres últimos meses del año 1997 y los primeros cinco de 1998. Para ese momento Irene Sáez buscaba el apoyo de los principales partidos del *status*, COPEI y AD, así como de cualquier otra fuerza electoral, como puede verse en las siguientes frases:

Sería un gran privilegio que AD me brindara su apoyo (*El Nacional*, 13/10/97, D-2).

La Fuerza del Cambio [alianza de movimientos y partidos que la apoyaban para ese momento] está dispuesta a negociar alianzas con COPEI (*El Nacional*, 4/5/98, D-1).

Si Claudio Fermín está interesado en acompañarnos en la contienda electoral, también lo unimos a nuestro movimiento y le damos la cordial bienvenida como a todos los que deseen apoyarnos (*El Universal*, 5/5/98, p. 1-14; *El Nacional*, D-2).

Sáez busca atraer a otras fuerzas, sin importar su proveniencia. De hecho, en su discurso trata de presentarse como el centio aglutinador, convergente, del voto.

Por su parte, Eduardo Fernández, prominente figura del partido COPEI, candidato natural de dicha organización, estaba en un momento difícil: veía su fuerza diluirse y lo que debería haber sido una decisión incuestionable: su elección como candidato, aparecía no sólo dudosa sino además amenazada por la presencia de alguien externo a la militancia y, para colmo, novata en comparación con su larga trayectoria como dirigente político. La situación de Sáez es de ataque y seducción, la de Fernández de defensa sitiada. Una busca ganar terreno, el otro mantener el que tiene, no perder su base de sustentación.

Sáez hablaba poco. Muchas veces el silencio era su respuesta a las apremiantes preguntas de los periodistas y cuando hablaba, su discurso era

extremadamente parco, caracterizándose por frases breves, una total ausencia de metáforas, la repetición de ciertas ideas expresadas de manera directa y lo que es clave para este análisis: la casi total ausencia de mención de Eduardo Fernández. De hecho, en todo el período revisado, en 46 declaraciones de prensa, Sáez apenas menciona a Eduardo Fernández directamente dos veces, haciéndolo por su nombre y apellido, y una vez indirectamente. La última de estas menciones es lapidaria y se da cuando es proclamada candidata presidencial de COPEI, momento en el cual se permite una mención indirecta según la cual está dispuesta a «perdonar a quienes nos ofenden» y a dirigirse a aquellos militantes «que no creyeron» en ella y que la «subestimaron» (*El Nacional*, 15/5/98, D-1), como si el haber competido como su opositor fuese una ofensa.

En cambio, Eduardo Fernández en 14 declaraciones hace 14 menciones de IS, 6 de las cuales son directas y 8 indirectas. Las menciones directas son por su nombre completo, las indirectas, obviamente dirigidas a ella, lo hacen mediante implícitos en los cuales se busca destacar su carencia de las cualidades necesarias para ser la candidata presidencial de los socialcristianos. Esas menciones se resumen así:

LA FRIVOLIDAD. No tener un liderazgo «serio», sino por el contrario, rendir «culto al espectáculo» y al «populismo».

Lo que el país necesita es un liderazgo serio, que no rinda culto al espectáculo ni al populismo (*El Nacional*, 13/5/98, D-1).

Rechazo a la frivolidad (*El Universal*, 28/9/97, p. 1-12).

Hay políticos serios, que nos hemos formado, que tenemos principios, que tenemos ideales.

Si Irene se presenta en la Convención de COPEI será admirada por su belleza.

- No identificarse con el partido ni responder a sus principios.

Quien quiera ser su candidato [de COPEI] debe asumir una identificación con esos principios (*El Universal*, 28/9/97, p. 1-12).

- Responder al oportunismo y modas dañinas.

Candidatura de Irene Sáez es tentar al oportunismo (*El Universal*, 11/1/98, p. 1-12).

La antipolítica que ha surgido en Venezuela y en otros países de América Latina representa un retroceso a prácticas populistas que históricamente han hecho daño a las naciones (*El Nacional*, 20/10/97, D-6).

Pero en su intento de contrarrestar el encandilamiento de su partido con los porcentajes de popularidad que lograba Sáez en 1997 y a inicios de

1998, en las encuestas, Fernández pone de manifiesto su propia debilidad y falta de credibilidad en su propio partido. En tal sentido, su discurso manifiesta cómo el Comité Nacional de COPEI se reunió «a sus espaldas» con IS (4-11-97), esto es, dejándolo de lado en una «maniobra política injusta». El 5/11/97 en *El Nacional* (p. D-2) y en *El Universal* (3/11/97), se indigna públicamente por lo que presenta como el ruego, casi una petición de mano con rodilla en tierra, que hace COPEI a Sáez:

A mí me da mucho dolor ver un partido que le hace antesala a un precandidato, durante cinco horas, para tratar de solicitar que acepten nuestros votos [...] lo que debería pasar es que le estuvieran 'jalando' a COPEI (*El Nacional*, 5/11/97, D-2).

## 2. Relación Hugo Chávez Frías-Irene Sáez-público en general

EL CONTEXTO: Los textos analizados se presentan en el contexto de una campaña electoral en la cual los contrincantes ya están definidos. El discurso político en general se dirige a autodefinirse positivamente, definiendo negativamente a los opositores, como es usual en estos casos. Cada candidato quiere ganar terreno atrayendo para sí los votos de la población capacitada para hacerlo.

RESULTADOS: En total analizé 22 textos de Hugo Chávez Frías y 23 textos de Irene Sáez, en ellos encontré lo siguiente:

	TIPO DE MENCIONES QUE SE HACEN DEL/LA OTRO/A	
	Hugo Chávez Frías / IS	Irene Sáez / HChF
Menciones directas	04	07
Menciones indirectas	01	07
Total	05	14

Las menciones directas que hace Chávez de la candidata Sáez se limitan a llamarla «la alcaldesa», «la candidata», «ella» y una sola vez la menciona por su nombre de pila. Además nunca dedica a ella sola su discurso, siempre es mencionada entre otros: una más en un grupo negativo. Sin embargo, en el único texto en que hace una mención indirecta, ésta es muy destructiva. Así, aunque no es mencionada por nombre y apellido, es calificada de la siguiente manera:

- Candidata del *continuismo*.
- *Caballo de Troya para Luis Herrera Campins y copeyanos corruptos*.
- Menciona la hipocresía respecto de su «independencia». La acusa de usar una «máscara».

- La relaciona con lo que llama «gatopardismo» (en cita de la novela de Lampedusa, donde aparece la ya famosa frase de «cambiar todo para que todo siga igual»).
- Acusación de «montar la olla del *continuismo*».
- Seguir el *mismo modelo partidista*.
- tener un *futuro incierto*.
- Posibilidad de *renunciar* a su candidatura.

Por otra parte, y en respuesta a la acusación que Sáez continuamente le hacía de «venir de la violencia» o estar asociado con ella, justifica su origen en ella, a la vez que la rechaza en la actualidad, pero siempre sin mencionar a su acusadora, que por lo demás no fue la única en sacarle en cara tal condición.

Yo sí vengo de los caminos de la violencia, cierto es [...] Yo declaro que ha llegado el momento de la paz, del abrazo, del amor (*El Nacional*, 25/7/98, D-1).

Yo le di un golpe a Carlos Andrés Pérez. Pero el golpe de Chávez es el golpe del pueblo (*El Nacional*, 25/7/98, D-1).

El silencio de Chávez respecto de IS es tanto más notorio, cuanto que en su discurso menciona, para atacarlos, a los partidos tradicionales COPEI y AD que lo oponían; menciona además, con nombres completos o de manera clara y directa a numerosas personas ligadas al estamento militar, respecto del cual se considera a sí mismo como perteneciente. De hecho tales menciones aparecen 14 veces en los 22 textos analizados, con diversas orientaciones:

MENCIONES DE MILITARES O RELACIONADAS CON ELLOS	ORIENTACIÓN
General Fernando Ochoa Antich	Negativa
Marcos Pérez Jiménez	Neutra
General Rubén Rojas Pérez	Negativa
Raúl Salazar, jefe del Edo. Mayor Conjunto	Neutra
Fuerzas Armadas Nacionales	Positiva
Hermanos de armas	Positiva
Alto mando militar	Negativa
Ministro de la Defensa, Tito Rincón Bravo	Neutra
Cuarteles	Positiva
Paramilitares	Negativa
Los militares	Positiva
Los capitanes, los comandantes y los coroneles	Positiva
Frente de militares retirados	Positiva-Negativa

Por su parte Irene Sáez hace lo contrario. Su discurso combate a Chávez, a quien obviamente detecta como su principal opositor, en lo cual no se equivocó; a la vez que se dirige a convencer de su carácter de independiente, a pesar de que busca atraer a los partidos políticos tradicionales. Pero su estrategia discursiva, siempre parca y limitada como es típico de su discurso, se centra en dar una definición de su opositor respecto de la cual presenta su autodefinition, por contraste. De esa manera, la imagen que venía construyendo desde su precampaña del año 1997, es dejada de lado para pasar a estructurarse en lo que ella no es, que en cambio él sí es. Esto la obliga a apartarse de su imagen de «niña buena», religiosa, suave y «bondadosa» para pasar al campo de los movimientos y las palabras fuertes, del tono alterado. Como ella misma lo señala, la lleva a mostrarse como «una mujer con los pantalones bien puestos» (*El Nacional*, 7/5/98), frase que al intentar ser aclarada dio lugar a no pocos sobrentendidos y muchos más chistes. En tal sentido usa las siguientes expresiones:

- Chávez es un «fenómeno real distinto a sus principios».
- Ella «no tiene odio en sus entrañas». Aquí lo implícito es que Chávez sí lo tiene (*El Nacional*, 10/5/98, D-6).
- Odio.
- Violencia.
- Estar contra la libertad.
- Estar contra la democracia.
- Llegar al poder por la sangre.

Las referencias indirectas van en ese sentido: mostrar a un agente de violencia, engendrador de miedo, que atenta contra la democracia y la libertad. Por contraste, ella cambiará «sin mezquindad, sin odios; eso no existe en mí» (*El Universal*, 25/2/98, 1-12); «sin violencia, la forma de gobernar este país» (*El Nacional*, 10/5/98, D-6; 3/6/98, D-2); «sin violencia y sin sangre» (*El Nacional*, 8/5/98, D-1). E incluso asumiendo expresiones mas fuertes y definidas, como cuando se refiere a Chávez.:

Diciendo que va a luchar [...] «sin tumbar a nadie, sin hundir a nadie, sin odios» (*El Nacional*, 31/1/98, D-4).

completamente distinto a todos mis principios; sin sangre podemos construir nuestro país, no con base en desastres, violencia, destrucción y angustias [...] Alguien que tiene las manos bañadas en sangre no puede ser Presidente (*El Nacional*, 5/05/98, D-2).

Yo no quiero un país de toques de queda. Yo no quiero un país de alambradas ni persecuciones [...] La disyuntiva de Venezuela hoy está entre una mano tensa sobre un arma lista para disparar o la de una mano firme sobre el timón del cambio [...] (*El Universal*, 22/7/98, 1-12).



Cuando las referencias son directas, Sáez usa el nombre de Chávez. Incluso para decir que gobernará a Venezuela y «a Chávez también», con lo cual hace una excepción incluyente que lo señala como individuo especial que escapa a la generalidad. Es decir, lo resalta. Igualmente hace referencia al movimiento que lo respalda, utilizando la expresión «chavismo», lo cual significa que reconoce que es alguien que ha generado una tendencia. Asimismo, lo relaciona directamente con su pasado golpista, el cual es incluso refrescado mediante uso de videos correspondientes a la intentona de golpe de Estado del año 1992.

En cuanto a su carácter de independiente, el discurso de Sáez es contradictorio: a la vez que denuncia el bipartidismo y a los partidos tradicionales (que lo han usufructuado), declara ser muy respetuosa de las «ideologías» «mientras estén dando resultados a la colectividad [...]». Insiste en que nunca ha tenido compromisos con partidos políticos» (*El Universal*, 25/2/98, p. 1-12), a la vez que busca insistente y evidentemente su apoyo y compromiso con ellos. Cuando la alianza con COPEI pasa por desprenderse del apoyo de la Causa R, no vacila en dejar ir a ese partido para unirse así a otro que luce más fuerte (y que, a su vez, al detectar que su fuerza como candidata se ha venido al suelo, no vacilará en lanzarla por la borda para apoyar a Salas Römer).

#### LOS ALCANCES DEL SILENCIO

La ausencia de respuesta verbal de IS la colocó en la posición descalificadora, al negar a EF explicaciones, justificaciones, negaciones o ataques, de tal manera que implícitamente no lo reconoce como contrincante. Sin embargo, ese silencio no parece haber sido una estrategia planificada para aniquilar al adversario, sino para evitar alienarse el apoyo de los socialcristianos en cuyo voto residía la decisión de elegir candidato. En este caso, el silencio de Sáez le otorgó fuerza frente a los evidentes esfuerzos de EF por recuperar un liderazgo que su mismo discurso evidenciaba como debilitado.

El discurso de E. Fernández, quien denuncia las maniobras que se están efectuando en su perjuicio, deja ver que mientras ella es el objeto de deseo del partido, él, nuevamente es dejado, como quien dice, en la puerta de la iglesia. Y si el lema de IS podría haber sido «dejad que los partidos se acerquen a mí», el rol que el discurso de EF revela, lo coloca en el triste y público papel de engañado y abandonado. Ella aparece triunfante y además con poder de elegir y rechazar, él aparece como perdedor, rechazado y

además ignorado por su contrincante, que nunca responde a sus observaciones directas ni indirectas, mostrando, además, públicamente sus flaquezas.

Por su parte, en su discurso Chávez se dirige en primer lugar, en forma directa y con mucha mayor frecuencia, a quienes reconoce como actores políticos opositores o de alguna manera de interés para él: los partidos AD y COPEI, los militares, y sus aliados. Las referencias a IS no sólo son magras, sino que además la cosifican. En este caso, nuevamente el silencio tiene un efecto destructor al constituir una forma de objetivación, de reducción de la persona a cosa. La limita a ser el «caballo de Troya» para un líder copeyano (L. Herrera Campins), es decir un instrumento, no una líder. Señala su carácter de candidata de una línea que la antecede, el «continuismo», y que es la verdadera fuerza. De tal manera, la presenta como sujeta al servicio de un interés que la supera, y la define como objeto manipulado-manipulable; le resta dinamismo e independencia y la convierte en accesorio. Ella, en su discurso, no es reconocida como interlocutora, con lo cual se le niega implícitamente, su carácter de par.

En ambos casos, se trata de silencios cargados, silencios pletóricos, que logran despersonalizar al referente, minimizarlo, privarlo de beligerancia, despojarlo de su rol protagonista haciéndolo pasar a un segundo o ulterior lugar. El uso del silencio por parte de IS, como ya se señaló, no parece haber sido deliberadamente dirigido a producir ese efecto, sino más bien haber sido el producto de una maniobra, destinada a mantenerla en un campo neutral que le ganase apoyos entre los socialcristianos, sin alejar otras posibles alianzas con otros partidos. El hecho de que, luego, en su campaña la táctica adoptada respecto de Chávez haya sido la del ataque en función de su pasado golpista y la de buscar contrastes entre su bondad y vocación democrática, respecto de la violencia y tendencias antidemocráticas de su opositor, al cual otorga gran importancia, indican que, en efecto, su silencio se haya debido más a su propio freno de la palabra comprometedora que a su dominio del discurso.

Los dos casos analizados permiten dar una idea del poder constructor y a la vez destructor que puede tener el silencio usado en el discurso político. Ciertamente, no es el silencio el único responsable de construcción y destrucción, pero su interrelación con el hablar, el decir y el contexto, puede constituir una poderosa arma.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gadamer, H. G. (1977). *Verdad y método*. Salamanca, Editorial Sígueme.
- Gudykunst, W. B.; Natsumoto, Y.; Ting-Toomey, S.; Nishida, T.; Kim, K. y Heyman, S. (1996). «The influence of cultural individualism-collectivism, self-construals and individual values on common styles across cultures» en *Human Communication Research* 22: 510-543.
- Hasegawa, T. y Gudykunst, W. B. (1998). «Silence in Japan and the United States» en *Journal of Cross-Cultural Psychology* 29 (5): 668-684.
- Jaworski, A. (1993). *The power of silence*. Newbury Park, CA, Sage.
- Jensen, J. V. (1973). «Communicative functions of language» en *ETC* 30: 249-57.
- Johannesen, R.L. (1974). «The function of silence: a plea for communication research» en *Western Speech*. 38. 25-35.
- Montero, M. (1994a). «Génesis y desarrollo de un mito político» en *Tribuna del investigador* 1 (2): 90-100.
- Montero, M. (1994b). «Estrategias discursivas ideológicas» en M. Montero (coord.) *Conocimiento, realidad e ideología. Fascículo de AVEPSO* 6: 49-61.
- Montero, M. y Rodríguez, I. (1998). «Discourse as a stage for political actors: An analysis of presidential addresses in Argentina, Brazil, and Venezuela» en O. Feldman y C. De Landtsheer (coords.) *Politically Speaking (A worldwide examination of language used in the public sphere)*. Westport, CN: Praeger, pp. 91-105.
- Montero, M. (1998a). «Análisis del discurso político de Irene Sáez Conde. El discurso soy yo» en *Comunicación* 102: 81-86.
- Montero, M. (1998b). «The eyesore of the beholder. Beauty as political discourse». Trabajo presentado en el *Twenty-First Annual Scientific Meeting de la International Society of Political Psychology*. Montreal, Canadá.
- Potter, J; Edwards, D. y Wetherell, M. (1993). «A Model of Discourse in Action» en *American Behavioral Scientist* 36 (3): 383-401.

## Problemas metalingüísticos en el análisis del discurso político

Vincenzo P. Lo Monaco\*

El ejercicio del análisis del discurso, en especial del discurso político, se revela como una tarea fascinante y prometedora. La ortodoxia predominante nos invita a proceder «desnudando» propósitos, intenciones, objetivos, medios y creencias del sujeto del discurso mediante un análisis apropiado de las emisiones que el político utiliza para expresar sus conceptos. Sabida es la receta: algún conocimiento del medio o auditorio aunado a cierta información idiosincrásica del mismo, una buena dosis de teoría política y una que otra pizca de semiótica o semiología, según se guste de anglófonos o se practique la francofilia, respectivamente. En realidad, la faena no es tan simple. El propósito de este trabajo es precisamente el de ensanchar y problematizar el horizonte filosófico-metodológico subyacente al ejercicio del análisis del discurso político. Nuestra hipótesis es la siguiente: si el analista del discurso político realiza sus análisis apropiadamente, entonces debe poseer y poder exhibir criterios de asertabilidad y condiciones de verdad objetivos e identificables de tales análisis. Mostraremos que tales criterios ponen en juego cuestiones que no son propiamente lingüísticas, sino filosóficas. Por lo tanto, el éxito del análisis dependerá de una solución adecuada de estas cuestiones, que podemos identificar sectorialmente como: *significado, creencia, convención, conceptualización ideológico-política*. Por razones de espacio, sólo abordaremos aquí las cuestiones del *significado* y la *creencia*.

Para poner a prueba nuestra hipótesis, es necesario partir de la estructura pragmática del lenguaje analizado, esto es, el discurso político. Las materias primas de este discurso son ciertamente los actos de habla, pues el

\* Instituto de Filosofía, Universidad Central de Venezuela.

político no habla normalmente para informar, sino que lo hace para «hacer cosas», como diría Austin. Los actos de habla son emisiones lingüísticas cuyo examen presenta una doble dimensión: (1) Si expresan adecuadamente las intenciones del hablante, y (2) si son susceptibles de una interpretación correcta. Es evidente que ambas dimensiones están íntimamente relacionadas, aunque la primera es de corte semántico, mientras que la segunda se refiere a la pragmática, es decir, intenta establecer algún tipo de conexión lógica entre los significados de las preferencias lingüísticas y entidades extralingüísticas tales como objetos, hechos, situaciones, contextos, etc. ¿En qué consiste entonces la tarea del analista? Como científico, el analista trata de explicar la conducta lingüística del sujeto político apelando a un sistema de reglas y basándose en dos supuestos puntuales: (1) La explicación en términos de reglas capta adecuadamente el significado de la conducta lingüística, y (2) la conexión entre sistema de reglas y lenguaje es de tal naturaleza que hace posible explicar apropiadamente la conducta lingüística.

Ahora bien, en torno a estos supuestos se plantean dos cuestiones: la primera es que, aunque podemos asumir que la pragmática contemporánea proporciona los conjuntos de reglas de uso lingüístico que regulan las relaciones de adecuación entre preferencias lingüísticas y entidades extralingüísticas, sin embargo, ésta nada nos dice en torno a la naturaleza de las entidades extralingüísticas mismas, las cuales permanecen sin analizar. La segunda es que subsiste una diferencia importante entre la conducta lingüística común y la conducta lingüística del analista. Como científico, el analista debe proporcionar razones y justificarlas sistemáticamente con base en teorías lingüísticas y teorías políticas. Estas dos cuestiones son, a mi modo de ver, centrales para la problemática del análisis del discurso político. La primera pertenece a la filosofía del lenguaje; la segunda, a la filosofía política. Trataré de describir brevemente en qué consisten estas cuestiones y cómo inciden en nuestra hipótesis.

Vayamos a la primera cuestión. Como se ha dicho, el trabajo del analista consiste en explicar la conducta lingüística conectando el significado de una preferencia con creencias, deseos, propósitos, intenciones del hablante de un modo tal que esa preferencia resulte significativa (condiciones de asertabilidad) y susceptible de un valor de verdad (condiciones de verdad)<sup>1</sup>. En otras palabras, hay algo más en los actos de habla que la mera exigencia de una intención comunicativa; ese algo es una intención infor-

<sup>1</sup> Aunque la aceptación de este punto de vista es algo bastante generalizado entre los teóricos del análisis del discurso, subsisten no obstante notables excepciones. Para una muestra de estas últimas, véase van Dijk, T. A. 1993. «Principles of critical discourse analysis» en *Discourse and Society* 4, pp. 249-283.

mativa, que podríamos denominar vagamente «significado» (Livet 1987). Ahora bien, en cuanto al significado de interés para el analista, no puede ser el significado *directo* o *literal* de la preferencia lingüística, pues ese es el objeto del intérprete común de una comunidad lingüística. Desde luego, sin el significado literal no existiría comunicación alguna, pues tanto el sujeto como el intérprete del discurso comparten un mismo lenguaje, el lenguaje corriente, cuyas significaciones son, en su mayor parte, heredadas y convalidadas. Pero las relaciones entre esas significaciones y el discurso, aunque no podamos «observar» directamente las interpretaciones de los hablantes, aparecen indicadas directa o indirectamente en el propio discurso. Lo que queremos decir es que, si lo realmente importante fuese el significado literal, la lingüística bastaría y sobraría para describir la forma en que los participantes elaboran sus interpretaciones, concentrándose casi exclusivamente en las relaciones perceptibles en la superficie del discurso. De modo que el analista necesita iluminar al intérprete común y, por tanto, aunque parte del significado literal de una emisión, no se detiene ahí, sino que trata de descubrir las intenciones anidadas en las preferencias; en dos palabras, el significado *relevante*, para caracterizar así estos propósitos ulteriores de las emisiones lingüísticas en términos de entidades no lingüísticas (Davidson 1990: 270-271).

Semejante deducción permite concluir entonces que, puesto que un análisis exclusivamente de las formas lingüísticas es declarado insuficiente para explicar el significado relevante, la justificación del análisis del discurso descansaría justamente en su pretendida capacidad de explicar las emisiones lingüísticas en función de los actos y movimientos subyacentes a éstas. Naturalmente, esto presupone de entrada que toda emisión lingüística de un sujeto político es esencialmente perlocutoria en el sentido de Austin. Es un hecho comúnmente aceptado que esto puede significar dos cosas: primero, que en el discurso político toda emisión lingüística pretende en principio producir algún efecto no lingüístico como resultado de la interpretación de las palabras que componen la emisión; segundo, que la interpretación de la emisión responde en el hablante normal al significado literal de la emisión, que es común al auditorio y al orador, mas no al significado relevante, que es propio del analista del discurso. Para decirlo más claramente, el auditorio como conjunto de intérpretes comunes debe poseer los criterios para decidir lo que una emisión significa literalmente, pero es el analista quien debe poseer los criterios para explicar por qué el sujeto político ha usado las palabras con tal significado y tal fuerza, tal acción y tal movimiento. Esta es una de las razones por la que la literatura del análisis del discurso se ha preocupado tanto por el problema de los criterios de reconocimiento de las

categorías subyacentes, puesto que ha asumido como su principal cometido que todo análisis del discurso ha de integrar la explicación de lo que se dice con la explicación de lo que se hace (Fairclough 1989: 37-41; van Dijk 1993: 250-255).

Aún falta relacionar el anterior aspecto con nuestra distinción entre el significado literal y el significado relevante. Partiendo evidentemente de esta última perspectiva, es posible afirmar que el significado literal es una condición del uso del lenguaje, mientras que el significado relevante es una condición del ejercicio del análisis del discurso político. Si esto es correcto, la condición del intérprete común responde, para decirlo en términos semióticos, a una *teoría de los códigos*, mientras que la condición del analista responde a una *teoría de la producción de signos*, la cual excede con mucho las fronteras de la pragmática hasta involucrar auténticas cuestiones filosóficas.

La segunda cuestión filosófica está relacionada con la llamada «paradoja de Moore» (Yo creo que *p*, pero *p* es falsa) (Moore 1942: 542-543)<sup>2</sup>, que inquietó a Wittgenstein y sigue inquietando hoy a muchos filósofos. La paradoja de Moore atañe a nuestro problema porque involucra el uso de contextos de actitud proposicional, aquellos contextos en los cuales atribuimos un pensamiento a un hablante cuando empleamos en el discurso indirecto un verbo principal psicológico del tipo «cree», «sabe», «espera», «desea», etc. Las actitudes proposicionales se caracterizan por ser primitivas, esto es, irreductibles unas a otras, aun con el auxilio de nociones adicionales. Sin embargo, la creencia es con mucho la más fundamental, porque todas las demás la presuponen. Si yo temo o espero algo, es porque creo en ese temor o expectativa. De modo que la creencia es el estado mental donde mejor se aprecia el vínculo entre pensamiento y habla, en general, y entre pensamiento y acción, en particular. Pues bien, cuando el analista interpreta una emisión de acuerdo con la estructura subyacente o las funciones subyacentes de las emisiones, atribuye al hablante determinadas creencias. Pero ¿cómo determina cuáles son esas creencias y qué conexión establece entre éstas y los significados relevantes de las emisiones?

Debemos examinar cuidadosamente esta cuestión. De acuerdo con la solución más aceptada de la paradoja, existe una asimetría en los contextos de creencia entre la primera persona y las demás. Cuando el sujeto se autoadscribe una creencia mediante la fórmula «Yo creo que *p*», si la creencia es informativa «Yo creo que *p*» y «*p*» son lo mismo, puesto que poseen las mismas condiciones de asertabilidad; pero si su valor es expresivo o hipoté-

tico, entonces las dos emisiones no dicen lo mismo. ¿Qué es entonces lo que dicen? Subsisten tres posibilidades, que corresponden a otras tantas interpretaciones del asunto.

El proponente más destacado de la primera interpretación, en ésta como en tantas otras cuestiones filosóficas, es Wittgenstein. En las *Investigaciones filosóficas* (§§ 573-577) sostiene que, cuando la relación entre las dos emisiones es asimétrica, «*p*» describe una situación objetiva y por tanto nos permite juzgar si es verdadera o falsa, esto es, si describe correctamente o no la situación. Al contrario, «Yo creo que *p*» no sería una afirmación sobre un estado de cosas, sino sólo una emisión que manifiesta un estado interno, expresa el estado de la persona que experimenta la creencia. Pero eso no significa que las creencias denotan pensamientos como las descripciones refieren estados de cosas, pues Wittgenstein se muestra renuente a concebir la relación causalmente como un vínculo entre un estado mental y la manifestación lingüística correspondiente (Wittgenstein 1980: §§ 903 y 907). El razonamiento consiste más bien en relacionar sensaciones y expresiones de un modo tal que sea posible hablar de las autoadcripciones de creencia como usos expresivos asociados a determinados actos de habla. Por otra parte, hay también, al lado del uso expresivo, un uso hipotético de las autoadcripciones en el cual «Yo creo que *p*» no es equivalente a «*p* es el caso».

En los *Remarks* Wittgenstein (§§ 308-313, 469 y 490) distingue los usos hipotéticos de los usos asertivos de «Yo creo que [...]», argumentando que, en los primeros, la autoadcripción no tiene la función de describir algún estado de cosas ni de expresar el estado interno del sujeto de la creencia, sino la de suponer hipotéticamente que este último tenga efectivamente la creencia objetivada operativamente a través del acto lingüístico. Los usos hipotéticos de la expresión de marras conjurarían, a juicio de Wittgenstein, la Paradoja de Moore, supeditando la ocurrencia o no ocurrencia de la contradicción al uso no redundante que se dé a la expresión «Yo creo [...]». En el uso hipotético, la suposición de que «Yo creo que esto es así» no ha de entenderse como un análogo de que «Esto es así», pues el uso de la autoadcripción no es asertivo. En tal caso, el ejemplo de Moore resultaría absurdo y desembocaría en paradoja sólo si las dos emisiones se usan asertivamente, en un caso como descripción de un estado interno y en el otro como representación de un estado de cosas.

La segunda opción ha sido explotada por diversos autores, llevándose a cabo generalmente con base en la atribución de posibilidad lógica a las autoadcripciones de creencia del tipo de la de Moore. En el enfoque, por ejemplo, de Linville (1979: 295-298), Linville y Ring (1972: 87-102, 1991:

<sup>2</sup> La primera versión de esta paradoja se encuentra en Moore 1942: 542-543.

295-309), que ha dedicado cierta atención al modo como Wittgenstein solventa la Paradoja de Moore, el enunciado en cuestión no podría declararse simplemente absurdo, so pena de admitir que «Yo creo que *p*» se refiera al contenido y no a la persona. En términos de los juegos de lenguaje, en circunstancias normales no usamos «Yo creo [...]» hipotéticamente como equivalente a «La suposición de que yo crea [...]». Según Linville, si alguien dice: «Yo creo que está lloviendo, pero no llueve», entonces el sujeto de la creencia aporta información acerca de su persona, y no acerca de lo que es el caso, información importante para entender, por ejemplo, por qué ha sacado el paraguas del armario o viste un impermeable. Por consiguiente, Wittgenstein estaría equivocado en pensar que el enunciado de Moore es absurdo, pues se trata en realidad de una afirmación «lógicamente posible», independientemente de lo que sea el caso (1942: 296). En cierta forma ya Strawson había razonado de modo semejante, al señalar que la función expresiva de los actos verbales es comúnmente una subdeterminación de la información que producen los actos intencionales (Strawson 1968: 56). El principal problema con esta alternativa es que resulta muy difícil disolver la Paradoja de Moore acudiendo a la distinción entre información acerca de un estado mental e información acerca de un estado de cosas, sin depender aquí de un *tour de force* vergonzante que reduzca por entero las condiciones de asertabilidad a las condiciones de verdad.

La tercera opción a considerar es también algo polémica, aunque tiene muchos partidarios que han llegado a la misma conclusión por distintas vías. Rosenthal (1986), por ejemplo, aboga por la existencia de una relación causal entre actos lingüísticos y pensamientos, mientras que Fodor y Burge van mucho más allá hasta postular un *lenguaje del pensamiento* en correlación funcional con el lenguaje natural (Fodor 1986: 3-46). Davidson, por su parte, cree que las propiedades mentales entrañan algún tipo de eficacia causal, aunque sitúa la relevancia causal en el nivel de los cambios en el sistema de las propiedades físicas (1970). Pero todos coinciden en que los ejemplos del tipo Moore muestran que hay una diferencia importante entre las condiciones de asertabilidad y las condiciones de verdad. Según Rosenthal, el mismo contenido mental puede tener diferente expresión, y tal diferencia dependería de los diversos actos lingüísticos empleados para expresarlo (Rosenthal 1986: 155-156). En el caso concreto de expresiones tipo Moore, «*p*» tendría la misma fuerza y contenido proposicional, mientras que «Yo creo que *p*» tendría el mismo contenido, pero diferente fuerza, pues, en lugar de expresar simplemente una creencia, haría un reporte de ésta. Si ello es así, ambas expresiones tendrían las mismas condiciones asertivas, mas diferentes condiciones veritativas. Rosenthal concluye, en

definitiva, que la Paradoja de Moore se produce debido a un cortocircuito en las condiciones de asertabilidad, pues expreso el contenido, «*p*» en «Yo creo que *p*» para de seguidas negarlo en «no *p*»<sup>3</sup>. Esta opción tampoco está exenta de problemas. Rosenthal sostiene que el causalismo lingüístico no implica ningún mentalismo o lenguaje del pensamiento, aunque es compatible con él.

Para garantizar que las propiedades semánticas entrañen alguna relación causal no lingüística, suplementa su causalismo con cierta tesis de la no prioridad del pensamiento frente al habla. Pero no hay manera de captar una relación causal entre conceptos en la mente y propiedades semánticas sin postular alguna prioridad. Las propiedades semánticas no son de relación psicológica sino de relación lingüística, puesto que la relación que un contenido lingüístico determinado debe portar no es una relación que mantiene con sujetos, mentes o conceptos en las cabezas, sino una relación entre el símbolo que lo designa y partes, conjuntos o causas de símbolos. Dado que la evidencia necesaria para establecer la existencia de estados mentales como las creencias depende de la inferencia a partir del lenguaje y, puesto que todas las inferencias lógicas a partir del lenguaje presuponen únicamente una caracterización completa de las propiedades semánticas de sus partes (las oraciones), puede afirmarse con propiedad que la existencia de creencias como correlatos psicológicos de oraciones no puede ser establecida con algún grado de certidumbre.

Puede que las expresiones del tipo Moore deban su perplejidad a la incongruencia en sus condiciones de asertabilidad, pero postular un causalismo emergente y sin dirección nada nos dice de cómo la creencia en tanto actitud intencional interviene en tales condiciones, pues la evidencia obtenida de las relaciones lingüísticas es sólo y siempre *evidencia lingüística*, en cuyo caso la cuestión de cómo hacer uso del contenido de una oración de creencia como relación entre una representación mental y un hecho extralingüístico queda en el misterio más absoluto. Como bien ha dicho Dennett:

Quienquiera que importe las categorías necesarias para una teoría semántica formal y las obligue a servir en una teoría psicológica, está destinado a crear un monstruo (Lo Monaco 1997: 83-88; Hoogar 1994: 307-327).

¿Es que nada puede decirse en favor de cada una de estas posiciones? No me abruma el optimismo, aunque pienso que puede reivindicárselas,

<sup>3</sup> Cfr., *ibidem*.

cada una a su manera, como intentos igualmente plausibles de explicar la actitud intencional. Con esto quiero decir que no hay evidencia objetiva suficiente para regir la manera en que uno deba abordar teóricamente el fenómeno de la creencia. Si lográramos idear un método de determinar el estado del cerebro para verificar que cuando alguien afirma «Yo creo que *p*» su cerebro está en cierto estado físico manifiestamente distinto de aquel en que afirma simplemente «*p*», entonces sería posible —literalmente— certificar todas nuestras atribuciones de creencia simple y directamente a partir de tal psicología fisiológica. Pero esto no parece posible, me temo, ni siquiera en principio<sup>4</sup>, por lo que la discusión en torno a la naturaleza de la creencia sigue siendo una cuestión abierta.

Sin embargo, en mérito a la Paradoja de Moore, elijo no seguir ninguna de las tres opciones. Mi renuencia obedece a que pienso que la cuestión carece del dramatismo que los filósofos usualmente confieren a ciertas oraciones aparentemente contradictorias cuando les atribuyen el efecto paralizante que inmortalizara el célebre asno de Buridan. ¿Es la de Moore realmente una paradoja? Bueno, todo depende del punto de vista. Si aceptamos, de nuevo, el expediente de la psicología fisiológica, ciertamente el punto no es susceptible de opinión, pues podríamos en principio averiguar cómo actúan nuestras creencias con un simple vistazo al estado del cerebro. Empero, si no somos conductistas optimistas, entonces la respuesta es que hay aquí un caso real de interpretación, uno que nos permite decir que cuando la contradicción de Moore se cumple no es nada más que un suceso lingüísticamente normal, contextualmente asimilable por el uso lingüístico ordinario, y no hay por qué clamar paradojas. Téngase en cuenta que el carácter aporético atribuido a la oración de marras depende de la idea de que las creencias de alguien, cuando las formula en primera persona, han de ser siempre verdaderas.

Esta idea ha gozado de cierta popularidad, incluso en filósofos tan renombrados como Quine y Putnam. Luego, si se le agregan el requerimiento de la consistencia lógica y los procedimientos de deducción acostumbrados, ¡voilà!, salta la paradoja y, como toda inconsistencia cuando se la descubre, debe ser eliminada de una forma u otra. Sin embargo, la aceptación de esta idea no parece ni suficiente ni necesaria, y queda una duda abierta en torno al grado de generalidad que podemos asignarle. La razón es simple. No debe suponerse que el hablante en primera persona tiene siempre

<sup>4</sup> Como ha afirmado decididamente Davidson: «conceptos como los de significado y creencia son fundamentalmente no reducibles a conceptos físicos, neurológicos, o incluso conductistas» («La creencia y el fundamento del significado» en *De la verdad y de la interpretación*, cit., p. 163).

creencias verdaderas, pues ello tornaría superflua toda actividad de interpretación, si es que en verdad esta última es la única que puede permitirnos averiguar lo que alguien cree que significan sus palabras en las circunstancias bajo las cuales emite una oración. Esto puede verse claramente cuando relativizamos la cuestión a la interpretación y el significado. Para decirlo con Davidson:

Una persona no puede tener una creencia a menos que comprenda la posibilidad de estar equivocada, y esto requiere captar el contraste entre verdad y error: creencia verdadera y creencia falsa. Pero, he argumentado, este contraste sólo puede emerger en el contexto de la interpretación que por sí mismo nos empuja hacia la idea de una verdad objetiva, pública (Davidson 1990: 178).

Por supuesto que el proceso de expresar de un modo más preciso el carácter valorativo de las creencias tendría que evidenciar el agudo contraste entre el mundo nocional exclusivo del creyente y el contenido de su creencia sobre lo que realmente es el caso, pero de momento no exploraremos esta cuestión.

Las dificultades con que nos topamos en el caso de la creencia surgen cuando intentamos aplicar a las representaciones internas del creyente en primera persona condiciones de asertabilidad marcadamente diferentes de aquellas que rigen para las afirmaciones públicas acerca de las cosas del mundo. ¿Qué sucede, sin embargo, cuando la atribución de creencia se hace en segunda o tercera persona? ¿No introduce la creencia en segunda o tercera persona una relación siempre asimétrica entre la creencia y su contenido que necesita apelar a una noción específicamente metodológica: la de adscripción de creencia? Bien pudiéramos referirnos a esto como al *problema metodológico de la adscripción de creencia*: los casos de atribución de creencia en afirmaciones en segunda o tercera persona crean más problemas de interpretación especialmente intrincados, pues están necesitados de una metateoría de la interpretación, una que esté en condiciones de proporcionar criterios de asertabilidad y de verdad para las afirmaciones que entrañan «significado relevante», y que además suponga una perfecta adecuación a una teoría de la interpretación que haga lo propio respecto del «significado literal». En el caso del analista del discurso, puesto que su objeto de análisis son siempre las creencias ajenas, resulta sobremano difícil mostrar criterios objetivos de asertabilidad de sus atribuciones de creencia, a menos que se acuda a un principio de caridad como el de Davidson, lo cual desdibuja la idea de significado relevante.

Esta lectura arroja sus consecuencias en materia de análisis del discurso. Desde nuestro punto de vista, lo que interesa del análisis del significado

y la creencia que apenas hemos esbozado es que en él se encuentra solapada la *hipoteca infinita* contraída por el analista del discurso. En efecto, en la medida en que el analista asume como no problemáticas en su marco teórico nociones como el significado y la creencia, cuyo carácter polémico hemos intentado mostrar, en esa misma medida parece difícil aceptar que posee y puede exhibir un criterio confiable para la validación de sus propios análisis.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Burge, T. (1986). «Individualism and Psychology» en *Philosophical Review* 1.
- Davidson, D. (1990) «Comunicación y convención» en *De la verdad y de la interpretación*, Barcelona: Gedisa.
- Davidson, D. (1970). «Mental Events» en Foster y Swanson (eds.) *Experience and Theory*, Amherst: University of Massachusetts Press.
- Dennett, D. (1991). *La actitud intencional*, Barcelona: Gedisa.
- Fairclough, N. (1989). *Language and Power*, Londres: Longman.
- Fodor, J. (1987). *Psychosemantics*, Cambridge: MIT Press.
- Hoogan, M. (1994). «What is Wrong with an Atomistic Account of Mental Representations?» en *Synthese* 2.
- Linville, K. (1979). «Wittgenstein on Moore's Paradox» en Luckhardt, C. (ed.) *Wittgenstein: Sources and Perspectives*, Ithaca, NY: Cornell University Press, pp. 295-298.
- Livet, P. (1987). «Les limitations de la communication» en *Etudes Philosophiques* 3.
- Lo Monaco, V. P. (1997). «On Connectionism, Systematicity and Fodor's Dilemma» en Callaos y Martín (eds.): *Proceedings of the 4th World Multiconference on Systemics, Cybernetics and Informatics*.
- Moore, G. E. (1942). «A Reply to My Critics» en Schilpp, P. A. (ed.) *The Philosophy of G. E. Moore*, Evanston, MA.
- Rosenthal, D. (1986). «Intentionality» en French, Uehling y Wettstein (eds.) *Midwest Studies in Philosophy*, Vol. X, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Strawson, P. F. (1968). «Review of *Philosophical Investigations*» en Pitcher, G. (ed.) *Wittgenstein*, Londres: MacMillan.
- Wittgenstein, L. (1980). *Remarks on the Philosophy of Psychology*, Oxford: Blackwell.

## Las limitaciones del contexto en el análisis del discurso

Nancy C. Núñez O.\*

El término 'análisis del discurso' es muy ambiguo; sin embargo, generalmente aceptamos como tal el análisis lingüístico del discurso, hablado o escrito, que se da de una manera coherente y de una forma natural. Así, podríamos decir que el análisis del discurso es, siguiendo la definición de Stubbs (1983,1987), el

intento de estudiar la organización del lenguaje por encima de la oración o la frase y, en consecuencia, de estudiar unidades lingüísticas mayores, como la conversación o el texto escrito (Stubbs, 1983:17).

Así, al analista del discurso deben interesarle todas las cosas que puedan relacionarse con los fenómenos que rodean la materia a analizar y que ofrezcan la posibilidad de servirle como dato para su análisis. Cualquier inferencia que se derive de estos datos debe poder ser importante para su labor, pero para ello es necesario que él posea algún conocimiento riguroso, alguna prueba empírica sobre las conexiones que puedan tener éstos y lo que pueda inferirse de ellos. Esto es lo que le permite que pueda

situar sus datos en un contexto adecuado, convertirlos en indicativos de fenómenos que estén más allá de ellos, y proporcionarle así un puente lógico para la formulación de inferencias. En esta búsqueda, el analista del discurso se convierte en un consumidor de saber (Krippendorff 1990: 234).

La idea de que el lenguaje, la acción y el conocimiento son inseparables, así como que el lenguaje y la situación no pueden verse como independientes uno de la otra es en gran parte la responsable del interés, así como

\* Instituto de Filosofía, Universidad Central de Venezuela.

de cierta fascinación, que ha despertado en los últimos tiempos el análisis del discurso, especialmente el análisis del discurso político. Así, vemos al analista 'diseccionando' las emisiones del hablante, en objetivos, creencias, intenciones, etc, a fin de dar un significado al texto que analiza, aun cuando su tarea no sea un trabajo fácil; pues, aunado a este creciente interés, se ha patentizado, en forma muy evidente, que una gran parte del lenguaje ordinario no es posible tomarla en forma literal y que exceptuando las situaciones rituales donde ya están predeterminadas las palabras a pronunciar y las acciones a seguir, los usos del lenguaje son muy diversos; es decir, que podemos usar la misma frase en diversas formas, por ejemplo, una misma oración puede servirnos como una amenaza o como una súplica, dependiendo de la forma en que la usemos y en el contexto en que la insertemos. De aquí, que el analista del discurso se vea precisado a adoptar, como su principal instrumental de trabajo, a la teoría de los actos de habla<sup>5</sup>, puesto que ella constituye el paso inicial hacia una pragmática formal, la cual también toma en cuenta las formas no cognitivas de uso de oraciones; va a servirle de herramienta principal, puesto que ella se ocupa no sólo de aquellos enunciados que pueden ser verdaderos o falsos, sino principalmente de aquellos que cuando los emitimos realizamos una acción, es decir, que se refieren a los diversos usos que hacemos del lenguaje, como son el prometer, amenazar, insultar, suplicar y otros, los cuales podían ser todos conocidos y enumerados según Austin, «incluso si hubiese unos diez mil usos del lenguaje, seguro que podríamos enumerarlos con tiempo» (Austin 1975: 218). Esto como lo veremos más adelante no creemos que pueda ser posible.

Ahora, tal como lo observamos anteriormente, la tarea del analista del discurso puede complicarse puesto que cuando hacemos un uso cotidiano del lenguaje nos percatamos que utilizamos frases que lógicamente estarían construidas de una manera incorrecta, aun cuando desde el punto de vista del hablante y de su interlocutor, estas formas de comunicación no representan ninguna alteridad ni ambigüedad y que las mismas pueden tomarse como expresiones normales cuando se les utilizan en la conversación, el mito, en cuentos y en otros usos, ya que involucran un amplio espectro de creencias. Esto se debe a que el desarrollo intelectual del individuo debe involucrar las propiedades formales de los productos del pensamiento, su naturaleza instrumental, la importancia de la cultura en el diseño de estos productos y el lugar del hombre en su contexto social. A fin de poder ajustarse a estos requerimientos, el analista del discurso debe limitar su

<sup>5</sup> Aun cuando dicha teoría no ha podido desprenderse de los últimos presupuestos ontológicos de la semántica veritativa, a pesar de ser éste el propósito de Austin: el atacar la falacia descriptiva.

campo de acción a un contexto restringido, pues de lo contrario sus análisis estarán alejados de la realidad, serán aproximaciones superficiales y no constituirán un aporte sustancial a lo ya sustentado en el objeto del análisis. Nuestra hipótesis de partida en el presente trabajo es que el análisis del discurso, sea político, ético, literario, y/u otros, debe estar limitado a un contexto específico, a una realidad inmediata, para que pueda tener ciertos visos de objetividad.

Como dijimos anteriormente, la teoría de los actos de habla va a serle de gran utilidad al analista del discurso, puesto que ella le va a permitir poder analizar la cultura en la cual se inserta el análisis a efectuar, puesto que cada cultura posee un sistema de técnicas o reglas, mediante el cual da una forma y potencializa las capacidades de los integrantes de su comunidad lingüística, suministrándoles un sistema de valores, los cuales serán sus instrumentos y sus modos de conocimiento; así mismo, en el mundo social en que nos desenvolvemos, en muchas oportunidades,

las 'realidades' de la sociedad y de nuestra vida social son productos del uso lingüístico representados en actos del habla como prometer, renunciar, defraudar, legitimar, etc. [...] Si es cierto que, por ejemplo, ideas como 'nuevo federalismo' o 'socialismo de mercado' son formas de hablar y de interpretar las prioridades y obligaciones sociales de las necesidades humanas, la realidad social de tales conceptos llegará a existir gracias a los actos de hablar e interpretar (Bruner 1989: 198);

de esta manera, cuando hablamos de realidades 'sociales' como democracia, solidaridad, igualdad, libertad, etc., la realidad no se encuentra representada en un objeto o en la cabeza de cada quien, sino en el acto de afirmar y de lograr un consenso sobre el significado en que estamos usando dichos conceptos. De esta manera, las realidades sociales «no son ladrillos con los que tropezamos al andar o que nos hacen daño si las golpeamos con el pie, sino significados que obtenemos al compartir nuestras cogniciones sociales» (Bruner 1989: 199); aun cuando esto podría tener como consecuencia, que se corra el riesgo, tal como lo advierte Bruner (1989:121), de caer en un «relativismo cultural barato» el cual considere significativas todo tipo de diferencias culturales y que pase por alto los numerosos y profundos universales de la naturaleza humana en todas las culturas.

Ahora, ¿cuáles serían estos numerosos y profundos universales de la naturaleza humana a que alude Bruner? Si asumimos que la mayor parte de los actos de habla son específicos de la cultura esto haría que pareciera que podamos definir —relativamente más fácil— cuáles son los usos determinados por las reglas de cada sociedad específica y proponer las condiciones



necesarias y particulares que constituyen los tipos de habla; como por ejemplo, cuándo podemos establecer en una sociedad como la nuestra, principios firmemente establecidos para decidir legalmente si algo es o no, una violación de un contrato y así, de esta manera, podamos decir que es posible delimitar los usos del lenguaje. Sin embargo, tenemos que tener presente que aun cuando aceptemos que las oraciones se enuncian en determinados contextos y que parte del significado proviene del contexto en que aparece y, por consiguiente, su significado estaría determinado por su uso, así como que gran parte de los actos de habla son específicos de la cultura, ya que dependen de las convenciones legales, religiosas o éticas instauradas por las instituciones de sociedades o comunidades, debemos tener cuidado —tal como lo recomienda Lyons (1983: 188)— y no dejarnos engañar al pensar que todos los actos de habla pueden ser regulados o conformados en esta forma en las comunidades en que se emplean, ya que aun actos como ‘prometer’ y ‘afirmar’ que parecieran que pueden ser fácilmente definibles por las condiciones que los regulan, llegan a plantear problemas cuando se le utilizan y que, incluso, el acto de ‘prometer’, paradigma de la teoría de los actos de habla, en el sentido en que entendemos la palabra, es algo que no se puede hacer en todas las lenguas y en todas las culturas. Así, tenemos que reconocer —ateniéndonos a lo propuesto por Wittgenstein (1958)<sup>6</sup>, que los usos son infinitos— que hay actos de habla o usos del lenguaje que son específicos de la cultura, aun cuando pudiéramos aceptar de una manera más o menos amplia, que algunos usos del lenguaje podrían ser catalogados como universales, entre los cuales estarían las aseveraciones, plantear preguntas y dar órdenes, puesto que podríamos decir que no hay posibilidad —o por lo menos sería muy remota— de concebir la existencia de alguna sociedad humana en la cual no se den usos lingüísticos o actos ilocucionarios de los ya mencionados, así como también podríamos decir que muchos actos ilocucionarios específicos de la cultura, si no todos, se pueden considerar como pertenecientes a una subclase más especializada de uno de estos tres tipos. Por ejemplo, declarar bajo juramento que algo determinado es así es un acto que corresponde a una cultura, aun cuando es también una forma de hacer una firme aseveración; y se argumenta —desde presupuestos filosóficos— que es universal y elemental que podamos hacer aseveraciones (Lyons 1983:189).

<sup>6</sup> Wittgenstein, en lo que se ha denominado su segundo período, propone una teoría del significado como uso, donde sustenta que los usos del lenguaje constituyen los llamados ‘juegos de lenguaje’, los cuales pueden ser infinitos (esta teoría wittgensteniana del significado como uso la desarrolla en las *Philosophical Investigations* y está en abierta contraposición a su propuesta inicial, sustentada en el *Tractatus*).

Sin embargo, es importante señalar que, inclusive al aceptar que sí son universales los actos supuestamente básicos de hacer aseveraciones, plantear preguntas y dar órdenes, también debemos admitir que éstos están regulados en todas las sociedades por instituciones, prácticas y creencias más o menos específicas de la cultura de que se trate. La cortesía, por ejemplo, como se señala:

es una dimensión reconocible de la variación cultural a este respecto, pues en todas las sociedades es descortés hablar cuando a uno no le corresponde hacerlo; es decir, hablar cuando el rango social que uno detenta no le otorga autoridad o prioridad o, alternativamente, cuando las reglas que gobiernan la toma de palabra en tal sociedad no le concedan a uno autoridad o permiso para hablar en ese momento. También es descortés, en algunas sociedades, ser demasiado asertivo en el propio ejercicio de la autoridad locutiva e ilocutiva (Lyons 1983: 190).

Por ejemplo, dar una afirmación directa sin competencia o dar una orden brusca e incompetente. Por ello, la cortesía, vendría a ser una variación cultural de determinadas comunidades lingüísticas, la cual es la que determina el uso de los actos de habla que podrían suponerse como básicos. Asimismo, cuando se le

atribuye una determinada validez intercultural y, desde una interpretación suficientemente general de ‘cortesía’, pueda ser universal, ésta no se manifiesta del mismo modo en todas las sociedades (Lyons 1983: 190).

De manera que debemos ser cuidadosos en la aceptación de ‘generalizaciones’ que hayan sido basadas en experiencias particulares de una comunidad y esperar por esta razón, que las mismas pudieran ser consideradas como válidas para todos los tipos de sociedades.

Podríamos decir que la cultura es una representación abstracta de la realidad, la cual es compartida por una comunidad lingüística con intereses comunes, aun cuando como lo asegura Kroeber y otros antropólogos, «nadie ‘conoce’ la totalidad de la cultura» (Bruner 1989:150). Ahora, no es que la cultura deba verse —como lo propone el antropólogo Sperber— como un conjunto interiorizado de reglas, a partir del cual cada miembro de la cultura infiere lo que debe de hacer en situaciones concretas, sino más bien, que el conocimiento implícito de un individuo se hace explícito al negociar transacciones que ocurren en contextos específicos. El conocimiento explícito se crea y se desarrolla únicamente a medida que negociamos o, por seguir la metáfora de Clifford Geertz<sup>7</sup>, una cultura es algo parecido a un texto

<sup>7</sup> Bruner hace referencia al libro de Geertz (1973).

ambiguo que necesita constantemente de una explicación basada en la negociación conjunta de un significado con los demás. Y en ese sentido, los significados pueden cambiar cuando se produce un cambio en el contexto o cuando los integrantes de una comunidad lingüística así lo determinan.

De esta manera, so pena de pecar de relativistas, no podemos dejar de lado la cuestión de que en una interacción determinada intervienen elementos que hacen que algunos enunciados que se emiten en ella, puedan ser adecuados o no a un contexto social. Esto es lo que hace que no podamos ver al significado y a la verdad como independientes del uso, aun cuando sólo podamos predicar la verdad y la falsedad de las proposiciones. Así, no podemos tomar al significado como la suma de proposiciones verdaderas que puedan derivarse de un hecho que se está produciendo, ni la concentración semántica de proposiciones en la mente de cada individuo, tal como lo sugiere Davidson, sino que el significado está relacionado con el uso y el consenso sobre ese uso entre los miembros de una comunidad lingüística, tal como lo sugiere el segundo Wittgenstein.

Así, cuando hacemos uso del lenguaje, empiezan a manifestarse las limitaciones que nos imponen las convenciones del discurso. Estas limitaciones se hacen mucho más evidentes cuando hacemos análisis del discurso político, puesto que aun cuando sepamos la receta:

algún conocimiento del medio o auditorio aunado a cierta información idiosincrásica del mismo, una buena dosis de teoría política y una que otra pizca de semiótica o semiología, según se guste de anglófonos o se practique la francofilia, respectivamente (Lo Monaco 1997);

sin embargo, esto no es suficiente. Tal como lo señala Dell Hymes (Bruner 1989: 199), una persona puede conocer todas las reglas de la gramática así como todas las palabras que componen el léxico de una lengua y, no obstante, seguir siendo un ignorante desde una perspectiva lingüística, puesto que «es posible saber cómo construir oraciones bien formadas y cómo usar adecuadamente el léxico en forma referencial y ser todavía un *idiot savant* lingüístico» (Bruner 1989: 200), en la medida en que el lenguaje no es simplemente una serie de oraciones ni un catálogo de significados, sino que es una manera o un instrumento a través del cual nos relacionamos con otros individuos en un mundo social, en una cultura, con una intención o con un propósito. Es precisamente por esta razón que los significados pueden variar dependiendo del contexto. Así, la tan trillada expresión austriana de *¿Sería tan amable de pasarme la sal?* es una emisión que funciona como una petición que está dirigida a la mediación voluntaria del oyente y no debe tomarse como si fuera sólo una sencilla pregunta que

pretende conocer cuánto es el grado de la amabilidad del interlocutor; todo esto puede tomarse como lo que los individuos han caracterizado como cultura.

De esta manera, la cultura puede tomarse como un foro, donde es posible negociar y renegociar el significado; asimismo, la acción podría explicarse como un sistema de reglas o especificaciones de la acción. Aquí cabría la aseveración de Bruner:

Es más, no existe cultura alguna que no mantenga instituciones especializadas o momentos específicos en los que se intensifique esta característica que la hace similar a la de un foro. La narración de cuentos, el teatro, las formas de ciencia y protociencia, incluso la jurisprudencia, son todas ellas técnicas para potenciar esta función —formas de explorar mundos posibles fuera del contexto de la necesidad inmediata (1989:201);

aun cuando podría considerarse la posibilidad de que hayan existido algunas sociedades, clásicamente tradicionales, en las que podrían derivarse las acciones de los integrantes de esa comunidad gracias a un sistema o conjunto de reglas en cierta forma más o menos establecidas. Tomemos el ejemplo que toma Bruner de Granet<sup>8</sup> sobre la familia tradicional china, en la que papeles y obligaciones estaban tan clara y firmemente especificadas como en la tradicional coreografía del Bolshoi; asimismo, el relato de John Fairbank (1979) sobre «la extraordinaria facilidad con que la legitimidad y la lealtad pasaban, en el círculo político de los señores de la guerra chinos, al vencedor local tras la victoria en cualquier horrible batalla»; éstas serían muestras muy aisladas que no podrían tomarse como prácticas universales. Basándose en gran parte en estos antecedentes, Bruner concluye que la

explicación de las culturas según algún tipo de 'equilibrio', es útil principalmente para guiar la realización de las etnografías de antiguo cuño o como instrumento político de aquellos que, desde el poder, desean subyugar psicológicamente a los que deben ser gobernados (1989:200).

Esto se patentiza, más que todo en el discurso político, ya que en éste, generalmente, es más importante lo que no se dice que lo que se dice; asimismo, en el discurso político, por lo general, la acción se manifiesta teleológicamente —en términos habermasianos— como una acción estratégica, es decir, orientada a influir o motivar en otros para la obtención de ciertos efectos o fines; ésta es un tipo de acción que niega en sí misma la naturaleza de la comunicación, por cuanto está orientada al «influjo mani-

<sup>8</sup> Bruner toma un ejemplo de un trabajo de Granet que no ha sido publicado. Cfr., Bruner 1989: 200.

pulador y no al entendimiento racional previo, para obtener a toda costa los fines pretendidos» (Habermas 1987: 257); es decir, donde importa más el fin que los medios (Núñez 1998). En términos austinianos, los actos de habla políticos tienen una fuerza ilocucionaria basada en la persuasión, son actos perlocutivos, cargados de intencionalidad. De aquí que podamos asegurar que «la quintaesencia del discurso político es, entonces, la persuasión, y no la fuerza ni la violencia» (Kohn 1995: 68), aun cuando el papel de la persuasión no deba ser —tal como lo dice H. Arendt—, la manipulación de los demás a través de

la creación de ídolos (Bacon), sino que implica el debate libre y abierto entre iguales, mediante el cual tratamos de formar, someter a prueba, aclarar y volver a probar las opiniones, hasta llegar al mutuo acuerdo, que hace plausible que compartamos, solidariamente, nuestro destino<sup>9</sup>.

Ahora, volviendo a nuestro tema de discusión, cabría preguntarnos: ¿Cuando se hace análisis del discurso, sea éste político o literario, cómo puedo yo saber si estoy haciendo la interpretación correcta de un texto? ¿Puedo yo decir como analista del discurso que 'conozco' la cultura en la cual se inserta el texto a analizar? ¿Cómo 'desmantelar' esa estructura subyacente?

Indiscutiblemente que contestar a estas preguntas no es fácil, como tampoco lo es la tarea del analista. Sin embargo, como una manera de subsanar los inconvenientes que conlleva el tomar a la teoría de los actos de habla como una de las herramientas fundamentales a la hora de hacer análisis del discurso y como una posible solución para, al menos, corregir en parte los índices de error en que puedan caer los analistas y, de esta manera, intentar subsanar uno de los problemas intrínsecos al análisis del discurso, podríamos tomar la propuesta que hace Stubbs de lo que él llama la triangulación. Ésta se refiere a la necesidad de contrastar la descripción de un hecho con otras posibles descripciones o pruebas independientes, las cuales han sido recogidas mediante diversas metodologías, es decir, a la reunión y comparación de diversas perspectivas sobre una determinada situación, constituida por un conjunto de conductas y creencias. De esta manera, aun cuando los diversos modos de métodos de investigación en las ciencias sociales involucran una interpretación del investigador o analista del discurso, la triangulación permite que los datos cuantitativos se puedan contrastar con los datos cualitativos o viceversa; esta contratación hace que sea más confiable el grado de validez del análisis que se realice, aun cuando

<sup>9</sup> Kohn (1995) hace referencia al libro de H. Arendt (1958) *La condición humana*.

—tal como lo considera Cicourel (1973: 124)—, «por mucho que triangulemos, el resultado siempre será indefinido» (Stubbs 1983: 226), ya que no podemos dejar de lado la cuestión de que «todos los métodos de recogida de datos tienen fuentes de errores»; de aquí la importancia de combinar distintos métodos con diversos matices a fin de intentar la interpretación que pueda acercarnos más a la objetividad.

La primera recomendación que hace Stubbs (1983) cuando tratamos con el concepto de triangulación, es que detrás de él subyace la idea de que la descripción que pueda hacer el analista del discurso siempre debe poder compararse con la de los participantes. En la sociología ya se están tomando en cuenta estos datos, mientras que en los lingüistas hay una tendencia a «descartar las descripciones de los hablantes de su propia conducta y actitud ante el lenguaje, porque consideran que están hechas al azar, que no son fiables y que son ingenuas» (Stubbs 1983: 227). Es por esto que Stubbs (1983) considera que los lingüistas deberían ser más cuidadosos sobre lo que tienen que decir sobre su propio lenguaje.

Esta observación de Stubbs se basa especialmente en que la sociolingüística, desde su desarrollo, ha intentado mostrar las mutuas y diversas relaciones que se dan entre lo social y lo lingüístico, a fin de patentar que no hay un hecho cultural que pueda existir dentro del ámbito lingüístico. La sociolingüística puede verse como una teoría crítica de la sociedad en la cual las condiciones del hablante, los significados que dicho hablante utiliza, los modelos que está empleando, el propósito o intención que persigue cuando se dirige a su interlocutor, la forma como lo dice, la manera en que ésta intención es captada por el oyente o el auditorio, los efectos o consecuencias de su emisión son, todos ellos, los elementos que van a conformar los actos de habla. Pero, los analistas del discurso no deben conformarse con estos elementos; como hemos visto, la teoría de los actos de habla no responde completamente a estas interrogantes, ya que no es posible conocer los infinitos usos del lenguaje, tal como lo diría Wittgenstein, puesto que los contextos y los usos son ilimitados (Wittgenstein 1988: 68). Este es justamente el 'estigma' de la teoría de los actos de habla: no es posible otorgarle un carácter universalista, puesto que está vinculada a contextos específicos y a convenciones. Lo más importante es tener presente, que las palabras y formas lingüísticas tienen funciones distintas en los diferentes juegos de lenguaje; que hay una amplia diversidad de usos lingüísticos en los diferentes contextos que no podemos pasar por alto. Tal como lo aconseja Wittgenstein, es más interesante subrayar las diferencias que acentuar semejanzas; es más relevante poner de manifiesto diferencias, matices, distinciones, a fin de indicarnos el valor del caso particular frente al generalizador, aunque

se esté consciente de que las generalizaciones son necesarias para una sistematización científica de la multiplicidad de fenómenos (Wittgenstein 1958:67-69).

Una de las conclusiones de Stubbs es que ningún nivel del análisis por separado puede decir todo lo que hay que decir sobre la conversación, a menos que se trate de casos rutinarios como una transacción habitual entre dos desconocidos en una tienda: sobre este respecto, varios investigadores han puesto en el tapete que la relación que se da entre las formas superficiales de la conversación y los significados, funciones y estructuras subyacentes es algo muy difuso, y que puede tendernos muchas trampas (Stubbs 1983: 174).

Es por esto que el analista del discurso debe tener presente que uno de los problemas de la teoría de los actos de habla es que, en muchos casos, la emisión performativa arrastra o implica pragmáticamente la verdad o falsedad de una proposición. Así, la recomendación es que cuando se hace análisis del discurso, en muchas oportunidades, para saber si una emisión es mentira o literalmente engañosa, aunque literalmente sea verdadera, hay que recurrir a las *máximas de cantidad*, formuladas por Grice (1982), las cuales se refieren a que debemos dar la aportación de información como se requiera; es decir, no dar más información de la que sea necesaria. Asimismo, estar consciente de la importancia que pueda tener la diferencia entre lo que se dijo y lo que se implica, aunque no de una forma lógica sino de una forma pragmática, así como de las convenciones generales que regulan la conducta normal de una interacción entre un hablante y su interlocutor o su auditorio. De esta manera, tendremos, por ejemplo, la disposición a esperar a que el hablante diga lo que queremos saber y que no nos engañen de una manera deliberada.

Así, resumiendo, podríamos decir que, cuando se hace un estudio del lenguaje, hay que tomar en cuenta los siguientes factores. 1) Verificar que la emisión se haga en una forma correcta; es decir, comprobar si ellas se ajustan a las reglas gramaticales que ya han sido fijadas en ese lenguaje. 2) Cuando la emisión se *refiere* a algo del mundo 'real' o de algún mundo posible, y tiene un *sentido*, ambos aspectos conforman el *significado* de una emisión<sup>10</sup>. Sin embargo, el significado tiene, tal como lo señala Grice, dos

<sup>10</sup> Sobre este aspecto, hay más o menos un consenso en considerar que a partir de los aspectos semánticos del lenguaje se desprenden las reglas sintácticas; sin embargo, hay tendencias que consideran que los individuos comprenden antes que todo los argumentos que tienen que ver con la acción, y como consecuencia de ello, se desprende una gramática de casos donde no sólo se representa la acción sino también al agente, objeto, instrumento, situación, etc., mientras que la escuela de Praga considera que «la gramática en realidad se deriva más del discurso que del conocimiento particular de la acción y sus argumentos» (Cfr., Bruner 1989: 188)

tipos de significado: significado eterno y significado coyuntural; en este último, el significado es dependiente del contexto, en el cual intervienen intenciones que pueden ser percibidas o atribuidas y, por otra parte, el contexto está basado en «una lectura convencionalizada de la situación» (Bruner, 1989); es decir, que depende de convenciones. De esto podemos concluir que está conformado por intenciones y convenciones. 3) El tercer factor está relacionado con las reglas de la pragmática o las máximas de la proposición (como las llama Grice) y tiene que ver con la manera en que se satisfacen ciertas condiciones en el instante en que se produce una emisión. Es decir, se relaciona con el momento, las condiciones, la intención y con la forma en que debemos hablar.

Si el analista del discurso se atiene de una manera —más o menos estricta— a estos principios griceanos y asume la propuesta de Stubbs de la triangulación, es decir, contrastar varias interpretaciones sobre el mismo objeto de estudio, donde intervengan diversas disciplinas, tales como lingüistas, politólogos, sociólogos, psicólogos, filósofos y/o otros, aun cuando su análisis no sea *la* interpretación, si puede, seguramente, ser *una* buena interpretación, con una cierta dosis de objetividad, aunque no por ello carente de subjetividad, puesto que el analista del discurso no puede sustraerse de sus propias creencias, de su propia cultura o concepción ideológica; sin embargo, probablemente habrá encontrado en su análisis mucho más de lo que inicialmente buscaba y también posiblemente habrá encontrado cosas que no esperaba encontrar.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Austin, J. L. (1961). «Performative Utterances» en *Philosophical Papers*, Oxford: Clarendon Press. Traducción castellana: (1975) «Emisiones realizativas» en *Ensayos filosóficos*, Madrid: Alianza Editorial.
- Bruner, J. (1989). *Acción, pensamiento y lenguaje*, Madrid: Editorial Alianza.
- Bruner (1973). Geertz: *The interpretation of cultures: selected essays*, Nueva York: Basic Books.
- Cicourel, A. (1973). *Cognitive Sociology*. Harmondsworth: Penguin.
- Fairbank, J. K. (1979). *The United States and China*, Cambridge: Harvard University Press.
- Geertz. (1973). *The interpretation of cultures: selected essays*, Nueva York: Basic Books.
- Grice, H. (1975). «Logic and Conversation» en Cole y Morgan (eds.) *Syntax and Semantics*, vol. III: *Speech Acts*, Nueva York: Academic Press. Traducción portuguesa: «Lógica e Conversação» en Dascal, Marcelo (ed.) (1982) *Pragmática*, editado por el Instituto de Estudos da Linguagem de la Universidad de Campinas.
- Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa*, tomo I, Madrid: Ediciones Taurus.
- Kohn, C. (1995). «Praxis comunicativa y participación política: Apuntes para la construcción de un espacio público democrático» en *Cuadernos de Postgrado. Discurso político y crisis de la democracia. Reflexiones desde la filosofía social, la ética y el análisis del lenguaje*. Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado, Facultad de Humanidades y Educación-UCV.
- Krippendorff, K. (1980). *Content Analysis. An Introduction to its Methodology*. Newbury Park: Sage Publications. Traducción castellana: (1990) *Metodología de análisis del contenido*. Barcelona: Paidós.
- Lo Monaco, V. (1997). «Sobre los supuestos filosóficos del análisis del discurso político» en *EPISTEME NS 17*. Caracas: Revista del Instituto de Filosofía, Universidad Central de Venezuela.
- Lyons, J. (1983). *Language, Meaning and Context*, Londres: William Collins Sons.
- Núñez, N. (1998). «El poder de las palabras o el poder de las instituciones» en *EPISTEME NS 18*. Caracas: Revista del Instituto de Filosofía, Universidad Central de Venezuela.
- Stubbs, M. (1983). *Discourse Analysis. The Sociolinguistic Analysis of Natural Language*, London: Basil Blackwell Publisher. Traducción castellana: (1987) *Análisis del discurso*, Madrid: Editorial Alianza.
- Wittgenstein, L. (1958). *Philosophical Investigations*, London: Basil Blackwell. Traducción castellana: (1988) *Investigaciones filosóficas*, Barcelona: UNAM.

## La enajenación lingüística: base del consenso globalizante

Daniel Antonio Hernández L.\*

La globalización es el signo vital de nuestro tiempo. Coyunda todos los procesos sociales bajo la hegemonía del poder con la cobertura de ofertar libertad, riqueza y bienestar. Aunque la desigualdad real contradice este discurso, la globalización se refuerza como paradigma social hegemónico, desplegándose como razón instrumental tecnológica y alienación lingüística, disfraces axiológicos del poder.

Nos proponemos en esta comunicación mostrar cómo un elemento central en el consenso globalizante es la alienación lingüística que produce la circulación de mensajes dirigidos, por una parte, a consensuar ciertos códigos lingüísticos desde los cuales la relación mercantil se convierte en contenido hegemónico de las prácticas sociales. Por otra parte, a penalizar como patológicos los códigos lingüísticos y las prácticas sociales reactivas al poder dominante, excluyendo al sujeto crítico de la comunidad consensuada como atrasado y arcaico.

Para lograr nuestro propósito, partimos de las intuiciones sobre el lenguaje de Marx, y los desarrollos de Voloshinov, Schaff, Gramsci, Adorno, Castilla del Pino, tomando como eje la categoría de alienación lingüística, en tanto circulación lingüística dialécticamente condicionada por las relaciones sociales de producción. Es decir, utilizamos una metodología dialéctica crítica que considera las prácticas sociales y la comunicación humana históricamente determinadas como las claves de inteligibilidad cognitiva, que asume la sociedad como una totalidad contradictoria y que confronta el discurso con la realidad.

\* Instituto de Investigaciones de la Comunicación —ININCO—, Universidad Central de Venezuela.

## EL LENGUAJE ES LA CONCIENCIA PRÁCTICA

El mundo humano, como resultado de la actividad humana, se realiza en la medida en que el trabajo y el lenguaje existen como mediación entre necesidad y satisfacción de la necesidad, entre el individuo y el Otro social, y entre el individuo y la naturaleza. Trabajo y lenguaje constituyen, pues, la esencialidad humana. Determinada históricamente y surgida de «los apremios del intercambio con los demás hombres»<sup>11</sup> creó el signo lingüístico como material de la comunicación, cuya forma más acabada es la palabra, que no es otra cosa que el envoltorio material del pensamiento:

Toda la realidad de la palabra se disuelve por completo en su función de ser signo [...] La palabra es el medio más puro y genuino de la comunicación social [...] porque penetra prácticamente en cuanta interacción e interrelación se lleve a cabo entre los hombres: en la cooperación en el trabajo, en los eventuales roces cotidianos, en las relaciones políticas, etc. En la palabra se ponen en funcionamiento los innumerables hilos ideológicos que traspasan todas las zonas de la comunicación social (Voloshinov 1992: 37 y 43).

Pero, además, como la palabra puede producirse individualmente sin ningún recurso extracorporal, llegó a convertirse en el material sónico de la vida interior, esto es, de la conciencia. La conciencia sólo pudo desarrollarse al disponer de un recurso elástico y corporalmente expresivo. La palabra llegó a ser tal recurso (Voloshinov 1992: 38).

## EL DOBLE CARÁCTER DE LA PALABRA

De lo anterior se sigue que la palabra tiene un doble carácter: por una parte, es el hilo que conjunta el tejido social a través de la comunicación social, constituyendo la principal mediación intersubjetiva y aportando la sustancia de la subjetividad. Por otra parte, articula la conciencia individual, estructurando verbalmente las diversas expresiones de la práctica social del sujeto, con lo que estructura su mundo de representaciones internas.

La palabra es la mediación dialéctica entre comunicación social y subjetividad individual. Y aunque en sí misma puede considerarse como un signo neutral, la sustancia que aporta para la construcción del mundo

<sup>11</sup> «El lenguaje es tan viejo como la conciencia: el lenguaje es la conciencia práctica, la conciencia real [...] el lenguaje nace, como la conciencia, de la necesidad, de los apremios del intercambio con los demás hombres [...] La conciencia, por tanto, es ya de antemano un producto social, y lo seguirá siendo mientras existan seres humanos» (Marx 1979: 31).

interno, trae consigo cargas ideológicas, en cuanto ella misma es un producto histórico y social. De esta manera, aún la conciencia individual es un hecho ideológico, histórico y social, pues si bien ella constituye el universo interno del sujeto, éste sólo existe, en la medida en que es producto del pasado y en que reproduce su existencia socialmente<sup>12</sup>. El lenguaje no es un simple reflejo de la realidad social ni ésta un simple producto del lenguaje. Entre ambos existe una relación dialéctica, en la que tanto la realidad social como las prácticas sociales son transformadas en determinados grados de conciencia mediante la producción de «representaciones y conceptos» que, a su vez, sustentan determinadas «concepciones del mundo» las cuales se despliegan a través de la práctica social y se articulan a través del lenguaje. El lenguaje estructura dialécticamente la conciencia.

Como hecho social, el lenguaje es el resultado de la práctica de sujetos sociales, en una dinámica de procesos abiertos que, en las sociedades clasistas, se constituyen en tanto despliegue de intereses contrapuestos. Estos procesos configuran el tejido sustantivo de la vida en cuyo contexto surgen diferenciados grados de conciencia que resultan de cómo el sujeto sintetiza interiormente sus condiciones materiales de existencia. La conciencia se constituye así en el proceso abierto de su reelaboración dialéctica con una realidad social, en la que cada situación concreta es el resultante de prácticas sociales heterogéneas, unidas consensualmente por el hilo de las mediaciones políticas y socioculturales que configuran el imaginario desde el cual se articulan las fantasías sociales, se operacionaliza el sistema y se tienden a resolver las tensiones internas.

## TRABAJO LINGÜÍSTICO Y ENAJENACIÓN DE LA CONCIENCIA

La conciencia como mundo interior subjetivo, es siempre una actividad del sujeto que «traduce» el mundo exterior, para poder entenderlo y para insertarse dentro del mismo. Esta «traducción» es, como señala Brandist, siguiendo a Vossler, «la esencia de toda comunicación humana»<sup>13</sup>. Esta actividad de «traducción» supone un trabajo de creación de representaciones a través de las cuales el sujeto interioriza su relación con el mundo externo. Tal trabajo es un trabajo lingüístico.

<sup>12</sup> «La producción por parte de un individuo aislado, fuera de la sociedad [...] no es menos absurda que la idea de un desarrollo de lenguaje sin individuos que vivan *juntos* y hablen entre sí» (Marx 1973: 4).

<sup>13</sup> «los procesos de traducción son necesarios para que un grupo social entienda a otro en la misma ciudad, para que los niños entiendan a los padres en la misma familia, para que un día entienda al siguiente» (Bajtín, 1984: XXXI. Citado por Brandist s/f, 111).

Desde esta perspectiva, y siguiendo a Ponzio (1973: cap. III), asumimos la relación de homología entre las categorías de producción lingüística y producción material como fundamentos para la constitución del mundo humano. La primera produce e intercambia mensajes, la segunda produce e intercambia mercancías. Una teoría que intente dar cuenta de la realidad social a través de la mediación del lenguaje, tiene que dar cuenta unitariamente de los procesos de producción de ambos. Reducir el trabajo a una simple categoría económica y el lenguaje a un simple objeto sónico, o escindir lenguaje y realidad, como consecuencia de la escisión de la relación entre sujeto y objeto, constituyen tesis erróneas. La exigencia metódica de tratar ambos aspectos unitariamente es necesaria porque expresan una misma realidad: la condición humana, y porque tal condición no es independiente de la realidad externa que afecta a la vida del sujeto, ni tampoco un simple reflejo mecánico de tal realidad<sup>14</sup>.

De donde se sigue la imposibilidad de separar aspectos que por su naturaleza constituyen una unidad dialéctica, independientemente de que cada aspecto tenga su campo específico, que sólo puede ser tratado correctamente en la medida en que se considere en sus relaciones con su polo antitético. De otra manera siempre está presente el riesgo de caer en un fetichismo sónico y en una concepción meramente empírica, donde el propio lenguaje es reducido a un dato empírico, entendido no en sentido dialéctico, como algo inseparable de la realidad social de la cual es producto, sino como algo fijo y estable que, por encima de la realidad social, conduce a que el lenguaje se transforme en un modelo de «la tiranía de las ideas abstractas» desde donde se intenta autolegitimar el poder.

Ahora bien, en cuanto hecho histórico, el lenguaje impone al sujeto una realidad social que le es preexistente. La razón, en su forma de conciencia crítica, es decir, apropiada reflexivamente y ejercida a través de una voluntad práctica por el sujeto, está precedida históricamente por formas de conciencia no reflexiva, legadas por el pasado, adquiridas inconscientemente por aprendizaje lingüístico en el proceso de socialización y asumidas independientemente de la voluntad subjetiva. Esta circunstancia crea las bases históricas y sociales para que el sujeto asuma pasivamente códigos lingüísticos ya existentes, los cuales corresponden siempre a determinadas «visiones del mundo» que el sujeto hereda, consume y reproduce inconsciente y forzosamente, pues ellos son sus canales para comunicarse y ser comprendido socialmente. Estas «visiones del mundo» en una sociedad clasista como

<sup>14</sup> «Los filósofos no tendrán más que reducir su lenguaje al lenguaje corriente, del que aquél se abstrae, para darse cuenta y reconocer que ni los pensamientos ni el lenguaje forman por sí mismos un reino aparte, sino que son sencillamente, expresiones de la vida real» (Marx 1979: 535).

la actual, no son neutrales ni ingenuas, pues los flujos de información y comunicación social que sustentan tales visiones se despliegan como expresiones del poder que busca reproducir y perpetuar su dominio.

Si, como hemos afirmado, el mundo humano, como mundo de significaciones simbólicas, es una construcción del hombre a través de su trabajo lingüístico, mediante el cual estructura una determinada conciencia a partir de prácticas sociales determinadas por la comunicación social, entonces la significación de la vida social, la escala axiológica, la objetividad de lo real y el significado del conocimiento, el arte y la ciencia en una determinada sociedad, no son neutrales ni dados a priori con respecto a este trabajo lingüístico. Por el contrario, son producto del trabajo lingüístico cuyo resultado es la conciencia. Esta construcción del mundo interior, al estar determinada por una comunicación social que opera en función del poder y de legitimar la enajenación del trabajo y las relaciones de explotación y de dominación política que le son consustanciales enajena también la conciencia.

#### ENAJENACIÓN DEL TRABAJO Y ENAJENACIÓN DE LA CONCIENCIA

Nos encontramos así, no sólo frente a la enajenación del trabajo. La conciencia también es enajenada en tanto que, a pesar de ser construida por el sujeto, lo es a través de códigos lingüísticos prefabricados que, obedeciendo generalmente a los intereses mercantiles y políticos del poder, resultan extraños a su propio interés y le impiden apropiarse críticamente de su propia subjetividad. En efecto:

Dado el control que las clases dominantes ejercen sobre los códigos, sobre los canales de comunicación y sobre las modalidades de descodificación e interpretación del mensaje, el sujeto hablante sigue lenguajes prefabricados, 'logotécnicos'; se encuentra en la situación de ser hablado por sus propias palabras, de ser portavoz de una totalización de la realidad que él no ha realizado, cuyo fin y cuya función no comprende (Ponzio 1973: 240) (énfasis nuestro).

A pesar de que es el sujeto el que construye su «mundo interno», el material que le aporta la comunicación social a través de la palabra, resulta ser una implantación de «visiones del mundo» extrañas al propio sujeto. Éste las asume como propias y refuerza su absorción mediante el rito de sus prácticas sociales, pues tal lenguaje siempre va de la mano de valorizar y jerarquizar determinadas prácticas sociales que, en tanto llegan a hacerse hegemónicas, legitiman, a su vez, su lenguaje. El resultado es la enajenación

lingüística y de la consciencia del sujeto, quien se extraña de su propio mundo, pues a pesar de construirlo como su «mundo interno» y con sus propias palabras, no lo hace en función de sus propios intereses vitales sino de los intereses extraños que estas palabras expresan.

¿Cuáles son estos intereses extraños al desarrollo plenamente humano, vital y gratificante del sujeto? En la sociedad actual los intereses de las diversas clases y sujetos sociales se articulan básicamente alrededor de la propiedad privada, la cual genera relaciones de explotación, dominio y exclusión. El conflicto clasista está así siempre abierto, dentro de un contexto de diversidad de estrategias de los sujetos sociales en un escenario de fragmentación y recomposición constante de sus relaciones en busca de la hegemonía social, en lo que juegan papel fundamental los medios de comunicación. Los contenidos de la comunicación social expresan de manera concentrada los intereses e ideas de las clases dominantes, impuestas como «las únicas racionales y dotadas de vigencia absoluta». La conclusión de Marx, según la cual:

La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de medios necesarios para producir espiritualmente (Marx 1979: 50).

Ha adquirido hoy más vigencia que nunca, pues estos medios para la producción material han sido transformados, gracias a la revolución científica tecnológica, en medios que operan directamente sobre la producción espiritual de la sociedad. Las tecnologías telemáticas permiten fundir plenamente en un solo proceso y en un mismo momento, sobre el eje de la acumulación del capital, la enajenación del trabajo, la enajenación de la conciencia social y diversas formas de dominio político. Hoy, los medios para la producción material se han transformado en medios directos para la producción espiritual, subsumidos ambos por la acumulación del capital.

Esto ha sido posible porque las tecnologías actuales permiten que el proceso de acumulación trascienda el tiempo de la jornada de trabajo y el espacio propiamente productivo, colonizando también el tiempo libre y el espacio privado doméstico, a través de las industrias culturales convertidas, junto con su soporte telemático, en el sector más dinámico de la economía mundial. Grandes monopolios internacionales, sobre la base del dominio tecnológico, han estructurado una industria de los nuevos medios de comunicación que articula en su interior comunicaciones, computación e indus-

trias de contenido (las llamadas por Adorno industrias culturales). Este sector opera como activo agente emisor de concentrados flujos de información y comunicación al interior de la sociedad, que van unidireccionalmente desde los «islotos» a la megaperiferia (del norte al sur) (Marcial 1992), a través de una compleja estructura que une en una «tela de araña» noticias, películas, videos, programas de TV, discos, libros, diarios y revistas, telemática, multimedia, tecnologías de información y comunicación. Todos estos canales de comunicación son articulados por sistemas educativos y desplegados en el espacio de la vida cotidiana, bajo el poderoso influjo de la publicidad, convertida en el principal vehículo de una penetración transnacional que implanta estructuras sociales concretas que tienden a introducir y legitimar en los espacios locales, las representaciones sociales que articulan las «visiones del mundo» promovidas desde los centros de poder.

#### EL DISCURSO GLOBALIZADO COMO DESPLIEGUE DEL PODER

Como se sabe, la fase actual de desarrollo del capitalismo, articula dialécticamente la emergencia de la revolución científico técnica, el colapso del «socialismo real», el ascenso de la globalización neoliberal como paradigma social hegemónico y los procesos de flexibilización del trabajo. La confluencia de estos múltiples y complejos procesos que se condicionan y complementan recíprocamente, ha estado articulada hegemónicamente por los propietarios del capital financiero, los productos de la revolución científico tecnológica y los grandes monopolios, quienes han integrado mundialmente sus actividades sobre la base de las tecnologías de la comunicación y la información en un intento por poner bajo su dominio todos los procesos sociales.

Esto ha dado lugar a que el núcleo hegemónico de las representaciones que constituyen el contenido de los flujos de comunicación social hayan sido, desde los años '80, la exigencia que todas las esferas de la vida económica, social, política y cultural, se organicen en función de los intereses de los dueños del capital. Se argumenta que sólo subordinando la sociedad a las leyes mercantiles es posible acceder a una sociedad justa, próspera, democrática y libre, la que daría por resultado un sujeto social plenamente realizado. Paradójicamente este discurso ideológico del pensamiento único ha intentado legitimarse como «profundización y modernización de la democracia», clausurando cualquier alteridad con la argumentación de la muerte de las ideologías, aunque para ello tuvo que decretar también el «fin de la historia».



Pero la sociedad es una totalidad dialéctica y contradictoria. Por las profundas desigualdades que generan la concentración del poder y de la propiedad, el espacio social articula también prácticas sociales emancipatorias. La confrontación de clases resultante se dirime fundamentalmente en el campo de la conciencia social, en el campo discursivo. Gracias al doble carácter de la palabra, la comunicación social es utilizada como vehículo para domesticar la conciencia individual bajo la forma del consenso rutinizante. Bajo el sofisma de la «libertad de expresión», los canales de comunicación social son saturados por los dueños del capital para la difusión masiva de sus ideas e intereses.

Emergen así, desde los diferentes espacios de la práctica social diversos discursos que tratan de absorber a sus contrarios:

Los discursos buscan atrapar a otros discursos de acuerdo con dos principios básicos: ya sea estableciendo una relación de autoridad entre el discurso que atrapa y los que deben ser atrapados, o facilitando el mayor avance del discurso por ser atrapado a través del discurso que atrapa (Brandist s/f: 117).

Por supuesto el discurso que atrapa y subsume los otros, lo hace desde un «principio de autoridad» que el propio discurso legitima. El discurso hegemónico es autoreferente en cuanto a su propia legitimidad. En su despliegue como discurso, en la misma medida que crea sus propios referentes, excluye por principio, cualquier alteridad. «Detrás del discurso que atrapa yace un poder que es imposible cuestionar. Toda perspectiva ideológica independiente queda necesariamente excluida» (*idem*), con el propósito manifiesto de reducir los sectores subordinados a una situación de pasividad moral y política.

¿Cuáles son las formas como se despliega el discurso dominante? El análisis detenido de estas formas trasciende este artículo<sup>15</sup>. Sin embargo, cabe destacar que, a partir de la transformación de los medios de producción material en medios directos de producción espiritual, se ha articulado la acumulación de capital y manipulación sociocultural en un sólo momento. Como consecuencia, la necesidad de ampliar la esfera de la acumulación del capital presiona constantemente para que el aparato comunicacional «colonic» todos los intersticios de la vida social convirtiendo la racionalidad mercantil en la racionalidad misma de la sociedad. La exégesis del mercado ha traído como consecuencia que la idea de marketing y el consumismo se haya transformado en contenido y sentido de realización social aniquilando

<sup>15</sup> Véase mi trabajo en *Anuario Ininco* 9.

cualquier orientación vital, activa, transformadora y gratificante de la existencia. Como bien señala Adorno:

Lo que en un tiempo fue para los filósofos la vida, se ha convertido en la esfera de lo privado, y aún después simplemente del consumo, que como apéndice del proceso material de la producción se desliza con éste sin autonomía y sin sustancia propia (1987: 9).

La comunicación social mediante la industria del entretenimiento coloniza todos los espacios de la vida social, aun los privados, en función del consumo que, sin embargo, no se asume en su dimensión productiva humana, esto es, como desarrollo de las potencialidades humanas, sino como simple necesidad reproductiva del capital. De esta manera, el espacio de la vida cotidiana tiende a estructurarse alrededor del consumo como principal referente social. Advértase la importancia del espacio cotidiano en la estructuración de las representaciones sociales del sujeto, pues apareciendo como espacio privado, relaja la censura por la supuesta inocuidad de los mensajes que allí circulan. Pero en realidad, este espacio resulta propicio para los procesos de enajenación de la conciencia porque, «por un lado, se conecta directamente con los procesos de la producción, por el otro, toca las esferas de las diversas ideologías ya formadas y especializadas» (Voloshinov 1992: 38), que operan reforzando entre sí.

Por otra parte, aunque el sector social que puede satisfacer realmente los patrones de consumo que demanda la reproducción del capital es totalmente minoritario, la comunicación social permea toda la sociedad y crea representaciones colectivas que funcionan como patrones culturales, constituyendo una escala axiológica de valores y prácticas sociales que son destacadas como exitosas y que, en tanto tal, se convierten en aspiración suprema de realización del sujeto social. Las carencias reales dan paso, paradójicamente, al consumo de representaciones sociales que alimentan la ilusión de acceder al consumo real. La comunicación y las presentaciones sociales que genera operan aquí dialécticamente: se alimentan de la frustración que crean porque ofrecen la perspectiva de superarla.

#### LAS MEDIACIONES DEL DISCURSO HEGEMÓNICO

Ahora bien, ¿cuáles son las mediaciones sociales que sustentan la autoridad del discurso hegemónico? Articuladas alrededor del consumismo se despliegan un nudo de mediaciones que íntimamente relacionadas nos interesa sintetizar aquí: lo nuevo, las tecnologías de punta, la competitividad

y la libertad. No son, por supuesto, las únicas, pero sí algunas de las más importantes y nos sirven para sostener la tesis que hemos venido argumentando.

Lo nuevo tiene el objetivo de descontextualizar los procesos sociales, mostrándolos como *emergiendo* de la nada, lo cual tiene la función ideológica de abolir la memoria histórica social, requisito indispensable para el reconocimiento de las condiciones objetivas en las que el sujeto puede apropiarse de su propia subjetividad y desplegarla en una voluntad de transformación social. Lo «nuevo» tiene el propósito de borrar el pasado, y obturar la ventana al futuro con la oferta de disfrutar el presente. En el trasfondo el objetivo del mensaje es borrar cualquier horizonte de utopía, cualquier búsqueda de alternativas a un orden social agotado en sus propias fundamentaciones.

El «sentido común» promueve un sentido de la vida en el que sólo vale el «aquí y ahora» realizado en la posesión de objetos, que descontextualiza al sujeto, quien desgajado de su propia historicidad, es incapaz de trazar horizontes de existencia trascendentes, naufragando ante la potencia del discurso que pone el «mundo en sus manos» a través del consumismo individual y egoísta. Sentado frente a la ventana tecnológica «de alta resolución» que lo conecta en tiempos reales con la economía y la cultura-mundo, ensimismado por el verdor edénico del paisaje «modernizador», atolondrado por el avasallante embrujo del placer posible, el sujeto social asiste a la fragmentación de su propia subjetividad entre los vapores embriagantes y soporíferos del discurso de la dominación y el poder, que se cuela impunemente por todos los intersticios de la vida masificando las aspiraciones en marcas connotadas, sitios renombrados, usos y consumos frívolos para satisfacer necesidades superfluas, artificialmente creadas por la publicidad. Desde esta fragmentación de la subjetividad los objetivos plenos de significación de la actividad humana son difuminados en una masa informe de apetencias estériles. El consumo se convierte así en el nuevo catecismo que tiene su catedral en los centros comerciales, donde comprar para desechar ante la aparición de un nuevo objeto transforma la conservación en una rémora del pasado.

Esta idea de la novedad mercantil se extiende por todo el tejido social hasta el mundo de las ideas y particularmente de la academia. La jerga de lo nuevo, aunque vacío de significaciones, se autolegitima a sí misma invalidando cualquier planteamiento crítico como anacrónico e inválido. El proceso se realiza a través del vaciamiento del significado de las palabras, mediante una jerga que

objetivamente un sistema, aplica como principio organizado la desorganización, la desintegración del lenguaje en palabras en sí [...] [que] suenan independientemente del contexto y del contenido conceptual, como si dijeran algo más elevado de lo que significan (Adorno 1992: 11 y 12).

Las palabras de la «jerga» que terminan poblando el imaginario social funcionan como abreviaturas, de una manera fija, cerrada y definitiva. Una vez sancionadas por las diversas instancias de la vida social, especialmente por los intelectuales, que recubren con un sentido de «cientificidad» el sentido común, terminan constituyendo el sentido de normalidad desde el cual se penaliza como patológico aquello que no coincide con lo aceptado. Particularmente el pensamiento crítico es penalizado como arcaico. Lo eficaz es lo nuevo en la medida en que se relaciona con las tecnologías de punta y estas con rentabilidad y competitividad. Los productos de la tecnología son el contenido de lo nuevo y como mediación de la competitividad, se autolegitiman a sí mismos, pues la competitividad es el camino al éxito. La libertad es el colofón de estos procesos pues ella viene dada por los objetos que el sujeto es capaz de apropiarse, sin darse cuenta que la apropiación consumista de objetos es, a la vez, la expropiación de su esencialidad humana, pues los procesos de comunicación social quedan saturados publicitariamente «al servicio de la posesión». Como ha señalado Castilla del Pino:

en una sociedad anómica, en la que el principio rector es la competencia por la adquisición de objetos, es decir, de poder, la única comunicación posible es aquella que se verifica al servicio de la posesión. No hay comunicación sino en tanto que a través de ella puedo competir (1970: 52).

El sujeto se difumina así en una práctica social carente de significado vital, pues el sentido institucionalizado lingüísticamente se cierra sobre sí mismo, excluyendo cualquier alteridad frente a los criterios que se han hecho hegemónicos. Los sectores subordinados son así subsumidos a través de su propio trabajo lingüístico en la dominación del Otro, son hablados por sus propias palabras pero en función de los intereses del Otro.

Este proceso es posible porque los flujos de comunicación social, a partir de los cuales se articulan diversos grados de conciencia individual, expresan los intereses comerciales del poder burgués. En efecto:

Al burgués le es tanto más fácil demostrar con su lenguaje la identidad de las relaciones mercantiles y de las relaciones individuales e incluso de las relaciones humanas generales, por cuanto este mismo lenguaje es un producto de la burguesía, razón por la cual, lo mismo en el lenguaje que en la realidad,

las relaciones del traficante sirven de base a todas las demás. Así, por ejemplo, *propriété* expresa, al mismo tiempo, la propiedad y la cualidad; *property* designa la propiedad y la peculiaridad, lo «propio» en sentido mercantil y en sentido individual, indica el *valeur*, el *value*, el valor; *commerce* el tráfico comercial; *échange*, *exchange*, el intercambio, etc., palabras empleadas tanto para designar las relaciones comerciales como para expresar cualidades y relaciones de los individuos como tales (Marx 1979: 266-227. Énfasis nuestro).

Se crea así la base social más poderosa para el dominio burgués, en tanto que la conciencia generada espontáneamente reproduce constantemente el mundo del intercambio mercantil como condición de vida. Esta situación da lugar a una «psicopatología de la vida cotidiana»: por un lado, porque el sujeto realiza prácticas sociales que se le imponen desde afuera, comportándose como territorio colonizado por la palabra vacía. Por otro, porque en tanto colonizado no puede decodificar críticamente su propia práctica social. El sujeto social se ve compelido a la pasividad mediante la obediencia al mensaje ya que las prácticas sociales se configuran alrededor del sentido de pertenencia social que presupone la aceptación de códigos lingüísticos que aparecen como normales en el sentido de aceptados por todos. La normalidad se convierte así en una forma de alienación y dominación. Aceptados los códigos lingüísticos dominantes, ellos determinan las prácticas sociales, desde las cuales determinadas visiones del mundo se hacen hegemónicas, retroalimentando los códigos lingüísticos dominantes. El eslabón clave es la aceptación pasiva de dichos códigos y a partir de ellos de determinadas prácticas sociales. Esta es la explicación de por qué, pese al dramático desastre que ha significado la globalización neoliberal en las condiciones de vida de la inmensa mayoría de la población mundial, su discurso se haya transformado en un discurso hegemónico, soportado en un consenso que, sólo ante la evidencia innegable de la amenaza de la vida, ha comenzado a presentar fisuras.

Lo anteriormente planteado, fundamenta la importancia de rescatar el lenguaje como la autoexpresión creativa del sujeto social a través de la crítica de los esquemas abstractos de la palabra vacía y de la reconstitución de una subjetividad constituida en una diversidad de prácticas sociales, especialmente de prácticas de trabajo y sociales de cooperación, solidaridad y comunicación dialógica, transparente, crítica y humana, pues, como ha quedado evidenciado, mientras que el discurso crítico y alternativo no esté acompañado de prácticas sociales que abran cauce a un nuevo orden social, estará condenado al fracaso.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, Theodor (1987). *Minima moralia*. Madrid: Taurus.
- Adorno, Theodor (1992). *La ideología como lenguaje. La jerga de la autenticidad*. Madrid: Taurus.
- Brandist, Graig (s/f). «Gramsci, Bajtín y la semiótica de la hegemonía» en *Herramienta*. Revista de debate y crítica marxista, nº 4 (105-124). Buenos Aires: Antídoto.
- Hernández, Daniel (1996-1997). «Globalización, cambio tecnológico y comunicaciones», en *ANUARIO ININCO. Investigaciones de la Comunicación* 8 (85-110). Caracas: Instituto de Investigaciones de la Comunicación. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela.
- Hernández, Daniel (1998). «Racionalidad neoliberal y publicidad televisiva: las caras ocultas de la violencia» en *ANUARIO ININCO. Investigaciones de la Comunicación* 9: 69-96. Caracas: Instituto de Investigaciones de la Comunicación. Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela.
- Marcial, Murciano (1992). *Estructura y dinámica de la comunicación internacional*. Barcelona: Bosch.
- Marx, Carlos (1973). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. (borrador) 1857-1858*. México: Siglo XXI, vol. 3.
- Marx, Carlos (1979). *La ideología alemana*. México: Cultura Popular.
- Ponzio, Augusto (1973). *Producción lingüística e ideología social. Para una teoría marxista del lenguaje y la comunicación*. Capítulo III: Producción lingüística y sistema social. Madrid: Alberto Corazón.
- Schaff, Adam (1992). *Introducción a la semántica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Voloshinov, Valentín (1992). *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Madrid: Alianza Universidad.

## ¿Discurso político o ideología *light*?

Mireya Lozada\*

**E**n tiempos como el nuestro pocos objetos escapan a la duda. La ideología es uno de los blancos más claros de sospecha. La pérdida de referencias doctrinales, el descrédito de las instituciones y su capacidad de representación, la escasa influencia de las organizaciones partidistas, la puesta en duda de su legitimidad, son algunos de los signos que acusan el desprestigio de lo político. Aún más, la atenuación de los antagonismos ideológicos, el derrumbe de los regímenes del «socialismo real», la desaparición de los dos bloques doctrinarios, de la herencia derecha-izquierda, ha reactualizado la vieja tesis de la muerte de las ideologías y la reseña del fin: de las pasiones políticas, de la historia, de las utopías.

Hablar de ideología en este contexto podría parecer extemporáneo. Al contrario, se trata de un momento histórico privilegiado en cuanto a la ideología. La escena aparece mucho más compleja: ciertas ideologías están en desuso (un cierto tipo de discurso revolucionario), algunas están a la búsqueda de un nuevo empuje (el reformismo socialdemócrata, el neoliberalismo), mientras que otras resurgen en nuevas formas de expresión (el nacionalismo, el fascismo) basadas en el triunfo de los valores liberales (mercado, individualismo).

La ideología se afirma ante todo como lugar de intereses concretos, de prácticas, incluso bajo formas ocultas. A finales de la década de los setenta, ya Lefort (1978) hablaba de una «nueva e invisible» ideología que buscaba asegurar la homogeneización y unificación de lo social a través de un discurso latente, implícito, invisible. Ideología que conforma un universo cerrado, repetitivo, no visible en la ausencia aparente de un discurso tota-

---

\* Instituto de Psicología, Universidad Central de Venezuela.

lizante. El fenómeno de la ideología se constituye en un cierto tipo de discurso inmerso en un orden específico del imaginario que, en el nivel sociohistórico, da cuenta para Castoriadis (1975) de la orientación de las instituciones sociales, de la constitución de sus motivos y necesidades, de la existencia de lo simbólico, de la tradición, de los mitos. Es allí, en la sutileza de su inmersión en el imaginario, donde radica el poder de la ideología. La ideología revela los patrones de creencias y prácticas sociales que aseguran la reproducción de las relaciones de poder (Thompson 1984).

### DISCURSO Y/O IDEOLOGÍA

Accedemos así, a un aspecto que tiende a ser frecuentemente olvidado, la importancia de la ideología en tanto constructora de lo social. Ella establece relaciones de consenso, de complicidad, de conveniencia, de comunicación afectiva, de cooperación, ella rinde las conductas convergentes al punto de integrarlas en una misma práctica colectiva.

Se trata de un nivel donde, más allá del manejo de intereses, se construyen aspiraciones y utopías sociales. Accedemos a una dinámica afectiva vinculada a la construcción de valores ideales y universales que revelan la lógica del pensamiento, gracias al cual el hombre puede interpelar, criticar y accionar sobre lo real en nombre de lo posible. Se destaca una dimensión que no puede ocultarse en la elaboración social de la ideología, que define su alcance legitimador o transformador (Fronty 1993: 26).

Nos introducimos, en el escenario del análisis de las estructuras y los procesos del pensamiento social, donde el rol del discurso es fundamental.

El sujeto ideológico es un sujeto retórico, es decir, la gente utiliza la ideología para pensar y discutir el mundo social y, por su parte, la ideología determina a su vez la naturaleza de tales argumentos y la forma retórica que adquieren (Billig 1992: 78).

¿Cómo abordamos entonces la problemática que nos ocupa: discurso político e ideología? ¿Podemos hablar de un discurso no ideológico? ¿Cómo abordar ambos conceptos cuyas modalidades de relación o exclusión podrían ubicarse en términos como: causalidad, codeterminación, oposición, continuidad, independencia o prolongamiento.

Antes que detenernos en esta discusión o en las múltiples aproximaciones a los dos términos, vasta y compleja tarea que excedería nuestros objetivos, será suficiente con retomar una interrogante central: ¿cómo

abordar lo ideológico en un contexto incierto ideológicamente: el contexto político venezolano de 1998? ¿Cómo abordar un objeto que escapa a la estrategia de intelección? Más que insistir en la búsqueda *a priori* de respuestas o de definir *un* objeto particular, p.e: tal o cual ideología, la propuesta ideológica de uno u otro partido o candidato, decidimos abordar la complejidad de «lo ideológico» a través de los discursos emitidos por los entrevistados a propósito de las elecciones presidenciales que incluían cuestiones relativas a candidatos (partidistas o independientes), partidos, instituciones, votación, proyectos políticos, situación actual del país, y a través del análisis de artículos de prensa que recogen la opinión de los candidatos a la presidencia.

### APROXIMACIÓN ANALÍTICA

Desde una aproximación cualitativa de análisis, la información fue recogida a través de entrevistas semiestructuradas y grupos focales para abordar el discurso común y a través de artículos de prensa (diarios *El Nacional* y *El Universal*, durante el período comprendido entre enero-julio 1998), para acceder a las opiniones emitidas por los cinco candidatos a la presidencia con mayor opción: Hugo Chávez Frías, Claudio Fermín, Irene Sáez, Henrique Salas Römer y Alfaro Ucero.

Se entrevistaron 175 personas, mujeres y hombres, militantes, ex-militantes y no miembros de partidos políticos, de diferentes niveles educativos y socioeconómicos, y se analizaron 358 recortes de prensa.

Como estrategia analítica recurrimos a la propuesta de análisis ideológico del discurso político propuesto por van Dijk (1995).

### LA TURBIEDAD DEL OBJETO

Todo texto está habitado por un exceso y funciona según se realice ese exceso. Tal sería, pues, la lectura que daría cuenta de esa suerte de *plus* que alberga el discurso ideológico. La ideología no se la puede leer sin incursionar por los *márgenes* y sin abandonar la excursión por el texto mismo (Dallmayr 1989). Esta superficie discursiva se manifiesta en una realidad lingüística, que no sólo es captada a través de análisis de léxicos, frecuencia de palabras, de coocurrencias, de sintaxis, de estrategias discursivas, sino también de ausencias y otros signos de la vida social que no sólo se expresan a través de la palabra.

Lo ideológico en nuestro caso toma formas diversas, distintas, complejas, a veces complementarias, a veces excluyentes a través de la figura del candidato, del partido, del movimiento, del proyecto político, de la crisis, del país, del silencio de algunos, del ruido de otros. Veamos entonces qué nos dicen los discursos analizados.

#### LA AUSENCIA DEL CANDIDATO

Los candidatos (independientes o representantes de partidos), constituyen para buena parte de los entrevistados una suerte de núcleo de incertidumbre identitaria: no saben quién es. Este desconocimiento no es atribuible a la ausencia de estos en la esfera pública, sino a la imposibilidad de definir con exactitud su opinión, su proyecto político, a los límites en la comprensión de sus continuas alianzas con partidos y grupos con intereses aparentemente opuestos (derecha, izquierda, militares, civiles, intelectuales, empresarios).

#### EL VOTO

Con respecto al acto de votar, éste es construido como el dispositivo que podría actualizar una diferencia radical en el sistema que poco o nada tenga que ver con lo que se ha venido experimentando en el ámbito político venezolano. Se vota para evitar la corrupción, el clientelismo, la burocracia, la ineficiencia. Se vota por quien eventualmente podría generar un cambio, o por quien ha realizado una buena gestión en cargos públicos (Irene Sáez, p. e.).

Esto último nos remite a un aspecto que ha estado ausente del debate político venezolano en los últimos años, el referente a las concepciones sobre la política y sobre el papel de los representantes electos en un régimen democrático. En la elección de sus representantes, los electores optan por criterios que tienen que ver con la honestidad, la capacidad técnica de los candidatos más que con opciones políticas e ideológicas. Esta concepción de la política entendida como una eficiente y honesta gestión del orden existente y no entendida como opciones alternativas de presente y futuro de la sociedad, está ausente del debate ideológico. La política asumida como un asunto de carácter técnico acorde con una concepción liberal de democracia. La política reducida a una gestión y administración de los recursos públicos, no definida en términos de valores que implique una determinada concepción del ser social y de las relaciones entre personas, grupos y culturas.

#### LAS TENDENCIAS IDEOLÓGICAS

Los referentes ideológicos en las cuales las personas entrevistadas ubican los candidatos exceden el tradicional *continuum* derecha-izquierda. Así encontramos, cuatro grupos de respuestas. La primera, donde se ubican aquellas ideologías que se articulan y complementan enunciando los principios de base del tipo de sociedad actual: liberalismo y capitalismo en el plano económico, democrática y autoritaria en el plano político, individualista o colectivista desde el punto de vista de los modos de vida. La segunda, una tendencia populista. Esta expresión no define una doctrina, sino más bien designa una expresión que califica y/o denuncia una actitud global que consiste en halagar y utilizar un cierto tipo de sensibilidad popular en formas y estilos de acción y/o discursos en el campo político. La tercera, ciertas tendencias que los entrevistados designan como ideológicas en varios candidatos: revolucionario, conservador, patriota, militarista, anarquista, oportunista, extremista (derecha o izquierda), *fashion* (ideología de los reinados de belleza y de la televisión) y un cuarto grupo, en el cual no se identifica ninguna tendencia ideológica en los candidatos. Un aspecto a destacar, es el carácter no excluyente de los referentes ideológicos señalados. Es decir, un(a) candidato(a) es identificado(a) por la misma persona como representante de tendencias ideológicas aparentemente opuestas.

#### LOS CANDIDATOS MISMOS

La ideología no es la guía que orienta la conducta de los actores políticos, ni de los analistas y comentaristas. La boina y el caballo, el refranero y la Biblia sustituyen el proyecto ideológico, la propuesta doctrinal. Los refranes y las referencias bíblicas permiten a los candidatos eludir la confrontación de ideas y proyectos políticos e ideológicos.

Los cinco aspirantes a la presidencia estudiados, se ubican en dos bandos: independientes y/o antipartidos (Hugo Chávez, Claudio Fermín, Irene Sáez, Enrique Salas Römer, y representante de partido (Alfaro Ucero).

¿Qué tendencias (sí podríamos decir) ideológicas aparecen en los discursos o en las acusaciones de unos y otros candidatos?

HUMANISMO: Hugo Chávez: «Yo me considero humanista, estudioso de la historia» (*El Nacional*, 11-1-98).

UTOPISMO: Hugo Chávez: «Creo que hay que tener algo de utopía. La Utopía se puede reflejar en un proyecto viable: bajarla del nivel de sueño a la utopía concreta y eso es lo que nosotros estamos haciendo» (*El Nacional*, 11-1-98).

AUTORITARISMO: Alfaro Ucero acusa a Hugo Chávez: «Los aspirantes a autócratas porque fueron derrotados en la guerra que ellos mismos propiciaron, ahora buscan el poder para establecer su autocracia con el cuentico que la democracia no sirve» (*El Nacional* 11-10-98).

DEMÓCRATAS: Reconociéndose como demócrata, Alfaro acusa a Chávez: «La gran diferencia entre un demócrata y un aspirante a dictador la marcan los años de experiencia y sacrificio entre el pueblo y dedicados al país» (*El Nacional*, 11-10-98).

Su convicción de demócrata en el seno de AD es defendida por Alfaro Ucero en la Reunión del Comité de la Internacional Socialista para América Latina y el Caribe: «A los países latinoamericanos nos ha costado entender que el crecimiento económico por sí sólo no conlleva (sic) al bienestar social. Por ello considero que la discusión de los social-demócratas se debe orientar a conducir a los pueblos por el camino de la equidad social en paz y democracia» (*El Nacional*, 26-9-98).

CAUDILLISMO: La caracterización de Alfaro Ucero como caudillo sirve tanto a sus partidarios para exaltar sus condiciones de liderazgo, como a los opositores para acusarlo de autoritarismo.

MODERNISMO Y CONSERVADURISMO: ¿Cómo es Salas Römer? Pregunta un periodista y responde el candidato: «Lo que ya escribí en una ocasión: es moderno y conservador; audaz y reposado; autoritario y tolerante. Si de una carta astral se tratase, casi podría decirse que está gobernado por influencias contradictorias en que destacan una clara vocación de poder y una natural inclinación al mando» (folleto publicitario difundido por Proyecto Venezuela).

Las otras tendencias que se destacan en los discursos de los candidatos o en las acusaciones mutuas son: militarismo, nacionalismo, bolivarianismo, radicalismo y chauvinismo.

### **¿Cómo explican los candidatos la confluencia de tendencias y alianzas con defensores de tendencias en ocasiones opuestas?**

HUGO CHÁVEZ: «No se trata del hombre en blanco y negro, estamos en tiempos de mutaciones donde hay que darle la avidéz a muchas ideas aunque vengan de campos distintos. Cuando yo muestro cercanía con planteamientos contrarios, pienso que del encuentro de los contrarios surgen los resultados. Así surgen los huracanes» (*El Nacional*, 11/1/98).

«Los laboratorios de guerra ideológica de mis adversarios están tratando de confundir al pueblo con mis propias propuestas, porque si no puedes con el enemigo, únete a él» (*El Nacional*, 29/8/98).

IRENE SÁEZ: «Mi candidatura es la única que puede recibir apoyo desde todos los espacios políticos venezolanos» (*El Nacional*, 20/9/98).

ALFARO UCERO: «AD y COPEI han conversado a lo largo de la vida y por eso se han convertido el soporte de la democracia venezolana. En momentos de crisis como los actuales, cuando hay evidentes síntomas de inestabilidad, creemos que es el momento de acentuar esas contradicciones. Esto no significa que vayamos a hacer un pacto electoral» (*El Nacional*, 27/9/98).

HENRIQUE SALAS RÖMER: «No quiero que vayan a pensar que hay pactos ni conversaciones» (*El Nacional*, 27/4/98).

### **¿DISCURSO SIN IDEOLOGÍA?**

«No hay un proyecto ideológico claro en ninguno de los candidatos», afirman los entrevistados. Esta consideración, sin duda alarmante, amerita al menos un tratamiento de intelección. ¿Es cierta esta presencia mínima? ¿Cuáles son los otros modos de presentación de «lo ideológico» en el discurso? ¿Quiénes son los sujetos ideológicos, qué acciones los rigen?

Es la perspectiva economicista y sus entresijos la que marca la puesta en marcha del discurso político. La *retórica economicista* del discurso que constituye el estilo enunciativo predilecto de los candidatos, se articula con aquel de la instauración de la crisis, el cual contribuye a incorporar al Otro en la urgencia de la aplicación de estrategias remediales para superarla. Una vez establecido este nexo, entra en juego esa parte del todo que se corresponde con «lo social» y que se convierte en un suplemento, en una suerte de referente incierto encerrado en expresiones como: pueblo, pobres, gente, venezolanos.

En efecto, lo que habrá de regir la toma de decisiones respecto a la puesta en acto de estas medidas es la estrategia de negociación con los organismos multilaterales, y el afán de globalización de la economía incentivada por las políticas neoliberales es la que constituye el «verdadero» énfasis del discurso. Énfasis que puede advertirse en el discurso defendido por la Agenda Venezuela, en su escalada fiscalista y de monetización, la implementación de prácticas antinflacionarias, la desnacionalización y privatización de importantes empresas nacionales, de los recursos mineros, petroleros, el predominio del capital financiero internacional, etc. (Lozada y Silva 1997).

Junto con la implementación de las políticas neoliberales, es el llamado *al cambio y al orden*, los otros aspectos centrales en el contexto discursivo de los candidatos. La superación de la crisis económica y política, debe acompañarse según sus opiniones de un cambio: «cambio en libertad», «cambio sin violencia», reitera Irene Saéz; de orden, afirma Alfaro Ucero, orden en lo económico, orden en lo social: «Venezuela reclama paz y disciplina, [...] ésta es la única manera de detener las tendencias devaluacionistas e inflacionarias que acosan al país, y la única manera que regrese la calma y seguridad a la economía venezolana, lo demás son cuentos de camino».

### IDEOLOGÍA LIGHT

En los años sesenta y parte de los setenta el clima político venezolano estaba caracterizado por extremismos de izquierda y derecha, lucha guerrillera, confrontación ideológica entre partidos. En los años ochenta la escena política estuvo dominada por el bipartidismo, con tendencia derechista. La opción izquierdista tenía poca relevancia y la opción socialista mitigó sus posiciones de cambio estructural profundo, sin lograr bien ubicarse en el espacio político (Codetta 1990).

En los años noventa se construye otra ideología, mas allá de las doctrinas estructuradas, designadas con el sufijo *ismo*. Se trata de una ideología en fusión y confusión donde la verdadera naturaleza en razón de su inestabilidad es todavía inaprensible. La existencia de esta ideología no debe ocultar el hecho de que los conflictos políticos se continúan formulando bajo una forma ideológica.

La nueva ideología muestra la caducidad del discurso revolucionario, de la palabra compromiso de otros tiempos. Las consignas actuales constituyen una sucesión de agregados, cualquier evento carece de consecuencias, está abierto a todas las interpretaciones posibles, imputaciones múltiples y aleatorias.

Las nociones modernas de nación, Estado, justicia, ética, libertad, fraternidad que sustentaron alguna vez los proyectos colectivos se disolvieron o se desviaron hacia referencias que ya no construyen espacios sociales, sino territorios individuales y utopías virtuales. Las narrativas y los discursos varían en relación con un mundo que encubre su mayor poder y determinación en las «culturas híbridas». La política tiene que ver más con las formas en que se experimenta el placer, el hedonismo consumista que con proyectos político-ideológicos.

El poder cambia de escenario. El placer, el imaginario mediático y la dialéctica con el Otro virtual sustituyen los grandes discursos históricos y en su lugar emerge una ideología ligera, *light*, como los objetos de consumo masivo, donde la política es uno más. Esta nueva ideología depende crucialmente de los medios de comunicación, echa mano de los signos de la novedad, los incorpora y los cultiva para así desplazar la amenaza de la historia (Braudillard 1997). Lo que se consume es siempre nuevo. Novedad que marca el eterno retorno de lo mismo: el consumismo posible. Al consumidor se le presenta un mundo en el cual todo puede ser adquirido. Así, la transmisión de debates y discusiones políticas junto con todos los aspectos de la vida, desde ciencia y arte pasando por la cocina, crea la impresión de que la relación social es completamente recíproca, de que el discurso circula sin obstáculos internos y sin restricciones.

Este dispositivo mediático: la política al alcance de todos, se articula eficazmente con otra estrategia de despliegue del discurso político, que a fin de cuentas es un discurso de poder. Se trata de un discurso cuyo efecto va más allá de la información, que busca una influencia.

Es eso lo que le permite al discurso político presentar un contenido débil o repetitivo —porque es ante todo la manera de decir, la capacidad de resultar ambiguo, lo que cuenta— en la medida en que la polisemia asegura las múltiples interpretaciones que de él hacen las diferentes audiencias. El poder de las palabras, reconocido y bajo control, engendra una retórica; es decir, el recurso a un léxico específico, a unas fórmulas y estereotipos, a unas reglas y modos de argumentación (Balandier 1994: 54).

Así, el país político no es solamente una ideología, sino que contiene varias de ellas en concurrencia: populismo, liberalismo, autoritarismo, mesianismo. Encontramos entonces distintos discursos que pueden competir y confluir en un mismo espacio político, pero que no son más que variaciones diferentes de una misma ideología, deliberadamente abstracta, general, vaga y confusa, que permite que cada candidato, partido o movimiento pueda darle sentido y especificidad de acuerdo a sus propios intereses y en diferentes coyunturas sociohistóricas (en el marco de un golpe de Estado, en el contexto electoral). Es esta concurrencia ideológica, la que pareciera caracterizar la cultura política venezolana actual (Villaroel 1995).

En suma, los discursos analizados reflejan un campo ideológico complejo, el cual da cuenta de la realidad histórica estudiada. Realidad que refiere a la especificidad del campo político venezolano, el cual se caracteriza por la superposición de identidades políticas (Gómez 1992), por grados cada vez más crecientes de incertidumbre ideológica (Lozada 1993). Realidad



lidad que refiere también a un momento de la historia mundial que parece favorecer el reajustamiento ideológico, el reacomodo de los contenidos doctrinales.

Este «espíritu del tiempo» que parece reposar sobre un débil compromiso, nos invita a reivindicar la importancia de esos espacios de incertidumbre ideológica, de valorizar el carácter plural, conflictual y dinámico de los fenómenos ideológicos. Se trata de abordar los procesos sociocognitivos asociados a estos fenómenos e interrogarnos si esta serie de factores históricos, socioculturales y políticos son susceptibles de debilitar e incluso borrar el antagonismo entre grupos ideológicos.

### ¿FIN DEL OBJETO?

En fin, hemos mostrado una lectura definitivamente incompleta, estrictamente borrosa, desde el margen de los márgenes del discurso, tratando de inteligir en ese espacio heteróclito, polisémico, algo de lo que todavía se llama «lo ideológico», algunos de sus actores, las imágenes de sí y del Otro puestas en escena en y por el discurso, sus ángulos, sus modos de presentación difusos, complejos, borrosos.

Acá, una cuestión se impone: ¿ha desaparecido el objeto ideológico del horizonte del sujeto?

Tal vez como sostiene Lanz, «hoy ya no hay ideología en el sentido de un cuerpo orgánico de postulados movilizados por una explícita voluntad y articulados socio-políticamente a clases bien definidas» (1998: 10). Pero el espacio público no está vacío de intereses. Pareciera que lo que han cambiado son los discursos legitimadores del poder. De allí, la importancia de una relectura de las implicaciones ideológicas del discurso político, pero también de sus posibilidades creativas y transformadoras.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Balandier, G. (1994). *El poder en escenas*. Barcelona: Paidós.
- Billig, M. (1992). «Memoria colectiva, ideología y la familia real británica» en Middleton, D. y Edwards, D. *Memoria compartida. La naturaleza social del recuerdo y del olvido*. Barcelona: Paidós.
- Braudillard, J. (1997). *Las estrategias fatales*. Barcelona: Anagrama.
- Castoriadis (1975). *La institution imaginaire de la société*, París: Seuil.
- Codetta, C. (1990). *La ideología política del venezolano*. Caracas: Universidad Simón Bolívar y Congreso de la República.
- Dallmayr, F. (1989). *Margins of political discourse*. New York: State University of New York Press.
- Fronty, C. (1993). «Qu'est ce qu'une idéologie?» En Grep (ed.) *Existe-t-il encore des idéologies?*, Toulouse: Editeur Grep Midi-Pyrénées.
- Gómez, L. (1992). «Venezuela: Crise de la légitimité démocratique» en *Problèmes d'Amérique Latine* 6: 3-42.
- Lanz, R. (1998). «El neoliberalismo como ideología» en *RELEA* 4: 9-12.
- Lefort, C. (1978). *Les formes de l'histoire: essais d'anthropologie politique*. París: Gallimard.
- Lozada, M. y Silva, C. (1997). «La agenda Venezuela: la cuestión de lo social» en *Suplemento Cultural Últimas Noticias*, noviembre.
- Lozada, M. (1993). *Adhesion partisane et représentation des idéologies*. Thèse de doctorat nouveau régime. Université de Toulouse-Le Mirail, France.
- Thompson, J. (1984). *Studies in the theory of ideology*. Berkeley: University of California Press.
- Villaroel, G. (1995). *Consenso y escepticismo en la cultura política*. Estudio de una muestra del Distrito Federal y el estado Miranda. Trabajo de ascenso. Asistente. Caracas: Facultad de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela.
- van Dijk (1995). «Ideological discourse analysis» en *The new courant* 4: 135-161.

## Más allá de la crítica del discurso político

Omar Astorga\*

La consideración de las diversas coyunturas y cambios que se han producido en la historia venezolana de los años 80 y 90, ha permitido afirmar que el escepticismo y el desencanto frente a la política se han producido, básicamente, en el espacio de comunicación creado por el discurso político. A este respecto, el objetivo del presente trabajo es justificar un plano teórico de aproximación a la crítica del discurso político, basándonos en dos premisas fundamentales. En primer lugar, la crítica del discurso político no debe ser vista tan sólo desde la racionalidad instrumental y explicativa que apunta a la separación entre el discurso y los hechos. En segundo lugar, la crisis de ese discurso no expresa solamente el escepticismo y el desencanto frente a las contradicciones de la política, sino también las posibilidades de reconstitución del imaginario. La base metodológica que planteamos para la justificación teórica de estas premisas, es la hermenéutica, pensada en una doble vertiente: como análisis crítico textual y como reconstrucción de contextos intelectuales. El resultado preliminar —teniendo como referente de discusión la tensión entre facticidad y validez desarrollada por Habermas— ha consistido en justificar provisoriamente lo siguiente: en primer lugar, que la crisis del discurso político debe ser interpretada fundamentalmente desde la racionalidad comunicativa que permite advertir la crisis de la dimensión formalista de la cultura venezolana. En segundo lugar, que la crisis del discurso político expresa desplazamientos y reacomodos del imaginario —tanto en el plano de las creencias como en el de las afecciones— que obligan a poner de manifiesto la dimensión pragmática del discurso, en sus posibilidades epistémicas y ético-políticas. A manera

\* Escuela de Filosofía, Universidad Central de Venezuela.

de conclusión nos interesa destacar que la crítica del discurso ha sido una actividad decisiva en la Venezuela de los últimos veinte años, no tanto por haber mostrado las insuficiencias de la cultura política, sino sobre todo por las alternativas que supone para la ampliación y autocomprensión de lo político, más allá de la coyuntura electoral de 1998.

A manera de introducción voy a plantear la siguiente premisa: creemos que ahora sí, aunque todavía paradójicamente, es posible hablar de la Venezuela postpetrolera, en el siguiente sentido: la condición petrolera de nuestro país fue posible no sólo por la creciente producción y comercialización a través de la cual se fue consolidando la industria petrolera. La condición de país petrolero fue posible por razones histórico-culturales. Hay suficiente literatura —desde Betancourt y Uslar Pietri hasta Briceño León— a través de la cual se han mostrado las diversas formas y dimensiones como el petróleo ha constituido la historia de la Venezuela contemporánea (Betancourt 1986; Uslar Pietri 1989; Briceño León 1990). Sin embargo, entre los años 80 y 90 se fue consolidando un cambio que ahora parece irreversible, a saber, el hecho de que a pesar de que el petróleo sigue siendo el resorte fundamental de la economía, resulta cada vez más insuficiente, hasta el punto de que su condición de resorte económico ha venido disminuyendo indeteniblemente. El petróleo, en efecto, se ha vuelto cada vez más insuficiente en el condicionamiento de las diversas variables del así llamado gasto público a partir del cual se había configurado la existencia del Estado. Se puede decir entonces que mientras el petróleo determinó la historia venezolana en el período que va de los años 40 a 70, por lo cual se pudo hablar en sentido estricto de una sociedad y una cultura petrolera, ahora estamos en presencia de la disolución de esa cultura, una de cuyas manifestaciones más visibles se halla en el plano de lo político. Más exactamente: la política venezolana ha entrado en crisis no solamente porque nos ha afectado el fenómeno global de la muerte de las ideologías que alimentaron los liderazgos partidistas o por la así llamada crisis de la modernidad política representada, sobre todo, por la figura del Estado-nación. La política venezolana ha entrado en crisis porque ha entrado en crisis el discurso que la representaba. A este respecto, es necesario advertir que existen motivaciones postmodernas, por así decirlo, que han precipitado esa crisis. Pero en nuestro caso, esas motivaciones se han encadenado al hecho de que el discurso político se convirtió en un fenómeno cada vez más limitado y contradictorio en el proceso de legitimación. Y el petróleo, para decirlo a la manera de Uslar, sigue siendo la última *ratio* explicativa de la crisis de ese discurso. Ahora bien, ¿cómo puede ser interpretado el hecho de que el comienzo de una cultura postpetrolera coincida con la crítica y la crisis del discurso político?

O planteado de otra manera: ¿en qué sentido la cultura postpetrolera es equivalente a esa crisis? Esa equivalencia tiene sus orígenes, a nuestro juicio, en el modo peculiar como se desarrolló la historia de la Venezuela contemporánea. Se trata del desarrollo de una cultura que no necesitó certezas propias ni desde la razón instrumental ni desde la razón comunicativa, en vista de que el rentismo petrolero hizo innecesario el desarrollo de ambos tipos de racionalidad. Los resultados del contractualismo partidista que se inició en 1958 son la mejor evidencia histórica de lo que me atrevería a llamar nuestro estado de naturaleza, oculto tras las estructuras del Estado clientelar. Puede observarse que el conjunto de discursos que aparecen a partir de 1958 con el objeto de legitimar la libertad política, expresan desplazamientos conceptuales organizados bajo la unidad aparente del lenguaje. La lucha por la libertad, que fue alimentada durante el período de la dictadura, tuvo consecuencias decisivas en la debilidad conceptual de la cultura política liberal que se venía pregonando como forma de justificar la consolidación partidista de la democracia. Esa debilidad era correlativa con el estado de disgregación política que se percibía tanto en la actuación de las élites y de las masas que salieron numerosas veces a la calle, como en los discursos desde los cuales se pretendía comprender el rumbo del país. Los años sesenta confirman claramente esta situación en la cual se evidenció una doble tendencia: por un lado, hacia al deterioro del pensamiento liberal y, por el otro, hacia la consolidación del pragmatismo populista. Tan sólo el ejercicio intelectual de reinterpretar recíprocamente estas tendencias, brindaría la oportunidad de hacer visible la fragilidad de las instituciones democráticas, así como la perversa opacidad del discurso legitimador alimentado por el rentismo y por el protagonismo del Estado. El marco de aproximación que planteamos supone entonces considerar los desniveles teóricos de una cultura política que incorporó tardía y desigualmente el proyecto político modernizador, pero que presentó discursivamente a la legitimación como el fruto de ella. Se trata de desniveles teóricos que no han sido del todo reconocidos y que, por ello mismo, han afectado la posibilidad de comprender el fenómeno de la legitimación. Encontramos entonces el desarrollo de una cultura formalista, originada en el hecho de que la forma del discurso —tanto el presidencial como el parlamentario— se convirtió en la esencia del discurso y en una manera de disfrazar el escaso desarrollo de la racionalidad política. Veamos un aspecto de ello.

Es cierto, como ha dicho Norberto Bobbio (1988:11 y ss.), que los términos pluralismo y democracia han servido más para confundir que para aclarar el sentido de la actividad política. Pero en el caso de Venezuela, la confusión no ha tenido su origen en las prácticas discursivas sino en el

*factum* de la relación clientelar, que a su vez se convirtió en el principio unificador orgánico de la política. El hecho de que el descreimiento haya afectado el discurso proveniente de las organizaciones políticas tradicionales, tanto las que se fundaron en los años cuarenta como las que surgieron de las divisiones en los años setenta, no significa que se haya producido un proceso de diálogo y autocomprensión, sino, antes bien, es menester decir que el descreimiento se ha producido precisamente por ausencia de ello. Aunque podría aducirse —desde el discutible argumento de la globalización— que la crisis del discurso político es un fenómeno que ha afectado no sólo a Venezuela y que, por tanto, lo que ha entrado en crisis es la racionalidad política moderna. No vamos a entrar a discutir este argumento, convertido por cierto en moneda corriente de alguna literatura periodística. Discutirlo rigurosamente significaría abordar *in extenso* diversos problemas historiográficos y conceptuales sobre la distancia que existe, por ejemplo, entre Europa y América Latina a propósito del concepto de ciudadanía, o sobre los falsos dilemas que se han creado a propósito de la modernidad y la postmodernidad (Touraine 1995, 1997). Tan sólo me gustaría recordar las sabias palabras de Eduardo Quintana cuando, hace nueve años, después de los sucesos del 27 de febrero de 1989, puso en discusión el título de un ciclo de conferencias que habíamos organizado en la Escuela de Filosofía bajo el título «Venezuela y la crisis de la modernidad». Su argumento fue tan simple como contundente: el seminario debía llamarse, más bien, «La modernidad y la crisis de Venezuela». Del mismo modo, cuando hoy se habla de la crisis de la racionalidad política como un fenómeno global, habría que reparar en sí, más bien, en nuestro caso, el discurso político ha sido efectivamente vehículo de esa racionalidad. Que ese discurso se encuentre fracturado y escindido de la realidad no significa que la racionalidad política se haya agotado. Incluso, que la retórica sobre la constituyente haya saltado del laberinto parlamentario a la arenga electoral es, a pesar de su carácter aluvional, por lo menos un signo de remozamiento que no sólo podemos atribuir a las veleidades rousseauianas de quienes creen en el concepto de libertad positiva, sino de un intento de refundación del diálogo y, por tanto, del discurso. Al menos eso es lo que uno espera de todos aquellos que, como dice Habermas, han entendido que no hay otro patriotismo que el de la constitución (Habermas 1998).

II. Sin embargo, la crisis del discurso no necesariamente hay que verla como un drama paralizante alimentado por la ilusión mediática que ha trasladado la atención de la palabra a la imagen. Es cierto que esa crisis ha dado lugar al escepticismo y al desencanto. Pero también es cierto que se ha estado produciendo un proceso de desplazamiento y reconstitución de las

creencias y de las fuentes de valoración moral<sup>16</sup>. Todavía estamos en una fase intensa de escepticismo y de relativismo, pero se han venido rearticulando los ejes discursivos que dieron lugar a ello, no sólo en razón de la crítica del discurso político, sino también por la emergencia de lenguajes alternativos. No nos referimos al léxico a veces preelaborado de la así llamada sociedad civil, pues éste se encuentra todavía en fase de constitución, sino a las diversas expresiones no escépticas ni pesimistas que ha tenido la sociedad venezolana y que suponen un proceso de reaprendizaje e invención del imaginario político<sup>17</sup>. Creemos, en este sentido, que es necesario iniciar un programa de investigación del discurso que si bien tenga presente un período histórico que vaya más allá de la presente coyuntura electoral y que, por tanto, no esté afectado por los debates propios de esa coyuntura, tenga en cuenta que el persistente debate en torno a la constituyente (más allá de la iniciativa de un candidato presidencial y de haber atraído el interés de diversos sectores políticos y académicos), representa, a pesar de que pro venga y se haya mantenido en el marco discursivo de las élites políticas, una oportunidad para repensar el sentido no sólo de nuestro proceso de legitimación, sino también para darle sentido histórico a la redefinición de la política, vencido ya el proceso de legitimación que se inició a mediados de siglo, precisamente, con una asamblea constituyente (Astorga 1995; Castro Leiva 1988; Dávila 1992).

En este contexto, un rasgo fundamental que puede apreciarse es el desplazamiento y la ampliación de lo político. El desplazamiento discursivo, desde las instituciones tradicionales hasta los diversos sectores todavía en tensión por ocupar un espacio social, es un rasgo que puede apreciarse en las cada vez más notables fuentes supersticiosas, religiosas, corporativas y mediático-estéticas del discurso. Si bien se puede advertir que el discurso político tradicional ha estado perdiendo terreno frente a discursos emergentes, eso no significa que esos discursos representen una sustitución, sin más, del lenguaje tradicional. Lo que ha ocurrido es que el discurso político ha encontrado menos cauces formales de expresión pero, precisamente por ello, se han ampliado los espacios de la praxis y del reconocimiento de lo político.

<sup>16</sup> Es difícil aportar suficientes evidencias empíricas que permitan formarse una idea global sobre el sentido que han tomado las creencias y las nuevas fuentes de valoración moral. Valga al menos advertir que en la coyuntura electoral de 1998 se puso de manifiesto que la aceptación de un candidato no estuvo determinada tanto por su discurso formal sino por las resonancias imaginativas que encarnaba su imagen y su trayectoria.

<sup>17</sup> La historia del imaginario político venezolano de finales del siglo XX es una tarea pendiente, sobre todo en atención a la crisis del discurso político tradicional, alimentado por el estatismo y el rentismo. Creemos que la transición hacia una cultura postpetrolera marcará la rearticulación del campo de imágenes a través de las cuales se suele relegitimar la actividad política.

Debemos decir entonces que situarse en la perspectiva de ir más allá de la crítica del discurso político, supone fundamentalmente la recuperación de lo político aunque esta recuperación exija necesariamente la ampliación de dicho concepto. No creemos, a este respecto, que la ampliación de lo político deba ser identificada con su disolución. Ciertamente se han resquebrajado formas y funciones tradicionales, pero han aparecido otras a través de las cuales la política ha encontrado nuevos cauces de expresión.

Nuestra proposición supone, entonces, que ir más allá de la crítica del discurso político no significa desvalorizarlo y abandonarlo bajo el argumento de la disolución o desaparición de lo político. Creemos, antes bien, que ir más allá de esa crítica supone, sobre todo, reencontrar el lenguaje de lo político en aquello que Benedetto Croce (1960) llamaba «la historia como pensamiento y como acción» y que Briceño Iragorry y Picón Salas trataron de revalorizar en sus diversos intentos de comprensión de la Venezuela contemporánea. Pero si bien Croce, Briceño Iragorry y Picón Salas trataron de acercarse a la cultura más allá de las líneas historiográficas del positivismo y del marxismo, lo hicieron desde una lectura no política. En otro lugar (Astorga 1992) hemos dicho que esta operación intelectual pudo haber sido más fecunda si hubiese revalorizado las categorías de lo político y, de un modo central, la categoría de poder. Decíamos entonces que el ya olvidado Antonio Gramsci —pasadas las modas y los entusiasmos académicos— puede ser una fuente intelectual muy valiosa para reinterpretar el sentido de la ampliación de lo político desde esa categoría. Y con ello se puede reencauzar el sentido mismo de la filosofía política frente a algunas interpretaciones recientes que la han desdibujado debido al desplazamiento de sus principales conceptos. Y por esa vía nos acerquemos a la interpretación que hace Foucault (1996) sobre el nexo entre discurso y poder, más allá de las estructuras globales del Estado. Pero en este punto debemos decir que la idea de ir más allá de la retórica tradicional y, por tanto, la necesidad de hacer valer la idea de la ampliación de lo político no supone atar el análisis al estudio laberíntico de las prácticas discursivas. Supone ante todo, tener presente que esas prácticas deben ser examinadas según la estructura del poder y del dominio, aun cuando esa estructura sea tan sólo una hipótesis o, a lo sumo, un modelo teórico de interpretación. Tratando de ser fieles a Foucault, pero más allá de sus resultados analíticos, se puede decir que, abandonado el protagonismo del Estado-nación y de las instituciones que se articularon en torno a él, y considerando entonces que los así llamados «actores políticos» tradicionales han servido para mostrar la separación entre el discurso y las cosas (a pesar de los intentos de resignificación del sentido

de lo político que han mostrado), se trata de resituar el análisis del discurso entendido como un trabajo de exploración que tenga presente de un modo permanente las diversas formas de reconfiguración de las prácticas discursivas a través de las cuales se ha estructurado la relación entre poder y dominio.

Queremos decir, en suma, que la crítica al discurso político, tanto la que se produce en el ámbito académico a través del análisis teórico y empírico, como la que se ha venido desplegando en diversos tipos de literatura y de espacios mediáticos, debe redirigir su mirada hacia las prácticas discursivas en las cuales se va a redefinir el espacio de la política. Venezuela sigue esperando al Gramsci, al Foucault o al Castoriadis que pueda explorar nuestro discurso, pero también necesita reactualizar la experiencia intelectual que Briceño Iragorry y Picón Salas iniciaron a mediados de siglo. Asimismo, debemos advertir que si bien es cierto que la política tiende a reivindicarse cada vez más como espacio para el discurso público, también es cierto que el análisis debe ir más allá —o más acá, si se quiere— de la hegemonía de los medios. Quizás ahora menos que antes podemos escapar a esa hegemonía, pero al menos es necesario tener presente que ella tiene que ver tan sólo con la superficie del discurso —con las formas y con la imagen mediática— y no con el espesor de la cultura. Ya en Venezuela, así como en México, Colombia y el resto de América Latina, se ha instalado, al menos en el ámbito académico, la necesidad de examinar la retórica política desde posiciones liberales neokantianas como la de Rawls o desde posiciones clásicas como la de Arendt, pues se entiende casi como un lugar común históricamente comprobable, que la política tiene en lo público su dimensión esencial. Pero junto a esa tendencia hay que tener el cuidado de no poner a Rawls y a Arendt al servicio, en última instancia, del dominio de la técnica, es decir, lo que precisamente un filósofo rawlsiano o arendtiano no debería hacer. Sugerimos que junto a la reivindicación de lo público se tenga presente la línea que Foucault ha trazado desde Clausewitz, reivindicando la dimensión conflictiva de la subjetividad para interpretar históricamente lo político. De otro modo nos resignaremos a realizar sesudos y exegéticos estudios analíticos, pero cargados con la inmediatez fotográfica y con el ritmo laberíntico de quien ha perdido o no ha encontrado las fuentes esenciales e históricas de la política. Para decirlo con Habermas, esas fuentes ya no son el actor particular o el macrosujeto de la sociedad y el Estado, sino los diversos pliegues de la actividad lingüística, a través del cual tiene lugar la experiencia comunicativa que da lugar a lo público. Si aceptamos que una tarea esencial del analista es encontrar y descifrar su dimensión pragmática,

entonces, ir más allá de la crítica del discurso supone, en definitiva, que la así llamada pretensión de validez del discurso —en su dimensión sintáctica y semántica— esté articulada con la tarea de reinterpretación del fenómeno de la articulación del poder. El poder como categoría y como contexto cultural ofrece pues, una vez más, el círculo hermenéutico a través del cual es posible plantearse la fecundidad intelectual y moral que encierra la crítica del discurso político tradicional. Para retomar nuestro argumento inicial, podemos decir que es probablemente ahora, con la transición hacia una Venezuela postpetrolera, cuando podamos iniciar el camino que nos permitirá descubrir y, sobre todo, reconstruir el espesor de nuestra cultura política.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Astorga, Omar (1995). *El mito de la legitimación. Ensayos sobre política y cultura en la Venezuela contemporánea (1945-1964)*, Caracas: CDCH-UCV.
- Betancourt, Rómulo (1986). *Venezuela política y petróleo (1956)*, Caracas: Monte Ávila.
- Bobbio, Norberto (1988). *Las ideologías y el poder en crisis*, Barcelona: Ariel.
- Briceño León, Roberto (1990). *Los efectos perversos del petróleo*, Caracas: Fondo Editorial Acta Científica-Consortio Editorial Capriles.
- Castro Leiva, Luis (1988). *El dilema octubrista (1945-1987)*. Serie Cuatro Repúblicas, Caracas: Cuadernos Lagoven.
- Dávila, Luis Ricardo (1992). *Imaginario político venezolano*, Caracas: Alfadil.
- Habermas, Jürgen (1998). *Facticidad y validez*, Madrid: Editorial Trotta.
- Touraine, Alain (1995). «América Latina o la democracia tutelada» en *¿Qué es la democracia?*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, Alain (1997). *¿Podremos vivir juntos?*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Uslar Pietri, Arturo (1989). *De una a otra Venezuela (1949)*, Caracas: Monte Ávila.
- Croce, Benedetto (1960). *La historia como hazaña de la libertad*. Caracas: Fondo de Cultura Económica.
- Astorga, Omar (1992). «Gramsci y la historia liberal. De Croce a M. Briceño Iragorry» en *Gramsci. Memoria y vigencia de una pasión política*, Caracas: Editorial de la Universidad de Los Andes.
- Foucault, Michael (1996). *El yo minimalista. Conversaciones con Michael Foucault*, Buenos Aires: Biblioteca de la Mirada.

## Algunos vicios en el razonamiento político de los venezolanos

Luz Marina Barreto\*

Las siguientes páginas aludirán a una serie de reflexiones que he venido realizando en relación a algunas formas de razonamiento moral y su vinculación con una teoría comprensiva de la motivación moral. Pero me separaré de mi ámbito de trabajo habitual en dos sentidos diferentes. Por un lado, quisiera poder trasladar algunos de los resultados parciales que he obtenido desde una teoría moral a una teoría de nuestras motivaciones políticas. Por el otro, intentaré una reflexión en torno a los fenómenos deliberativos que caracterizan el proceso electoral que se avecina. Ésta será un tanto especulativa y no tiene ninguna pretensión científica. No obstante, creo que algunos de los desarrollos en filosofía moral que he explorado podrían, efectivamente, arrojar alguna luz sobre lo que está pasando ahora en Venezuela.

En la ética y la filosofía moral contemporánea se han convertido en un lugar común la referencia a los sentimientos morales y a un fondo emocional, cuyo origen se remonta a los procesos de socialización de infantes como constitutivos de una motivación moral genuina. Se supone que los motivos o razones por los cuales un agente decide actuar de acuerdo con una norma moral son recalcitrantes a cualquier tipo de deliberación o reflexión racional. Por esta razón, autores como Williams (1979), Wolf (1984), Tugendhat (1993), entre otros, han hecho suya la perspectiva abierta inicialmente por David Hume (1990) de acuerdo con la cual, según la célebre frase, no es menos racional preferir la destrucción del mundo a un rasguño de mi dedo. Este punto de vista, que exilia, como se ve, a la deliberación racional del ámbito constituido por las preferencias y deseos personales, ha sido en la

\* Escuela de Filosofía, Universidad Central de Venezuela.

filosofía moral desempolvado por Strawson (1962) para mostrar hasta qué punto la responsabilidad moral depende de inclinaciones emocionales, más que de competencias reflexivas.

A esta perspectiva se opone un punto de vista que podríamos llamar «kantiano». Consiste en sugerir que nuestra motivación moral o, como dice Williams, nuestro *S*, nuestro «sistema motivacional subjetivo» no es tan inmune, como Hume quiso mostrar, a la reflexión y deliberación racionales. Hume pensaba que la razón se ocupaba únicamente de establecer correlaciones causales en el mundo objetivo. Este concepto de razón, que es aún hoy en día muy influyente, cuando se intenta aplicar al ámbito de la racionalidad práctica, resulta en una concepción metódica de la racionalidad, de acuerdo con la cual una acción sería racional si dispone adecuadamente de medios en vistas a fines preestablecidos. Por esta razón, de acuerdo con los filósofos que adhieren esta concepción, la racionalidad de una acción práctica se mide por su capacidad de satisfacer lo que Williams ha llamado el sistema motivacional subjetivo del agente, independientemente de que estos fines o motivos puedan parecer, al observador que contempla la acción, irracionales o inmorales. De esta manera, el concepto humeano de razón no llega a penetrar realmente el mundo subjetivo de un agente.

Esta concepción de la racionalidad se opone a algunas de nuestras intuiciones profundas. Solemos creer, en efecto, que si una persona decide que quiere inyectarse heroína todo el día, está actuando de modo irracional. Estas intuiciones tienen su origen en las concepciones clásicas, «prehumanas», por decirlo así, de la racionalidad. De acuerdo con esta concepción, que tiene, tal vez, a Aristóteles como su exponente máximo, los motivos y fines de una acción son susceptibles de ser calificados como racionales o irracionales en la medida en que coinciden con una concepción normativa del ser humano y de los modos como una persona podría acceder a tener una vida lograda o plena. En la concepción clásica, en efecto, los fines de una acción no pueden ser el resultado de una escogencia arbitraria, una que no atiende los modos con los que el ser humano puede alcanzar su mayor felicidad y florecimiento. Para el individuo aristotélico es imposible una noción de racionalidad como la de Hume, que reduce sus pretensiones a las de un método. Por el contrario, una concepción racional de corte kantiano aspira a ofrecer a la deliberación también razones para preferir un fin por encima de otro. De este modo, el sistema motivacional subjetivo no se concibe como un ámbito inmune al intercambio argumentativo y a la reflexión racional. Por el contrario, se supone que buena parte de los esfuerzos que vale la pena emprender en favor de una fundamentación de nuestros modos de interactuar con los otros, sean éstos morales o políticos,

se emprenden con el respaldo de una convicción profunda en favor de los poderes de la razón para convencernos y hacernos cambiar de opinión.

Pero ojalá las cosas fueran tan fáciles. La polémica en torno a la legitimidad del punto de vista humeano, que se conoce como «internalismo» y el punto de vista kantiano, mejor conocido como «externalismo», ha invadido buena parte de la discusión en torno a las fundamentaciones de la moral y se alimenta de estudios que cabalgan disciplinas tan diversas como la teoría moral, filosofía de la mente, psicología moral, teoría de las decisiones, teoría de la acción y teoría de la racionalidad práctica, sin contar a la neuropsicología y la psicología cognitiva. Unas y otras ofrecen de cuando en cuando argumentos en favor de alguna de las dos posturas y la polémica seguirá abierta, me parece a mí, durante mucho tiempo más, entre otras razones, porque la polémica toca oscuridades conceptuales que la filosofía sólo dificultosamente puede iluminar.

Entre las muchas cosas interesantes que he investigado en mi propio trabajo, se encuentran algunos estudios en psicología social y cognitiva que muestran que no es cierto que el sistema motivacional subjetivo sea inmune a la deliberación racional. Estos estudios, que sólo muy recientemente han sido retomados por la filosofía moral contemporánea, gracias en parte a los trabajos de Owen Flanagan (1991, 1996), muestran que nuestras acciones prácticas están respaldadas efectivamente por una deliberación de tipo racional que determina la escogencia de los motivos y fines de una acción. Esto significa que si bien, entonces, el sistema motivacional subjetivo está constituido por preferencias de índole personal que están teñidas por un fondo emocional y afectivo, inclinaciones y tendencias deliberativas determinarán también, de manera decisiva, el curso de una acción. Para dar un ejemplo simple: si bien es cierto que un individuo necesita haber sido socializado en una moral y tener las disposiciones y afectos adecuados para que se sienta motivado a actuar de acuerdo con una norma moral, sus tendencias deliberativas personales, tales como lo que Lawrence Blum (1994) ha llamado la «imaginación moral» o Mark Johnson (1996) denomina la capacidad de «comprensión moral», decidirán su curso de acción y los modos con los que contempla y sopesa los aspectos relevantes de una situación dada.

Al mismo tiempo, una concepción más amplia de la racionalidad práctica nos ha permitido examinar estas tendencias reflexivas. Robert Nozick (1993), por ejemplo, ha tratado de ampliar el concepto de racionalidad para incluir nuestra tendencia a considerar costos sumergidos o a deliberar de acuerdo con preferencias temporales. David Gauthier (1986) y Robert Axelrod (1987) exploran las consecuencias de la paradoja del prisionero.



nero para derivar consecuencias fecundas para una teoría de la racionalidad de las interacciones sociales. Muchos de estos estudios no sólo están respaldados por interesantes trabajos en la psicología cognitiva y social, sino en desarrollos recientes en economía, especialmente en aquellas áreas que conciernen a la teoría de las decisiones y la psicología económica, así como en reflexiones de larga data que aluden a los intentos de fundamentación racional de la moral.

De todos estos aportes, quisiera destacar ahora los resultados a los que han llegado los discípulos de Amos Tversky<sup>18</sup> en la Universidad de Michigan y que he utilizado para explicar algunos puntos problemáticos de la polémica entre el internalismo y externalismo a la que he hecho ya mención. La concepción internalista contemporánea se apoya básicamente en dos argumentos para insistir en la concepción humana de la razón. El primero, que llamaré a falta de un epíteto menos ambiguo, el argumento «moderno», sugiere que dada la diversidad empíricamente observable de sistemas de preferencias y motivos subjetivos, no tiene sentido volver sobre la pretensión clásica de una fundamentación racional de motivos y fines de la acción. Por lo tanto, se concluye, es mejor abandonar la búsqueda de una fundamentación racional de sistemas morales o políticos.

El segundo argumento se apoya también en una constatación empírica: la del carácter recalcitrante de nuestras preferencias y motivaciones subjetivas. No importa cuán ingeniosa sea nuestra argumentación en favor de un curso de acción, el hecho es que si un individuo no se siente «internamente» motivado a actuar de acuerdo con la acción sugerida, entonces será inmune a todos nuestros esfuerzos por persuadirlo de que proceda de acuerdo con nuestra sugerencia. Este carácter recalcitrante de la motivación a la acción ha sido lo suficientemente persuasivo como para convencer a la filosofía moral de que es inútil aspirar a alguna forma de fundamentación racional de un sistema moral o un sistema político. En los estudios mencionados de psicología social se ha hecho un esfuerzo especial por detectar las tendencias que otorgan al razonamiento práctico una determinada dirección. Con ello se ha puesto de relieve que el carácter recalcitrante de la motivación a la acción descansa en vicios del razonamiento práctico que tienen un carácter estable y que pueden ser estudiados objetivamente.

Es bien sabido que uno de los problemas mayores en filosofía de la mente lo constituye la incertidumbre que afecta los intentos por alcanzar predicciones confiables en el ámbito de las acciones humanas. Incluso hay

<sup>18</sup> Me refiero, en particular, a Richard Nisbett y Lee Ross.

una tendencia a contemplar los fenómenos mentales como eventos caóticos, en los cuales la más pequeña influencia puede producir resultados dramáticamente diferentes a los que se habrían producido si ninguna mariposa hubiera aleteado en nuestra cabeza. Sin embargo, algunas corrientes en psicología social han hecho un esfuerzo por establecer los parámetros generales que definen nuestras tendencias deliberativas y los cursos más habituales de nuestro razonamiento. Richard Nisbett y Lee Ross, en un célebre estudio de 1980, han puesto de relieve que nuestros modos intuitivos de razonamiento, es decir, aquellas inferencias a las cuales le otorgamos un mayor peso en nuestra deliberación, tienden a violar algunas precauciones elementales del razonamiento científico, de modo que si terminamos actuando de acuerdo con la deliberación permitida por criterios inadecuados, nuestra acción estará basada en inferencias ilegítimas y premisas equivocadas. Estos descubrimientos han sido decisivos para comprender algunas de las motivaciones más frecuentes de la acción práctica.

Un ejemplo, entre los muchos que han estudiado Nisbett y Ross, es la tendencia intuitiva o inmediata a alcanzar un juicio basado en las primeras impresiones que uno tiene de una persona o de una situación. Hay que señalar que se trata de una tendencia tan inadecuada como la de pensar que todos los cisnes son blancos porque uno nunca ha visto un cisne negro. Este fenómeno cognitivo, que Nisbett y Ross llaman «el anclaje de las primeras impresiones» o el «anclaje» a secas, explican, por ejemplo, por qué los venezolanos creen que una persona que ha tenido la temeridad de intentar un golpe de estado contra un presidente impopular y que salió una vez en televisión haciéndose responsable por una acción tan desastrosa desde el punto de vista humano y económico, puede ser un buen político, un presidente decente y moral, una persona capaz de manejar la máxima magistratura del país de modo competente e informado, alguien buenmozo, inteligente, bien intencionado, estudioso, culto y capaz. Los discípulos de Amos Tversky en Michigan han descubierto, igualmente, que es sumamente difícil evitar que las primeras impresiones afecten de manera decisiva el curso de una acción de una persona que actúa de acuerdo con ellas y que incluso es imposible, no importa cuánto se intente neutralizarlas con nueva información, borrarlas del disco duro de la mente. Uso la metáfora computacional con toda la intención: al igual que lo que sucede con un disco duro, lo que se ha descubierto es que no es posible hacer desaparecer lo que uno ha guardado en la mente; a lo sumo, se puede tratar de enterrar la vieja información con nueva, sepultar lo viejo con nuevos contenidos o informaciones contrastantes.

Volviendo a mi propio trabajo, algunos filósofos de la mente contemporáneos han rescatado estos estudios para explicar lo que, en David Hume,

conduce al exilio de la razón de la voluntad, a saber: por qué nuestra motivación es refractaria a la reflexión racional, por qué, muy frecuentemente, es imposible persuadir a una persona que ya ha tomado sus decisiones que de la bienvenida en su deliberación a nueva información fresca acerca de lo que es el caso. Probablemente una teoría unificada de la información, en la que están trabajando algunos de los filósofos más inteligentes que conozco, pueda explicar, finalmente, el misterio de la motivación humana y los modos con los que afecta los escenarios morales y políticos concretos. Mientras tanto, quisiera concluir con una especulación acerca de sus efectos posibles.

Cuando los talibanes conquistaron el poder en Afganistán prohibieron a las mujeres continuar trabajando. La reacción internacional de rechazo no se hizo esperar, pero lo más interesante fue la respuesta que los líderes talibanes dieron a estas voces de protesta: ellos no intentaban despojar a sus mujeres de medios de vida, sino hacer cumplir los mandatos del Islam, según decían, y por tanto no iban a dejar de pagar a sus mujeres los sueldos que les correspondían. Esta respuesta es tan repugnante que fue usada por algunos medios occidentales como una de las líneas noticiosas más chistosas del día, pero, aparte de eso, revela una manera de pensar, o, para usar la terminología que he introducido, una representación anclada. Lo que falla en la comunicación entre los talibanes y la comunidad internacional es el *concepto* de trabajo: para los talibanes es una manera de ganar dinero, para la comunidad internacional que reclamó la exclusión de las mujeres del mercado de trabajo, una forma de auto-realización y autonomía.

¿Y qué pasa con el concepto de trabajo en Venezuela? Hace un tiempo vi las declaraciones indignadas en televisión de una de las así llamadas «repositoras» del Ministerio de Educación que había sido declarada, finalmente, inválida. Protestaba porque no podía cobrar más su sueldo como miembro activo de ese cuerpo, sino una pensión de invalidez. Ella, que había disfrutado numerosos permisos por enfermedad, quería salir en televisión para demostrarle al mundo que no estaba inválida sino en perfecto estado de salud. Observándola, me di cuenta de que esta dama compartía con los talibanes la profunda convicción de que es mejor cobrar sin trabajar, y, por cierto, cobrar todo lo que uno pueda arrancar al Estado.

Max Weber ha sido uno de los primeros en llamar la atención en torno a los vínculos entre la productividad de un país y la mentalidad de su gente. La administración pública venezolana está repleta de hombres y mujeres para quienes el trabajo, la productividad y la efectividad es un castigo y para quienes el Estado está en la obligación de satisfacer todas sus necesidades. Un buen número de estos venezolanos son clientes de Acción Democrática

y no en balde la campaña de Alfaro está exclusivamente orientada a mantener a estos votantes de su lado, asegurándoles sus puestos de trabajo. Ellos definen, de modo muy profundo, en qué sentido éste es un país corrupto.

La socióloga y profesora universitaria María Sol Pérez Schael me decía hace algunos años<sup>19</sup> que en la mentalidad venezolana corrupción significaba meter la mano en una hipotética caja fuerte que tendrían acaparada «los políticos», impidiendo así la justa repartición de los ingresos petroleros y fiscales. Esta mentalidad de la «caja fuerte» se mantiene aún hoy en día, lo que explica que Pablo Medina haya podido decir, hace unos dos años, que el Estado «debía repartir entre su población los ingresos extraordinarios obtenidos por el alza de los precios del petróleo». En esta mentalidad, corrupción significa meramente apropiarse ilegítimamente de dineros que pertenecen al Estado y, por ende, a todos los venezolanos. Con ello se ha perdido de vista que la corrupción venezolana se pone en evidencia de manera más conspicua y real en el clientelismo.

Pero para comprender cómo el clientelismo puede afectar la salud económica de un país es necesario estar al tanto de algunos de los descubrimientos que la teoría económica ha hecho en las últimas décadas. Por razones históricas, estos conocimientos no forman parte de lo que se ha llamado la «cultura política» de nuestro país. Nuestra intelectualidad de izquierda, influida por la idea del intelectual orgánico europeo de las décadas de los cincuenta y sesenta, ha animado la perpetuación de una serie de prejuicios con respecto al valor de las recomendaciones económicas que surgen de la academia. Esto explica por qué algún personero político pudo darse el lujo de menospreciar las recomendaciones de un premio Nobel en economía que echó una mirada sobre nuestros asuntos, o que el mismo día en que Amartya Sen se ganaba el mencionado galardón, un conocido escritor de izquierda se quejaba, en una charla pública, que ya no había intelectuales que se ocuparan de las realidades concretas. A diferencia de lo que podría haber pensado el intelectual «orgánico», el saber especializado que proviene ahora de los desarrollos de las ciencias humanas nos obliga, a aquellos de nosotros que queremos hacer cosas serias, no sólo a estudiar mucho, sino a ser también muy modestos en relación a lo que podemos manejar de modo competente.

El clientelismo como forma de corrupción explica muchos, si no la mayor parte, de los atrasos que padece la sociedad venezolana. De acuerdo con él, no los más capaces sino los amigos del régimen pueden disfrutar de los beneficios del Estado. Esto, que también ha sido denominado *crony*

<sup>19</sup> En conversación personal.

*capitalism* o el capitalismo del compadrazgo, explica, entre otras cosas, la debacle del sistema financiero asiático, que repartió créditos entre amigos y compadres sin tomar las precauciones necesarias. En Venezuela, el clientelismo ha llevado a una serie de incompetentes sin mérito ni educación a puestos de gran responsabilidad política. Los mejores estudiantes, en cambio, la generación de los más prometedores, que en vez de hacer carrera política se quemaron la pestañas haciendo difíciles postgrados dentro y fuera de Venezuela, postgrados que no se regalan y que exigen mucha dedicación, se ha visto exiliada de la vida política del país, condenada a ser gobernada por aquellos que obtuvieron sus cargos, ¿cómo decirlo?, tomándose unas cervecitas con el benefactor de turno.

Esta forma de corrupción conlleva un desprecio muy profundo al conocimiento. El menosprecio al conocimiento es una característica infalible de los regímenes clientelistas y explican, entre otras cosas, los continuos ataques a los que ha sido sometida la universidad venezolana. Pero la mentalidad populista, que desatiende y desprecia los avances recientes en ciencias humanas y, en particular, en economía, no deja de ser cómplice y hacerle el juego al clientelismo, por lo menos en lo que respecta a este rasgo común. El intelectual de izquierda que hasta hace muy poco se tapaba la nariz para leer a Friedman, menosprecia el conocimiento de la misma manera, aunque no por las mismas razones. No deja de ser notable hasta qué punto se puede coincidir con el enemigo cuando uno no sabe de qué manera uno debe distinguirse de él.

El candidato Hugo Chávez Frías intentó un golpe de estado contra un gobierno que intentaba reformas económicas basadas en conocimiento científico. Una vez me dijo un empresario venezolano y profesor universitario, cuyo nombre me parece imprudente mencionar, que si Chávez Frías calculara con honestidad el daño que le hizo a la economía venezolana en aquella oportunidad, se suicidaría. Las reformas económicas iniciadas por el gobierno de Carlos Andrés Pérez nos habrían conducido a derroteros similares a los que hoy disfrutan algunas de las economías más saludables del planeta. Cuando reformas similares fueron implementadas por Miguel Boyer en España, cuentan que en medio de su sufrimiento, el pueblo español sentía que debía darle un chance a aquellos que, habiendo estudiado profundamente estas materias, intentaban enderezar el curso de la economía nacional. Pero el menosprecio y la desconfianza del conocimiento están tan profundamente arraigados en el pueblo venezolano que ahora aplaudimos la falta de visión del militar golpista premiándolo con la máxima magistratura del país.

El fenómeno Chávez muestra claramente la pobreza de la cultura política de los venezolanos. Estamos dispuestos a convertir en presidente de la república a alguien que no ha demostrado para nada tener ni capacidad ni méritos suficientes para ello. Es un fenómeno revelador porque pone en evidencia que las capacidades que consideramos suficientes son temeridad, el estar supuestamente en posesión de un temperamento autoritario, testículos, buenas intenciones y la disposición a convertir en beneficiarios del Estado a los que hasta ahora han sido excluidos de sus prebendas. Esto significa que no hay ninguna garantía de que no se sustituyan algunos clientes por otros, ni que se tomen las medidas necesarias para que los padecimientos y las injusticias que sufrimos los venezolanos lleguen de una vez por todas a su fin.

Como he sugerido al inicio de estas páginas, el problema con imágenes profundamente ancladas en la visión política del venezolano es que son recalcitrantes al cambio y a la argumentación racional. Así como un análisis de los vicios del razonamiento político del venezolano requiere un respaldo teórico que sólo puede adquirirse en la academia, comenzar a ampliar la visión del venezolano requiere que el conocimiento especializado pueda penetrar ámbitos dominados por políticos embrutecidos y medios de comunicación embrutecedores. Durante la última campaña electoral se tomaron algunas medidas en esta dirección, aunque tal vez un poco tardías, como el esfuerzo realizado por la asociación civil El Cambio es la Gente, que estaba destinado a obligar al electorado a reflexionar seriamente en torno al mensaje de los candidatos presidenciales.

Pero ¿qué dijo el comando de campaña del candidato ganador, Hugo Chávez, en relación con estos esfuerzos? En unas declaraciones, el general Müller Rojas, con una curiosa mezcla de paranoia y menosprecio por la reflexión, acusaba a esta asociación civil, que se atrevía a poner en cuestión la idea de la constituyente y a la que pertenecían empresarios y académicos, de «ser financiada por el narcotráfico». Así es como los despreciadores de la reflexión difaman a sus víctimas, en el más puro estilo del tirano que desplaza todo asomo de crítica y engaña y manipula a la opinión pública para que siga el ejemplo. Muchos profesores universitarios creen que Hugo Chávez protegerá a la universidad venezolana y pagará las prestaciones que el gobierno nos debe. Pero quienes están dispuestos a difamar, sin elementos de juicio suficientes, a los que invitan a la reflexión son, en realidad, enemigos de la universidad venezolana. De modo que no debemos engañarnos en relación con esto.

No obstante, es el aumento de reflexión y crítica lo que nos permitiría salir del atolladero en el que nos ha metido una cultura política tan pobre como la nuestra. ¿Está dispuesto el próximo gobierno, que supuestamente saldría de la oposición, a tomar las medidas educativas necesarias para incrementar nuestro aprendizaje moral y político, dadas las dificultades que una tal tarea presenta? Permítaseme responder con otra pregunta: ¿no son precisamente las motivaciones del electorado de Chávez las que hacen esta tarea más necesaria?

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Axelrod, Robert (1987). *Die Evolution der Kooperation*, R. Oldenbourg Verlag. Traducido del inglés por Werner Raub y Thomas Voss.
- Blum, Lawrence (1994). *Moral Perception and Particularity*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Flanagan, Owen (1991). *Varieties of Moral Personality. Ethics and Psychological Realism*, Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Flanagan, Owen (1996). «The Moral Network» en Robert McCauley: *The Churchlands and their Critics*, Oxford: Blackwell Publishers.
- Gauthier, David (1986). *Morals by Agreement*, Oxford: Oxford University Press.
- Hume, David (1990) (1739-40). *A Treatise of Human Nature*, Oxford: Oxford University Press.
- Johnson, Mark (1996). «How Moral Psychology Changes Moral Theory» en L. May, M. Friedman y A. Clark (1996) *Mind and Morals*, Cambridge, MA: The MIT Press, Bradford.
- Nisbett, Richard y Lee Ross (1980). *Human Inference: Strategies and Shortcomings of Social Judgment*, Prentice-Hall.
- Nozick, Robert (1993). *La naturaleza de la racionalidad*, Barcelona: Paidós. Traducción de Antoni Domènech.
- Strawson, P. F. (1982) (1962). «Freedom and Resentment» en Watson Gary, *Free Will*, Oxford: Oxford University Press.
- Tugendhat, Ernst (1993). *Vorlesungen über Ethik*. Francfort del Meno: Suhrkamp Verlag.
- Williams, Bernard (1979). «Internal and External Reasons» en Williams, B. (1981) *Moral Luck*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Wolf, Ursula (1984). *Das Problem des moralischen Sollens*. Berlín: Walter de Gruyter.

# Diálogo y participación: ¿cuál diálogo?, ¿cuál participación?

Adriana Bolívar\* y Carlos Kohn\*\*

## INTRODUCCIÓN

**E**n este trabajo abordamos el discurso político uniendo esfuerzos desde la experiencia que tenemos en los campos de la filosofía política y en el análisis lingüístico del discurso. Cada uno de nosotros de manera separada ha estado preocupado por entender los procesos de la comunicación política y sus efectos tanto en la vida política misma como en la interacción cotidiana.

Las palabras «diálogo» y «participación» son, tal vez, dos de los términos más empleados en el discurso político y social para legitimar un *modus vivendi* (democrático) en el que supuestamente todos tenemos igual derecho para opinar y ofrecer alternativas. Sin embargo, en casi todos los sectores de la vida nacional se expresa la insatisfacción porque «no existe el diálogo», «el diálogo no marcha», «el diálogo se interrumpe», «hay que reforzar el diálogo», lo que apunta a una ausencia de diálogo o a sus fallas. Algo similar ocurre con la participación pues, aparentemente, la única participación que el venezolano tiene en la vida política es en el momento del sufragio. Como dice Martín (1990:51)

Una de las formas en que los regímenes latinoamericanos han caracterizado la participación, tal vez la más frecuente, es aquella que asume la forma de un conjunto de conductas inscritas todas ellas en los diferentes momentos y etapas que culminan en un proceso electoral luego de una serie de actos masivos cumplidos en forma ritual, el proceso desemboca en el acto de emisión del voto destinado a elegir una representación política.

\* Área de Lingüística —CEP-FHE—, Universidad Central de Venezuela.

\*\* Instituto de Filosofía, Universidad Central de Venezuela.

Basados en la premisa de que la transdisciplinariedad es la mejor vía para ofrecer explicaciones más integrales de los problemas, decidimos explorar caminos para responder a preguntas como las siguientes: ¿cuáles son las características del diálogo y de la participación en el plano metadiscursivo? ¿Por qué estas dos actividades se perciben como no existentes en la práctica? ¿Cómo se manifiesta esta percepción en el discurso mismo, particularmente en la prensa escrita? ¿Cómo serían más eficientes el diálogo y la participación en nuestra sociedad?

Nos propusimos como primer objetivo averiguar si el diálogo y la participación política en Venezuela, definidos desde la filosofía política de Hannah Arendt y desde la pragmática lingüística de Paul Grice, cumplen o no con las condiciones mínimas establecidas por ellos. Escogimos a estos autores porque, por un lado, el trabajo de Arendt (1958, 1961) ha inspirado el surgimiento de movimientos civiles y asociaciones políticas, interesados en poner en práctica su teoría del *poder comunicativo* mientras que el *principio de cooperación* de Paul Grice (1975) sentó las bases para una gran parte de los estudios en la pragmática lingüística y el análisis del discurso. Nuestro segundo objetivo fue explicarnos el por qué de las fallas en el diálogo y en la participación, y aquí recurrimos nuevamente a los planteamientos de Arendt (1951, 1961) y al análisis crítico del discurso (Fowler 1989, Fairclough 1992, van Dijk 1993, 1996).

Para la mayoría de nosotros la manera más simple de definir «diálogo» es como una interacción entre dos personas que se adjudican turnos para hablar sobre un tema. Pero, este término adquiere mayor complejidad cuando aceptamos que todo discurso es dialógico (Arendt 1958, Bakhtine 1982, MacDonell 1986, Boves Naves 1992), que el diálogo forma parte de las relaciones sociales, verbales y no verbales, y que todo discurso es también un proceso de construcción social a través de los textos.

En todo caso, consideramos necesario aclarar que, para nosotros el diálogo y la participación son componentes esenciales de una interacción democrática y que, en consecuencia, debemos estudiar estos conceptos desde varias perspectivas para poder contribuir mejor a que ambos principios básicos sean más efectivos en nuestra sociedad.

#### PODER COMUNICATIVO Y DEMOCRACIA

Si como parte de su experiencia vital (v.g. en el ámbito de la *politeia*) los hombres y las mujeres deben preocuparse por cómo debe ser su participación en la comunidad, cómo saber elegir entre diferentes ideas y progra-

mas de acción política, cómo apoyar o rechazar una causa, movimiento, o pieza de legislación y qué objetivos concretos esperan que realice un gobierno cada vez que las circunstancias lo ameritan, etc; la tarea del analista del discurso político consiste, entonces, en emprender un examen acucioso de esta experiencia particular con miras a desarrollar una *comprensión* teórica de la vida política de esa comunidad determinada. En este sentido, Hannah Arendt insiste en que dicho abordaje debe comenzar por rastrear las huellas de los conceptos políticos hasta llegar a las experiencias concretas y, más específicamente, a las acciones políticas que les dieron vida. Para ello, el empleo correcto de las palabras no puede ser, solamente, una cuestión de gramática lógica, sino que hay que introducir la perspectiva histórica, puesto que —aduce Arendt (1973:145-146)— *una cierta sordera a los significados lingüísticos ha tenido como consecuencia un tipo de ceguera ante las realidades a las que corresponden*. Más aún, concluye, en el lenguaje hay *pensamiento congelado* que el pensar debe descongelar si quiere averiguar el sentido original (Arendt 1978:174).

En suma, según Arendt, el analista político debe descomponer para luego reconstruir las RICAS *determinaciones* del entramado mundo de la política, de modo que logre explicar de manera verosímil cómo se estructuran los diferentes aspectos que lo integran, en tanto espacio público. Además, debe indagar acerca de las formas en que los actores políticos se definen a sí mismos, se interrelacionan entre sí, adquieren identidad pública y establecen un sistema normativo de convivencia, así como también las diferentes pasiones, capacidades y aspiraciones que apuntalan o socavan este sistema (Arendt 1961:28 y ss).

El axioma que asume Arendt como punto de partida de su teoría crítica es el siguiente: *el habla y la acción son los elementos de la condición humana que hacen posible y recrean permanentemente la vida política de los hombres* (Arendt 1993:200-215). Por ende, el criterio que distingue a lo político debe buscarse en las condiciones que posibilitan el *diálogo y la participación* de los individuos en acciones dirigidas a satisfacer fines colectivos. El requisito para incentivar y coordinar la participación ciudadana es el surgimiento y la consolidación de una *esfera pública*, entendida como un espacio de aparición, en la que se manifiesta la pluralidad de identidades e intereses presentes en la sociedad y la *cooperación*, o esfuerzo mancomunado, para emprender el proyecto político que esa sociedad se ha propuesto realizar.

Los conceptos de *diálogo y participación* son, entonces, nociones claves para intentar comprender lo que Arendt denomina «el poder creador de la condición humana» (que conduce al hombre a re-crearse constantemente,

a dar sentido y a reestructurar permanentemente el mundo que le rodea), y la exigencia radical de que el hombre coopere con otros sujetos en la condición básica de *la libertad*, y el único sistema político capaz de desarrollar el contenido sustantivo de la libertad es *la democracia*.

En otras palabras, el problema básico que se plantea en su teoría es establecer las condiciones que hacen posible la constitución de la libertad en un *novus ordo saeculorum*, en el que la participación ciudadana no sea sólo el resultado de una fugaz coyuntura, sino un acontecimiento cotidiano —fruto de un permanente diálogo y cooperación— a través del cual se logra mantener vivas las instituciones y los procedimientos democráticos.

¿Cuáles serían, entonces, los parámetros a los que habría que acudir —dentro de la hermenéutica arendtiana— para definir la democracia?

La democracia significa —afirma enfáticamente Arendt— el compromiso hacia una forma pública de vida que implica que un ciudadano que se preocupa por el mundo, antepone el bien comunitario al suyo propio, se complace en debatir y en cooperar con sus pares, ama la libertad, considera que ha violado su dignidad cuando las decisiones que le afectan se toman sin su participación, adopta un sostenido interés en los asuntos de su congregación, debe tener la valentía de actuar cuando es necesario, etc. (Kohn 1995:66-67). El consenso, resultante del proceso de democracia así concebido, significa que el conjunto de derechos —que configuran este *espacio de aparición*— hace posible conjugar la pluralidad y la pervivencia de un nivel normativo común, indispensables para la integración y la participación equitativa de la ciudadanía en el ámbito de lo público.

A la luz de estos conceptos, el problema radica en cómo fomentar el diálogo y la participación ciudadana en una sociedad como la nuestra en la que esta participación es controlada y manipulada, en gran medida, por los medios de comunicación. Por este motivo, creemos que como primer paso debemos averiguar de qué manera la prensa controla el acceso a la palabra en la noticia y en la opinión, puesto que sólo acceden a ella aquellos a quienes los grupos poderosos otorgan el derecho a decir (Bolívar 1996, Fairclough 1989, van Dijk 1990). En otras palabras, la cooperación, requisito fundamental para establecer un diálogo democrático, no se da de manera equitativa.

## EL PRINCIPIO DE COOPERACIÓN

Visto el problema desde la dimensión de la filosofía del lenguaje, nos encontramos con que la cooperación es un requisito fundamental para que

toda comunicación humana funcione. El trabajo de Paul Grice, especialmente su artículo *The logic of conversation*, publicado en 1975, ha sido fundamental para todos los que se interesan en la comunicación: lingüistas, analistas del discurso, sociolingüistas, psicolingüistas, sociólogos, filósofos, y otros, porque, a diferencia de otros filósofos del lenguaje, como Searle (1969, 1979), Grice parte del supuesto de que la conversación se rige por un tipo particular de lógica basada en lo que él llama «el principio de cooperación» (PC), el cual nos permite describir la forma en que las personas participan en una conversación y cómo, mediante la cooperación o la violación de ciertos principios pragmáticos, logran entender lo que se dice y lo que no se dice directamente con las palabras pronunciadas. Es decir, se explica el significado más allá del contenido proposicional, pues se toma en cuenta el conocimiento del mundo compartido por los interlocutores. Para ello, sirven de guía unas máximas de cooperación que, según él, son aceptadas tácitamente de buen grado por quienes participan en una conversación, y porque suponen que existe el deseo de comunicarse. Dicho de manera sencilla, si conversamos con alguien lo hacemos porque esperamos que esa persona contribuya a la conversación en la forma esperada. Así, si preguntamos a alguien conocido en este momento preelectoral: «¿por quién vas a votar?», esperamos que nos diga un nombre entre todos los candidatos a presidente de la república (Chávez, Irene, Salas, Alfaro Uceró, u otro), pero si la persona contesta con otra pregunta, como «¿por quién vas a votar tú?» Entenderemos que no quiere darnos una respuesta. Lo que está implícito se denomina implicatura conversacional, pues el hablante expresa más de lo que dice y sólo puede ser interpretado de manera apropiada por su interlocutor en un momento y lugar dado, pues en la dimensión pragmática los significados dependen del contexto y de la cantidad de información pragmática que los interlocutores comparten.

Sobre la naturaleza de este principio, es importante destacar que no tiene carácter prescriptivo sino descriptivo y, tal como lo plantea Escandell Vidal (1993:93),

es simplemente una condición de racionalidad que resulta básica para que el discurso sea inteligible y tenga sentido. De hecho el principio de cooperación de Grice es, en el fondo, un cierto tipo de «condición preparatoria» que se espera que los participantes observen. Cuando los participantes no se ajustan a él, la conversación es inconexa y absurda.

El principio de cooperación se resume de la siguiente manera: *Haga que su contribución a la conversación sea, en cada momento, la requerida por el propósito o la dirección del intercambio comunicativo en el que está usted*

*involucrado* (Grice 1975:45 en Escandell Vidal 1993:92). Grice propone cuatro grandes máximas denominadas: *Cantidad, calidad relación y manera*, cada una subdividida en máximas más específicas (Grice 1975:47), para explicar cómo funciona la cooperación y cómo al violarse estas máximas se crean implicaturas. En este trabajo tan breve sólo podemos referirnos a ellas de manera general:

### Cantidad

Tiene que ver con la cantidad de información que se intercambia e incluye dos submáximas:

1. *Haz que tu contribución sea tan informativa como lo requiere el propósito del diálogo.* Retomando nuestro ejemplo anterior, si pregunto: «¿vas a votar por Chávez?» Esperamos un sí o un no. Podríamos considerar violaciones a esta máxima, contribuciones como: *Tal vez, Podría ser. Voy a votar*, porque no se da suficiente información.

### Calidad

No hagas tu contribución más informativa de lo necesario.

Se resume en la supermáxima: *Trata de que tu contribución sea verdadera*, y se especifica de la siguiente forma:

1. *No digas lo que crees falso* (no mientas).
2. *No digas algo para lo cual no tienes suficiente evidencia* (no hagas afirmaciones si no tienes suficiente evidencia).

Aquí esperaríamos una respuesta que responda a la información solicitada, pero sin agregar demasiada información, que puede interpretarse de otra forma, como en:

A: ¿Vas a votar por Chávez?

B: Por supuesto que sí, es el único que presenta una salida para este país y que puede arreglar este país en la situación que está; va a acabar con la corrupción y va a colocar las cosas en su lugar, porque [...]

### Relación

Esta contiene una sola máxima: *Sea relevante* (diga cosas relevantes).

Aquí *relevante* se define como relevante para la conversación, para el tópico de la conversación, o de lo que se está hablando. A la pregunta:

A: ¿Vas a votar por Chávez?

B: ¿Ya almorzaste? Ven, que te invito, yo pago (la respuesta no va al punto, y puede implicar una evasión a responder inmediatamente o

una invitación a conversar sobre el asunto para reafirmar o rechazar la posición del otro).

### Manera

Esta se resume en una supermáxima: *Sea claro*, y tiene que ver con el modo o estilo de decir las cosas. Se especifica en cuatro submáximas:

1. *Evite la oscuridad de expresión.*
2. *Evite la ambigüedad.*
3. *Sea breve* (no sea innecesariamente prolijo).
4. *Sea ordenado.*

En este caso, se violaría la manera con:

A: ¿Vas a votar por Chávez?

B: No podría yo dejar de reconocer que en la intrincada coyuntura existencial de la cual ustedes están conscientes, sin asomo de querer influir en tu decisión, decir que votaré por el candidato presidencial que has mencionado, me pondría en una situación de incomodidad, claro, siempre que se pueda decir lo que pienso, en el contexto de nuestra sociedad [...]

Según Grice, aunque estas máximas se expresan lingüísticamente, también se aplican a las actividades de la vida cotidiana. Lo interesante aquí es que sin necesidad de aplicar las máximas en detalle, podemos analizar el discurso político de este momento y preguntarnos si se respetan los principios de cooperación para que todos los venezolanos participen activamente en la campaña electoral. ¿Quiénes son los que tienen voz? ¿Cuáles son los temas dominantes? ¿Cómo se concibe la participación? ¿Se respeta la calidad? (¿Se dicen mentiras?) El principio de cooperación de Grice nos ayuda mucho a percibir lo que está pasando en el plano del microanálisis, pero necesitamos, además, la dimensión crítica para ir más allá de las microinteracciones.

### EL ANÁLISIS CRÍTICO DEL DISCURSO

Puesto que el estudio simple de las máximas resultaría insuficiente para una explicación sobre como funciona el diálogo cotidiano (Escandell Vidal 1993:105) y particularmente el macro diálogo social y político, es conveniente recurrir al análisis crítico del discurso para integrar una visión más amplia del problema. Necesitamos apoyarnos en la teoría del discurso y no perder de vista que todo discurso es *diálogo, es social, es cognición y es historia* (Macdonell 1986, Bolívar 1997) y que la interpretación de los



significados debe ir más allá del entorno de los interlocutores inmediatos. Tampoco podemos olvidar que para el analista crítico los conceptos *poder*, *acceso* y *control* forman una trilogía fundamental (van Dijk 1993). En otras palabras, el diálogo y la participación no se dan en el vacío sino entre grupos que luchan por el poder. En esta lucha algunos grupos controlan el acceso de otros grupos de menor poder. En el caso de los medios de comunicación, los periódicos tienen una función muy especial, pues no sólo informan sino que moldean la opinión, crean y refuerzan modelos cognitivos, e influyen en la opinión de las personas. Así el diálogo político es el diálogo que ellos representan para nosotros, según su propia visión del mundo y sus intereses económicos, sociales y políticos. Este es un diálogo complejo porque el periódico como totalidad, a través de la voz del grupo que lo dirige, participa como un interlocutor (P1) mientras que sus lectores participan como el segundo gran interlocutor (P2), que es reflejado, construido y afectado en la interacción. Al mismo tiempo, el periódico como interlocutor nos representa el diálogo político que, a su modo de ver, es el que se ha dado en Venezuela, y ahí escoge a los actores y los problemas que considera relevantes. Con esto queremos decir que, si tomamos cualquiera de nuestros periódicos nacionales, encontraremos que se da acceso a ciertos participantes y no a otros, que se tocan ciertos temas y no otros, que se evaden algunos. Por lo tanto, la participación es controlada desde afuera y escapa de las manos de quienes también quisieran decir algo.

#### DIÁLOGO Y PARTICIPACIÓN A TRAVÉS DE LA PRENSA

Con el propósito de averiguar sobre la forma en que la prensa venezolana ha abordado el diálogo democrático y la participación en Venezuela, elegimos como objeto de estudio el periódico *El Nacional*, y de ahí recolectamos a través de Internet todos los textos publicados en los cuerpos de *política*, entre el 10 de septiembre y el 10 de octubre de 1998, pues partimos del supuesto de que este cuerpo del periódico dedicaría su atención a los actores, los temas y los problemas propios de la campaña electoral para elegir al nuevo presidente de la república. Se excluyeron los artículos sobre sucesos para una mayor precisión de los datos.

Como apoyo metodológico empleamos el programa *Wordsmith tools* (Scott 1998), especialmente la lista de palabras (frecuencias) y las colocaciones (palabras colocadas en un rango de 9 a la derecha y 9 a la izquierda) así como las concordancias para interpretar los significados en contextos de una o más líneas. Dicho programa fue diseñado para los fines de la lingüística

de *corpus*, cuya meta es analizar grandes cantidades de textos y así explicar los significados abarcando contextos más amplios. Se trabajó con un total de un millón ochocientos sesenta y cuatro mil ciento nueve (1.864.109) palabras.

El analista crítico del discurso puede llevar a cabo el análisis de los textos en uno o más niveles de análisis lingüístico, gramatical (léxico y sintaxis) semántico y pragmático, pero, como queríamos obtener una primera visión global que nos condujera posteriormente a descripciones más detalladas, decidimos enfocar el análisis solamente en el empleo del léxico. Nuestro propósito fue averiguar, a través de la frecuencia simple de palabras, quiénes eran los candidatos más mencionados, cuáles eran las palabras que se colocaban con *diálogo* y *participación* y cuáles eran los temas relevantes. La simple mención de los nombres propios sirvió como indicador de los actores que participaban en el diálogo. Mientras que las colocaciones nos sirvieron para inferir con qué palabras se relacionaban más frecuentemente el «diálogo» y la «participación» en las oraciones y cláusulas de los textos del *corpus*.

Los resultados de este pequeño estudio mostraron que al examinar la frecuencia de aparición de los actores políticos de la campaña electoral, tomando todos los actores que llegaban hasta la frecuencia 0,01% en el caso de *El Nacional*, se trata de la representación de un diálogo que da cabida sólo a los candidatos presidenciales con mayores opciones, en el orden siguiente de porcentajes según el número total de palabras, dejando de lado las palabras gramaticales (ej.: de, el, la, etc.): Chávez (869: 0,30%); Salas (404: 0,14%), Alfaro (290: 0,10%), Irene (267: 0,09%).

Aunque el número total de candidatos a la presidencia era de catorce en ese momento, las oportunidades de aparecer nombrados se restringen a unos pocos, con excepciones como la de Claudio Fermín (104: 0,06%) quien se menciona tan escasamente como Rafael Caldera (168: 0,06%). La omisión de los demás candidatos o la escasa mención indica varias cosas: primero que el diálogo se concentra en torno a determinados actores; segundo, que se menciona con mayor frecuencia uno de estos actores no sólo con su nombre sino también con apelativos como «comandante» (88:0,03%), «chavistas» (37: 0,01%); tercero, que aparentemente el periódico da mayor atención al candidato de su preferencia, que para entonces estaba en primer lugar en las encuestas.

Los datos sobre las temáticas dominantes en el diálogo durante el mes escogido nos indicaron, a través del análisis de las frecuencias, de las colocaciones y de las concordancias, que la temática principal fue la campaña electoral en sí y la propuesta de constituyente de uno de los candidatos,

como se infiere de los usos de las palabras más frecuentes en el *corpus*: *País* 700: 0,24%; *Venezuela* 560: 0,19%; *Electoral* 546: 0,19%; *Estado* 546: 0,19%; *Constituyente* 533: 0,18%; *Candidato* 526: 0,18% (nótese que *candidata* no figuró) *Presidente* 514: 0,18%. El verbo más frecuente en el *corpus* fue *dijo* (456: 0,19%), lo que no extraña pues se trata de reportajes sobre lo que los actores políticos decían. Lo que sí llama la atención es que el pronombre personal más frecuente haya sido *YO* (185: 0,06%), muy cercano a la mención de *Chávez*, con la misma frecuencia que *pueblo* (182: 0,06%) y antes que los *venezolanos* (154: 0,05%). Entre las palabras que alcanzaron un porcentaje de frecuencia menor, equivalente a 0,05%, se encontraron también *constitución* (174: 0,06%), *democracia* (169: 0,06%), *seguridad* (166: 0,06%), *salud* (149: 0,05%), *trabajo* (144: 0,05%), *justicia* (141: 0,05%), *gente* (135: 0,05%) y *crisis* (132: 0,05%). Si la frecuencia de mención de estas palabras puede servir como indicador de los temas del diálogo, podemos aceptar que se trataron algunos de los temas relevantes, pero nos quedan dudas sobre la profundidad de la discusión, sobre todo cuando palabras como «economía», «educación» y «pobreza» (sólo 23 veces) no aparecen entre las más frecuentes.

Ahora bien, el uso de la palabra *diálogo* es indicativo de la ausencia del mismo puesto que, al examinar las colocaciones en relación con la frecuencia de aparición (sólo 22 veces), el verbo más cercano es *establecer*, en infinitivo, sin tiempo, ni modo o modalidad, lo que quita carga semántica a este diálogo. El verbo siguiente en frecuencia es *ocupará*, el cual señala un diálogo futuro, que todavía no está ahí. Aunque todos los candidatos y otros actores políticos emplean la palabra, casi todos lo hacen en la modalidad de lo posible y no de lo existente, como en los ejemplos siguientes tomados del archivo correspondiente a la búsqueda de la palabra *diálogo* en el *corpus*:

- 1) Rangel llama la atención sobre el hecho de que Chávez y sus seguidores *no deben desdeñar el diálogo* con los demás sectores. (*file entry* 5)
- 2) Irene Sáez manifestó su rechazo al paro médico. En su opinión, la solución no es una hora cero, sino *establecer un diálogo*. (*file entry* 9)
- 3) El dirigente del chavismo reconoció que muchos de quienes adversan la candidatura de Hugo Chávez son honestos. «Con ellos *deseamos un diálogo* respetuoso. (*file entry* 19)

Por otra parte, el uso de la palabra *participación* tampoco es muy alentador. Se menciona 88 veces, y las palabras con que se coloca en primer lugar son *política* (27 veces) y en segundo lugar *sufragio* (20 veces), lo cual parece confirmar la apreciación de Martín (1990) en el sentido de que la participación política en Latinoamérica se reduce al «acto de emisión del voto destinado a elegir una representación política».

Entonces, si volvemos al principio de cooperación de Grice y aplicamos las máximas que rigen este principio, podemos decir, sin lugar a dudas, a pesar de que el análisis lingüístico ha abarcado sólo el léxico, que en el diálogo y la participación política venezolana se violan todas las máximas de cooperación, porque no participan todos los actores de la interacción política, y no se tocan los temas suficientes ni relevantes. Desde el punto de vista del análisis crítico, el diálogo y la participación, son controlados por aquellos que controlan la información. Si hubiéramos escogido otro periódico, como *El Universal*, es probable que las palabras favorecidas serían otras, pues es de todos conocido que este periódico no apoyaba la candidatura de Chávez, por ejemplo.

## CONCLUSIÓN

Retomando a Arendt, podemos concluir que nuestra tarea es la cooperación entre nosotros mismos, aceptar nuestra responsabilidad como miembros de una comunidad y ejercer el poder que tenemos para cooperar con ella. Se nos plantea, sin embargo, la pregunta de cómo lograr un encuentro entre las distintas opiniones y, al mismo tiempo, preservar la pluralidad en la generación del poder.

Sostenemos, siguiendo a Arendt (1993: 222-225; Kohn 1997: 57-63), que tal cooperación sólo es posible a través de *la persuasión* resultante del *diálogo* entre los interactuantes. Una persuasión que no procede de la manipulación de los otros mediante ofertas demagógicas o basada en el uso de la violencia para imponer la autoridad de quien detenta el poder, sino aquella que implica el debate libre y abierto entre iguales; un diálogo a través del cual tratamos de formar, someter a prueba, aclarar y volver a probar las opiniones, hasta lograr el mutuo acuerdo. Para nosotros, la *participación* de los ciudadanos en la esfera pública es democrática cuando cada uno de los afectados por una resolución política se siente invitado a dar su consentimiento porque le han convencido plenamente las razones aducidas, en el sentido de que ciertamente la decisión satisface intereses generalizables. En suma, la persuasión es un modo de discurso, en el que se intenta que cada uno de los participantes de la interacción acepte los argumentos del otro, pero sin que sea necesario introducir un elemento de constricción con el fin de conseguir un consenso.

La *cooperación en el diálogo* significa, entonces, una *participación acordada y coordinada en la política* —entendiendo el vocablo *política* en su sentido más amplio (v.g., cambios en las políticas públicas)— acción que

debe fundamentarse siempre en una ética de la responsabilidad, con libertad para contribuir solidariamente a crear «nuevos espacios de aparición» que nos permitan defender nuestros derechos, para así poder ejercer, también, nuestros deberes.

Revitalizar el discurso de la democracia, uno de los desafíos que nos presenta el debate moral y político que se desprende del pensamiento filosófico de Hannah Arendt, supone, en primer término, contextualizar la reflexión en los ámbitos históricos concretos de la acción política, en el terreno de la cooperación y el antagonismo en la gestión de los problemas sociales, y, en segundo lugar —como propuesta normativa— afrontar la tarea de elaborar un discurso crítico que nos permita reconocer las relaciones de subordinación y desigualdad, además de mediar entre la facticidad de los hechos y la reflexión intersubjetiva. Pero al mismo tiempo, en tanto que recurso emancipador, tendrá que moldearse como un lenguaje de posibilidades, facilitante, que conjugue de modo significativo el momento de la comprensión y de la acción comunicativa con la estrategia racional, a fin de construir solidariamente las pautas y las instituciones de un orden social democrático.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, H. (1951). *The Origins of Totalitarianism*. New York: Harcourt, Brace and Co.
- Arendt, H. (1958). *The Human Condition*. Chicago: University of Chicago Press.
- Arendt, H. (1961). *Between Past and Future*. New York: The Viking Press.
- Arendt, H. (1973). *Crisis de la república*. Madrid: Taurus.
- Arendt, H. (1978). *The Life of the Mind*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, Inc.
- Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Bakhtine, M. (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Bolívar, A. (1996). «El control del acceso a la palabra en la noticia periodística», en Bolívar, A. (comp.) *Estudios en el análisis crítico del discurso*, Cuadernos de Postgrado 14, pp. 11-45, Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado.
- Bolívar, A. (1997). «El análisis crítico del discurso: teoría y compromisos» en *Episteme* 17:23-45.
- Boves Naves, M. del C. (1992). *El diálogo*. Madrid: Editorial Gredos.
- Escandell Vidal, M. V. (1993). *Introducción a la pragmática*. Barcelona: Anthropos.
- Fairclough, N. (1989). *Language and Power*. Londres: Longman.
- Fairclough, N. (1992). *Discourse and Social Change*. Londres: Polity Press.
- Fowler, R. (1991). *Language in the News*. Londres: Routledge.
- Grice, H. P. (1975). «Logic and Conversation» en P. Cole y J. L. Morgan (comps.) *Syntax and Semantics*, vol. 3: *Speech Acts*. New York: Academic Press.
- Kohn, C. (1997). «Precondiciones filosóficas para un análisis del discurso democrático: la perspectiva de Hannah Arendt», *Episteme NS* 17, 1-3:47-67.
- Macdonell, D. (1986). *Theories of Discourse*. Oxford: Basil Blackwell.
- Martín, V. (1990). «Poder y participación» en F. Álvarez, H. Calello, C. Kohn, V. Martín, y E. Safar (1990) *Democracia y violencia política: ensayos sobre el ejercicio del poder en América Latina*, Caracas: Fondo Editorial de Humanidades.
- Searle, J. (1969). *Speech Acts*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Searle, J. (1979). *Expression and Meaning. Studies in the Theory of Speech Acts*. Cambridge: Cambridge University Press.
- van Dijk, T. A. (1990). *La noticia como discurso*. Barcelona: Paidós.
- van Dijk, T. A. (1993). «Principles of Critical Discourse Analysis» en *Discourse and Society*, 4 (2): 249-283.
- van Dijk, T. A. (1996). «Discourse, Power and Access» en C. R. Caldas-Coulthard y M. Coulthard (1996) *Texts and Practices: Readings in Critical Discourse Analysis*, pp. 84-104, Londres: Routledge.

# «Negros» y «demonios»: los esclavos africanos en el discurso político hegemónico durante el período colonial

Jesús Herrera\*

## INTRODUCCIÓN: IMÁGENES INTERÉTNICAS Y DISTORSIÓN DE IDENTIDADES

Generalmente, el contacto entre culturas es seguido por el fenómeno de la interpretación transcultural. Con frecuencia, cuando el tipo de relación que se establece es de dominación, esta interpretación da lugar a lo que el antropólogo James Boom califica como la «representación falaz» de la cultura dominada por parte de la cultura dominante con el fin de justificar su dominación (Boom 1990:9).

Esta distorsión de identidades, en efecto, toma lugar a medida que las culturas se interpenetran simbólicamente y tienden a basarse en los mapas cognitivos o cosmovisión de la cultura dominante. Durante la expansión europea de los siglos XV y XVI, en particular, las sagradas escrituras fueron útiles para ubicar a todos los pueblos en la red cristiana de pecado y salvación.

El tema de las imágenes de alteridad durante el proceso de la conquista de América, de hecho, ha recibido la atención de importantes autores tales como Klor de Alva (1980), Gutiérrez Estéves (1984), Tzvetan Todorov (1989), y León Portilla (1992). Sin embargo, desde la época de los debates de Valladolid entre Las Casas y Sepúlveda, en 1550, la mayor parte de esta atención se ha centrado en el estudio de las imágenes europeas de los indios americanos o viceversa. Muy poca atención, en contraste, ha recibido el estudio de las imágenes del «otro» que los europeos elaboraron de los 11 millones de africanos a quienes como mercancía transportaron a los puertos

\* Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Simón Bolívar.

americanos durante el largo período colonial. A examinar estas imágenes en detalle, precisamente, es que dedicamos este primer ensayo.

#### MARCACIÓN DIVINA Y DEMONIZACIÓN: IMÁGENES EUROPEAS DEL OTRO AFRICANO

Cuando el 21 de agosto de 1685, el rey Carlos II de España consultó a sus «teólogos y togados» sobre la esclavitud de los africanos, la respuesta de éstos fue clara y contundente:

Siendo necesario con tanta precisión para conservarse las Indias que sin ellos no se podrían mantener, debe dispensarse con alguno de los motivos de licitud de la esclavitud considerados por el Consejo de Indias para hacer licita y sin reparo esta servidumbre. (Ugalde 1989:32)

Evidentemente, «esta servidumbre» era una cuestión vital para la economía imperial española y por ello fue práctica aceptada por los prelados, teólogos, juristas y religiosos de la época. Como bien lo resume Paul Allard, «ni los Papas, ni los Obispos, ni los Concilios formularon una denuncia profética vigorosa en favor de la libertad de los esclavos africanos» (Allard 1914: 3). La teología de la esclavitud se constituyó así, como veremos, en una traducción de prejuicios de clase y de raza al lenguaje de la normativa jurídica y eclesiástica que caracterizó al discurso político hegemónico durante el período colonial.

Para justificar la esclavización y subsiguiente evangelización de los africanos, los españoles elaboraron dos tipos de imágenes o representaciones simbólicas:

- 1) «Los africanos son los descendientes de Cam, que fue el primer siervo y esclavo que hubo en el mundo»; y
- 2) «En África los africanos eran esclavos del demonio; los africanos traídos a América, en cambio, habían sido elegidos de Dios para ser sacados de sus tierras por los españoles y mostrado el verdadero camino de la libertad y de la salvación.»

Ambas imágenes, como examinaremos con más detalle a continuación, presentan una distorsión desde su origen por cuanto dependen para su elaboración de una dialéctica colonizadora previa. Al encontrarse con los distintos grupos étnicos de África, los europeos eligieron aquellas imágenes del «otro» que podían servir para justificar sus propios proyectos de esclavización y de evangelización, así como para justificar la represión de cualquier tipo de resistencia que los africanos pudieran ofrecer.

#### LA MARCA DE CAM

Para legitimar ideológicamente el primero de sus proyectos, el de la esclavización, los españoles elaboraron un mito sobre el origen de los africanos convenientemente derivado de sus propias sagradas escrituras. Así, a través de una compleja argumentación que combina «explicaciones físicas» con «explicaciones morales», los teólogos del imperio español determinaron que

los etíopes, que comúnmente llamamos negros, traen su origen de Cam, que fue el primer siervo y esclavo que hubo en el mundo, por haberlo maldecido su padre Noé a él y toda su generación por la desvergüenza que usó con él, tratándole con poca reverencia cuando se embriagó al comerse unas uvas [...] y por ello perdió Cam la nobleza, y aún la libertad costándole quedar por esclavo él y toda su generación, que fue la primera servidumbre que se introdujo en el mundo. Y siendo claro por linaje, nació oscuro. Y de allí nacieron los negros, y aún pudiéramos decir también los esclavos, como tiznando Dios a los hijos por serlo de malos padres [...] que a los que tienen buenos, llamamos de sangre esclarecida, como a los que no, de gente oscura. (Sandoval 1627:74)

«Lo cual se confirma», argumentaba este teólogo jesuita catequizador en Cartagena de Indias,

con el parecer de Aristóteles, y otros antiguos, que redujeron la blancura del cisne a la frialdad de la matriz de la madre y la negrura del cuervo al calor de la misma matriz; de donde se puede inferir, y no sin fundamento, que la tez negra en los etíopes no provino tan solamente de la maldición que Noé echó a su hijo Cam, sino también de una calidad innata e intrínseca, con que le crió Dios, que fue sumo calor, para que los hijos que engendrarse saliesen con ese tinte como marca de que descendían de un hombre que se había burlado de su padre, en pena de su atrevimiento. El cual pensamiento apoya San Ambrosio, porque este nombre Cam, dice que es calidus o calor, caliente, o el mismo calor [...] Esta explicación me contenta mucho en filosofía. (Sandoval 1627:74)

La «prueba concluyente» de la veracidad de esta explicación, «la más conforme a la razón», en palabras del propio Sandoval, es que si hubiese sido el clima la causa del color de la piel de los africanos, entonces «los españoles que viven en tierra de negros, casados con españolas, engendrarían negros; y al contrario, en nuestra Europa los morenos engendrarían blancos; de lo cual nos desengaña la experiencia». (Sandoval 1627:74)

«Así», concluía categóricamente el teólogo, «esto proviene de la voluntad de Dios»; (Sandoval 1627:74) y es que, olvidando oportunamente que

muchos de los primeros cristianos habían vivido y muerto como esclavos, los teólogos del «Siglo de Oro» postularon a su dios como la causa de la esclavización de los africanos.

A partir de este mito de origen homogeneizante que reduce a la categoría única de «negros» a la gran variedad de grupos étnicos esclavizados por españoles y portugueses en África, los europeos transformaron el concepto social de «esclavo» en un concepto racial. Es así como, a lo largo del período colonial, el término «esclavo» se conformó como sinónimo de «negro» o viceversa, y esta «equivalencia» pasó a formar parte del vocabulario del discurso hegemónico.

El aseverar que los miembros de grupos étnicos como los yoruba, los dahomey, los bant, los congos, los gelofes y los carabalí, entre muchos otros, habían sido indistintamente «marcados» por Dios para la esclavitud permitiría a la iglesia no encontrar problemas para participar abierta y directamente en esta práctica. La esclavitud de los africanos, en efecto, había sido aceptada y practicada abiertamente por la iglesia católica desde los propios comienzos de la trata. En el año 1441, por ejemplo, una expedición portuguesa al mando de Antam Gonsalvez y Nuño Tristán trajo de África diez esclavos. Varios de ellos fueron enviados con gran pompa a Roma donde fueron recibidos con beneplácito por el papa Eugenio IV.

Por lo que se refiere al clero católico en África, como lo demuestra ampliamente el estudio detallado sobre esta materia llevado a cabo por A. Brasio (1955), este clero se comprometía diariamente, y comprometía a la iglesia, al participar abiertamente en el comercio de esclavos. El teólogo e historiador jesuita Luis de Molina, por ejemplo, quien se informó detenidamente de cada situación del régimen esclavista en las diversas regiones de África, informaba en sus escritos que,

ni el Obispo de Cabo Verde, sufragáneo del Arzobispo de Lisboa, ni los demás sacerdotes, ni el clero de Portugal han formulado reparos contra esta trata de negros. Antes bien, se absuelve en la confesión a los mercaderes y también a los llamados Tangosmaos, dedicados a trasladar del interior a los puertos los negros que se entregaran a los traficantes; aún creo que los mercaderes ni siquiera se acusan de ello. (Molina 1594, citado en López García 1982:26)

En América, también, la iglesia participó abiertamente en la esclavización y el comercio de los africanos. Así, el obispo de Coro escribió, en octubre de 1550, al emperador pidiéndole que se trajeran esclavos africanos de San Juan para trabajar las minas (Simón 1627/1987:209). Asimismo, y a nivel del clero regular, el padre Toribio Ruiz, primer cura párroco de la

naciente ciudad de Nueva Segovia de Barquisimeto, tenía cuatro de ellos y disponía de tres encomiendas.

La iglesia americana, además, recibía pagos directos de los amos por el endoctrinamiento de sus esclavos, cobraba diezmos y otros tributos para el sostenimiento del culto, y compraba, vendía e hipotecaba esclavos africanos cotidianamente. Como es bien conocido, de hecho, la iglesia llegó a constituirse en un ente financiero de vital importancia dentro de la dinámica económica de la sociedad colonial; sobre todo en las regiones donde hubo virreinos, como México y Perú, adquirió un poder temporal extraordinario, llegando a ser propietaria de aproximadamente un 50% de las tierras. En el caso particular de la provincia de Venezuela, la situación fue diferente en cuanto a las tierras, pero sin embargo, a través de las haciendas —obras pías—, la iglesia llegó a controlar gran parte de la economía agraria (Troconis de Veracochea 1971:1). Más específicamente, la iglesia llegó a controlar desde las más importantes transacciones de financiamiento hipotecario, hasta las multas que, por inasistencia de los esclavos a misa, se usaban para comprar los adornos de la iglesia.

Esta participación abierta de la iglesia en el tráfico y esclavización de los africanos tanto en África como en América puede observarse claramente en las palabras del teólogo Luis Brandón, rector de la Compañía de Jesús en San Pablo de Loanda.

La trata es completamente lícita, y así nosotros los padres compramos estos esclavos para nuestro servicio, sin escrúpulo ninguno. (Brandón, citado en Sandoval 1627:24)

Sólo en el año de 1839, cuando ya la esclavitud había dejado de ser un negocio rentable y los esclavos pasaban a convertirse en peones, el papa Gregorio XVI dictaría, por primera vez, una bula de carácter general condenando la esclavitud (Ugalde 1989:4). Hasta ese entonces el Consejo de Indias y los teólogos sostuvieron con firmeza que «lo más conveniente es que los esclavos estén adictos a esta servidumbre» (Ugalde 1989:132). Con el propósito de lograr esta «adicción», como veremos, los africanos fueron sometidos en América a un sinnúmero de normas jurídicas destinadas a garantizar un sistemático proceso de deculturación a través de su evangelización compulsiva. Durante dicho proceso, se buscó por todos los medios desarraigar su cultura como condición efectiva para su explotación. Los objetivos reales de la evangelización compulsiva de los africanos, en consecuencia, fueron su aceptación de la esclavitud y su sumisión al régimen colonial.

Además de atribuir al dios cristiano la responsabilidad de la esclavización, los europeos legitimaron ideológicamente su segundo proyecto colonizador, el de deculturizar y evangelizar a los africanos traídos a América, apelando a una nueva representación derivada de su propia cosmovisión religiosa. En su ensayo sobre *El modo de ayudar a la salvación de estos negros*, Sandoval, como hemos señalado, argumentaba que en su condición inicial africana éstos estaban «sometidos» al demonio y no podían alcanzar el manjar de sus almas:

Lástima es la mendiguez y pobreza, y duras son las prisiones que padecen estos pobres pues no pueden alcanzar el manjar de sus almas, ni rescatare de las cadenas y dura servidumbre en que los tiene el demonio. (Sandoval 1627:365)

El dios de los cristianos, usando como instrumento la mano de los españoles, había «liberado» a los africanos de esta servidumbre original:

Pues hijos, ¿qué amor sea el que debéis a Dios por tantos y tan grandes beneficios como os ha hecho y bienes que os ha dado? Por averos criado, por averse hecho hombre, padecido hasta morir, porque le gozáis allá en el cielo para siempre y ahora quiere que seáis cristianos, sus hijos, sus hermanos; para lo cual os sacó de vuestra tierra donde erades moros, gentiles, bárbaros, hijos del demonio, dejando a vuestros padres, parientes y amigos en tan grande trabajo, miseria y condenación y os escogió a vos para enseñaros el camino verdadero y cierto de la bienaventuranza. (Sandoval 1627:248)

De este modo, a través de la teología de la esclavitud, los europeos invirtieron ideológicamente la esclavitud real de los africanos en América haciéndola aparecer como un sagrado proceso de liberación.

La representación de los africanos como «esclavos del demonio» fue también utilizada por los españoles para legitimar varios proyectos prácticos, entre ellos su control sobre el tráfico de esclavos. Con este propósito, la corona expresó la «necesidad» de no dejar la trata en manos de naciones «heréticas», lo cual, se argumentaba, era muy arriesgado para las almas de los africanos transportados (Duchet 1981:48). Es así, por ejemplo, como el problema de la trata fue discutido con ocasión de una demanda de contrato formulada por un protestante alemán, Balthazar Coymans, en 1685. Los teólogos españoles consultados declararon que nada se oponía a la trata que servía a la verdadera fe, pero que las almas de los negros se arriesgaban mucho a ser contaminadas por un viaje a bordo de un barco protestante.

Esta interpretación teológica habría de tener también una gran importancia simbólica y política en la justificación de la represión de las rebeliones de esclavos africanos en América. En efecto, al rebelarse en las colonias del Caribe, y de acuerdo a la «lógica» hegemónica de los teólogos y de las autoridades españolas, los africanos regresaban a su condición inicial africana de «esclavos del demonio», y por ello debían ser duramente reprimidos. En el caso de la primera de estas rebeliones ocurrida en Venezuela en las minas de Buría durante 1552, por ejemplo, el cronista fray Pedro Simón le atribuyó oficialmente la responsabilidad de los sucesos a la «diabólica intención» del líder rebelde Miguel (Simón 1627:323). Ignorando por completo el contexto social y económico de la vida de los esclavos en las minas, el «historiador» español procedió con simpleza, pero con coherencia dentro de su lógica hegemónica distorsionante, a explicar la rebelión como una «obra del demonio».

Esta concepción ideológica del «favor civilizatorio» de los españoles fue utilizada, además, para justificar el proceso de deculturación y evangelización que el historiador cubano Manuel Moreno Fraginals, denomina de «apoderamiento total de la personalidad física y cultural» de los africanos (Moreno Fraginals 1987:14). La monarquía y la iglesia, en efecto, estuvieron conscientes de que en la unión de ambas instituciones estaba la base de donde surgiría el verdadero dominio sobre los africanos, en particular, y sobre el nuevo mundo ultramarino, en general.

Por esta razón, no sólo se justificó teológicamente la esclavitud, como hemos analizado, sino que además la religión católica fue directamente utilizada como un instrumento de homogeneización y de control. En aquella nueva sociedad donde existía tal diversidad de contingentes culturales, fue de gran utilidad para la administración colonial hacer una política de anulación de los valores propios, particulares, de los diversos grupos de africanos, en pro de una homogeneización amoldada a los principios de una cultura dominante. «Que ninguno se escape de tan necesaria enseñanza», (Ugalde 1989:20) fue la consigna permanente de los conquistadores.

El adoctrinamiento compulsivo de los africanos consagrado en las Leyes de Indias consistía en una enseñanza continua de los principios y las doctrinas del catolicismo que se procuraba impartir durante todo el transcurso de la vida de los esclavos.

La catequización comenzaba dando a conocer la existencia de un solo dios cristiano, y de los misterios de su vida, así como las normas y deberes de la religión. «Lo primero, pues, que convendrá enseñarles será cómo sin recibir el bautismo no pueden ir al cielo» (Sandoval 1627:241). El bautismo, requisito primero y fundamental para pertenecer a la religión cristiana,

constituía el rito de paso hacia una nueva vida donde el «pagano» tenía que morir para dar vida al cristiano. Simbólicamente, además, las almas bautizadas eran consideradas como «blancas», y el acto del bautismo era comparado al carimbo, o marca con que los esclavos eran herrados por sus amos:

Debe señalárseles que con el bautismo se han de volver sus ánimas blancas, quedando así señaladas por hijas de Dios, así como quedan señalados por esclavos de sus amos, con la señal y marca con que los hierran, y esta comparación entenderán todos muy bien. Así como el amo que tiene siempre consigo a sus esclavos, así Dios los tendrá siempre a ellos consigo. (Sandoval 1627:424)

La escogencia del nuevo nombre debía ser acorde con el santoral cristiano:

Mandamos que los curas y padrinos no permitan que a los que se bautizan se les pongan nombres extravagantes [...] sino que sean nombres de santos, a quienes tomen por sus protectores, para que imiten sus señaladas virtudes. (Archivo General de la Nación, Sección Reales Cédulas, tomo IV, folio 219)

«Se les dirá», ordenaban también las normas establecidas por los teólogos y catequizadores,

que con aquel nombre se han de llamar, y conocer de allí adelante por Cristianos, e hijos de Dios, dejando y olvidando el con que de antes se nombraban de su tierra, porque era nombre de Moro, de Gentil y de hijo del demonio. (Sandoval 1627:434)

Así pues desde el comienzo los africanos eran separados radicalmente, incluso a través del nombre, de cualquier referencia con la cultura de sus ancestros. Esperando una mayor sumisión de quienes llevaban sembrada «la semilla de la palabra de Dios», la «civilización» occidental se apropiaba, a través del hierro y del bautismo, del cuerpo y alma de la «pieza».

Se instruía también a los esclavos en otros aspectos importantes de la fe católica. Con respecto al misterio de la resurrección, por ejemplo, «que reciben con gran consuelo» (Sandoval 1627:424), se les decía cómo

el alma nunca muere, lo que muere sólo es este cuerpo, el cual ha de volver a resucitar y a vivir, y juntándose otra vez con su alma, ambos juntos han de ir al cielo, si mueren con agua de Dios y de bautismo en la cabeza y fueren amigos de Dios; o si no como se les dijo, al infierno. (Sandoval 1627:424)

Estas amenazas generales sobre un castigo de Dios en el infierno fueron complementadas por los catequizadores con otras instrucciones más

específicas «para mover a esta gente a contrición de sus pecados» (Sandoval 1627:433). Entre éstos, interesaba particularmente a los españoles cualquier indicio de inobediencia o rencor contra los amos, por lo que la confesión se convirtió en un efectivo instrumento de control y de precaución frente a la resistencia de los afroamericanos.

Así, los valores y tradiciones de las culturas africanas en general, fueron convertidos por los teólogos y juristas en «hechicerías», «curanderías», «herejías» y un sin fin de calificativos más.

La influencia ideológica de la teología de la esclavitud, sin embargo, se prolongó en América más allá de la época colonial, pues la esclavitud como sistema fue conservada por la nueva clase dominante de los criollos. Estos buscaron reasumir el control efectivo de las sociedades dislocadas por las guerras de Independencia y revigorizar el sector blanco de la población mediante el reagrupamiento de los hasta entonces enfrentados bandos de realistas y patriotas mediante la promoción de una abundante inmigración «blanca» y la prohibición de la inmigración «negra.» Como agudamente señala Carrera Damas,

Impresiona advertir, en este sentido, cómo desde muy temprano se formó el núcleo del que sería el tratamiento liberal de la cuestión esclavista, en sus tres componentes principales: preservación de la estructura económica, armonización con los principios liberales de propiedad, libertad, igualdad y fraternidad, y garantía de la hegemonía blanca. (Carrera Damas 1987:44)

Ideológicamente, las dificultades encontradas por los criollos en el establecimiento de la república dieron pronto lugar a una ansiosa búsqueda de explicaciones. En el nuevo discurso hegemónico la «explicación» del fracaso recayó en el indio, donde indios hubo, y en «el negro», donde los afroamericanos habían tomado el relevo. Conceptualmente «el negro» fue considerado como «causa» de atraso y lastre que estorbaba el desarrollo de la sociedad y el advenimiento del orden republicano. No la esclavitud, sino «el negro.» Se pasa así de la versión ideológica colonial del negro como «demonio» (causa de todos los males), a la del negro como «raza inferior» (causa del atraso y disgregación del período republicano). La forma del discurso político hegemónico cambia: el discurso teológico, en efecto, es sustituido por el de las teorías sociales. Su esencia, sin embargo, se mantiene intacta: como «demonio» o como «raza inferior», el afroamericano es la «causa» de los males sociales.

Dentro de este contexto el incesante e insidioso debate sobre «la capacidad del negro», debate en el cual el racismo hacía un arma de todo argumento mientras ignoraba deliberadamente todo contexto explicativo, se



prolonga durante todo el siglo XIX. Las teorías sociales que afloran en Venezuela a partir de Guzmán Blanco, en particular, deben relacionarse con el Positivismo, concepción filosófica a través de la cual se va a analizar el proceso histórico venezolano durante fines del siglo XIX y principios del XX.

Por lo general, al analizar los males del país nuestros gobernantes y sus ideólogos detectan como su causa más inmediata el hecho de contar con una población «golpeada» por la constante mezcla de sus principales componentes: blancos, indios y negros. Esta es una de las razones que lleva a Guzmán Blanco a impulsar la inmigración europea a gran escala.

En los períodos siguientes a su presidencia, la subestimación del elemento venezolano «mezclado» se sigue sintiendo y con mayor énfasis, pudiéndose destacar un análisis de la problemática nacional realizada por Ignacio Andrade en 1899, donde éste expresa con claridad que la inmigración europea es indispensable no sólo para el desarrollo del país, sino «para la superación de nuestra raza» (Pérez 1991:77).

Esta situación continúa en el siglo XX una vez llegado Juan Vicente Gómez al poder. Así, la mayoría de los intelectuales asociados a su régimen encuentran en la mezcla con el negro el origen de nuestros males: «es a la mezcla con el negro a que en mucha parte se debió la anarquía», escribe Laureano Vallenilla Lanz en su obra *Disgregación e integración* (Vallenilla Lanz 1930:139).

Como hemos señalado, los ecos del discurso político hegemónico colonial se encuentran también en nuestras incipientes ciencias sociales. En su *Antropología general y de Venezuela precolombina* (1906), por ejemplo, Elías Toro proclama en forma contundente

el lugar de la raza blanca en la escala de superioridad [...] esta raza mediterránea, blanca caucásica o atlántica, es la superior, y a ella se deben los adelantos de la civilización actual. (Toro 1906:115)

En forma similar, en sus *Estudios sobre personajes y hechos de la historia venezolana*.

Pedro Manuel Arcaya (1911), al referirse a Simón Bolívar, expresa lo siguiente: «Sabido es que nuestro Héroe venía exclusivamente de la raza ibera. Raza autóctona de la península hispana, casi pura y homogénea» (Arcaya 1911:9).

Esta exaltación de España como «Madre Patria» y «Raza conquistadora» es llevada al extremo por Vallenilla Lanz al celebrar sus orígenes históricos en un artículo titulado «Mi hispanofilia» (1927):

Soy español de origen: castellanos, navarros y andaluces fueron mis antepasados; y si alguno de ellos, lo cual no he podido averiguar todavía, aunque es posible, se mezcló con la raza autóctona o con la importada como esclava, mis caracteres somáticos que son europeos sin duda alguna, están comprobando que la raza conquistadora prevaleció siempre en mi familia, pues tampoco he encontrado entre mis mayores ningún individuo perteneciente a otra raza europea. Soy por tanto un español [...] (Vallenilla Lanz 1927; citado en Pérez 1991:117)

Es interesante notar el uso político que dieron intelectuales como Vallenilla Lanz, César Zumeta, Pedro Manuel Arcaya, José Gil Fortoul, entre otros, a este tipo de argumentaciones racistas. Como demuestra claramente la historiadora Ana Yasmín Pérez, en su interesante trabajo *Los conceptos de raza y herencia en la sociedad venezolana durante el período gomecista* (1991),

A través del análisis detallado de las razas que intervinieron en el mestizaje, estos autores llegan a la conclusión de que por la inevitable evolución de la sociedad se hace necesaria la presencia de Gómez en quien se conjugan todos los aspectos positivos de las razas, especialmente la raza blanca. (Pérez 1991:123)

Desde la esclavitud colonial hasta nuestros días han sido muchos los cambios acontecidos en la historia de Venezuela, pero una constante hasta hoy es que la población de origen afroamericano, los descendientes directos o indirectos de los viejos esclavos y negros libres de la colonia, siguen perteneciendo, predominantemente, a los sectores populares y oprimidos, realizando los trabajos más descalificados, menos remunerados y que exigen mayor fuerza física, compartiendo siempre el ámbito social de escasos beneficios.

Dentro de este contexto, como bien lo ha documentado la psicóloga venezolana Ligia Montañez en su libro *El racismo oculto en una sociedad no racista* (1993),

No debe extrañarnos que sobrevivan numerosas manifestaciones —sutiles y no tan sutiles— de discriminación y rechazo a las personas con rasgos físicos predominantemente negros [...] La noción de génesis histórica ha sido ya ampliamente elaborada en el ámbito de las ciencias humanas y sociales, como para que podamos obviarla. El presente es siempre actualización del pasado, y lo es de una manera más similar justo en aquellos aspectos donde lo sustancial del pasado no ha sido transformado, aunque haya sufrido cambios y tomado nuevas vestiduras. (Montañez 1993:52)

## CONCLUSIÓN

En resumen, podemos observar que el discurso hegemónico de los europeos apeló a dos representaciones simbólicas del «otro» para justificar la esclavización y subsiguiente evangelización de los africanos, así como su represión. Estas imágenes consistieron en atribuirle al dios cristiano el origen de esa esclavitud, la «marca de Cam» a través de la cual fueron homogeneizados y convertidos en «negros»; y en invertir, ideológicamente, la esclavitud real a que los africanos fueron sometidos, haciéndola aparecer como un sagrado proceso de liberación y como una lucha contra el demonio. En ambos casos, los europeos organizaron sus relaciones interétnicas con los africanos utilizando representaciones simbólicas basadas en criterios de hegemonía, de conversión y de dominación.

Ideológicamente, como hemos examinado, las dificultades encontradas por los criollos en el establecimiento de la república dieron pronto lugar a una ansiosa búsqueda de explicaciones. En el nuevo discurso hegemónico, la «explicación» del fracaso recayó, en gran medida, en la presencia «contaminante» de los afroamericanos en nuestra nacionalidad. Conceptualmente «el negro» fue considerado como «causa» de atraso y lastre que estorbaba el desarrollo de la sociedad y el advenimiento del orden republicano. Se pasa así de la versión ideológica colonial del negro como «demonio» (causa de todos los males), a la del negro como «raza inferior» (causa del atraso y disgregación del período republicano).

Dentro de este contexto, encontramos que aún hoy sobreviven numerosas manifestaciones de discriminación y rechazo a las personas con rasgos físicos predominantemente negros. La inmigración negra, con sospechosa frecuencia, es presentada dentro de este contexto como «una de las principales causas de la crisis».

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abramova, S. U. (1981). «Los aspectos ideológicos, doctrinales, filosóficos, religiosos y políticos del comercio de esclavos negros» en *La trata negrera del siglo XV al XIX*, París: UNESCO, pp. 24-44.
- Acosta Saignes, Miguel (1984). *La vida de los esclavos negros en la época colonial*. Caracas: Vadell Editores.
- Allard, Paul (1914). *Dictionnaire apologetique de la foi catholique*. París.
- Arcaya, Pedro Manuel (1911). *Estudios sobre personajes y hechos de la historia venezolana*. Caracas: Tipografía Cosmos.
- Boom, James A. (1990). *Otras tribus, otros escribas: antropología simbólica en el estudio comparativo de culturas, historias, religiones y textos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Duchet, Michele (1971). *Anthropologie et histoire au siècle des lumières*. París: Maspero.
- Gutiérrez Estévez, Manuel (1984). «Historia, identidad y mesianismo en la mitología andina» en *Anthropológica* II, Lima: Universidad Pontificia Católica del Perú.
- Hodgen, Margaret T. (1971). *Early anthropology in the sixteenth and seventeenth centuries*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Klor de Alva, J. J. (1980). «The Aztec-Spanish Dialogues of 1524» en *Ethnopoetics* 4.
- León Portilla, Miguel (ed.) (1992). *De palabra y obra en el Nuevo Mundo, imágenes interétnicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- López García, José Tomás (1982). *Dos defensores de los esclavos negros en el siglo XVII*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Montañez, Ligia (1993). *El racismo oculto en una sociedad no racista*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos.
- Moreno Fragnals, Manuel (1987). *África en América Latina*. París: UNESCO.
- Pérez, Ana Yasmín (1991). *Los conceptos de raza y herencia en la sociedad venezolana durante el período gomecista*. Caracas: Editorial AbreBrecha.
- Sandoval, Alonso de (1987). *Un tratado sobre la esclavitud (1627)*. Madrid: Alianza Editorial.
- Simón, fray Pedro (1987). *Noticias históricas de Venezuela (1627)*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Todorov, Tzvetan (1989). *La conquista de América. La cuestión del otro*. México: Siglo XXI.
- Toro, Elías (1906). *Antropología general y de Venezuela precolombina*. Caracas: Tipografía Herrera Irigoyen.
- Troconis de Veracochea, Ermila (1971). *Las obras pías en la iglesia colonial venezolana*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, n° 105.
- Ugalde, Luis (1989). *¿Evangelizar a los esclavos o evangelizar la esclavitud?* Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Vallenilla Lanz, Laureano (1930). *Disgregación e integración*. Caracas: Tipografía Universal.

# ¿Perfil psicológico o discurso proselitista? Cuatro candidatos presidenciales en el consultorio

Luis Barrera Linares\*

## INTRODUCCIÓN

Los datos que sirven de base a este trabajo son los «perfiles psicológicos» de cuatro de los candidatos con mayor opción, postulados para las elecciones venezolanas de diciembre de 1998. Fueron publicados en la columna especializada «Psicología para todos», de periodicidad semanal, insertada en el diario *El Nacional* (cuerpo C), firmada por Vladimir y María Mercedes Gessen (cuadro 1). Identificaremos a los sujetos «perfilados» como *C1*, *C2*, *C3* y *C4*, de acuerdo con el orden en que fueron referidos en la citada columna. Cuando sea necesario, los nombraremos de acuerdo con las iniciales asignadas a cada uno en el mismo cuadro.

CUADRO 1. PERFILES PSICOLÓGICOS PUBLICADOS (PSICOLOGÍA PARA TODOS)  
*EL NACIONAL*

<i>Fecha de publicación</i>	<i>Nombre</i>	<i>Siglas para identificación</i>	<i>Partido(s) o grupo(s) políticos que lo apoyan</i>
29/07/1998	Hugo Rafael Chávez Frías	C1, HC	MVR, MAS, PPT
05/08/1998	Irene Lailin Sáez Conde	C2, IS	IRENE, COPEI, FD
12/08/1998	Henrique Salas Römer	C3, SR	Proyecto Venezuela
19/08/1998	Luis Alfaro Ucero	C4, AU	Acción Democrática

Desde la perspectiva teórica del análisis crítico del discurso —propuesto, entre otros, por van Dijk (1996) y Fairclough y Wodak (1997)— me propongo demostrar que un recurso comunicacional masivo, como lo es la columna especializada de prensa que, en este caso, se basa en un tipo de documento profesional, el «perfil psicológico», aparecen utilizados con fines

\* Departamento de Lengua y Literatura, Universidad Simón Bolívar.

proselitistas, en favor de un(os) candidato(s) y en desmedro de otro(s). En este sentido, el perfil de cada candidato terminaría «desfigurado» debido al propósito (explícito o implícito) de favorecer a aquellos más cercanos a las aspiraciones de los columnistas. Partiré de nociones básicas dentro de esa orientación como lo son las de «control» y «abuso» de poder y «acceso activo controlado». Además, intentaré verificar si, aun cuando acuden a un medio relativamente objetivo como la columna especializada de prensa, los autores buscan autoidentificarse como miembros de algún grupo particular que se defiende frente a otro(s).

Realizaré el análisis descriptivo de los contenidos a partir de la selección de aspectos gramaticales como la calificación adjetiva o nominalizadora, las estructuras sintácticas ambiguas y algunos detalles semánticos subyacentes (lexicalización negativa, hipérbole, móvil de compasión, victimización del compañero de grupo ante la arremetida del otro, móvil de honestidad aparente, comparación negativa, entre otros (van Dijk 1996: 36-39).

#### NATURALEZA DEL PERFIL PSICOLÓGICO

De acuerdo con la bibliografía especializada, el perfil psicológico de un sujeto suele resultar del producto de una batería de pruebas o de una sola prueba diversificada hacia distintos aspectos. El perfil propiamente dicho vendría dado por el cruce de los resultados y su representación gráfica o su glosa discursiva, a través de lo cual se puede apreciar, cotejar y comparar simultáneamente el conjunto de rasgos tipificadores de la personalidad de un sujeto. Es un documento científico instrumentado y orientado por un especialista de la psicología, es decir, por una voz debidamente autorizada, a través de la acreditación académica, para refrendar con su autoridad los resultados. Constituye entonces una especie de mapa personal elaborado mediante técnicas específicas, un instrumento clínico de uso profesional, objetivo, en el que se muestran, en varias dimensiones, los rasgos de la personalidad de alguien. En su estricto sentido clínico, suele ser un documento privado y confidencial, producto de una entrevista profesional: sus resultados sólo conciernen al paciente y al especialista que lo refrenda o a otros especialistas relacionados (Mackinnon y Michels 1973). Usualmente se utiliza con finalidad estrictamente terapéutica o de diagnóstico. La iniciativa de los autores se justificaría, en este caso, por el carácter público de los sujetos analizados y la circunstancia de estar participando en una contienda electoral en la que se hace necesario un conocimiento integral de los mismos por parte de los potenciales sufrágantes.

#### DESCRIPCIÓN Y DISCUSIÓN DE LOS DATOS

En la organización superestructural de cada perfil comienzan a apreciarse diferencias interesantes en el tratamiento de cada candidato (cuadro 2). Salvo la introducción, cada parte ha sido subtitulada por los propios autores. El único al que aparentemente no se le atribuye nada, respecto de su actividad política, es a *C1*. Sin embargo, una minuciosa y detallada descripción de su «personalidad» ocupa cerca del 70% del texto y en la misma se alude a su persistencia durante más de diez años para organizar una «conspiración» con intenciones de «tomar el poder en 1992».

También destaca la diferencia de tratamiento en relación con *C3*, único de los cuatro casos en que el perfil se ocupa de analizar los vínculos entre la personalidad del sujeto y el símbolo utilizado en su campaña electoral (el caballo): «es muy importante en su vida porque representa algo que [SR] ama: la libertad».

Igualmente, no puede dejar de percibirse el hecho de que las referencias a *C2* aludan directamente a lo que sería un gobierno bajo su dirección («política y gobierno»), a pesar de que esa alternativa es vista apenas como una posibilidad, representada lingüísticamente por dos frases condicionales: «Si gana las elecciones, IS sería una presidenta poderosa y amorosa». / «Si gana las elecciones [...] su gobierno podría aglutinar posiblemente a los mejores del país». En cuanto a *C4*, el desarrollo de su perfil cierra en la sección «el político» con una expresión que ya de hecho como que lo deja fuera de cualquier posibilidad de triunfo: «AU es la mejor garantía para que muchos repitan sus gobernaciones, aunque sienta en su intimidad que no es el mejor candidato para ganar».

CUADRO 2. SUPERESTRUCTURA DE CADA PERFIL

<i>C1</i>	<i>C2</i>	<i>C3</i>	<i>C4</i>
1. (Introducción)	(Introducción)	(Introducción)	(Introducción)
2. Estudios y experiencia	Estudios y experiencia	Estudios y experiencia	Estudios y experiencia
3. Entorno familiar	Entorno familiar	Entorno familiar	Entorno familiar
4. Personalidad	Personalidad	Personalidad	Personalidad
	5. Irene, política y gobierno	El caballo	El político
		6. El político	

En cuanto al desarrollo general del discurso utilizado en cada perfil, los autores intentan crear una sensación de objetividad, orientada por la alusión a rasgos positivos y negativos de cada candidato. Pero si analizamos la macroestructura global de cada texto, esta intención deriva en una falsa

ilusión de objetividad, precisable, por ejemplo, ya desde la oración topicalizadora de la sección «personalidad»:

*C1*. «El fantasma que hoy persigue a HC es la violencia destructiva que él pueda representar».

*C2*. «(IS) Es independiente desde los dieciocho años».

*C3*. «Una de las características de SR es su tenacidad a pesar de su impaciencia».

*C4*. «Tratar de escudriñar a AU es una tarea complicada porque ejerce distintos roles en su vida».

Si las calificaciones topicalizadoras de *C2* y *C4* resultan casi evasivas en cuanto a la oración que inicia la descripción de la personalidad, las alusiones a *C1* y *C3* son verdaderamente cualificadoras, pero en sentidos opuestos. Se puede verificar la intención de asociar a *C1* con la «violencia destructiva», en tanto el valor más destacado de *C3* es su «tenacidad». De otra parte, la frase alusiva a *C2* resulta altamente ambigua, pues, aunque supuestamente se relaciona con la independencia económica de la candidata, podría también remitir a su publicitada independencia política. Además, resulta pragmáticamente inadecuada, en el marco de un perfil psicológico, la dificultad aludida por los autores para «escudriñar» la personalidad de un sujeto, debido a los «distintos roles» que cumple (*C4*). Este tratamiento en el que se percibe la tendencia a perder la objetividad, puede ser ratificado por la relación que se hace entre cada candidato y la cualificación (nominal y adjetiva) que predomina en cada caso (cuadros 3 y 4).

Los cuatro candidatos son calificados de «constantes», pero de *C4* se maneja recurrentemente una doble imagen, una personalidad bifronte: tiene «mirada de abuelo» para los amigos y «fría y calculadora» para los adversarios; es hábil «contando» y «descontando» votos; es «retrógrado» para algunos y «sabio» para otros. Igual ocurre con *C1*: intuitivo e inteligente, pacífico y violento, ambicioso y humilde, valiente y cobarde. Aparentemente los de personalidad más vertical son *C2* (ingenua, espiritual, valiente y transparente) y *C3* (enérgico y valiente, equilibrado y sereno).

La calificación inherente a *C1* se desliza entre lo positivo y lo negativo, hecho que se aprecia en menor grado si revisamos los datos de *C4*. En cambio, la situación es distinta cuando se trata de *C2* y *C3*: de ambos parecen tener significado sólo las virtudes, desbordadas en la persona de *C2* y menores en *C3*, aunque contundentes. Buena parte de los rasgos positivos achacados a *C1* (optimista, humanitario, honesto, alegre, pacífico) aparecen reportados como si se los atribuyera él mismo. Con esto los evaluadores parecen tomar la necesaria distancia que los aleja de asumir algún compro-

CUADRO 3. ADJETIVACIÓN CUALIFICADORA PREDOMINANTE

<i>C1</i>	<i>C2</i>	<i>C3</i>	<i>C4</i>
<i>optimista</i> , (según él)	<i>optimista</i> ,	<i>optimista</i> ,	constante
<i>mesianico</i> ,	<i>pragmática</i> ,	<i>pragmático</i> ,	simpático
<i>inteligente</i> ,	(según ella)	<i>constante</i> ,	(«tras bastidores»)
constante	<i>mesianica</i> ,	<i>independiente</i> ,	<i>responsable</i>
ambicioso	<i>inteligente</i>	amoroso,	<i>humanitario</i>
humanitario	constante,	inteligente,	(según él)
(según él)	independiente	franco,	<i>generoso</i>
<i>honesto</i> (según él)	responsable,	tenaz,	jovial
<i>alegre</i> (según él)	simpática	enérgico	retrógrado
franco,	(según ella)	poco expresivo	(según adversarios)
creativo,	humanitaria,	distante (lo	agradable
popular,	ambiciosa	sienten)	conservador
emotivo,	(según ella)	seguro	meticuloso, austero
suspicious,	honesta,	activo	(según él)
rígido,	<i>alegre</i> ,	valiente,	tacaño
intuitivo,	generosa,	fuerte,	(según él)
(profundamente)	(muy) <i>creativa</i>	sereno,	egoísta
estructurado,	atractiva	equilibrado,	(según él)
persistente,	'buena gente'	firme	trabajador,
carismático,	afectuosa,		disciplinado.
astuto,	carifiosa,		tenaz,
violento,	estricta,		no creativo,
autoritario,	correcta,		duro,
subversivo	cumplida,		conservador
pacífico (según él)	estudiosa,		experimentado
	egoísta (consigno		serio
	misma), feliz,		organizado,
	romántica,		meticuloso
	dinámica,		austero
	valiente (según		abierto, organizado
	ella) apasionada,		y supersticioso
	capaz,		(para sus allegados)
	creativa,		sensible, duro y
	trabajadora,		férreo
	ahorrativa,		responsable, recio,
	idealista,		corajudo y valiente
	confiada, soñadora		
	preparada (según		
	ella)		

\* Al comienzo y en cursivas los rasgos comunes a dos o más candidatos.

CUADRO 4. NOMINALIZACIÓN CUALIFICADORA (ALGUNOS EJEMPLOS)

C1	C2	C3	C4
líder militar	nivel de aspiración elevado	espíritu guerrero	'puño de hierro'
hombre de inquietudes intelectuales	mujer 'buena gente'	hombre de diálogo	creatividad faltante
autor de cuentos, poesías y de una obra teatral	mujer idealista de gran iniciativa	pensamiento ordenado	hombre duro
pensamiento estratégico	autoestima y confianza elevada	hombre de acción	anclado en el pasado
tono de voz grave		preparación académica	viejos esquemas
profunda carga emotiva		formación intelectual	don de mando
autoestima y confianza elevada		pensamiento reflexivo y coherente	experiencia política
grandes ambiciones		estimable seguridad personal	personaje serio
aspiraciones elevadas		elevada autoestima	autoridad política
ávido de éxito		ideas claras	limitada formación académica (autodidacta)
buen receptor		hombre activo	seguridad paternalista
vocero del sentir popular		estratega político	estratega práctico de la política
hombre alegre		amplios conocimientos de estrategia militar	'hombre de aparato'
naturaleza machista (según él)		visión independiente política	triquiñuelas electorales
pensamientos de derecha, espíritu de izquierda		hombre de batalla	pactos políticos
alta capacidad de equilibrio y negociación		candidato del cambio sin procesos traumáticos	hombre de gran poder
		hombre pragmático	'pequeño gran hombre'
		hombre de transición y equilibrios	

miso con el sujeto evaluado: recurren a la estrategia del «distanciamiento» (Tadros 1981, cit. por Bolívar 1996). Para ello se valen de dos recursos específicos: o reproducen entre comillas citas que reflejan expresiones supuestamente textuales, expresadas por los sujetos mismos, o se valen del estilo indirecto e introducen la cualidad mediante conectores sintácticos (situación esta última que no se da en el caso de C4, pero sí de los otros) como lo evidencian los siguientes fragmentos:

[HC] *Se define* como profundamente humanitario, honesto. Normalmente un hombre alegre, muy optimista. Sensible, apasionado. Pacífico. «Me gusta la paz, pero tengo un espíritu de ofensiva [...]»

Sus allegados *lo definen* [a AU] como un hombre abierto, organizado y supersticioso.

[IS] *Se define* como mujer preparada. Responsable. Constante en lo que cree. Ahorrativa. «Soy una mujer valiente y con gran coraje».

Quien hoy gana las elecciones será el gran derrotado en diciembre (SR).

Según los datos de los cuadros 3 y 4, la mayoría de los rasgos atribuidos a C3 son positivos. La única característica de éste que pudiera ser percibida negativamente es la de «distante» y también, en ese caso, los autores han recurrido al distanciamiento: «la gente lo siente un poco distante».

Aunque en su perfil se insiste en el carácter militar de C1 y se habla incluso de su habilidad para engañar («en los cursos militares aprende a desinformar, a engañar y a ejecutar operaciones de cualquier índole para derrotar al adversario»), igualmente se atribuyen cualidades castrenses a C3, en quien parecieran resultar neutras o más bien positivas («es un estratega político y con amplios conocimientos de estrategia militar»). Habría que recordar, además, que el engaño, la desinformación y la inescrupulosidad para derrotar al adversario son rasgos usualmente atribuidos a los políticos venezolanos en general y que los analistas en ningún momento llegan a mencionar en su perfil la filiación política que C3 mantuviera hasta hace poco con los socialcristianos<sup>20</sup>. Además, aunque C1 haya pertenecido a las Fuerzas Armadas por muchos años y haya tenido que participar en algunos frentes de batalla (incluso algunos conocidos públicamente como el denominado 4-F), quien es descrito explícitamente como «hombre de batalla» es C3.

En una evidente comparación que los asimila, C1 es presentado como contradictorio ideológicamente y ambicioso («pensamiento de derecha /

<sup>20</sup> Valga como testimonio la reciente declaración de Agustín Berríos, subsecretario general de COPEI: «Le recordamos a los venezolanos que SR ha sido copeyano toda su vida». (*El Diario de Caracas*, 19-10-98, p. 14)

espíritu de izquierda»), mientras en *C4* destaca su habilidad para «contar y descontar votos». *C2* y *C3* son descritos con mayor neutralidad. Sin embargo, de *C2* se llega a insinuar su ingenuidad («su mirada [...] angelical [...] se relaciona con personas ingenuas, espirituales y transparentes») y los autores se interrogan sobre su capacidad para asumir el reto de una campaña «dura» y «cruda» («¿Podrá IS estar a la altura de un combate de esta naturaleza?»), aspecto en el que *C1* y *C3* tienen presuntamente todas las de ganar, uno porque en circunstancias adversas «tomará el camino que tenga que tomar», el otro porque «peleará por sus derechos políticos y lo sabe hacer».

La marcada preferencia de los analistas por *C2* y *C3*, se puede apreciar cuando aluden a alguna característica común en los cuatro sujetos (cuadro 5).

En tanto la niñez «feliz» de *C1* se asocia con historias macabras como «el muerto sin cabeza», las de *C2* y *C3* son relacionadas con estados de felicidad de cuento de hadas. Aparte de *C4*, el aspecto físico del resto no parece congruente con la edad, el de *C1* es relacionado con la tendencia a reaccionar agresivamente en situaciones de estrés, en tanto *C3* luce también energético, pero las canas le crean «una imagen de experiencia y sabiduría». Además de la tendencia a engordar y de sus «cachetes redondeados», a *C2* se le adjudica una inocente «sonrisa fácil». Si la razón predomina en la conducta de *C3*, *C1* es presentado como más «instintivo» que razonable, en tanto que la «profundidad» de la mirada de *C2* y *C4* se opone al «carácter fuerte» asociado con la de *C1* y a la doble faz de la de *C4*. La radicalidad de discurso de *C1* es enfrentada a la fortaleza que genera incredulidad en *C4* y a la coherencia y reflexión implícitas en el de *C3*.

Aparte de todo lo referido a la insistente lexicalización negativa que se hace de *C1* (violencia, agresión, intuición, mentira, conspiración, trampa, irracionalidad, etc.), su imagen y su personalidad, desfilan como fantasmas contrapuestos a los perfiles de *C2*, *C3* y *C4*: en realidad, no siempre se le menciona directamente, pero buena parte de lo que se dice en los otros tres perfiles, lo apunta en un evidente sentido de comparación. No por casualidad, los psicólogos citan una frase textual de *C3* en la que aseguran que él «asume los peligros y los enfrenta» y que «quien saque gente a la calle» se enfrentaría con él. Asimismo, se dice que a *C4*

no se le agua —ni aguará— el ojo para enfrentar peligros o dificultades, y será capaz de pelear en cualquier circunstancia. Sea electoralmente o en la clandestinidad.

De *C2* se arguye además que

CUADRO 5. COTEJO DE CARACTERÍSTICAS COMUNES A LOS CUATRO CANDIDATOS

	<i>C1</i>	<i>C2</i>	<i>C3</i>	<i>C4</i>
NIÑEZ	«niño feliz [...] temeroso de las inyecciones [...] miedos infantiles tienen que ver con El Muerto sin Cabeza, El Silbón, La Llorona y La Sayona».	«De niña era muy reservada, penosa, introvertida, callada [...] Cumplida y estudiosa».	«La niñez fue muy alegre, muy llena de cosas hermosas, muy en el campo».	No hay comentario.
PRESENCIA FÍSICA	«suele relacionarse con personas que bajo situaciones de estrés reaccionan con tendencia a ser agresivas».	«piernas gruesas y cachetes redondeados, textura física fuerte, cabellera abundante y sonrisa fácil».	«Canoso, lo cual crea una imagen de experiencia y sabiduría. Su aspecto físico se asocia con el de personas enérgicas».	«aspecto físico congruente con su edad».
PREPARAC. ACADÉMICA	«Su experiencia es la habitual de la vida militar».	«se define como una mujer preparada».	«Pondera positivamente su preparación académica y su formación intelectual».	«limitada formación académica».
CONTACTO VISUAL	«La mirada directa lo asocia a personalidades de carácter fuerte».	«suele ser directo y sin dificultad. Su mirada es suave, profunda, hasta cierto punto angelical».	«tiende a ser directo. Su mirada es profunda».	«Su mirada es de abuelo para sus amigos y cercanos. Para sus adversarios es fría y calculadora».
PENSAM.- ACCIÓN	«instintos por encima de la razón».	No hay comentario directo.	«La razón predomina sobre la emoción».	«Más sabe el diablo por viejo que por diablo».
DISCURSO	«El discurso es radical, convincente y firme».	[No hay comentario directo.]	«Su lenguaje suele ser directo y su pensamiento reflexivo y coherente».	«discurso fuerte, que no logra llegar [...] refleja un metamensaje de 'ser el pasado'».

tendrá que ubicarse como la única alternativa a la candidatura de HC. Circunstancia que luce difícil, por cuanto el enfrentamiento no es el estilo de IS, y además ya ese espacio fue ocupado por SR.

El proyecto de C3 es Venezuela («Le basta saber que su proyecto para Venezuela vale [...]»), el de C1 parece ser él mismo como líder guiado por sus ambiciones («espera mando, reconocimiento y prestigio»).

## CONCLUSIONES

Buena parte de lo que ha sido presentado bajo el formato del perfil psicológico deviene, más bien, en una opinión general que va más allá de la opinión profesional (individual) y representa «los objetivos, intereses, valores y normas de un grupo» (van Dijk 1990: 158), relacionada en este caso con un tema tan relevante como la contienda electoral. Dos integrantes de un grupo de electores, orientados contra el triunfo de dos candidatos (C1 y C4), se valen de un medio masivo de comunicación y de la autoridad académica que los reviste para estimular la balanza electoral hacia los intereses del grupo o los grupos a los que se sienten más afines. El acceso a un medio de comunicación les facilita implantar ciertos controles en el manejo de la información con que pretenden orientar a los destinatarios.

Entre otros aspectos, los autores de la columna utilizan el criterio de autoridad profesional para mostrar (directa o indirectamente) sus personales preferencias electorales, tratando de influir así en la orientación del voto de los electores, razón por la cual estarían desvirtuando el objetivo de orientación psicológica que debería tener el formato con que se manifiestan a través de la prensa. De modo que, bajo el amparo del perfil psicológico, estarían utilizando su columna semanal como un medio más de «socialización política secundaria», si nos atenemos al modo como este concepto ha sido utilizado por Villarroel (1998): al tiempo que defienden la continuidad de un estatus en la persona de dos de los candidatos, se oponen abiertamente a los otros dos, sin dejar de resultar contradictorios en tal sentido: por razones de representatividad de un esquema obsoleto, rechazan la posibilidad de C4 como opción ganadora, en tanto que auspician el rechazo hacia C1, al vincularlo de muchas maneras a situaciones de violencia.

En términos macrosemánticos, la visión de los cuatro candidatos puede dividirse en dos vertientes: una que opone un candidato castrense, impulsivo y pacífico/agresivo (C1), a otro civil, enérgico, pero sensato y razonable (C3); la otra confronta las imágenes de la juventud deseosa, pero

ingenua (C2) con la veteranía senil caracterizada más por la astucia que por otra cosa (C4, ver anexos).

Este panorama recogido en los cuatro perfiles no hace más que reproducir el mismo discurso político-ideológico que han venido expresando quienes, desde otras tribunas y roles relacionados directamente con la contienda política, aúpan o atacan las candidaturas de HC, IS, SR y AU, con lo que los columnistas a su vez se constituyen en voceros y defensores del grupo o los grupos sociales a los que están integrados. La supuesta objetividad o neutralidad típica del documento profesional denominado «perfil psicológico» y del espacio periodístico «columna especializada» pierden así buena parte de los propósitos que usualmente les dan origen, al convertirse en medios de proselitismo político.

Así, igual que hemos expresado en otro trabajo sobre los avisos necrológicos de la prensa (Barrera 1997), se impone una conclusión final de acuerdo con la cual los grupos sociales o políticos, aún siendo antagónicos o divergentes, desde el punto de vista ideológico, se atraen y se juntan en situaciones de crisis que puedan amenazar el estatus que les ha dado vigencia. Ello se refleja, incluso, en manifestaciones discursivas que en otras situaciones sirven a fines no necesariamente políticos. En el marco de una «pérdida de preeminencia y la erosión constante de los partidos [...] y la de su vinculación con las clases sociales» (Kohn 1995: 52), cualquier recurso es útil para la autodefensa. Y más allá de la creencia impresionista que se tenga al respecto, este es un hecho que puede ser explicado objetivamente a partir de la metodología del análisis crítico del discurso.

Una síntesis del tratamiento dado a cada uno de los candidatos «perfilados», permite deducir lo siguiente:

- C1 sería la amenaza permanente para el grupo o los grupos ideológicos con los que se identifican los autores.
- C2 es identificada con la compasión que puede despertar una candidata «buena gente», pero, al mismo tiempo, ingenua e inocente ante las arremetidas políticas.
- C3 es representado recurrentemente mediante el recurso de la hipérbole: el menos violento, pero el más macho y «machete» de los tres.
- C4 inspira lástima y es propuesto como la víctima de sus propias peripecias partidistas.



**ANEXOS. Oraciones o frases síntesis de algunos contenidos de los perfiles**

**HC y SR: IMPULSIVIDAD CASTRENSE FRENTE A SENSATEZ CIVIL**

**C1 (HC)**  
*(Introducción)*  
*Datos relevantes*  
Ninguno

*Estudios y experiencia*  
«Sus comandados lo refieren con gran afecto o con rechazo manifiesto».

*Entorno familiar*  
Niño feliz y temeroso, aficionado al béisbol.  
Dulce y humilde por la abuela.  
Bondadoso por el padre.  
Amplio, constante y de carácter fuerte por la madre.

*Personalidad*  
«Espera mando, reconocimiento y prestigio».  
Se siente y actúa como soldado.  
Atrae porque es percibido como víctima que ha sufrido lo que él considera «injusticias».  
No cree en la libertad plena porque «conduce a la violencia».  
«Ha demostrado capacidad de equilibrio y negociación».

**C3 (SR)**  
*(Introducción)*  
*Datos relevantes*  
[Su cónyuge] hija, esposa y madre de gobernador.  
*Estudios y experiencia.*  
«Es uno de los líderes de la regionalización».

*Entorno familiar*  
Huérfano de madre a los catorce años.  
Trabajador como su padre.  
Idealista por la madre.  
Fue enviado a los USA para que aprendiera el valor del trabajo.

*Personalidad*  
El apelativo de «luchador» le parece desprestigiado.  
«Ha ganado fama de ser mejor gerente y gobernador».  
«ideas claras sobre la conducción del país».

*El caballo*  
«El símbolo de la libertad es el caballo con su crin libre».  
«Sentado en su caballo demuestra valentía, fortaleza, serenidad, equilibrio, fuerza, porte y movimientos firmes».

*El político*  
«Ingresa a la vida pública porque siente que había un reto muy grande que emprender».  
«No tiene rechazo electoral».  
«No se precipita y sabrá esperar a que llegue diciembre».

**IS y AU: JUVENTUD INGENUA FRENTE A SENILIDAD ASTUTA**

**C2 (IS)**  
*(Introducción)*  
*Datos relevantes*  
Ninguno  
*Estudios y experiencia*  
«Nació y se formó en la democracia».

*Entorno familiar*  
Huérfana de madre desde los tres años.  
Afectuosa y cariñosa por el padre.  
Estricta y correcta por el hermano.  
«Lo ha tenido todo en la vida».

*Personalidad*  
Le gusta el poder para «ser útil».  
Una de las cosas que más le gusta es «ser presidente de Venezuela» (dicho por ella).  
Atrae porque es bella y trabajadora  
Todos los días se inclina, se arrodilla y reza (según ella).

*Política y gobierno*  
«Puede practicar nuevas formas de poder y es capaz de producir cambios trascendentes».  
«Es capaz de convocar a todos los sectores sociales».  
«No es su mejor momento en las encuestas».

**C4 (AU)**  
*(Introducción)*  
*Datos relevantes*  
«Se le conoce como 'El Caudillo'».  
*Estudios y experiencia*  
«Toda su vida ha militado en el partido que fundó».

*Entorno familiar*  
«No le gusta hablar de eso».

*Personalidad*  
En confrontaciones de poder o partidistas es «un puño de hierro».  
Su imagen se asocia a esquemas del pasado.  
No es afín al deseo de cambio de los venezolanos.

*El político*  
«De métodos. Proselitista por excelencia».  
Ha cohesionado a los miembros de su partido, pero no al país.  
*LOS GOBERNADORES SABEN QUE NO ES EL MEJOR CANDIDATO PARA GANAR LAS ELECCIONES.*

- Barrera L., L. (1999). «Poder y no poder: el aviso necrológico como medio de autoidentidad grupal». Ponencia presentada en el *II Coloquio Nacional del Discurso*. Mérida: ULA-UNA (ponencia inédita).
- Bolívar, A. (1996). «El control del acceso a la palabra en la noticia periodística» en *Estudios en el análisis crítico del discurso. Cuadernos de Postgrado* 14: 11-45. Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado, FHE-UCV.
- English, H. y A. English (eds. 1977). *Diccionario de psicología y psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Eysenck, H. J. y otros (eds. 1979). *Encyclopedia of Psychology*. Nueva York: Seabury Press.
- Fairclough, N. y R. Wodak (1997). «Critical Discourse Analysis» en *Discourse as social interaction* (T. A. van Dijk, ed.) Londres: SAGE, pp: 258-284.
- Kohn, C. (1995). «Praxis comunicativa y participación política: apuntes para la construcción de un espacio público democrático» en *Discurso político y crisis de la democracia. Cuadernos de Postgrado* 12: 15-72. Caracas: Comisión de Estudios de Postgrado, FHE-UCV.
- R. Mackinnon y R. Michels (1973). *Psiquiatría clínica aplicada*. México: Interamericana.
- Thinès, G. y A. Lempereur (eds. 1975). *Diccionario general de ciencias humanas*. Madrid: Cátedra.
- van Dijk, T. A. (1990). *La noticia como discurso*. Barcelona: Paidós.
- van Dijk, T. A. (1993). *La noticia como discurso*. Barcelona: Paidós.
- van Dijk, T. A. (1994). «Discurso, poder y cognición social» en *Cuadernos de la Maestría en Lingüística* 2. Cali: Universidad del Valle.
- van Dijk, T. A. (1996). «Análisis del discurso ideológico» en *Versión* 6: 15-43. México: Universidad Autónoma de México.
- Vargas, O. M. (1998). «Salas Römer es desleal con COPEI». *Diario de Caracas* 19/10/98, p. 14.
- Villarreal, G. (1998). «De tal palo tal astilla: patrones de socialización política en Venezuela» en *Revista Interamericana de Psicología* 32 (1): 1-20. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Warren, H. (ed. 1948). *Diccionario de psicología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Welsch, Friedrich y otros (1993). «Políticos y golpistas como héroes y villanos en el discurso periodístico capitalino (imagen post 4 de febrero)» en *Argos* 21: 181-198. Caracas: Universidad Simón Bolívar.

## Análisis de dos discursos del proceso electoral de 1998 bajo un enfoque semántico pragmático

Lourdes Molero de Cabeza\*

### INTRODUCCIÓN

El discurso político ha sido importante en todas las sociedades. Si la política tiene que ver de cerca con la vida cotidiana de los pueblos y del ciudadano común es natural que los electores estén atentos a lo que los líderes opinan, discuten y proponen. En épocas electorales —como ésta que está viviendo Venezuela— es posible que exista un deseo mayor en el público por conocer las propuestas de cada uno de los candidatos y de los grupos que los apoyan.

Ahora bien, responder en qué medida el discurso político puede incidir en la decisión del voto de los electores es arriesgado. Indiscutiblemente, que con el discurso tanto de los líderes como de las campañas electorales se puede manipular a los receptores. Sin embargo, hay otros factores que pueden influir, por ejemplo: la situación económica y el estado anímico generalizado de los electores. En el caso venezolano actual hay que anotar que la situación del país comenzó a deteriorarse aún más desde finales del año 1997 e inicios de 1998. A esta situación hay que añadir el sentimiento y opinión de los receptores frente a la situación general del país en los últimos años. Este cuadro de características conforma el entorno o contexto pragmático en el que les ha tocado desenvolverse a los candidatos de las elecciones de 1998. Este contexto da cuenta también de cómo los discursos, declaraciones, presentaciones de programas de gobierno están en el centro del interés de toda la vida pública venezolana. Ese interés hacia la palabra de

\* FUNDACITE, Universidad del Zulia.

los políticos también deriva de la toma de conciencia del venezolano en torno al hecho de que al parecer estamos asistiendo al final de un modo de hacer las cosas en política.

En este trabajo se presentan los resultados de una investigación cuyo objetivo consistió en el análisis del discurso político del proceso electoral venezolano de 1998, desde la perspectiva semántica y pragmática.

## LA MUESTRA

Para realizar la investigación se seleccionó una muestra constituida por noticias y entrevistas realizadas a los candidatos y publicadas en los medios de comunicación, durante la etapa comprendida entre los meses de enero y septiembre de 1998. De esta manera, se siguieron los discursos de los candidatos con mayores opciones de triunfo en las elecciones del mes de diciembre de 1998: Hugo Chávez Frías, que concurre al proceso respaldado por su Movimiento V República y por otros partidos y agrupaciones como el MAS, el MEP, el PPT, AA, GE, SI, IPCN, PCV, todos ellos bajo la denominación de Polo Patriótico; Henrique Salas Römer, apoyado por Proyecto Venezuela; Irene Sáez, apoyada por su Movimiento IRENE, COPEI y por Factor Democrático, y Luis Alfaro Uceró, respaldado por su partido Acción Democrática. Se consultaron, además, los lineamientos estratégicos, programas de gobierno y campañas difundidas por los medios de difusión. En esta comunicación, se presentan solamente los resultados de los análisis efectuados en las muestras de los discursos de Hugo Chávez y de Irene Sáez. En el caso del primer candidato, se tomó como antetexto su discurso pronunciado en La Habana en 1994, por la incidencia que ha tenido en el debate electoral de 1998.

## LOS FUNDAMENTOS TEÓRICOS

El análisis se inspira teóricamente en los principios de la semántica lingüística (Pottier 1992 y 1993) y de la lingüística textual. Con este trabajo se continúa una línea de investigación que centra su objetivo en el análisis del discurso político venezolano (Molero 1979, 1984, 1985, 1998). Se toma como principio básico el análisis del aspecto semántico de cada discurso y luego el sentido que cada discurso adquiere cuando se estudia a la luz del contexto social y de los interlocutores, en este caso los propios candidatos

y el público constituido por adherentes y opositores. En el componente semántico del discurso se analiza el estatuto que asumen los eventos (estativos, evolutivos y causativos), los esquemas analíticos, los principales ejes temáticos, las zonas intercasuales (zona de la anterioridad, zona del nudo o evento y zona de la posterioridad), los campos semánticos más importantes y se hace referencia a la argumentación y a los códigos semióticos paralelos utilizados en los discursos y en el resto de la campaña electoral del candidato.

## LOS ESQUEMAS ANALÍTICOS DEL DISCURSO POLÍTICO

El discurso político está indisolublemente unido a su capacidad para la persuasión del elector, en favor del voto hacia el líder que lo pronuncia. Cuatro aspectos lo caracterizan. *a)* El líder o candidato toma como punto de apoyo o de partida el estado actual de la situación de la sociedad en la cual desea actuar y emite su opinión en relación a la misma. Esta opinión cambiará de acuerdo a una variable del componente pragmático que sitúa el YO del discurso de acuerdo a su posición como adherente u oponente al sistema actual o al gobierno actual. *b)* Todo discurso político ofrece el cambio de esa situación actual. En los discursos de la presente campaña es posible encontrar una gradación en los cambios propuestos, desde los radicales hasta los moderados o graduales. *c)* Para lograr el cambio el discurso político ofrece instrumentos. Estos instrumentos a menudo se confunden con las ofertas electorales que debería cumplir el candidato en el caso de ganar. *d)* El discurso político presenta como agente de los procesos de degradación social al oponente y como agente de los procesos de mejoramiento social al emisor del discurso y al grupo político al cual éste pertenece.

Estos cuatro aspectos responden a los estatutos del nivel lógico-conceptual (Molero 1985: 72) asumidos por los eventos presentados en cada discurso. Así tenemos lo siguiente:

**ESTATIVOS:** corresponden a la presentación por parte del candidato de la situación del país ( $A \rightarrow \alpha$ ).

**EVOLUTIVOS:** referidos al cambio como eje temático fundamental del discurso político. En este análisis es interesante anotar la polisemia de base del verbo *cambiar*, desde los esquemas analíticos del nivel lógico-conceptual hasta el nivel lingüístico. La naturaleza del cambio puede ser doble: *a)* sólo cambian algunas propiedades (características, localización...) del elemento, por ej.: María ha cambiado de carácter.

( $A \alpha \rightarrow A\beta$ ). En un segundo tipo de evolutivo, el elemento A puede ser reemplazado por otro (B) en su propia existencia, por ej.: Luisa cambió el carro ( $A \rightarrow B$ ). De manera que el evolutivo, en el evento «cambio», puede entrañar dos tipos de cambios. Pottier (1992: 208) ha resumido la polisemia del verbo cambiar en la siguiente fórmula:

Cambio del tipo I:  $A\alpha \rightarrow A\beta$

Cambio del tipo II:  $A \rightarrow B$

La presencia determinante del evento cambio en el discurso político, nos condujo a clasificar los discursos recogidos en la muestra de acuerdo con el tipo de cambio propuesto: *cambio radical* (sustitución de A por B) y *cambio moderado* (sustitución de algunas características del elemento).

Hay que señalar además que los procesos, de acuerdo con la visión adoptada por el emisor del discurso, pueden ser procesos de degradación (los protagonizados por los candidatos y grupos opuestos) y procesos de mejoramiento (los protagonizados por el propio candidato y su partido o los grupos que lo apoyan).

CAUSATIVOS: El próximo movimiento es la puesta en causativo, que consiste en citar a un actante como directamente responsable del cambio:

C [ $A \rightarrow B$ ] y C [ $A\alpha \rightarrow A\beta$ ].

La puesta en factitivo agrega un actante más que sería el agente mediato del cambio:

F (C [ $A \rightarrow B$ ]) y F (C [ $A\alpha \rightarrow A\beta$ ])

Así pues, se observa el agente inmediato del cambio (causativo) y el agente mediato del mismo (factitivo). En el discurso político es posible observar dos tipos de causativos: uno inanimado que puede generar cambios semantizados por el emisor del discurso como positivos, por ej.: la constituyente en el caso del discurso de Hugo Chávez, concebida como instrumento de los cambios que necesita el país; y un causativo animado que genera cambios semantizados negativamente por el candidato, por ej.: el «viejo liderazgo» en el discurso de Irene Sáez como agente que ha originado los procesos de degradación sufridos por el país. Ambos causativos pueden estar en el origen de los procesos de mejoramiento o de degradación.

## LOS RESULTADOS DEL ANÁLISIS

### El discurso del cambio radical: Chávez o la constituyente como instrumento para construir un nuevo sistema

#### 1. La descomposición como punto de partida

Desde 1994 en su discurso en La Habana, Chávez ha venido planteando la situación del país en términos muy fuertes. Habla de un país cuyas «bases están en el suelo», «un país con una gangrena absoluta y total», con «un modelo económico hecho pedazos», con unos poderes altamente corrompidos, en resumen «un estado de cosas que está podrido» y con «un sistema que no tiene posibilidades de recuperarse a sí mismo».

De manera que puede observarse lo que hemos denominado *el campo semántico de la descomposición*:

CUADRO 1. EL CAMPO SEMÁNTICO DE LA DESCOMPOSICIÓN EN EL DISCURSO DE HUGO CHÁVEZ

CAMPO SEMÁNTICO	LEXÍAS
	Podredumbre
	Estar podrido
	Degenerar en podredumbre
	Gangrena política
	Gangrena absoluta y total
	Ingovernabilidad
	Derrumbarse
	Estar en el suelo
	Venirse abajo
	Proceso catastrófico
DESCOMPOSICIÓN	Corrupción incrustada hasta la médula
	El país vive en medio de una catástrofe
	El país fracasó
	Sistema horrendo
	Horripilante sistema de exclusión y autoritarismo
	Terrible situación
	Situación social del país espeluznante

#### 2. Los causantes de la descomposición

Aquí se observan los actantes (causativos) que están en el origen de los procesos de degradación. Desde 1994, Hugo Chávez ha venido señalando los agentes inmediatos de la crisis:

[...] civiles y militares que se enriquecieron al amparo del poder (16/12/94).

### 3. La constituyente como única salida

En este punto es posible observar el causativo inanimado como oferta electoral y como agente inmediato del cambio, puesto que es el principal instrumento para intentar salir de la situación antes descrita. En los discursos de este candidato la constituyente se ha erigido en el elemento clave de la estrategia discursiva. El término «constituyente» se ha convertido en una fórmula que ha llenado todos los ámbitos de la discusión. En este sentido cumple con una de las condiciones de éxito del esquema argumentativo en política. El éxito no consiste en que todos la acepten sino en que todos, o la gran mayoría, se refieran a ella, aun estando a favor o en contra. Y esto es lo que ha sucedido en el debate. Por otro lado, el término como tal se ha ido llenando de una gran cantidad de significados, de manera que la univocidad semántica que puede tener en el lenguaje jurídico se ha perdido. En el discurso de Chávez el término constituyente puede significar muchas cosas: la forma como se opone a lo que existe (11/09/98), un movimiento colectivo, el camino para solucionar los graves problemas del país (11/09/98), «la revolución *a posteriori* de las leyes fundamentales del país» (16/8/98), «una constituyente económica» (11/09/98), «un recurso estratégico de corto plazo» (16/12/94).

### 4. El cambio ofrecido

El cambio que aquí está planteado es el de la sustitución de un sistema por otro. Se trata de un *cambio radical* donde se plantea la creación de un nuevo modelo. Y es aquí donde hace su aparición el *campo semántico de la reconstrucción*, opuesto al de la descomposición, visto anteriormente.

### 5. Los agentes de la reconstrucción

En los discursos de Chávez la puesta en factitivo corresponde a los actantes que serán los artífices de la reconstrucción del país. El agente cercano e inmediato sería el pueblo (causativo + proceso de mejoramiento), concebido como un movimiento colectivo. Pero el agente mediato (factitivo) de todos los procesos de mejoramiento social será Hugo Chávez, planteado en estos términos:

[...] yo voy a impulsar hasta donde pueda, pero más allá de mí mismo un movimiento colectivo, exprese constituyente [...] para que en ese camino [...] solucionemos la mayoría de nosotros esos graves problemas del país [...] Hugo Chávez impulsará con toda la fuerza posible el proceso de reconstrucción de la justicia (11/09/98).

CUADRO 2. EL CAMPO SEMÁNTICO DE LA RECONSTRUCCIÓN EN EL DISCURSO DE HUGO CHÁVEZ

CAMPO SEMÁNTICO	LEXÍAS
	Refundar
	Recrear
	Rehacer el Estado
	Redefinir
	Constituyente
	Constituir de nuevo
RECONSTRUCCIÓN	El camino constituyente
	Constituyente económica
	Reconstitución
	Reconstituir
	Reconstrucción
	[hay que] echar el piso

### 6. Los ejes temáticos y las relaciones intercasuales

Los tres ejes temáticos en torno a los cuales gira el discurso de este candidato son los siguientes: política, economía y poderes. En cada uno de ellos es posible observar las diferentes zonas actanciales señaladas en un eje teórico conocido como eje de la actancia primaria (Pottier, 1992: 162); sobre ese eje es posible colocar los diferentes actantes que cumplen un cometido en cada uno de los ejes temáticos ya señalados. En el siguiente cuadro es posible observar en la zona de la anterioridad dos actantes: el *causal* que sería la posición actancial que presenta la situación negativa en cada uno de los ejes temáticos y el *instrumental* que presenta las ofertas electorales. En la zona del nudo o del evento es posible observar un deslizamiento entre la posición actancial del *ergativo* y del *nominativo*: existe un juego entre la figura del pueblo y la del mismo candidato; a veces es el candidato el que se sitúa como un ergativo que impulsará todos los cambios; pero, otras veces, en situaciones más comprometidas políticamente y que pudieran ser utilizadas por sus adversarios para atacarlo, el candidato prefiere afirmar que los cambios serán producidos por el pueblo reunido en una asamblea constituyente. Este deslizamiento actancial se convierte, por influencia del componente pragmático, en una estrategia discursiva utilizada frecuentemente por el emisor. Por último, la zona de la posterioridad muestra el *beneficiario* y la *finalidad* de las acciones emprendidas por el candidato.

### 7. Los símbolos y las semióticas paralelas

En este discurso se observa una alusión constante a los símbolos de la nacionalidad. Desde el nombre de su movimiento, con el adjetivo «bolivariano», hasta el nombre que designa el conjunto de partidos que lo apoyan: Polo Patriótico; las reuniones de su comando también son denominadas «Consejo Patriótico». Destacan las citas constantes de Bolívar que nos colocan en el momento de la fundación, de la creación de la patria. Se utiliza mucho el argumento de autoridad (Bolívar, Simón Rodríguez, Ezequiel Zamora) como fundamento de las opiniones o propuestas del candidato. La premisa, en este caso, del argumento es la convergencia entre la opinión del candidato y la opinión de estos hombres protagonistas de la historia de la construcción de nuestra identidad. Ahora bien, lo que se busca con esto es que se acepten las opiniones y proposiciones contenidas en los discursos: que se acepte un poder moral porque lo proponía Bolívar, que se acepte la necesidad de la unión ejército-pueblo porque la proponía Zamora...

En cuanto a otros códigos semióticos que acompañan el discurso, hay que destacar en las concentraciones públicas lo gestual: el brazo estirado, pulgar al cielo e índice al frente; además el uso del látigo y la entonación de melodías llaneras. Otra simbología sería la «V» de la victoria usada en el nombre del movimiento y el uso de la boina roja que nos puede reenviar al significado «ejército» o, en otro contexto, al ícono del Ché Guevara.

### 8. La adecuación pragmática o el viraje en el discurso de Chávez

Dos estructuras superficiales se observan en este discurso: la estructura radical (desde 1994 hasta los meses de julio-agosto de 1998) y la estructura moderada. El discurso de Chávez es el que más se ha tenido que adaptar, el que más viraje ha tenido que realizar durante la campaña. Esto ha sido señalado por analistas nacionales e internacionales (*El País*, 29-09-98). Lo que sucede es que el discurso político, más que ningún otro, está sometido a las situaciones pragmáticas que conforman lo que se denomina *marco*, entre cuyos indicadores hay que anotar el ambiente, los escenarios, los lugares, los contrincantes políticos; en pocas palabras, una situación comunicativa, donde uno de los elementos más importantes es el auditorio. El discurso de Chávez se mueve entre dos auditorios: el de las clases más desposeídas, cuya característica más importante es el descontento, y los estamentos sociales que han tenido el poder político y económico durante los últimos 40 años. No resulta fácil, en consecuencia, encontrar una estrategia discursiva que se sitúe entre ambos polos, entonces el discurso lo que hace es adaptarse a cada auditorio; no es lo mismo hablar en Turmero o en Maturín, a conceder una entrevista en una televisora caraqueña. El

CUADRO 3. EJES TEMÁTICOS Y ZONAS ACTANCIALES

Ejes temáticos	Zona b1 (anterioridad)		Zona a (nudo o evento)		Zona b2 (posterioridad)	
	Causal	Instrumental	Ergativo	Nominativo	Beneficiario	Final
Política	Ingovernabilidad	Constituyente	<ul style="list-style-type: none"> <li>• movimiento colectivo</li> <li>• Chávez</li> </ul>	Chávez	Pueblo, país	Reconstruir el Estado para conseguir gobernabilidad
Economía	Economía hecha pedazos	Modelo económico sistémico, holístico, endógeno, tercera vía	El estado promotor	Inversionistas (nacionales e internacionales)	Estado, Venezuela	Satisfacer necesidades básicas del ser humano
Poderes	Inexistencia de los poderes legislativo y judicial	Constituyente	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Pueblo</li> <li>• Chávez</li> </ul>	Chávez		<ul style="list-style-type: none"> <li>• acabar con la corrupción</li> <li>• despolitizar los poderes</li> </ul>

discurso político es muy sensible al público al que se dirige por el hecho de querer ser persuasivo.

Dos debilidades de la estrategia discursiva de Chávez han favorecido los ataques de sus oponentes: ha violado uno de los *principios cooperativos* (Grice 1975, en Lo Cascio 1998: 95) de la argumentación, el de la cantidad, al dar más información de la necesaria («La boca del pez» de José V. Rangel) y no prever en toda su dimensión al adversario. De suerte que, para ofrecer sólo un ejemplo, en el aspecto económico de «declarar la moratoria de la deuda externa» ha pasado a proponer la renegociación de algún componente de esa deuda, el canje de deuda por inversión, la recompra de parte de la deuda, etc.

En esta estructura superficial moderada, característica de la segunda etapa de la campaña, se ha mantenido, en la estructura conceptual del discurso, la estrategia de la constituyente. Sin embargo, llama la atención una restricción (pero) que también la atenúa y la modera:

Tengo listo el decreto (para convocar la constituyente) sólo falta firmarlo. *Pero si por voluntad popular esa propuesta es rechazada, acataré y respetaré la decisión del pueblo*, de igual modo como acataré y respetaré todas las leyes de la república. (*La Verdad*, 3/10/98)

## El discurso del cambio moderado: Irene Sáez o la democracia participativa

### 1. La crisis

En una entrevista televisiva la candidata de la Fuerza del Cambio señaló las siguientes características de la situación actual:

crisis muy profunda signada por la pobreza de la población, aparato productivo paralizado, baja de los precios petroleros; 40% del presupuesto se va en pagar la deuda externa, evasión del 60% de los impuestos. La educación debe ser declarada en emergencia [...] (29/9/98).

El estado actual del país está semantizado negativamente, sin llegar a una descripción extremista de la situación, como sucede en el discurso anterior.

### 2. El viejo liderazgo: causativos de los procesos de degradación

Se presentan aquí los causativos que están en el origen de los procesos de degradación:

Los políticos de siempre tuvieron su oportunidad de regir los destinos del país y fracasaron. Hoy les digo [...] ha llegado la hora de que estos señores dejen de jugar a la política [...] (22/08/98).

### 3. La salida: la modernización del país

He conformado un programa de gobierno moderno para la transformación de Venezuela en un país de primer mundo. (30/09/98)

### 4. El cambio ofrecido

El eje temático del cambio está expresado desde el nombre que agrupa a las organizaciones que la apoyan: Fuerza del Cambio hasta el título de su programa de gobierno: Cambiando Venezuela. Ofrece cambios en todos los niveles pero insiste en tres áreas: política, económica y social. El Movimiento Irene ha presentado a su candidata como la única capaz de lograr un «cambio radical en paz» (Ana T. Celis, 28/08/98). Sin embargo en las intervenciones de la candidata se habla de transformación, no de cambio. El

cambio ofrecido es gradual y moderado porque lo que se plantea es un cambio de ciertas propiedades del modelo político y económico: «Venezuela necesita cambiar, pero sin acabar con las instituciones democráticas [...]» ( $A \alpha \rightarrow A\beta$ ).

### 5. Los agentes del cambio: causativos de procesos de mejoramiento

El cambio será impulsado por la candidata:

Voy a trabajar sin desmayo por la integración de todos los venezolanos [...] por transformar a Venezuela [...] Mi nombre es la primera opción para impulsar el cambio [...] (09/05/98).

### 6. Los símbolos y las semióticas paralelas

Se observan en la campaña de esta candidata los símbolos de los grupos que la apoyan. En la campaña interna de COPEI se utilizó una cabellera rubia.

## Las diferencias entre ambos discursos

A continuación se presenta un cuadro con las diferencias entre los dos discursos:

CUADRO 4. DIFERENCIAS ENTRE LOS DOS DISCURSOS

	<i>Hugo Chávez</i>	<i>Irene Sáez</i>
<i>Tipo de cambio</i>	Cambio radical	Cambio moderado
<i>Visión de la situación actual</i>	Muy negativa y en su etapa final	Negativa
<i>Los causantes o causas de la degradación</i>	Civiles y militares enriquecidos a la sombra del poder Gobierno inmoral Poder Legislativo y Judicial	El viejo liderazgo
<i>Los instrumentos del cambio</i>	Constituyente (rehacer el Estado)	Modernización del país
<i>Los agentes del cambio</i>	El candidato y el movimiento colectivo reunido en la constituyente	La candidata y su programa de gobierno

## A MANERA DE CONCLUSIONES

Los discursos analizados constituyen ejemplos cada uno de los dos tipos de cambios según los cuales pueden clasificarse los discursos políticos de la campaña electoral de 1998. El primero es un discurso del cambio radical porque se pretende sustituir un elemento A por un elemento B. En ese discurso se han utilizado las citas históricas como parte de la argumentación, con el fin de convencer y persuadir al elector acerca de las diferentes propuestas realizadas por el candidato en el ámbito político, económico y social. Los campos semánticos de la descomposición y de la reconstrucción dan cuenta, respectivamente, de la *crisis* y del *cambio* como los dos ejes en torno a los cuales gira el componente semántico del discurso. Esos dos ejes constituyen, asimismo, la base de la argumentación que utiliza el emisor, puesto que frente a la crisis presentada mediante el *léxico de la descomposición*, según este discurso no existe ninguna otra salida, sino el cambio que se llevaría adelante gracias a una constituyente, presentada como un proceso de mejoramiento mediante el *léxico de la reconstrucción*. El componente pragmático se comporta, en este caso, como el marco al cual se debe adecuar tanto el emisor como su mensaje.

El segundo discurso analizado es un ejemplo del discurso político que ofrece solamente la transformación de algunas de las características del sistema político actual; se ofrece, por ej.: pasar de la partidocracia a la democracia participativa; por eso ha sido clasificado como un ejemplo del discurso del cambio moderado. Se trata de un discurso menos comprometido que el anterior, del cual se diferencia no solamente en la presentación de los causativos sino también en el instrumento (modernización del país) para lograr los cambios. Desde el punto de vista pragmático se puede observar cómo el cambio moderado y gradual, presentado en el componente semántico de este discurso, no ha sido exitoso, al no lograr interpretar las exigencias del contexto sociopolítico, así como tampoco el sentimiento de los electores.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Lo Cascio, Vincenzo (1998). *Gramática de la argumentación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Molero de C., Lourdes (1979). *Etude Linguistique (syntaxe et sémantique) du Discours Politique au Venezuela*. Tesis doctoral. Universidad de París IV, Sorbona. París. Extracto de tesis publicado en *Cahiers du Monde Hispanique et Luso Brésilien* nº 35, (1980) Université de Toulouse-Le Mirail. France.
- Molero de C., Lourdes (1984). «Componente pragmático y componente semántico en el discurso político» en *Opción* 2: 31-42. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- Molero de C., Lourdes (1985). *Lingüística y discurso*. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- Molero de C. Lourdes (1998). «Crisis y cambio en el discurso de la campaña electoral de 1998». Diario *La Verdad*, 15 y 16/11/98. Maracaibo.
- Pottier, Bernard (1992). *Teoría y análisis en lingüística*. Madrid: Gredos.
- Pottier, Bernard (1993). *Semántica general*. Madrid: Gredos.
- van Dijk, Teun (1980). *Texto y contexto*. Madrid: Cátedra.



## El discurso antipartidos y la relegitimación de las élites

María Fernanda Madriz\*

### EL DISCURSO ANTIPARTIDOS Y LA RELEGITIMACIÓN DE LAS ÉLITES

**D**esde el 27 de febrero de 1989, el país no debate otra cosa más que la perversión de los partidos y de la clase política venezolana. Hablantes de todos los orígenes, damas enlacadas y tatuados adolescentes, congresantes, obispos y taxistas se arrebatan los turnos en el diálogo y pronuncian inmisericordes la sentencia: Deben morir.

Ellos, los políticos y sus partidos, son acusados a un mismo tiempo por nuestras desventuras y por su propia perdición: Engendros que, al degenerarse, habrían degenerado la república. El hecho forma parte de lo que en código postmoderno se ha llamado *antipolítica*, tiene como dinamismo el proceso de ilegitimación de las élites tradicionales y, al discurso, como práctica privilegiada de tal ilegitimación.

En efecto, a lo largo de ya casi diez años, la satanización de los partidos a través del discurso público no ha sido —como podría pensarse— el reflejo de un fenómeno que ocurre en otros escenarios sino que ha sido uno de los escenarios del fenómeno mismo. Y ello, porque el creer y el dejar de creer, la construcción y/o la pérdida del consenso necesarios para gobernar en las democracias modernas, son fenómenos que refieren a la producción social de significaciones y, por lo tanto, a las prácticas discursivas que posibilitan la producción, institución y generalización de tales significaciones.

De allí que pueda decirse que, aunque el significado manifiesto de este tipo de discurso pareciera apuntar exactamente a lo contrario, nunca se ha hecho más política que con el discurso de la antipolítica, en general, y del

\* Instituto de Investigaciones de la Comunicación —ININCO—, Universidad Central de Venezuela.

antipartidismo, en particular; o, en otras palabras, lanzando impropiedades contra los partidos y sus líderes. Y, cuando quienes lo hacen son los propios políticos, es necesario estar particularmente atentos.

Fue esta la inquietud que guió la investigación, cuyos resultados ahora presentamos. Las *preguntas*: ¿Qué hacen los políticos y los no políticos con el discurso antipartidos? ¿Qué rol ha jugado éste en el proceso de ilegitimación de las élites dominantes? El *corpus*: todos los textos publicados en *El Nacional* y *El Universal*, entre julio de 1997 y octubre de 1998, que tuviesen a los partidos políticos como tópico central. La *metodología*: el análisis crítico de los tópicos con base en un modelo diseñado a partir de Fairclough (1989, 1992, 1995) y Bolívar (1993, 1994, 1995, 1997).

Así, una vez seleccionados y numerados los textos, se procedió a agruparlos tomando como parámetro de clasificación al hablante y obteniendo tres grandes subgrupos: 1) los generados por dirigentes, militantes y adeptos declarados de las organizaciones políticas; 2) los generados por articulistas y entrevistados, no vinculados a los partidos y sus estructuras, y 3) los generados por voces populares recogidas en encuestas, entrevistas y cartas a los periódicos.

Hecho esto, los textos se segmentaron en oraciones ortográficas, entendidas éstas como «una porción física de texto, entre separadores de puntuación» (Bolívar 1994: 139). Una vez segmentados, se procedió a establecer la *estructura tópica* de cada texto determinando el *tópico* central de cada oración, así como los tópicos *asociados* al central y los *subtópicos* dependientes del mismo. Los tópicos se identificaron basándose en la evidencia lingüística observable, haciendo seguimiento de las *palabras clave* presentes en cada oración.

Por razones de espacio, en este artículo nos limitaremos a discutir los resultados referidos al primer subgrupo, es decir, el de los textos generados por los dirigentes, militantes y adherentes declarados de los partidos políticos.

Al respecto, la conclusión más relevante que se desprende del estudio es que *en boca de los propios políticos, el discurso antipartidos ha devenido: un mecanismo de relegitimación de la clase política que los hablantes encarnan*. Y ello, con base en *cuatro* estrategias fundamentales. *Primero*, una estrategia de *refundación* que podría resumirse en el enunciado: «Más cogollo serás tú». *Segundo*, una estrategia de *institución* que podría resumirse en el enunciado: «Huelo y parezco, pero no soy». *Tercero*, una estrategia de *supervivencia* que podría resumirse en el enunciado: «Autoinsúltate y vivirás». *Cuarto*, una estrategia de *evasión* que podría resumirse en el enunciado: «Fuenteovejuna fue».

En los llamados partidos tradicionales, la estrategia de *refundación* ha permitido resolver el problema de las luchas intestinas por el control del aparato, tanto entre facciones como entre líderes históricos y líderes emergentes. Estos últimos, acogotados por la tiránica intransigencia de los jefes vitalicios, han optado por abandonar la organización y lo han hecho lanzando impropiedades contra el partido que los ha visto nacer. En estos casos, el sujeto a quien se dirige el discurso descalificatorio está claramente definido: Es la cúpula o cogollo del propio partido, a la cual se responsabiliza del rosario de maledicencias que azotan la nación. La estrategia, entonces, consiste en disociarse *de* ellos —los cogollos— para, así, emerger como alternativa *frente* a ellos.

Esta retórica ha hecho posible que, por mitosis, Acción Democrática renazca en dos nuevas células: los partidos Apertura y Renovación. A Apertura la funda el caudillo de caudillos, Carlos Andrés Pérez, ministro de Rómulo Betancourt, dos veces presidente de la república con los votos de Acción Democrática, miembro histórico del CEN hasta su expulsión, Pérez sentenció desde La Ahumada —su presidio domiciliario— que el partido había

sido destruido por una estructura clientelar que lo ha convertido en un instrumento de las ambiciones del secretario general y del grupo de amigos que lo siguen, los cuales, en su mayoría, ni siquiera merecen el título de líderes del partido. (T: 20)<sup>21</sup>

El dirigente Héctor Alonso López acompañó a Carlos Andrés Pérez en la fundación de Apertura. Parlamentario por Acción Democrática, secretario general del CES de ese partido en la capital y seguro candidato al CEN hasta su expulsión en enero de 1996. Alonso López abandonó la cúpula a la que había pertenecido hasta ese momento declarándose «libre de la cabuya que me tenía atado» (T: 16). López afirmó que no le daba

vergüenza que me hayan expulsado de Acción Democrática, porque ese es un partido liderado por un hombre primitivo y analfabeta. Luis Alfaro Uceró [...] está manipulando y haciendo uso indebido de la militancia de AD [...] Alfaro Uceró es el poder detrás del trono. (T: 16)

Rebautizado por las aguas del discurso antipartido, Héctor Alonso López presentó entonces a Apertura, como lo opuesto a la perversa camarilla adeca. En este sentido, afirmó que

<sup>21</sup> Para conformarnos al modelo de citado «autor/fecha» acogido en esta publicación, sin por ello dificultar la lectura fluida del trabajo, citaremos los textos a los que corresponden las citas con el número que se les asigna en las *Fuentes citadas* al final.

nosotros somos gente de equipo, de debate, de confrontación. Aquí no existe el delito de disntimientto. Todo lo contrario [...] hemos entendido los cambios importantes que institucionalmente han ocurrido en Venezuela como consecuencia del inicio, a partir de 1989, de la descentralización del poder. (T: 15)

La mitosis divide, pero preserva los genes. La nueva Apertura, respetuosísima de la descentralización y el poder local, desconoció sin embargo las decisiones tomadas por el recién fundado partido en el estado Aragua, en lo que al proceso electoral atañe. Visto que la dirección del Estado decidió apoyar a candidatos distintos a los señalados por la dirección nacional, Carlos Andrés Pérez y Héctor Alonso López expulsaron a la línea de mando regional en pleno, condenándola «por desacato a las decisiones de la directiva y por incurrir en un paralelismo y fraccionalismo que creó confusión en la militancia» (T: 12). En otras palabras, vivas a la descentralización del poder, siempre y cuando no se trate de *mi* poder.

Esta misma estrategia de *refundación* sirvió asimismo a Claudio Fermín para desembarazarse de la desprestigiada Acción Democrática y crear Renovación. Quien en su momento fuera reconocido como el *delfín blanco*, diputado y alcalde por AD, candidato presidencial de ese partido en los comicios de 1993 y miembro del CEN hasta el mismo día de su autoexclusión en octubre de 1997, Fermín dejó las filas partidistas no sin antes explicar a sus

compañeros que han venido soportando con estoicismo agresiones y humillaciones en un partido dirigido con mano dictatorial [...] que la desobediencia a unos mandos ilegítimos y el desacato a las decisiones producto de intereses particulares, son una demostración de coraje y dignidad. (T: 9)

Digno y corajudo entonces, Claudio Fermín refundó Renovación apoyado por una ríada de dirigentes adeístas que, al amparo del discurso antipartido, dejaron el «cogollo» madre y se sumaron a la jerarquía del naciente vástago. Luis Emilio Rondón, quien comenzó en Acción Democrática como jefe nacional de activismo político; siguió como secretario juvenil e hizo carrera hasta llegar al CEN, del que fue secretario político y subsecretario general, se fue con Fermín declarándose «en rebeldía contra las decisiones de la cúpula» (T: 17) y advirtiéndolo, desde el curul en el Congreso, que aunque ganara con los votos acciondemocratistas, no acataría

lineamiento alguno de la fracción parlamentaria de AD, porque en este momento sus dictados atienden más a satisfacciones de los intereses cupulares que a la solución de los problemas legislativos serios que tiene el país. (T: 17)

Los líderes nacionales fueron secundados por líderes medios y militancia devota, todos al amparo de la causa antipartido. Así lo hicieron más de 100 profesionales adeístas, decididos a «no acatar ningún llamado ni directriz emanada de la cúpula partidista que ustedes —los del CEN— conforman» (T: 18); junto a una facción del partido en el estado Zulia que se pronunció contra «la manipulación, el chantaje y el fraude de los cogollos y cúpulas partidistas» (T: 6).

Renovación surgió entonces como una «AD renovada» gracias al discurso antipartido y a la estrategia del «más cogollo serás tú». Pero, según hemos dicho, la marca genética es implacable. Aunque Raúl Yussef —también ex dirigente adeco— asegurase que

las direcciones regionales de Renovación son autónomas, no reciben líneas directas o en forma estalinista [...] [pues] somos muy celosos y hemos jurado no repetir los errores de AD (T: 5),

lo cierto es que apenas a un mes de refundada Renovación, un periodista de *El Nacional* reportaba que

hay quienes después de larga amistad y trabajo político con (Fermín), sienten que ciertos puestos de responsabilidad son ocupados por gentes que hasta hace poco eran adversarios. Piensan que las actuaciones ocurren dentro de un formato equivocado, con equipos cerrados y excluyentes, que tratan de reeditar el modelo adeco. (T: 21)

La estrategia de *refundación* ha presentado una variante en lo que al partido COPEI se refiere. En este caso no ha habido mitosis, pero sí desprendimientos de líderes que han engrosado las filas de algunas organizaciones nuevas, proclamadas estas últimas por los líderes reconversos como las auténticas representantes del socialcristianismo. De este modo, la estrategia de *refundación* deviene estrategia de *reencarnación* de la así transmutada alma partidista. Es el caso —por ejemplo— de los dirigentes Douglas Dáger y Luis Rizek, quienes abandonaron el partido, luego de que la Convención de COPEI aprobara respaldar la candidatura de Irene Sáez. Se fueron argumentando que «lo que allí se decidió puede que sea legal, pero no legítimo, y menos reflejo del sentimiento de la militancia copeyana» (T: 8). En la partida, le aseguraron «a los miles de copeyanos, activos o no, que fueron atropellados como nosotros, que pueden encontrar un nuevo hogar político en Proyecto Venezuela [...]». (T: 8)

La segunda estrategia, la de *institución* de los «partidos antipartido», la del «huelo y parezco, pero no soy», ha servido por su parte para apuntalar

el proceso de *circulación de las élites*: nuevos actores, nuevos programas, mismo modelo de organización social y dominio político. En este sentido, quisiéramos distinguir el fenómeno de *sustitución de las élites* del de su *circulación*, que tratamos de ilustrar con esta estrategia. En el primer caso —el de la *sustitución*—, el poder que surge en efecto se opone ideopolítica, social e históricamente al poder instituido. En el segundo caso —el de la *circulación*— los poderes en conflicto no representan en realidad proyectos ideopolíticos alternos. Responden, más bien, a luchas generacionales y fraccionalistas que propugnan el cambio de hombres, o a tendencias modernizadoras que demandan la actualización programática y estratégica del propio proyecto dominante.

Si observamos el cuadro político del país, al primer caso correspondería el *movimiento chavista*. Al segundo, los «partidos antipartido» como Proyecto Venezuela y el llamado *irenismo*. Toda vez que lo que deseamos ilustrar ahora son los procesos de *relegitimación* y no los de *sustitución* de las élites, concentraremos nuestro análisis en los «partidos antipartido» que utilizan la estrategia de la *institución* con varios fines.

El primero, *autodefinirse como lo que no son*. Así, Enrique Salas Römer, quien fuera alcalde y dos veces gobernador del estado Carabobo gracias a los votos del partido COPEI, quien para julio de 1997 figuraba aún como delegado a la Convención Nacional de ese partido por el municipio Puerto Cabello, inició sin embargo su campaña electoral declarándose «lejos de los cogollos partidistas», asegurando que no participaría «en ninguna medición interna de partido alguno», y afirmando que su trabajo se orientaba a «sumar la mayor cantidad de voluntades, pero no a dialogar y mucho menos llegar a acuerdos con los cogollos» (T: 31).

Salas Römer, quien se hizo líder regional con el apoyo de la maquinaria copeyana, recurre de esta forma a la estrategia que estamos ilustrando para autodefinirse *como lo que no es*: un «independiente antipartido». Soterradamente sin embargo, el «hombre que cambió a Carabobo» se resiste a prescindir de los infames pero codiciados aparatos partidistas. Refiriéndose al candidato, el presidente Caldera comentó que «Henrique quiere que el Gobierno lo apoye, pero no quiere que se sepa, y yo no sé cómo se puede hacer eso» (T: 3).

Con todo, es la señorita Irene Sáez quien mejor representa esta estrategia de *institución*, utilizada con el fin de autopresentarse como lo que *no se es*. Sáez Conde llegó a la alcaldía de Chacao con los votos copeyanos en la primera oportunidad y, en la segunda, con el respaldo de casi todos los partidos: los «tradicionales» de 5 décadas como AD y COPEI, los de 2 décadas como el MAS, los de década y media como La Causa R.

El discurso antipartidos, sin embargo, ha hecho posible que la señorita Sáez se autodefiniera como «independiente». Le ha permitido afirmar que «no he militado en ninguna organización política y siempre mantendré mi independencia» (T: 25); le ha permitido ofrecerse al país como el único *chance* de «contar con una mentalidad sin compromisos partidistas o de concertación de poder» (T: 24).

Más aún, el discurso antipartido ha hecho posible que Irene Sáez se postule como *la* independencia, suerte de *eido* aristotélico, de entidad incontaminable e inmune al efecto que sobre ella pudiesen ejercer las maquinarias partidistas que se arriman a su sombra. Este estado ontológico de absoluta pureza, fue enunciado por el periodista Roberto Giusti en una brillante tautología según la cual, «Irene Sáez será una candidata independiente porque ella, realmente, es independiente» (T: 10).

La máxima eficacia de esta estrategia discursiva no ha sido, sin embargo, la de presentarse como lo que *no se es*, sino la de *aceptar que se es* y persuadir de que ello *no significa lo mismo*. Sáez Conde y el llamado irenismo repiten, en este caso, como paradigma. Efectivamente, el país no ha conocido pragmatismo mayor que el que ha rodeado la candidatura de Irene Sáez. La adhiere una torrentera de nuevos antipartidos a los que se suman varias de las organizaciones «tradicionales del *status*» y «tradicionales del *antistatus*». Todos, tras la cuota de poder que esperan libar de las alianzas. Todos, encubiertos tras el discurso antipartidista.

Inmutables, se alían; admiten que se alían, proclaman que se alían; pero gracias al antipartidismo, intentan persuadir de que tal comportamiento responde a cualquier cosa menos al indignificante cálculo electoral.

Así, Donald Ramírez, secretario general de COPEI, sostiene que la alianza con Sáez Conde no es síntoma de usura ante los codiciados votos de «el soberano», sino contrito sometimiento a su voluntad, cristiana compasión que atiende la súplica de los hasta hoy malolídos electores:

«La visión acertada de COPEI ha estado en entender que el compromiso es con los venezolanos y no si el partido gana o pierde en una alianza con Irene Sáez. Venezuela necesita de Irene y de los partidos políticos, por lo que COPEI ha asumido el compromiso de entender que para poder servir a Venezuela tenemos que abrirnos. Los venezolanos están reclamando apertura, que le den oportunidad a gente que hasta ahora no ha militado en los partidos» (T: 23).

Nelson Chitty la Roche secunda al secretario general y afirma que «lo que está haciendo COPEI no es capturar una Presidencia de la República, sino establecer una relación de empatía con los sectores independientes y acomodo-

darse a los nuevos tiempos» (T: 7). Menos hábil que Ramírez, Chitty la Roche deja ver el sello acomodaticio de la socialcristiana contrición.

El expresidente Luis Herrera Campíns —adepto a los juicios breves— clausura el debate y coloca los acentos donde corresponde: en el partido y no en la república. Aunque haya siempre que nombrar la república, está visto que

partido de oposición que no hace oposición se queda en la oposición, y todos sabemos que, no por nosotros sino por el país, debemos ganar las elecciones de 1998. (T: 11)

También La Causa Radical confiesa que lo hace, proclama que lo hace, pero vía el discurso antipartidos, sostiene que el hacerlo no significa lo que significa. Dos días antes de la proclamación de Irene Sáez como candidata presidencial de La Causa R, Andrés Velásquez, en un ejercicio pasmoso de la estrategia que ilustramos, afirmaba que:

La Causa R no saldrá a proclamar a Irene Sáez el próximo viernes. Yo lo que propongo es que junto al irenismo y a Factor Democrático, comencemos a construir una fuerza que permita garantizar la posibilidad de cambio en el país. Por eso, sostenemos que Irene no puede ser confiscada por partido político alguno y tiene que mantener su condición de independencia absoluta. (T: 33)

Galimatías del exlíder sindical, para quien el pacto entre un candidato y un partido no significa lo que en todos los tiempos y lugares significa. Así, que el partido proclame a la candidata, no significa en realidad que la proclama y, que la candidata se pliegue al aparato, no significa en realidad que pierda su «independencia absoluta».

La Causa R ha sido usuaria pertinaz del discurso antipartidos. Cuando la señorita Sáez Conde ocupaba la cúspide en las encuestas, el señor José Lira, secretario político de la organización, aseveró que el respaldo a la candidata se debía al

origen de ese liderazgo, que en sus inicios pudo ser de laboratorio, pero que al final tomó autonomía de vuelo [...] Nosotros vemos en Irene esa nueva generación llamada a cerrar el capítulo del partidismo tradicional. (T: 14)

Cuando la que estaba «llamada a cerrar el capítulo del partidismo tradicional» admitió el apoyo del tradicional partido verde, de nuevo José Lira apeló a la jerga antipartidista para decir que

y tú me preguntarás qué hace allí COPEI [...] Para poder cerrarle el paso al bipartidismo hay que comenzar por uno de ellos. El que más amenaza la posibilidad de cambio es AD [...] (T: 14)

Y cuando Irene Sáez pactó en Caracas con «el que más amenaza la posibilidad de cambio», Andrés Velásquez, repelido por la descomunal caída de la alcaldesa en los sondeos de opinión, sentenció que

ella se ha proclamado como la representante de las fuerzas del cambio, pero no sé qué cambio va a propiciar participando en un acuerdo de partidos y negociando con los adecos [...] (T: 32)

Contramarchas del ex líder de Guayana, vencido por las caprichosas encuestas.

Mas, es el discurso de la propia candidata el que resulta antológico en esta estrategia del «huelo y parezco, pero no soy». Por codicia o por torpe inmadurez, Irene Sáez se ha prestado al mercadeo electoral con el antipartidista argumento de que

la responsabilidad que la gente está poniendo en mis manos no tiene color, lleva una bandera [...] No tiene colores partidistas, tiene la bandera de una nación. (T: 27)

Así, al alerta de «estoy escogiendo con lupa a la gente que me acompaña (porque) yo he sido siempre muy selectiva con las personas que me rodean» (T: 25), Irene Sáez contabilizó los votos de COPEI y dijo:

Hoy aplaudo a los partidos que han dado evidencias de cambio, como lo está haciendo COPEI [...] Yo los recibo, recibo a toda esa vocación sincera de profunda transformación. (T: 26)

Contabilizó los votos de La Causa R y dijo:

Tenemos que aprender mucho de ti, Andrés, porque [...] eso de declinar la postulación no lo hacen sino los grandes hombres [...] Yo soy fruto de esa lucha que emprendieron para demostrar que en Venezuela sí hay liderazgos naturales. (T: 29)

Ponderó incluso los posibles votos accióndemocratistas, y dijo: «Estoy felicitando a un partido histórico que hoy está de aniversario, y a toda su militancia, porque Irene Sáez no discrimina a nadie». El periodista pregunta: «¿Usted gobernará con los adecos?». La candidata responde: «Yo ya he

gobernado en dos oportunidades con ellos». El periodista pregunta: «Se habla de una candidatura única AD-COPEI, ¿Aceptaría los votos adecos?». La candidata responde: «Por supuesto que sí. Yo no pierdo ningún voto» (T: 28).

Y cuando finalmente se decidió a pactar con Acción Democrática en Caracas, lo hizo insistiendo en que

eso es algo muy puntual. Eso es algo regional. Eso ha existido. Venía en los circuitos el apoyo de COPEI, y AD se quiso acercar. Yo no tengo odios ni resentimientos. A mí me han apoyado AD y COPEI siempre, y eso no quiere decir confiscar ni tomar una decisión para el futuro. (T: 30)

Es la coqueta desfachatez de la antipolítica que, gracias a la eficacia del discurso antipartidos, puede *parecer y ser* y, sin embargo, presentarse como lo opuesto.

La *tercera* estrategia, la del «autoinsúltate y vivirás», ha sido marginal, pero se ha utilizado con frecuencia suficiente como para requerir un comentario. Ha permitido a los líderes que permanecen en los partidos tradicionales, luego de las divisiones, los desprendimientos, las tráfugas huidas, hincarse ante «el soberano» en demanda de perdón. En este caso, el discurso antipartidos enfila contra la propia maquinaria y el pillaje casero, muestra sus verrugas y ofrece cauterizarlas, enumera sus vicios y se autoflagela. Lo ha hecho el partido socialcristiano COPEI por boca —entre otros— de Humberto Calderón Berti:

Si queremos recomponer nuestra imagen y recuperar el sitio de respeto y credibilidad que necesitamos los políticos, debemos, sin demoras, reconocer los errores que se han cometido, que han sido muchos y de bulto. El haber copado todas las instancias de la sociedad y el haber partidizado agudamente al país fue un gran error de lamentables consecuencias [...] pensar que lo hemos hecho bien es un error, no lo hemos hecho bien. Lo expreso con absoluta transparencia y convicción. Por haber ocultado los errores, haber sido cómplices de muchos errores cometidos, es que estamos como estamos. (T: 4)

Y lo ha hecho también el Movimiento Al Socialismo (MAS) por boca de Gustavo Márquez:

Se ha implantado la 'fraccionalización' en la vida interna del MAS, estimulada [...] con el objeto de impulsar proyectos personales atendiendo a una concepción pragmática e individualista de la política, muy lejos de los propósitos iniciales que inspiraron su fundación [...] Quienes niegan la discusión con el argumento de que ésta es inoportuna, están bloqueando la

posibilidad de que el MAS supere su crisis de identidad y con ello están abonando el terreno para que éste vaya perdiendo su vigencia y su razón de ser. (T: 19)

La estrategia oculta el gazapo. Las cúpulas apuestan a que la confesión libraré de culpa a las malreputadas maquinarias. No corren riesgos. No sólo admiten los desmanes sino que anuncian la aplicación de correctivos. Diligentes, los líderes ofrecen amputar la gangrena, dar voz a los amordazados militantes, referir las escorias al tribunal disciplinario de la organización: no hace falta que nadie les castigue, porque ya ellos se han aplicado suplicio suficiente.

Así, ante un país atónito, las maquinarias partidistas se han incluso autoinsultado en un esfuerzo por sobrevivir. Aunque de forma ocasional, todas han recurrido al autoinsulto para salvarse. Todas, menos Acción Democrática. Ya lo dijo Carmelo Lauría: «Yo he defendido los gobiernos adecos porque esa es mi tarea [...] [yo] discrepo adentro y defiendi afuera» (T: 13).

En realidad, lo que Acción Democrática ha hecho «afuera», junto al resto de las organizaciones partidistas, ha sido poner en práctica la *cuarta* y última estrategia del discurso antipartidos, la de la *evasión*, la de «Fuenteovejuna fue». Consiste en utilizar una sintaxis ambigua, generalista, que ataca a «los políticos», «los partidos», «los cogollos» sin precisar qué partidos, qué políticos, qué cogollos. Recurre para ello al uso de la tercera persona del plural y de la voz pasiva. Esta modalidad del discurso antipartidista no se ha circunscrito a los dirigentes, sino que ha sido utilizada también por los intelectuales críticos y las voces populares. Su uso sistemático por la casi totalidad de los hablantes, ha tenido un efecto devastador porque ha coadyuvado a consumir la impunidad.

En efecto, el uso de la tercera persona y de la voz pasiva en el discurso impiden establecer quién ha dicho y quién ha hecho. En el imaginario colectivo se crea de esta forma una suerte de *nebulosa semántica*, que presta buen servicio a la catarsis pero que impide la justicia: «Ellos», cuando «ellos» no refiere a sujeto empírico alguno, no puede ser llevado a tribunales.

Los políticos de oficio lo saben y recurren a la estrategia de «Fuenteovejuna fue» para diluir en la «culpa de todos», que es la «culpa de nadie», su propia responsabilidad. Lo ha hecho Luis Alfaro Uceró, líder fundador de Acción Democrática, coautor de las desgracias imputables a cinco regímenes adecos, al afirmar que

los tres primeros gobiernos que se manejaron en la era democrática se hicieron con base a un programa [...] Posteriormente hubo un desorden, la

falta de programa, la improvisación, la locura, y es parte de lo que ahora estamos cosechando [...] En Venezuela, se presenta un programa y, cuando llegan al gobierno, ya no existe y cada ministro comienza a actuar como le parece. (T: 2)

Lo ha hecho Luis Piñerúa Ordaz, hoy en rebeldía pero por décadas miembro del CEN de Acción Democrática, al sostener que

está a la vista, cuán decisivamente coadyuvan al proceso de decadencia que afecta al quehacer político nacional las incongruencias, las componendas, las ambiciones, el oportunismo, la obcecación y ¿por qué no decirlo?, la mediocridad de la clase dirigente entronizada, hoy por hoy, en los partidos venezolanos. (T: 22)

Lo ha hecho, en fin, Pedro Pablo Aguilar, copeyano de profesión, al advertir con pasmoso cinismo que

en Venezuela los partidos políticos están incurriendo en tres pecados muy graves. Uno es el clientelismo, un partido político hoy día no convoca a la militancia por razones ideológicas, es la oferta [...] la prebenda, el clientelismo. La otra es la indiferencia con que los partidos políticos han visto la corrupción. La tercera es la demagogia, ofrecer cosas que no se cumplen. (T: 1)

En síntesis, la evidencia lingüística es a nuestro juicio clara. Cuatro estrategias con un mismo fin y una única posible conclusión: las élites partidistas se han servido del discurso antipartidos, en un esfuerzo desesperado por relegitimarse ante el país. El análisis demuestra que, en boca de los propios políticos, el discurso antipartidos ha querido utilizarse para apuntalar el remozamiento de los viejos caudillos, la emergencia de los nuevos delfines, la evasión de toda responsabilidad.

De allí que debamos estar atentos, visto que el discurso ilegítimador de las élites políticas hegemónicas, es en realidad, un Jano de doble rostro: Puede servir al real desenmascaramiento de la forma perversa en que el poder se ha ejercido en nuestro país, pero puede servir también —y de hecho ha servido ya— para que los poderes tradicionales se renueven, se oculten, se remocen y —de nuevo— consigan eludir la justicia.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bolívar, Adriana (1993). «El encuentro de dos mundos a través del discurso», en *Una mirada humanística (Reflexión multidisciplinaria acerca del encuentro entre dos mundos)*, Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación-Universidad Central de Venezuela, pp. 81-113.
- Bolívar, Adriana (1994). *Discurso e interacción en el texto escrito*, Caracas: Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico-Universidad Central de Venezuela.
- Bolívar, Adriana (1995). «Una metodología para el análisis interaccional del texto escrito», en *Boletín de Lingüística* 9, pp. 1-18.
- Bolívar, Adriana (1997). «La lectura como modo de interacción social», Ponencia presentada en el *II Seminario Internacional y IV Seminario Nacional sobre Lectura (Español e Inglés)*, del 9 al 11 de julio de 1997, Barranquilla: Universidad del Norte.
- Failclough, Norman (1989). *Language and power*, London: Longman Group.
- Failclough, Norman (1992). *Discourse and social change*, Cambridge: Polity Press.
- Failclough, Norman (1995). *Critical discourse analysis*, London: Longman Group.

## Fuentes hemerográficas

1. Aguilar, Pedro Pablo en «La silla caliente», <http://www.venevision.com>, 23/10/98.
2. Alfaro Uceró, Luis en «Conversaciones con Alfredo Peña», <http://www.conversaciones.com>, 10/9/98.
3. Arraiz Lucca, Antonio, «El mito de la independencia», <http://www.elnacional.com>, 3/7/98.
4. Calderón Berti, Humberto, «Haciendo un país para la gente y por la gente», <http://www.eluniversal.com>, 23/10/97.
5. «Carta de Claudio Yusef», <http://www.elnacional.com>, 18/6/98.
6. «Constituyen Comité de Apoyo a Claudio Fermín», <http://www.elnacional.com>, 27/10/97.
7. Chitty La Roche, Nelson en «Es bueno que ella siga siendo independiente», <http://www.elnacional.com>, 18/12/97.
8. Dáger, Douglas y Rizek, Luis en «Douglas Dáger y Luis Rizek renunciaron a COPEI», <http://www.elnacional.com>, 18/5/98.
9. Fermín, Claudio en «Esperaré la reacción administrativa del CEN», <http://www.elnacional.com>, 21/10/97.
10. Giusti, Roberto en «Irene no permitirá que COPEI la secuestre», <http://www.eluniversal.com>, 22/2/98.
11. Herrera Campíns, Luis en «LHC: En 1998 se volverá al bipartidismo», <http://www.elnacional.com>, 22/9/97.
12. «Hospedales y Ramos Allup respaldan a Luis Alfaro Uceró», <http://www.elnacional.com>, 28/3/98.
13. Lauría, Carmelo en «Sostengo que había que censurar a Matos Azócar», <http://www.elnacional.com>, 14/11/97.
14. Lira, José en «La alcaldesa de Chacao es la tercera candidata presidencial de los radicales», <http://www.eluniversal.com>, 30/1/98.
15. López, Héctor Alonso en «No hay peligro de ruptura por Claudio Fermín», <http://www.elnacional.com>, 19/1/98.
16. López, Héctor Alonso en «Responde Héctor Alonso López», <http://www.elnacional.com>, 16/1/96.

17. López, Héctor Alonso en «Siete parlamentarios de AD montarán tienda aparte en el Congreso», <http://www.elnacional.com>, 11/11/97.
18. «Más de 100 profesionales de AD se van con Claudio Fermín», <http://www.elnacional.com>, 11/11/97.
19. Márquez, Gustavo, «Del fraccionalismo estéril al debate fértil», <http://www.eluniversal.com>, 25/4/97.
20. Pérez, Carlos Andrés en «CAP: Si COPEI no postula a Eduardo le ofrezco la nominación por Apertura», <http://www.elnacional.com>, 14/9/97.
21. «No logran ponerse de acuerdo», <http://www.elnacional.com>, 30/12/97.
22. Piñerúa Ordaz, Luis, «Quien siembra vientos...», <http://www.eluniversal.com>, 9/3/97.
23. Ramírez, Donald en «Ramírez: Superados los traumas», <http://www.elnacional.com>, 13/1/98.
24. Sáez, Irene en «Estoy preparando los primeros 100 días de mi gobierno», <http://www.elecciones98.com>.
25. Sáez, Irene en «Irene Sáez de gira por Carabobo», <http://www.elnacional.com>, 9/8/97.
26. Sáez, Irene en «Irene Sáez despejó las dudas», <http://www.elnacional.com>, 8/5/98.
27. Sáez, Irene en «Irene Sáez ratifica su independencia política», <http://www.elnacional.com>, 13/10/97.
28. Sáez, Irene en «Irene Sáez y la candidatura única: yo aceptaría los votos adecos», <http://www.elnacional.com>, 15/9/97.
29. Sáez, Irene en «Mi misión es unir y concertar voluntades mejores que yo», <http://www.eluniversal.com>, 31/1/98.
30. Sáez, Irene en «Un divorcio parcial», <http://www.elecciones98.com>.
31. Salas Römer, Enrique en «Salas Römer no cree en los 'dinosaurios' de AD y COPEI», <http://www.elnacional.com>, 26/9/98.
32. Velásquez, Andrés en «La Causa R revisará apoyo a Irene», <http://www.elnacional.com>, 29/7/98.
33. Velásquez, Andrés en «Sostiene Andrés Velásquez: Partidos moribundos quieren reeditar el puntofijismo», <http://www.elnacional.com>, 28/1/98.

## La oposición a un candidato presidencial en una muestra de discurso periodístico: alcances de una propuesta analítica

Frances D. de Erlich\*

Nuestro estudio forma parte de una investigación en curso cuyo objetivo general es el de dar cuenta de las formas y funciones características de los discursos que adversan determinados entes de la escena política y social venezolana actual. Este artículo trata específicamente de algunos aspectos del discurso mediático producido durante la campaña electoral en contra del candidato a la Presidencia de la República, Hugo Chávez Frías, con el fin de mostrar evidencias de ciertos razonamientos falaces sobre los cuales se construyen las principales temáticas favorecidas.

El acercamiento que proponemos a esta problemática se enmarca en las reflexiones sobre las técnicas argumentativas y en algunos aportes de la pragmática lingüística, tales como las nociones de actos de habla (Austin 1962), de orientación argumentativa (Anscombe y Ducrot 1983) y de relevancia (Sperber y Wilson 1986). No es de extrañar que se conjuguen los abordajes de la argumentación con los de la pragmática lingüística. De hecho, en ambas perspectivas juegan un rol determinante los valores y creencias compartidos por los interlocutores, además de las presuposiciones sobre esos valores, ligadas al desarrollo del evento interlocutivo.

Como sabemos, en la retórica aristotélica, reactualizada por Perelman y Olbrechts-Tyteca (1970), se encuentran los fundamentos de la argumentación. La estructura argumentativa con función persuasiva —no demostrativa— se basa en principios de verosimilitud —no de verdad. La noción de verosimilitud a su vez se relaciona con el sentido común, entendido según la concepción perelmaniana como una competencia colectiva relativa a un auditorio particular, no universal. Toda argumentación se erige sobre una base de principios compartidos entre el hablante o escritor y el oyente o

\* Escuela de Idiomas Modernos, Universidad Central de Venezuela.



lector. Su eficacia está estrechamente ligada al grado de aceptación que encuentre en un auditorio determinado, a su capacidad de reflejar el sentido común de dicho auditorio. En las estrategias argumentativas con fines persuasivos es de suponer entonces que el auditorio, compuesto de oyentes o lectores, es una parte intrínseca de dichas estrategias. En efecto, en un discurso argumentativo se parte de premisas comúnmente aceptadas para allanar el camino de las nuevas proposiciones. La estrategia persuasiva adoptada es exitosa cuando las nuevas proposiciones aparecen como deducibles de las premisas ya conocidas y aceptadas. Así ocurre en el siguiente caso:

Venezuela se enfila hacia unas elecciones, con más de diez aspirantes a la Presidencia de la República. ¿Por qué hay tantos valerosos ciudadanos dispuestos a asumir tan grave responsabilidad? En otros países el solio presidencial se lo disputan, a lo sumo, dos o tres aspirantes. ¿Es que en Venezuela la más alta magistratura de la nación es un cargo de fácil desempeño? Al contrario, la República confronta graves y numerosos problemas, que exigen frente al timonel del Estado a alguien dotado de capacidad, honestidad, inteligencia y verdaderas dotes de estadista, cualidades difíciles de concurrir en una misma persona. (Texto 12 del *corpus*)

Los lectores conocedores del contexto saben que efectivamente hay un número elevado de aspirantes, en comparación con otros países. Se podría concluir lógicamente que se trata de un cargo que no requiere un alto nivel de competencia, pero no es así, como lo muestra la pregunta retórica a la que sólo se puede responder negativamente, puesto que, como todos saben, la presidencia de Venezuela no puede ser ejercida por cualquier persona. Sobre estos saberes y creencias comúnmente aceptados se asienta luego una convincente descripción del líder ideal, aunque no quede del todo claro cuales son las «verdaderas dotes de un estadista» a las cuales alude el autor, quien se apoyará luego en la aceptación de esta descripción para desarrollar la tesis de la incompetencia del candidato Hugo Chávez.

Se puede entonces construir una argumentación fundamentada en lo verosímil con razonamientos de diversa índole (el *logos* de la retórica aristotélica); igualmente se puede tratar de persuadir al auditorio acudiendo a otros criterios, como el de agrandar (el *ethos*) y el de apelar a las emociones (el *pathos*). Ahora bien, el método argumentativo desarrollado por Aristóteles permite poner al descubierto los razonamientos fundamentados en falacias, en prejuicios o en un uso abusivo de las emociones, los cuales pueden incidir negativamente en la aceptabilidad de las tesis expuestas. Aclaremos que existen tres dimensiones interrelacionadas de aceptabilidad,

como nos lo recuerda Declerq (1992): la lógica, la ideológica y la psicológica. La dimensión lógica está relacionada con la coherencia interna del razonamiento. Tal como explica Declerq (p. 76), Aristóteles identificó con el nombre de *erística* una deducción establecida de forma irregular. La dimensión ideológica tiene que ver con la correspondencia existente entre el argumento y la *doxa*. Si no hay compatibilidad entre ellos, no se aceptará el argumento, al menos a este nivel. La aceptabilidad basada en criterios psicológicos está condicionada por la imagen ética del locutor y las emociones que éste suscita en el auditorio. Desde luego, la aceptabilidad que toma en cuenta criterios ideológicos y psicológicos es de una naturaleza sumamente subjetiva, a diferencia de la aceptabilidad basada en los razonamientos lógicos o semilógicos (como los descritos por Perelman y Olbrechts-Tyteca). Sin embargo, no se debe perder de vista que el auditorio está compuesto por seres que funcionan no solamente a nivel racional, sino también afectivo e igualmente a nivel de los valores y opiniones determinados culturalmente.

Estos principios retóricos son armónicos con los de la teoría de la relevancia, la cual estipula, resumidamente, que la base textual producida por un hablante es completada por informaciones contextuales que aporta el oyente con el fin de interpretar el mensaje. El hablante no explicita todas las informaciones, sino que presupone lo que su destinatario sabe o cree, lo cual orientará las estrategias específicas a adoptar. Para ilustrar el funcionamiento de este concepto, consideremos lo expresado por un conocido dirigente acción democratista:

Si a usted, lector, alguien le anunciara que sólo espera para acabar con su existencia disponer del instrumento necesario para hacerlo, ¿sería usted tan estúpido como para poner en manos del criminal confeso el arma que le permitiría ejecutar su plan homicida, precisamente contra usted mismo? (Texto 13)

Nuestro conocimiento de la actual campaña electoral venezolana y del articulista nos permiten saber que estas líneas introductorias del artículo forman parte de un conjunto de estrategias inscritas en una determinada orientación argumentativa cuyo fin es hacer oposición al candidato Hugo Chávez. El que escribe sabe que aunque no todos los lectores se identifiquen con este razonamiento serán capaces por sus conocimientos contextuales de interpretar acertadamente tales términos como «instrumento», «arma», «criminal confeso», «plan homicida». La relevancia para el lector estriba en su comprensión de que el «instrumento» o el «arma» no remiten más que al poder inherente al cargo de la primera magistratura de la república; el

«criminal confeso» no es otro que Hugo Chávez, quien no disimula su rechazo de la institucionalidad actual, y el «plan homicida» alude a una intención de instaurar un régimen en el cual al menos algunas instituciones políticas se verán disminuidas. Estos términos tienen relevancia para todos los lectores conocedores del actual contexto, tanto los que se identifican ideológica y psicológicamente con los planteamientos que desarrolla el autor como para los que se distancian de ellos. Está claro, sin embargo, que la aceptabilidad o persuasión dependerá del grado de adhesión a la tesis presentada.

A diferencia de la retórica clásica, más preocupada en desarrollar la habilidad persuasiva del orador, nos interesa enfocar la actividad interpretativa del que percibe el discurso, en particular cuando dicho discurso se sustenta en sofismas o razonamientos falaces. En el *corpus* analizado, agrupamos estos razonamientos en dos grandes tipos, los que infringen principios de relevancia y los que están formados por argumentaciones no-válidas. Así, nuestro objetivo nos lleva a analizar el grado de coherencia lógico-lingüística o contextual de ciertas proposiciones y el rol de determinadas selecciones léxicas en la construcción de la argumentación.

Es de todos conocido el alto nivel de favoritismo alcanzado por el candidato Hugo Chávez durante la campaña electoral. Con el fin de aminorar su popularidad, en los medios informativos sus detractores han hecho uso de un vasto repertorio de razonamientos, muchos de ellos sólidamente fundamentados, ponderados y argumentativamente bien formados, por ende convincentes o al menos potencialmente capaces de vencer ciertas resistencias; otros, sin embargo, se han apoyado en técnicas de razonamiento falaz con el posible efecto, en el lector medianamente atento, de restar credibilidad a los planteamientos, independientemente de la inclinación ideológica que éste pueda tener. Cabe preguntarse entonces si dichos recursos obtienen realmente el efecto buscado, el cual no es otro que el de fortalecer o sustentar las diversas tesis antichavistas presentadas.

El punto de partida de nuestro análisis es la identificación de las temáticas asociadas con Hugo Chávez en 13 artículos de opinión publicados entre los meses de abril y octubre de 1998 (6 en *El Universal*, 7 en *El Nacional*). Para alcanzar este objetivo seguimos los criterios de macroproposición y macroestructura semánticas descritos por van Dijk (1991). Pudimos constatar que los temas del peligro y de la violencia son los más recurrentes ya que aparecen en más de la mitad de los artículos. El tema del peligro con frecuencia concurre con el de la violencia, pero también se asocia con otros temas, como el de la incompetencia, la duplicidad, la indefinición, el totalitarismo, la locura, la cobardía, el fascismo-nazismo.

La mayoría de estos temas forman parte de una argumentación patética, que busca suscitar principalmente una emoción, como lo es el miedo, con el fin de favorecer la producción de juicios negativos. Veamos algunos ejemplos de conductas o actos que tematizan la violencia y el peligro:

A Chávez le gusta oírse decir cosas de *manifiesto machismo*, como *quemar* el Congreso o *mutilar* a Pdvs. (*Texto 1*)

El movimiento Chávez busca *destruir* el actual [país]. (*Texto 2*)

el susodicho *protagonizó la asonada* del 92 [...] (*Texto 6*)

*prepara un ejército* de un millón de hombres para actuar después —¡inmediatamente después!— de las elecciones. (*Texto 10*)

*se levantó en armas* [...] (*Texto 12*)

Chávez *amenaza con barrerlo todo a su paso* [...] Se presenta a sí mismo como un moderno Atila, capaz de *paralizar* el crecimiento de la hierba con los pisotones de su caballo. (*Texto 12*)

la *cruzada «vindicadora»* que Chávez supuestamente lidera. (*Texto 12*)

Pues esa es la *amenaza* que representa para Venezuela el señor Hugo Chávez, con su pretensión de convertirse en jefe de Estado para *destruir* la democracia mediante el establecimiento de un régimen *incivil y sanguinario*, similar al de Fidel Castro. (*Texto 13*)

el Chávez auténtico —el de los *arranques a lo Jalisco, sumamente peligroso*, por cierto [...] (*Texto 13*)

Estas temáticas se reafirman a través de expresiones categóricas y juicios de valor que funcionan sofisticadamente, como peticiones de principio, por medio del uso tendencioso de determinados substantivos, adjetivos calificativos y adverbios:

la *inminente amenaza* de Chávez [...] (*Texto 1*)

el *desastre del pasado* es preferible a la *tragedia del futuro*. (*Texto 1*)

pero no deja de ser *extraordinariamente peligroso* para el futuro del país (*Texto 2*)

una *opción electoral* que representa un *pavoroso retroceso político*. (*Texto 4*)

Una temática de menor frecuencia, pero igualmente importante, relacionada no solamente con los temas que suscitan temor, sino también con otros que, además, provocan una actitud de desconfianza (la duplicidad, la indefinición, la cobardía, la locura) es la de la incompetencia. Veamos cómo se manifiesta en las siguientes expresiones lingüísticas:

Lo que me preocupa es su *maduración* como líder, sus *conocimientos y preparación* como persona. (*Texto 2*)

El 4 de febrero de 1992, Chávez *demonstró su mediocridad como militar* [...] terminó por *refugiarse, aturdido por el miedo*, a quinientos metros de Mira-

flores y exponiendo la vida de millares de soldados [...] *Lo único que se suponía que sabía hacer, demostró que no lo sabe hacer* [...] (Texto 4)

un golpista que ni siquiera calza *los dudosos méritos castrenses* de un sargento caribeño. (Texto 4)

Sólo ha dado muestras de una *gran indigencia intelectual*. (Texto 5)

su «versatilidad» y su capacidad de adaptación ilimitada [...] Chávez tiene *tantos discursos* como audiencias dispuestas a oírlo. (Texto 7)

Para cada grupo social tiene una promesa [...] (Texto 12)

A veces la mayoría acierta, otras sigue el derrotero *de los locos, de los asesinos, de los que le ofrecen venganza y sangre*. (Texto 3)

Estas temáticas reiterativas manipulan la afectividad y sustentan las estrategias argumentativas dirigidas a menoscabar la imagen de Hugo Chávez. Algunas de ellas pueden parecer bien formadas en un primer momento; sin embargo una lectura atenta nos muestra en qué consisten las falacias. Nos referiremos a algunos tipos identificados en nuestro *corpus*.

#### LA FALSA CAUSALIDAD

Esta falacia se apoya en una relación sintáctica artificialmente establecida que sugiere una asociación de causa-efecto entre dos términos. Consiste en identificar un problema y asociarlo estrechamente con un elemento externo a él, sin que se evidencie una real relación de causalidad entre ellos. Para P. Breton (1997, p. 122), dicha asociación funciona como una «amalgama cognitiva» de gran efectividad cuando los términos presentados revisiten características dramáticas:

Declaraciones como esas [...] son las que ponen en vilo la estabilidad jurídica del país y ahuyentan las inversiones y provocan la fuga de capitales con repercusiones obvias sobre la economía nacional y el incremento del desempleo. (Texto 13)

Aquí vemos cómo se establece una relación directa de causa-efecto entre las declaraciones de Chávez y ciertos fenómenos. Existe una susceptibilidad generalizada, en los actuales momentos, relacionada con estos problemas, por lo cual las expresiones que repetidamente dan cuenta de ellos, como en este caso, pueden ser asimiladas con facilidad. Sin embargo, habría que demostrar la objetividad de estas afirmaciones y preguntarse si estas circunstancias no estaban acaso ya presentes antes del auge de la candidatura de Hugo Chávez.

Algo similar sucede en lo que sigue:

[sus intervenciones] [...] vacías de contenido, pero desestabilizadoras de la economía, como lo demuestran los desequilibrios que nos asedian desde su aparición en el escenario político nacional («efecto Chávez»). Su sola presencia ahuyenta a los inversionistas y paraliza las iniciativas. (Texto 12)

Este tipo de razonamiento, intensificado con un nexo de falaz lógica («como lo demuestran»), guarda cierta similitud con las hipótesis altamente especulativas, como ocurre cuando el último articulista citado termina su planteamiento diciendo:

Si esto ocurre con su simple pretensión a ejercer la Presidencia, ¿qué acontecerá si su aspiración se hace realidad? (Texto 12)

La pregunta especula, implícitamente, sobre la catástrofe que se puede esperar.

#### LA FALSA IMPLICACIÓN

De modo general, se entiende una implicación como aquello que se deriva de lo expresado literalmente en un contexto dado (Brown y Yule 1983: 31). El articulista que citaremos a continuación recalca, en un primer momento, la condición de golpista de Hugo Chávez, condición que los partidarios del último atribuyen igualmente a Rómulo Betancourt, para luego decir:

pero, amigos, Betancourt nunca desdijo su responsabilidad histórica, su rol protagónico en la caída del general Isaías Medina Angarita, llámese ésta revolución o golpe o nefanda fecha. (Texto 6)

¿Qué sugiere con esta afirmación? Mejor dicho, ¿qué percibe el lector al leerla? Se puede interpretar sin temor a equivocarse que Hugo Chávez, a diferencia de Betancourt, no asumió su responsabilidad en el golpe de estado de 1992. Esto, como se sabe, es incierto. La implicación que se desprende de lo expresado apunta hacia una actitud poco valerosa del militar, contrapuesta a una actitud valerosa de Betancourt.

#### EL ARGUMENTO BASADO EN LA AUTORIDAD

Otro tipo de falacia recurrente es la que basa su validez en la referencia al que enuncia o defiende un argumento. En términos lógicos este tipo de

argumento es insostenible, aunque pudiera serlo en términos psicológicos o ideológicos. Es lo que ocurre, por ejemplo, en el artículo titulado *El Chávez de Aldemaro*:

La semana pasada en esta misma página, desde el nivel que le corresponde como referencia nacional [Aldemaro Romero], alertó al país sobre el riesgo que significa la glorificación de Hugo Chávez como candidato presidencial. (Texto 4)

El mismo autor vuelve a hacer uso de este tipo de argumento más adelante al retomar una expresión de Juan Domingo Perón con el fin de apoyar la tesis de la incompetencia de Hugo Chávez:

Es tan torpe que convierte en derrota un desfile militar. (Texto 4)

### EL RAZONAMIENTO AD VERECUNDIAM

Esta técnica falaz consiste en exponer al auditorio a la reprobación si se apoya una tesis que el articulista adversa. Es como si la tesis se justificara por el sólo hecho de ridiculizar al que la apoya. Veamos dos ejemplos:

Impensable que el pueblo, como quien pone una hojilla (de las viejas) en manos de un mono, le confíe la jefatura del Estado a semejante sujeto. (Texto 13)

¿Cómo es posible que a las puertas de un nuevo milenio y ante las exigencias de un mundo en compleja transición, pueda pensarse que la respuesta del pueblo venezolano para la sucesión presidencial la encarne un personaje de ostensible incultura, que tartamudea una sarta de estupideces y desatinos conceptuales? (Texto 4)

El efecto de esta estrategia pareciera estar más cercano de la intimidación que de la persuasión.

Entre las técnicas falaces que de algún modo tienen que ver con el principio de la relevancia, cabe destacar algunas.

### TÉRMINOS VAGOS

Estas expresiones, descritas por Sperber y Wilson (1986: 10 y 179), contienen información incompleta o poco precisa y son utilizadas como argumentos evidentes para sustentar una tesis. Esto lo podemos apreciar en

el ejemplo inmediatamente anterior, en el cual queda poco claro cuáles son «las exigencias de un mundo en compleja transición», presentadas como verdades categóricas, irrefutables.

Lo mismo sucede en las siguientes líneas:

entre la situación alemana de los años veinte y la venezolana actual hay condiciones psicosociales muy parecidas, propicias a la aparición de un movimiento nazi-fascista. (Texto 10)

No se precisa en ninguna parte del texto cuáles son esas condiciones y sólo se les menciona de una forma bastante abstracta.

### CONECTORES ARGUMENTATIVOS IMPRECISOS

En algunos casos los conectores dan una falsa apariencia de logicidad. El próximo párrafo nos proporciona dos ejemplos muy ilustrativos de este fenómeno:

Las personas con hambre [...] pueden estar de acuerdo con él. ¿Por qué no? *Obviamente*, si Chávez resulta electo, todos los venezolanos sufrirán de una forma que sólo los cubanos y haitianos entienden verdaderamente. *Pero* Chávez, al igual que algunos sargentos y tenientes que todavía dictan las reglas en la mitad de África, combina la ignorancia, la arrogancia y la sorda inexperiencia con la razón y el sentido común. (Texto 1)

En primer lugar, el conector *obviamente* introduce una afirmación de manera categórica y absoluta («todos los venezolanos sufrirán») reforzada luego con una referencia poco precisa a los pueblos cubano y haitiano, que en ningún caso han seguido los mismos procesos político-sociales, dando una idea muy difusa, nada obvia, de lo que se quiere decir. En todo caso, la medida del sufrimiento de estos pueblos, que sólo ellos conocen, como apunta el autor, difícilmente podrá ser asimilada por el lector.

El conector *pero* no introduce ni una concesión ni una oposición a lo expresado inmediatamente antes. El argumento que presenta no puede ser analizado sobre la base de la idea de orientación argumentativa, puesto que hace un planteamiento completamente distinto, que no puede ser visto como contrario al anterior. Para que dos orientaciones argumentativas estén positiva y negativamente orientadas hace falta que se refieran a un mismo referente o universo semántico. Por otro lado, como ocurre con *obviamente*, el conector *pero* está relacionado con un contexto lleno de términos abstrac-

tos («la ignorancia», «la arrogancia», «la sorda inexperiencia», «la razón», «el sentido común») que además contiene un término vago («algunos»). Por ende, en los dos casos el conector argumentativo es irrelevante.

En conclusión se puede decir que el análisis pragmático lingüístico, aunado a los principios retóricos, permite comprender las construcciones falaces, y proporciona importantes datos que deben tomarse en cuenta al tratar de redactar textos persuasivos, con miras a hacerlos argumentativamente eficaces.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anscombe, J. C. y Ducrot, O. (1983). *L'argumentation dans la langue*. Bruselas: Mardaga.
- Aristóteles (1990). *Retórica*. Madrid: Gredos.
- Austin, J. L. (1962). *How to do things with words*. Cambridge: Harvard University Press.
- Breton, P. (1997). *La parole manipulée*. Paris: La Découverte.
- Brown, G. y Yule, G. (1983). *Discourse analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Declerq, G. (1992). *L'art d'argumenter*. Paris: Editions universitaires.
- Perelman C. y Olbrechts-Tyteca, L. (1970). *Traité de l'argumentation: la nouvelle rhétorique*. Bruselas: Editions de l'Institut de Sociologie. Université Libre de Bruxelles.
- Sperber, D. y Wilson, D. (1986). *Relevance*. Oxford: Blackwell.
- van Dijk, T. A. (1991). *Racism and the Press*. Londres: Routledge.

## Corpus

- Texto 1. Rowan, M. (*El Universal*, 5/4/98). «Chávez como tragedia nacional».
- Texto 2. Viergutz, A. (*El Universal*, 5/4/98). «Chávez en contexto filosófico».
- Texto 3. Arráiz Lucca, R. (*El Nacional*, 17/4/98). «El poder y la locura».
- Texto 4. Roque, Carlos B. (*El Nacional*, 15/4/98). «El Chávez de Aldemaro».
- Texto 5. Soucre, Carlos J. (*El Nacional*, 10/5/98). «Un riesgo para Venezuela».
- Texto 6. Centeno, I. (*El Nacional*, 21/5/98). «A los comandantes con cariño».
- Texto 7. Carrasquero Naranjo, G. (*El Nacional*, 14/6/98). «El MBA de Hugo Chávez».
- Texto 8. Sucre, Alejandro J. (*El Universal*, 16/6/98). «El programa económico de Chávez».
- Texto 9. Koenke, H. (*El Universal*, 7/7/98). «Del militarismo y fascismo chavista».
- Texto 10. Poleo, R. (*El Nacional*, 22/7/98). «El nazifascismo objetivo del comandante Chávez».
- Texto 11. Arenas Amigo, V. (*El Universal*, 1/9/98). «Castro y Chávez: lobos con piel de oveja».
- Texto 12. Muci/Abraham, J. (*El Nacional*, 10/9/98). «El candidato Chávez».
- Texto 13. Piñerúa Ordaz, L. (*El Universal*, 10/10/98). «¿Nos crearán débiles mentales?»

## Estrategias discursivas de los actores implicados en el debate sobre la asamblea constituyente

Dulce Yumar\*

**E**n el marco de las elecciones de 1998, Venezuela atraviesa una difícil coyuntura caracterizada por la pérdida de legitimidad de las instituciones políticas. En ese contexto, el tema de la asamblea constituyente ha tenido un lugar preponderante en el debate electoral. Debido a las implicaciones que la puesta en práctica de esta asamblea tendría para la dirigencia política, ha movilizó a distintos actores para expresar sus criterios y opiniones al respecto. Nuestro propósito se orienta a analizar algunos discursos que conforman una interacción polémica muy particular, por cuanto no se efectúa cara a cara sino en el escenario que constituye el cuerpo de informaciones políticas del diario *El Nacional*. Esto hace que los discursos tengan una mayor proyección, la de convertirse en discursos públicos que en el contexto electoral no escapan de la pugnacidad dirigida a buscar la adhesión del electorado. En este sentido, es importante destacar que el acceso al discurso público es una forma de poder y, en el contexto electoral, es cuestión de sobrevivencia.

En el contexto de estos comicios tan particulares, el discurso sobre la asamblea constituyente se ha ido conformando como un proceso interactivo a varias voces plasmado en la cobertura informativa de *El Nacional*. Aunque nuestro análisis se reduce a la segunda quincena de septiembre de 1998, es oportuno recordar que el antecedente fundamental en relación con este proceso se ubica en la utilización del tema como bandera electoral del candidato Hugo Chávez. De hecho el tema de la constituyente se asocia desde entonces con la imagen de cambio radical que proyecta su campaña.

---

\* Escuela de Comunicación Social, Universidad Central de Venezuela.

Ahora bien, toda interacción implica una amenaza real o potencial a la imagen de los participantes, como si se pusiera en jaque su territorialidad en un juego discursivo, en una especie de representación donde cada uno asume y defiende su rol (E. Goffman, 1967). En la interacción polémica sobre la constituyente se pone de manifiesto un conflicto de posiciones y una confrontación con relación a quién puede hablar sobre el tema. Al comienzo del debate, se disputó incluso quién podía acceder públicamente a este tópico, como si su territorialidad correspondiera exclusivamente al sector chavista. Esto obedece al hecho de que asumir el liderazgo de la constituyente significa colocarse ante el electorado como el verdadero abanderado del cambio. Esta idea del «cambio» muy utilizada en el *marketing* político en los últimos procesos comiciales de la etapa democrática, expresa hoy una matriz de opinión presente en los sondeos, en los cuales se observa una preferencia mayoritaria del electorado por la convocatoria de la constituyente, en cifras que oscilan entre el 57% y el 70% (*El Nacional*, 27/ 9/ 98 y 25 /10/98).

El conflicto que se desprende de las divergencias presentes en una interacción sólo puede resolverse por vía de la negociación. La negociación surge como una respuesta a la interacción conflictiva, según el interaccionista E. Goffman. Pretendemos evidenciar que en los discursos de la muestra que analizamos se presenta una negociación para resolver algunas diferencias en relación con la convocatoria de la asamblea constituyente, en el marco de los procesos políticos de esta coyuntura electoral.

Por otra parte, es importante señalar que los textos que hemos analizado pertenecen al llamado periodismo informativo, están constituidos por noticias, reseñas y entrevistas. No obstante, la materia discursiva que los integra es la argumentación política, propia del periodismo de opinión. Entendemos la argumentación como una práctica social y discursiva en la cual el emisor intenta afectar las creencias y opiniones de los interlocutores. En tal sentido, la argumentación tiene un carácter dialógico porque establece una interacción entre las creencias y representaciones de los interlocutores involucrados.

La naturaleza de esta relación dialógica, propia de la argumentación, postula que el emisor tenga un acercamiento táctico a la audiencia, al receptor, ya que la transformación de las opiniones del otro exige el diseño de un enfoque estratégico. La noción de estrategia está presente en la obra de Aristóteles, que constituye un antecedente importante de la lingüística actual, no sólo porque concibe el texto integralmente, sino también porque considera elementos extraverbales como los valores aceptados socialmente,

y la estimación de la audiencia a la hora de configurar el discurso. Aspectos que son retomados por la nueva retórica.

La pragmática lingüística también incorpora a su teoría la noción de estrategia como un conocimiento de naturaleza social y psicológico, como una competencia que adquiere el hablante al internalizar las pautas convencionales que involucra el uso del lenguaje en contextos determinados. Esta noción de contexto no se reduce al escenario material del aquí y el ahora del momento de la comunicación, sino que incluye relaciones de carácter inmaterial referidas a un proceso de contextualización que ejecuta el emisor al considerar factores sociales y psicológicos implícitos en la situación. Cuando un emisor interactúa lingüísticamente está en conocimiento de que su acción está pautada convencionalmente, pero también de que es necesario efectuar una suerte de teoría previa sobre el otro, sobre el receptor, sobre la audiencia, de manera que su discurso sea eficaz. En la comunicación lingüística los participantes realizan un diseño táctico del discurso de manera que resulte adecuado a las expectativas y conocimientos de la audiencia, así como a la situación social concreta. (Searle 1975-1985)

Estas consideraciones son particularmente importantes en la interacción argumentativa, porque cuando argumentamos realizamos, a través del discurso, un acto de habla directivo que pretende que quien lo reciba haga algo, aceptar como válidos nuestros argumentos y opiniones. Para alcanzar esta aceptación es necesario canalizar nuestra voluntad y acción discursiva de manera de afectar el sistema de creencias y valoraciones del interlocutor (Yumar 1996). En el terreno de la argumentación política, en el contexto electoral, la aceptación que se deriva de los mecanismos propios del proselitismo político se traduce en el acto concreto de la adhesión a través del voto.

Es importante destacar que el tema de la constituyente no es esencialmente electoral, aunque ha sido utilizado con propósitos electorales, algunos actores tienden a presentarlo como panacea para enfrentar la crisis del país, en tanto que otros lo perciben como antesala de la dictadura, en la natural confrontación que implica la promoción de las distintas opciones en juego durante la campaña presidencial. Estas posiciones encontradas revelan la conflictividad política de esta coyuntura electoral, porque las manifestaciones discursivas reflejan y «expresan activamente las diferencias sociales estructuradas que las provocan» (Fowler y otros 1983: 7)

En la interacción polémica sobre la constituyente se ha podido evidenciar que ciertos sectores políticos despliegan algunos movimientos estratégicos a fin de ganar terreno en la contienda, las armas fundamentales son el

discurso y el acceso público del mismo, a través de los medios de comunicación. En esta fase del proceso, la negociación, que pretende enfrentar el conflicto, se verifica en el plano discursivo, antesala de la acción. Precisamente, la función del discurso político se orienta a legitimar los actos de los sujetos implicados en la actividad política. En este caso, los actores que participan están, en cierta medida, garantizando su participación en el proceso constituyente, si llega a efectuarse, y debido a las implicaciones que este proceso tendría en los futuros pactos políticos, los actores defienden su cuota de poder en estas alianzas que definirán el destino del país.

En el mes de septiembre se observó una cobertura importante del diario *El Nacional* en relación con la constituyente. Cobertura que implicó, incluso, el asumir una posición en relación con el asunto en el editorial del 4 de septiembre de 1998. El diario también cubrió todos los eventos relacionados de alguna manera con el tema, como el auspiciado a finales de agosto por la Academia de Ciencias Políticas y Sociales para conocer las propuestas de los candidatos. De igual manera, informó sobre las distintas reacciones que se operaron posteriormente, y asumió la iniciativa de organizar —conjuntamente con el Ateneo de Caracas— el foro titulado: «Todo lo que debemos saber sobre la constituyente: una confrontación de perspectivas».

Este foro pone el tema en el tapete con renovados bríos, especialmente porque afloran las divergencias, pero también porque cierra con una propuesta de acuerdo preliminar para la discusión, concebida por los intelectuales y políticos socialcristianos: Alan Brewer Carías, Oswaldo Alvarez Paz y Pedro Nikken; así como por el presidente de la COPRE, Ricardo Combellas. El proceso polémico desencadenado en el foro genera reacciones en el sector chavista, que hasta ese momento liderizaba el debate, y el cual se ve confrontado por estas iniciativas de acuerdo. En vista de que los episodios referidos conforman la interacción polémica que nos ocupa, analizaremos, debido a las limitaciones de la ponencia, tres discursos relacionados con tres momentos de estos acontecimientos. El primero es la reseña del discurso de Brewer Carías, en el foro del Ateneo el 17/9/98, lo seleccionamos porque representa una propuesta distinta a la de Chávez, y porque este actor adquiere relevancia por su condición de intelectual y de especialista en el tema. El segundo seleccionado es la entrevista a José Vicente Rangel, publicada el 19/9/98, porque él asume una interesante actitud mediadora en el debate, debido a su influencia sobre Chávez y a su prominencia como periodista. Por último, analizamos la reseña de la intervención del candidato Hugo Chávez en el foro del Ateneo, el 25/9/98. Esta intervención reviste

mucha importancia, porque el tema se identificó por mucho tiempo como iniciativa suya, tanto es así que inicialmente su seguidor Pablo Medina, denominó «constituyente», derivado de clonación, la propuesta de Brewer. Las iniciativas de los otros sectores amenazan el liderazgo de Chávez sobre el tema, por lo que era fundamental conocer su reacción.

Es conveniente reiterar que, de acuerdo con las consideraciones teóricas establecidas inicialmente, toda interacción supone que los actores realicen ciertos esfuerzos para consolidar algunos acuerdos parciales a través del recurso de la negociación discursiva. En ciertas interacciones de carácter polémico, el acuerdo nunca se consolida; no obstante, la polémica que nos ocupa es muy particular porque evidencia la intención de ciertos actores de propiciar un acercamiento, un inicio de negociación. Por lo anteriormente planteado, pretendemos demostrar que el debate sobre la constituyente se verifica en torno a un proceso de negociación discursiva. Esta negociación se realiza sobre la base de una estrategia argumentativa denominada «concesión aparente», que se desarrolla en dos movimientos fundamentales, se inicia con un movimiento de concederle razón al contrario, para desplegar luego la propia artillería argumentativa. Esta forma de argumentar incide tanto en la relación táctica con los interlocutores inmediatos, como en la audiencia pública en general, por cuanto refleja de entrada una actitud de inicial apertura del emisor para aceptar los criterios de los otros, lo que demuestra cierta flexibilidad. Esta estrategia afecta la relación entre los interlocutores del proceso en el plano contextual, y al mismo tiempo se refleja en la estructura u organización interna del desarrollo argumentativo del discurso.

Nuestra noción de «concesión aparente» proviene de una interpretación que hacemos de los estudios de Anscombe y Ducrot (1983) sobre la función de la conjunción adversativa «pero» en relación con su teoría de que la argumentación está en la lengua. Estos autores estudian ciertos enunciados para demostrar que esa conjunción orienta determinada conclusión que el emisor quiere que el receptor capte. Ejemplo: *Él es gaullista, pero se puede confiar en él*. Este ejemplo muestra cómo la conjunción adversativa «pero» opone la interpretación de la segunda parte del enunciado a la primera y canaliza una conclusión implícita que, como en este caso, sólo es factible en el marco de un conocimiento compartido. Como puede observarse estos autores circunscriben su análisis al plano del enunciado, nosotros aplicamos esta construcción al esquema superestructural del texto, a su estructura global, que se deriva de una estrategia que permite un acercamiento a los puntos de vista del otro para iniciar una negociación.



### TRES DISCURSOS EN LA BÚSQUEDA DEL CONSENSO NEGOCIADO

El discurso del académico Brewer Carías se articula de acuerdo con la estrategia de la concesión aparente, la primera parte de su discurso funciona como una concesión o reconocimiento de que efectivamente, tal como han señalado Chávez y sus seguidores, existen razones para la convocatoria de una asamblea constituyente. Su concesión se desarrolla a manera de una explicación. Según Marianne Ebel (en Grize 1990:104) el discurso explicativo se caracteriza porque quien lo emite toma distancia y asume una actitud aparentemente neutral como si presentara verdades inobjetables en el desarrollo de un discurso coherente, que demuestra su conocimiento sobre el tópico.

El contenido de esta explicación se despliega como un razonamiento en el cual unas premisas previas permiten inferir una conclusión de la siguiente manera:

- 1) Lo que está en crisis es el sistema centralista y partidocrático y no la democracia.
- 2) Por ello el país necesita un cambio radical que dé cabida a los nuevos actores surgidos en la vida política, cuya no inclusión crea un problema de gobernabilidad.
- 3) Conclusión: como el reto es salir de la crisis conservando la democracia, es necesario un nuevo acuerdo que materialice el cambio, e incluya a todos los centros de poder, nacionales, regionales e incluso a los partidos políticos, y la manera de establecer este cambio es la constituyente, que por tanto no es para excluir sino para incluir.

En la segunda parte del discurso aparece la refutación, que se encabeza con la conjunción adversativa «sin embargo», la cual funciona como un marcador lingüístico que permite captar que la argumentación se orienta hacia el disenso crítico. La oposición se verifica a través de una estrategia semántica que enfatiza los rasgos negativos de los oponentes, en tanto que acentúa los rasgos positivos de su grupo de pertenencia (van Dijk 1993, 1994, 1997). Aunque es importante destacar que Brewer no personaliza los cuestionamientos, los ataques, el receptor de su discurso sabe que se refiere al sector chavista. El fragmento en cuestión dice textualmente:

[...] Sin embargo, los comentarios que han salido en el último mes pretenden dividir al país en dos: Nosotros y los otros, y barrer de la faz de la tierra a los que no son nosotros. Eso es un grito contra el pluralismo, eso es un grito inaceptable en democracia.

Otro aspecto de la refutación se refiere a la forma de convocatoria de la constituyente, que se introduce con una negación: «No es cierto, en mi criterio, que baste con recurrir al artículo 4 para convocar la constituyente, sino que debe modificarse la constitución para que regule el propio régimen de la asamblea». Brewer termina advirtiendo que la reforma es una salida para evitar la ya tradicional ruptura. Previa a la convocatoria, para que no se repita de nuevo la misma historia que no nos merecemos los venezolanos de fin de siglo.

Se puede apreciar que, en líneas generales, el discurso de Brewer busca su incorporación al proceso, en el que aspira a inscribirse con el poder que le adjudica su conocimiento y su rol de académico, por ello apela a la conciliación entre los grupos enfrentados, fundamentándose en valores propios de la democracia, así rechaza el sectarismo, apela al pluralismo, defiende el estado de derecho y promueve la consolidación de acuerdos que eviten las rupturas, que tradicionalmente han acompañado procesos similares en nuestra historia. Debido a la autoridad derivada de su posición de intelectual, su discurso resulta fundamental como iniciativa en la negociación sobre la constituyente que se ha manifestado en la segunda quincena del mes de septiembre en la coyuntura electoral.

El discurso del abogado y periodista José Vicente Rangel juega un primordial rol en el proceso de negociación discursiva que analizamos. En la introducción del texto, el periodista del diario señala que Rangel es uno de los hombres más escuchados por Chávez y que opina sobre la constituyente desde una perspectiva conciliadora. Precisamente por esta actitud, su discurso se orienta a girar instrucciones a los dos bandos enfrentados: el chavismo y los sectores que detentan el poder. De tal manera que su discurso tiene dos movimientos enmarcados en la estrategia de la concesión aparente, que se configuran así:

Una primera reflexión dirigida a los sectores del Polo Patriótico que apoyan a Chávez para que tengan presente que la convocatoria de la constituyente:

tiene que ser producto de un acuerdo, porque no va surgir de un golpe de Estado, sino de una democracia que, con sus defectos, tiene sus reglas. La Constituyente no puede imponerse ni siquiera a nombre de la mayoría. Contar con la mayoría es muy importante, pero vivimos en una democracia, y tan importante como la mayoría es la búsqueda del consenso.

Como podemos observar, la posición conciliadora de Rangel concede razón a la posición del grupo liderizado intelectualmente por Brewer, en el

resumir, en una reseña que ocupa toda una página, el periodista hace una versión de lo dicho por el candidato de la siguiente manera:

Chávez hizo referencia a la propuesta de los constitucionalistas Alan Brewer Carbás, presidente de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales; Ricardo Combellas, presidente de la Copre; y Pedro Nikken, presidente del Instituto Interamericano de Derechos Humanos. «Bienvenido ese documento, vamos a discutirlo, es necesario hacerlo», comentó. Pero de antemano aseguró que insistir en el planteamiento reformista de la carta magna pudiera llevar a «falseamiento constitucional». Razonó su posición al decir que el problema es político y no jurídico, por lo que no se «debe entrampar» la discusión en el aspecto legal.

Como puede observarse, de nuevo se repite una entrada que reconoce méritos en la propuesta de los oponentes para luego presentar la propia argumentación. En estas expresiones, con las que el candidato refuta la tesis reformista de la constitución, el candidato utiliza una estrategia semántica de enfatización de los rasgos negativos del contrario. De lo dicho por Chávez se podría inferir que quienes proponen la reforma no han captado la perspectiva política del asunto, y proceden con trampas y falseando la interpretación de los contenidos de la constitución. Con ello pretende invalidar la propuesta reformista, atacando a los actores, lo que es una forma de argumento *ad hominem*, contra el hombre.

Para concluir, creemos haber puesto en evidencia que la interacción polémica analizada presenta rasgos singulares, ya que los participantes no asumen posiciones inflexibles en sus argumentaciones como es lo habitual en este tipo de intercambio. En los tres discursos analizados se observan claramente dos movimientos argumentativos, el primero funciona como un acercamiento centrado en el reconocimiento del contrario a quien se le concede razón. El segundo se orienta a la presentación de la artillería argumentativa del emisor. Este orden secuencial, primero reconocimiento concesivo y después ataque refutativo, se vislumbra como una estrategia discursiva eficaz que pretende dejar abierta una brecha para la aproximación, para la negociación de acuerdos y consensos, porque no niega de entrada la posibilidad de diálogo. Los interlocutores defienden sus posiciones, atacan al contrario, pero no lo neutralizan como un oponente con el que no hay ninguna coincidencia.

Estos dos movimientos configuran una organización discursiva que se observa con frecuencia en la argumentación política, y que nosotros hemos descrito a partir de una interpretación de la teoría de Anscombe y Ducrot (1983) sobre la «concesión aparente», pero llevada al plano de la superes-

tructura o esquema organizativo de los discursos. La estrategia de la concesión aparente ha demostrado su eficacia en la polémica sobre la asamblea constituyente, ya que actores de posiciones ideológica tan distantes han encontrado puntos de coincidencia en la búsqueda de un consenso político que auspicie su convocatoria e impida mayores conflictos en el deteriorado ámbito político del país. Estos acercamientos expresan, en el fondo, la búsqueda de cuotas de poder en el escenario electoral, en el cual se presenta, por ahora, con muchas posibilidades de triunfo para los chavistas, protagonistas de esta iniciativa.

---

NOTA: Una información aparecida el 3/11/98, nos dio la satisfacción de comprobar que no era incorrecta nuestra interpretación de que los discursos analizados reflejaban un proceso de negociación para la convocatoria de la constituyente, quizás sólo explicable por el contexto pre-electoral. En la página D-7 de *El Nacional*, Luis Miquilena, secretario ejecutivo del Movimiento V República, declara que pronto se harán anuncios sobre un consenso «bastante amplio», y que han adelantado conversaciones con Alan Brewer, Pedro Nikken, Ricardo Combellas, Reinaldo Cervini y Oswaldo La Fe, quienes comparten la necesidad de la convocatoria de la asamblea, pero con quienes «existe una diferencia casi técnica sobre si debe reformarse la constitución». No obstante, el panorama varió después de las elecciones regionales del 8N, el sector socialcristiano argumenta que por la nueva correlación de fuerzas, el Congreso debe asumir el rol constituyente «que la historia le asigna para transformar el sistema político [...]». *El Nacional*, 13/11/98, p. D- 4.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Albadalejo, T. (1989). *Retórica*. Madrid: Síntesis
- Anscombre et Ducrot (1983). *L'argumentation dans la langue*. Bruxelles: Mardaga.
- Aristóteles (1966). *El arte de la retórica*. Buenos Aires: Eudeba.
- Armengaud, F. (1990). *La pragmatique*. París: PUF.
- Austin, J. (1970). *Quand dire c'est faire*. París: Seuil.
- Bachmann et al. (1981). *Langage et communication*. París: Hatier.
- Bellenger, L. (1992). *La persuasion*. París: PUF.
- Bertuccelli, M. *Qué es la pragmática*. Barcelona: Paidós.
- Berrio, J. (1983). *Teoría social de la persuasión*. Barcelona: Mitre.
- van Dijk, T. A. (1983). *La ciencia del texto*. Buenos Aires: Paidós
- van Dijk, T. A. (1988). «El discurso y la reproducción del racismo» en *Lenguaje en Contexto* 1.
- van Dijk, T. A. (1990). *La noticia como discurso*. Barcelona: Paidós
- van Dijk, T. A. (1993). *Racism and the press*. Londres: Routledge.
- van Dijk, T. A. (1993). «Principles of Critical Discourse Analysis» en *Discourse & Society* 4.
- van Dijk, T. A. (1994). «Discurso, Poder y Cognición Social» en *Cuadernos de la Maestría en Lingüística*. Cali: Universidad del Valle.
- van Dijk, T. A. (1997). *Racismo y análisis crítico de los medios*. Barcelona: Paidós
- Escandell, M. (1993) *Introducción a la pragmática*. Barcelona: Ántrophos
- Fowler, R. y otros (1983). *Lenguaje y control*. México: FCE.
- Goffman, E. (1967). *Interaction ritual*. París: Minuit.
- Grize, J. (1990). *Logique et Langage*. París: Ophys.
- Jacques, F. (1979). *Dialogiques* París: PUF.
- Meyer, M. (1982). *Logique, langage et argumentation*. París: Hachette.
- Perelman, Ch. (1977). *L'Empire Rhétorique*. París: Vrin.
- Plantin, Ch. (1990). *Essais Sur l'argumentation*. París: Kimé.
- Searle, J. (1975). «A taxonomy of illocutionary Acts» en *The Philosophical Review*. LXXVII, USA.
- Searle, J. (1985). *Foundations of illocutionary logic*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Reboul, O. (1991). *Introduction à la rhétorique*. París: PUF.
- Yumar, D. (1994). «Una aproximación al discurso argumentativo». Ponencia presentada en el XIV Encuentro Nacional de Lingüistas. Caracas.
- Yumar, D. (1995). «Los mecanismos de la argumentación en situación». Ponencia presentada en el XV Encuentro Nacional de Lingüistas. Valencia.
- Yumar, D. (1996). *El acto de argumentar*. Trabajo de ascenso. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Yumar, D. (1997). «El discurso del poder: análisis crítico de dos discursos del 4 de febrero de 1992» en *Comunicación: múltiples escenarios, diversas confrontaciones*. Caracas: UCV.

## Hemerografía

- 1) «Contra el odio, la violencia y la división se pronunciaron en foro sobre la constituyente». *El Nacional* 17/9/98, p. D-1.

## **El periodista apuesta por una convocatoria de consenso**

- 2) «J. V. Rangel: Ni en nombre de la mayoría debe imponerse una constituyente». *El Nacional*, 19/9/98, p. D-1.

## **Debate Nacional**

- 3) Chávez: «Bienvenidas las opiniones sobre la asamblea constituyente». *El Nacional*, 25/9/98, p. D-1
- 4) «Al Límite». Luis García Mora: «*EL JINETE DEL MIEDO*». *El Nacional*, 27/9/98, p. D-2.
- 5) «Habrá consenso para la constituyente». *El Nacional* 3/11/98.
- 6) «Con el nuevo Congreso electo ya no es necesaria la constituyente». *El Nacional* 13/11/98.

## Un día en la vida discursiva de Hugo Chávez

Carlos Silva\*

Lo que a continuación presentaré tiene que ver, por un lado, con un efecto de lectura del tipo interpretativo y, por el otro, con lo que podría llamar *peripecias del texto*. En efecto, mucho de lo que diré tiene que ver con *lo que he leído* y del modo *como lo he leído*, pero sobre todo se centra en la idea según la cual en lo dicho «quedan» trazas de mundos. Digo «quedan» como Plotino, según Heráclito (Parménides, Zenón, Meliso, Heráclito 1983: 233), concibe el alma, es decir, que «cambiando descansa». Y digo «mundos» como quien habla de construcciones sociales, es decir, arreglos discursivos, resultados de habla, que se generan al interior del orden apalabrado de las personas en relación.

Ya Aristóteles en su tiempo

no sólo proponía la *razón* como nota definitoria del ser humano, sino que no dudó en denominarlo *zoon politikon* [ζῷον πολιτικόν], resaltando su carácter gregario (por decir poco), y en él subrayaba *la palabra* como un elemento particularmente relevante [...] Este animal de *polis* [πολις], discursivo y filosofante (de Moura, 1997: 1),

es el *quid* de mis pareceres.

La modalidad que he escogido para acercarme comprensivamente a ese orden apalabrado, es el análisis del discurso, desde la perspectiva de Potter y Wetherell (1987). Debo aclarar que esta perspectiva no se decide entre ser un *campo* puramente epistémico o ser un *campo* puramente procedimental. Esos mismos autores (1987: 175) insisten en que no hay un método para llevar a cabo un análisis de este tipo, sino un marco teórico acerca de la

\* Instituto de Psicología, Universidad Central de Venezuela.

naturaleza del discurso y el papel que desempeña en la vida social. En palabras de Iñiguez y Antaki (1998: 59): «el análisis del discurso no es [...] una técnica fija y prescriptiva que se pueda seguir como se sigue una receta». Lo que proponen estos autores es el «dibujo de un método flexible, interpretativo» y, sobre todo, «intelectualmente responsable», acerca de lo discursivo en las interacciones humanas.

Ahora bien, este híbrido heurístico se sigue de una serie de principios que guían la interpretación. En este sentido, el análisis del discurso centra su interés en:

1. Lo que la gente *hace* cuando *dice*, o *prácticas discursivas*, y en la serie de recursos de los que se sirven las personas mientras actualizan esas prácticas (por ejemplo, la utilización de enunciados fácticos para dar carácter de verdad a un evento dado: «Yo lo vi con mis propios ojos»).
2. La manera como se construye el discurso mismo para realizar acciones sociales y cómo las personas elaboran versiones del mundo en el curso de la interacción.
3. El contenido del discurso como el *lugar* donde literalmente se encuentra la acción (por ejemplo, no se recuerda porque se tiene memoria, sino porque se dijo «recuerdo») (Potter y Wetherell 1995: 81).
4. El modo en que los intereses disminuyen o aumentan la importancia de una acción o reconstruyen su naturaleza (Edwards y Potter 1993, 1992).

El análisis del discurso supone la asunción cabal de estos postulados para poder interpretar los textos. En este sentido, todo saber analítico-discursivo se construye a partir de unos principios que, en cierto modo, definen una suerte de ontología de la palabra concatenada, y cuyo sentido es siempre susceptible de ser interpretado. Cuestión esta que intenté poner en práctica a propósito de algunas de las apariciones discursivas del candidato presidencial Hugo Chávez en artículos de la prensa escrita nacional.

Mi trabajo se titula, precisamente, UN DÍA EN LA VIDA DISCURSIVA DE HUGO CHÁVEZ. Aunque debo aclarar que no se trata de un día como los que conocemos de 24 horas, sino de un día discursivo construido por mí, a partir de los recursos de habla disponibles. En este caso, y como ya dije, el *corpus* lo conforman fragmentos, intervenciones hechas por Hugo Chávez y referidas, entre comilla y comilla, en distintos artículos de prensa de temática variada, durante este primer semestre del año.

Esta preferencia no ha sido del todo arbitraria. En junio pasado, uno de esos artículos hacía referencia a un estudio que llevara a cabo una empresa encuestadora. «La firma [*Diagnóstico 15*] elaboró el perfil del abanderado del MVR, y detectó que en los medios predominan más las informaciones de

otros actores hablando sobre este candidato, que lo destinado a lo que él mismo expresa» (Reyes 1998: D-2). ¿Cómo era posible que un candidato que ha extremado vertiginosamente su propia politización, es decir, que se ha hecho excesivamente público, que está en la calle, en boca de muchos, por no decir en boca de todos, diga tan poco, sea tan afín al silencio? Decidí entonces no dar respuesta a esa pregunta, sino hurgar en esa poquedad, con el ceño fruncido y el lente analítico-discursivo sobre la nariz. Qué hace Chávez de sí y del mundo con eso poco que dice, tal es el *quid* de este día discursivo. El resultado, casi siempre maculado por mi ignorancia, es lo que sigue.

### EN EL UMBRAL: DE HIPERLÍDER A OBJETO DE TRANSICIÓN

El primer Chávez del cual hablaré es una suerte de *ente-determinación*: un hiperlíder, un opositor declarado del estado de las cosas:

yo soy enemigo de este sistema (Lugo 1997: 1).

y al mismo tiempo un sujeto capaz de diluirse en favor de la meta.

El hiperlíder y antagonista del sistema prefiere la figura del militar por modo de presentación. Chávez se asume como un ser de milicia, tal es el sentido de su anterioridad, de su procedencia. Chávez llega *formado*, hecho de una vez, y esa hechura es netamente militar.

Ahora bien, la articulación entre su entidad castrense, que es ella misma una separación, y el mundo político está representada en el discurso por la figura de la democracia:

Yo soy un militar educado para la democracia (González 1998: 9).

Chávez es un militar demócrata y por ello puede transferir ese sentido a la sociedad civil. Esto es posible, no sólo por la formación en sí, sino por cierta virtud que proviene de la experiencia. Haber pasado por el 4 de febrero, jornada tanatológica según el discurso chavista, es decir, siempre ante el albur de la muerte, en calidad de líder extremo, hizo que el comandante alcanzara la asíntota del liderazgo y quedara signado para conducir al país:

Conducir hombres en un proceso donde está en juego la vida, como lo hice el 4F; es la máxima expresión de liderazgo. Yo me siento formado como líder militar y ahora puedo llevar eso al campo civil (Lugo 1997: 1).

Si nos dejamos arrastrar por lo que Umberto Eco llama «el demonio de la analogía», nuestro país es considerado por el discurso chavista como un objeto habitado por el juego de la muerte, necesitado de un guía inexorable en traje de campaña, que lo conduzca a una condición que no se sabe cuál es, pero que vendrá después de lo que el mismo Chávez denomina «el cambio».

Precisamente, en pro de ese cambio, como ya dije, el hiperlíder está dispuesto a dejar de serlo. Es decir, Chávez aun cuando se construye a sí mismo como una entidad blindada por esa virtud conductora de pueblos, ubica sus deseos fuera de sí. Chávez se despersonaliza en favor del país, el cual pasa por paradigma de la importancia. Si algo quiere lograr este primer Chávez es la transitoriedad hacia la transformación.

No hay aspiraciones personales, sino de llegar a un gobierno de transición. Lo importante es que cambie el país (Lugo 1997: 1).

Resumiendo, en este primer momento el discurso de Chávez gira alrededor de la afirmación de sí, más un leve punto de fuga: «Yo soy», pero sin «aspiraciones personales».

#### LOS OTROS O EL TEMBLOR: DE LA AGONÍA A LA TRANSFORMACIÓN

He dicho en el apartado anterior, «el primer Chávez», pero sólo por pura inercia inaugurativa, pues no hay tal cosa como un primer, un segundo o un tercer Chávez, al menos no en este texto. Así que en este segundo apartado, que no Chávez, el comandante hace de sí un *ente de miedo*. Esta construcción no se logra frontalmente, sino por la incorporación del Otro. En este caso la alteridad es un *ente trémulo* y avieso. Por un lado tiembla, por el otro fragua iniquidades. Los otros, los partidos políticos tradicionales, temen a Chávez y este temor hace de ellos unos contendientes indignos, que soterradamente se sirven de medios indirectos y con poder de penetración, para soslayar las intenciones del comandante. Este último, dicho sea de paso, no se inmuta ante esa alteridad. Chávez pertenece al paradigma de la certidumbre cuando habla de sí. En el fragmento que analizo, su confianza radica en que la institución a la que pretenden poner en su contra es análoga a él mismo. En consecuencia, poseyendo las virtudes de esa casa y conociéndola como a la palma de su mano, no hay traición posible:

Muchos sectores políticos tradicionales, como AD, COPEI y los que temen perder lo que han ganado en contra del interés de un país, están atemoriza-

dos, y para enfrentarme no recurren a un debate de altura [...] acuden a la guerra sucia, tratan de utilizar a los medios de comunicación social, a las Fuerzas Armadas, pero estoy seguro que no lograrán involucrar a la institución castrense (Delgado y Duarte 1998: 4).

Por otra parte, la alteridad que el discurso chavista construye como un *anti*, no se encuentra en óptimas condiciones. Para Chávez el Otro político, todo él anterioridad viciosa, se encuentra en estado terminal, va de salida. No por propia voluntad, sino por la potencia arrasadora que habita en el voluntarioso candidato. Sin embargo, Chávez no sólo hace de sí un ser implacable con los peores, sino que al mismo tiempo es capaz de mostrarse ligeramente compasivo: los viejos políticos saldrán, pero antes de salir por mi brazo, les concedo el beneficio de la agonía o, como él mismo lo llama, «el pataleo»:

Los políticos, responsables del sistema, están dando pataleos de ahogado. Todo el que va a morir patalea, porque además es un derecho. Yo les reconozco ese derecho, son 40 años en los que acabaron con el país y ahora les toca irse. Ellos van a morir. Ya murieron moralmente, y ahora les toca morir políticamente, así que pataleen (Valiente 1998: D-2).

Las antípodas de Chávez, según su discurso, son el colmo de lo peor, por ellas estamos como estamos: padeciendo una crisis ineluctable e injusta que ha llevado al país al zócalo de sí. Los políticos y sus productos (este sistema, por ejemplo) pasan por seres de sentina incompatibles con la disposición antiséptica del comandante. Por esta vía sube a la palestra la figura predilecta de Chávez: la metamorfosis.

#### LA METAMORFOSIS: DEMOLICIONES, CAMBIOS, CONSTITUYENTE [...]

Chávez, el hiperlíder, el valiente, deja clara su modalidad de acción característica: la transformación. Chávez es una entidad de cambio. Para él la continuidad resulta antipática: borrón y cuenta nueva, esa es la consigna. Y la borradura no es gradual, sino aplastante. El sistema político, tal como se ha venido dando, sólo merece de Chávez una cosa: la demolición. Tal sería el primer trabajo de la constituyente:

Demoler las estructuras podridas de este sistema (Peña 1998: 2).

Igualmente, Chávez es enfático en su política cismática. Ningún plan que haya sido fraguado en el orden anterior y según las prescripciones de lo

que él mismo llama «neoliberalismo salvaje», merece concesiones. Demoler, desechar, asolar toda anterioridad, he allí el punto de partida chavista:

Yo rechazo en todo sus términos a la Agenda Venezuela, que ha fracasado estrepitosamente, por lo que debe ser echada a la basura (Delgado 1998: 2).

En el siguiente fragmento, el *ente-demolición* se inserta en una modalidad discursiva que podría llamar de *mejora por la secuencia*. Los enunciados se presentan ordenados según la idea del mejoramiento. Primero la tarea: demoler; luego el objeto, ya en franco deterioro: el sistema político; finalmente, el plan: alianzas para eliminar, constituyente para decidir y, a modo de cierre, una coda económica. Esta seriación de alguna manera diluye en el discurso la primera disposición, a saber, la demoledora:

Aquí hay que demoler lo que está podrido: el Poder Judicial, las asambleas legislativas. Hay que revisar la descentralización, porque, como dice Arturo Uslar Pietri, puede convertirse en el desmembramiento de este país. Para impulsar eso construiremos una poderosa fuerza social, en la primera fase que hemos llamado eliminaria. Después viene la fase contractual, la firma de un contrato el 6 de diciembre del 98. Luego vendrá la asamblea constituyente, para plantear un proyecto que será discutido nacionalmente por los medios durante cuatro meses. Seguidamente viene la parte ejecutiva y la quinta es el actor de un nuevo proyecto económico (Colomine 1998: 1).

Ahora bien, la constituyente, sólo nominable en el discurso de Chávez, es el heraldo de la transformación chavista. No hay factor de cambio posible al margen de ella y todo plan previo a ella apunta hacia ella. De allí las alianzas. Aun cuando Chávez anunciara en algún momento (enero, 1998) que aliarse con los partidos tradicionales era inaceptable, pues pertenecían a un orden diferencial respecto de su propuesta:

Es imposible ningún tipo de alianza [...] con el MAS, imposible. Esos están en otra banda (Colomine 1998: 1).

Luego, acudiendo al don de autodilución del que hablaba al principio, desplaza esa imposibilidad, y concede a las alianzas una oportunidad (junio, 1998). Las intervenciones de Chávez en ocasiones hacen de él una suerte de cornucopia en reversa, es decir, que atrae la abundancia (entiéndase voluntad de transformación) hacia sí. De esta manera, allende cualquier interés particular, lo que importa es reconcentrar poderes en pro del cambio, esto es, con miras a la constituyente:

más allá de las individualidades, lo más importante es la conformación de una verdadera fuerza social transformadora, de un polo constituyente, y eso es lo que estamos promoviendo (Delgado 1998: 1).

En este sentido, la alianza de imposible pasa a concreta, incluso con ubicación ideológica definida (centro-izquierda). Cabe destacar cómo las formas adverbial y adjetiva de la verdad (*verdadera, verdaderamente*) contribuyen a dar un carácter de concreción a la alianza. No es cosa abstracta sino tangible, es decir, actual con potencia para generar la metamorfosis deseada:

Aquí estamos conformando una alianza política social de centro izquierda que verdaderamente tiene la posibilidad de transformar, de cambiar el rumbo (Delgado 1998: 2).

Curiosamente, la alianza o mejor dicho su aceptación, no es del todo cabal. Chávez admite al Otro para reforzar su proyecto, pero sin soslayar sus propios intereses. En este sentido, la alianza tiene sus lindes: es buena para el proceso electoral presidencial, pero no para el regional. Este último escenario es construido como una diferencia que no admite alianzas. La constituyente sólo es posible completamente si el liderazgo chavista está ubicado estratégicamente en el resto del país, además del gobierno central. Hay allí una suspicacia estratégica que Chávez no pretende despejar. El cambio del *nosotros*, característico del discurso de la alianza, al *sus*, característico del discurso de la diferencia, destaca en el fragmento:

para impulsar el proceso constituyente: hemos planteado que no estamos condicionados a apoyar a sus candidatos regionales [los del MAS], porque son escenarios distintos (Delgado 1998: 2).

Otra arista importante hallada en estos fragmentos en relación a la metamorfosis, es el pueblo. Esta figura es el núcleo final de las recompensas, el *para-qué* del trabajo chavista. Chávez pretende transformar la superficie de inscripción de ese núcleo hasta ahora sumido en el orden de la derrota. Según el discurso chavista ganar en relación al pueblo es transformar por medio de la constituyente, y ese, precisamente, es el orden de presentación discursiva que asume el fragmento que sigue. Podría afirmarse que este es el epítome de la propuesta de Chávez.

Es el momento de darle al pueblo una gran victoria y de comenzar, el próximo año, con la transformación del país, a través de la Constituyente (Delgado 1998: 2).

A manera de cierre de esta sección, y a propósito de epítomes, me gustaría mostrar un fragmento realmente significativo. En él se dejan leer tanto la condición de *ente-cisma* como la de *ente-vengador*, que adopta Chávez a partir de su discurso. Hay que instaurar un nuevo orden, pero antes hay que amputar el miembro gangrenado de la política tradicional. Aunque aquí «miembro» no es más que un eufemismo. Pues, para Chávez todo es digno de extirpación. Creencia que no alarma, pues en este fragmento se juega una estrategia discursiva, según la cual primero se construye el carácter negativo del objeto, y luego se expone la alternativa remedial en forma de símil igualmente cargado de negatividad. Esta construcción permite que la severidad de la medida quede justificada por la gravedad del mal. El discurso chavista siempre da el peor diagnóstico de lo que ha venido siendo y, por ello, muestra sin pudores el orden agresivo de las medidas que tomará.

expusimos nuestra línea macropolítica, que no es otra que la propuesta de reordenar el sistema venezolano que se anarquizó, llegó al colapso y que no tiene la capacidad de rehabilitarse. Es como el cuerpo humano cuando tiene Sida o cáncer, hay que extirpar, y en Venezuela hay que extirpar al sistema (Valiente 1998: 2).

#### CHÁVEZ POR SÍ MISMO

La última sección de esta exposición la he reservado, no a lo que Chávez hace de sí cuando dice lo que dice (como hemos visto hasta ahora), sino a lo que hace de sí cuando habla de sí. El Chávez por sí mismo, en principio, se articula con el Chávez del cual he venido hablando hasta ahora, esto es, el que se diluye ora en el plural de la primera persona ora en el impersonal. En este apartado, la preeminencia del Yo es el signo distintivo y el punto de partida analítico.

Así, en principio, Chávez se construye como un sujeto afín a la *humanidad*, entendiendo por ello la consideración del hombre como un ser ideático, esto es, el valor de lo humano radica no en los actos, sino en las ideas. Estas últimas son las que deben ensalzarse, mientras que las acciones son de carácter secundario. Si le damos una lectura especular a este discurso, Chávez se asume como un hombre de ideas o, en todo caso, hacia ello apuntan sus enunciados: a lograr que se lo considere así. Esto se refuerza al desestimar, o dar un carácter subsidiario a las acciones efímeras: lo hecho en un día no vale tanto como lo que el hombre piensa. Cosa que podría

transferirse a: mi comportamiento durante el 4F no vale tanto como mi programa de gobierno.

Yo me considero humanista, estudioso de diversas corrientes de la historia y creo que no hay que clasificar a los hombres por lo que hicieron en un día o en varios días. Son las ideas las que uno puede encomiar (Colomine 1998: 1).

En este mismo orden de ideas, Chávez acusado a veces de mensajero del mal y, al mismo tiempo, portador de la buena nueva, construye una versión de sí que de alguna manera implica su carácter aguerrido y el que él mismo denomina «humanista». Chávez es un «soldado de la humanidad»: un ente beligerante y a la vez ideático:

Ni anticristo ni mesías, sino soldado de la humanidad (Reyes 1998: 2).

Por otro lado, Chávez también se construye como una entidad empírica de doble batiente: él ve suficientemente, y al mismo tiempo puede ser visto suficientemente. Y su visión pertenece al orden de lo incuestionable cuando ve y cuando es visto. En el primer caso, su sustento como observador de la realidad es la identidad igualmente doble: militar y político. Este tandem inusitado proviene de una suerte de inercia de rol (Chávez está formalmente retirado de la milicia) y un adelanto de rol (la carrera política de Chávez aún está en agraz):

hay mucha gente en Venezuela que no recuerda mal al general Pérez Jiménez; más bien aparece un reconocimiento en la población que muchos políticos no quieren ver, pero que yo, siendo militar, además de analista y actor político, entiendo que son realidades que no se pueden negar (Valiente 1998: 2).

En el segundo caso, es decir, cuando es visto, el sustento es construido acudiendo a un recurso discursivo con un enorme peso cultural: la Biblia. Chávez dice ser un sujeto cabal y consecuente, y esta condición es en sí misma una evidencia. Quien quiera constatarlo sólo debe seguir la prescripción del texto sagrado según la cual el convencimiento depende del que quiere pasar por convencido. Y para ello sólo hace falta utilizar los sentidos:

Tengo seis años respondiéndole al país con mi conducta. El que tenga ojos que vea, el que tenga oídos que oiga, dice la Biblia (Reyes 1998: 2).

Ya para finalizar este último apartado, haré referencia al modo en que Chávez se construye como no-golpista. La estrategia discursiva que funciona



en los fragmentos analizados es la del desplazamiento de la responsabilidad. Para Chávez el golpista es otro y no él. Así como se sirve de la Biblia, texto de peso como ya dije, Chávez acude a una figura también grave en la historia democrática venezolana (Rómulo Betancourt) para crear un contraste dinámico. Este contraste se refuerza al encomiar la figura del presidente derrocado (Medina Angarita) ubicándolo en la esfera de lo excepcional-virtuoso, cosa que convierte la acción de Betancourt en injusta. De allí Chávez resulta ser un sujeto que, comparado con Betancourt, apenas si irrumpió con toda justicia en un orden sostenido por un presidente (Pérez) que, comparado con Medina Angarita, era el colmo del torcimiento moral y de la ineptitud política para la democracia. A manera de golpe de gracia discursivo, Chávez atenúa el golpe llamándolo «rebelión militar», cosa que por distinta es menos grave, y de paso lo excluye de la categoría «golpista»:

A mí me dicen golpista, y Rómulo Betancourt qué fue? [...] El llamado padre de la democracia fue quien dirigió un golpe de Estado injustificado contra el presidente Isafas Medina Angarita, uno de los más ilustres presidentes de Venezuela en toda su historia. [...] Ese [Rómulo] sí fue un golpista. Lo que nosotros hicimos no fue un golpe, sino una rebelión militar que es una cosa distinta (Leal 1998: 2).

En resumidas cuentas, Chávez por sí mismo, según los fragmentos que logré leer, pasa por ser este galimatías identitario: un humanista político-militar con ideales democráticos que en lugar de un golpe dirigió una rebelión militar.

#### **PALABRAS FINALES**

Hasta aquí intenté, con mayor o menor éxito, dar mi lectura analítico-discursiva de algunas de las apariciones apalabradas del candidato Hugo Chávez. No he sido crítico, lo admito. Aunque no sé si podría decir lo mismo de mi neutralidad. Lo cierto del caso es que este objeto político que es Chávez posee esta facultad: se puede hablar mucho de él a pesar de lo poco que habla de sí. Y en ese hablar se puede inteligir una especie de objeto superficial, todo él puro contornos. Me explico: Chávez puede decir cambio, sin decir el contenido del cambio, puede decir constituyente, sin ahondar en su dinámica, y así. Con todo, esta política indicial, es decir, que es puro «signo aparente y probable» de que algo existirá, cala. Aunque por ahora no alcancemos a ver nada en claro.

Finalmente, en defensa de todo lo que he dicho y por si acaso los tropos me han jugado una mala pasada sin yo notarlo, cito la reacción del comandante cuando unos periodistas le exigían que fuera más concreto y menos metafórico:

No me presionen tanto, estamos en democracia, no pueden negarme el derecho de hablar en metáfora (Colomine 1998: 1).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- de Moura, Mauro C. B. (1997). «Animal symbolicum» en *INTERFACES Revista de Psicología* 1(1): 1-6.
- Edwards, D. y Potter, J. (1992). *Discursive psychology*. London: SAGE.
- Edwards, D. y Potter, J. (1993). «Language and causation: A discursive action model of description and attribution» en *Psychological Review* 100(1): 23-41.
- Iñiguez, L. y Antaki, C. (1998). «Análisis del discurso» en *Revista Anthropos* 177: 59-66.
- Parménides, Zenón, Meliso, Heráclito (1983). *Fragmentos*. Barcelona: Orbis.
- Potter, J. y Wetherell, M. (1995). «Discourse analysis» en J. Smith, R. Harré y L. Van Langenhove (eds.). *Rethinking methods in psychology*. London: SAGE, pp. 80-92.
- Potter, J. y Wetherell, M. (1987). *Discourse and social psychology*. London: SAGE.

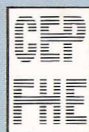
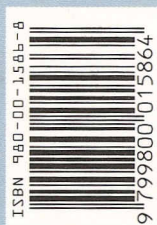
## Hemerografía

- Colomine, L. «Domingo con... Hugo Chávez Frías». *El Nacional*, 11/01/98, D-1.
- Delgado, Y. «Chávez: Masistas deberán respaldar mi proyecto de transformación». *El Nacional*, 11/06/98, D-2.
- Delgado, Y. «No me interesa acercarme a Petkoff ni a Pompeyo Márquez». *El Nacional*, 12/06/98, D-1.
- Delgado, Y. «Chávez: Nuestro movimiento está en los cuarteles». *El Nacional*, 31/05/98, D-2.
- González, N. «Cita con Marcos Pérez Jiménez». *El Nacional*, 24/05/98, H-9.
- Leal, A. «El único golpista en este país ha sido Rómulo Betancourt». *El Nacional*, 27/05/98, D-2.
- Lugo, L. «Domingo con... Hugo Chávez Frías». *El Nacional*, 2/02/97, D-1.
- Peña, M. «Chávez y el MAS coinciden en enfrentar el bipartidismo». *El Nacional*, 03/06/98, D-2.
- Reyes, L. «Apoyo del MAS da a Chávez las bases para buscar financistas». *El Nacional*, 15/06/98, D-2.
- Reyes, L. «Ni anticristo ni mesías, sino soldado de la humanidad», *El Nacional*, 15/05/98, D-2.
- Valiente, Z. «Chávez: La dictadura queda en pie al compararla con nuestra democracia». *El Nacional*, 25/05/98, D-2.

ESTA EDICION DE 500 EJEMPLARES  
SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LOS  
TALLERES DE GRAFICAS TAO S.A.,  
CARACAS, VENEZUELA,  
EN EL MES DE OCTUBRE DE MIL  
NOVECIENTOS NOVENTA Y NUEVE

## El discurso político venezolano

Resultado de las *II Jornadas de Análisis, del Discurso Político* celebradas en Caracas entre el 21 y el 23 de octubre de 1998, con el auspicio de la Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación, los artículos que se ofrecen fueron seleccionados de las ponencias presentadas en tal evento, en el cual participaron investigadores de varias universidades nacionales. Estos trabajos sirven como una muestra de las muchas interrogantes que se plantearon al practicar el análisis del discurso político, desde las más teóricas, como preguntar si en realidad podemos hacer estudios «objetivos», desprendidos de nuestros propios esquemas ideológicos o, si aceptamos que estamos comprometidos con ayudar a resolver problemas en una sociedad en crisis, hasta dónde podemos llegar y qué podemos hacer en la práctica cotidiana, para contribuir efectivamente a un cambio y mejorar lo existente. Son muchos los problemas y variadas las respuestas. Este libro es sólo un primer intento para abrir la discusión.



Comisión de Estudios de Postgrado • Facultad de Humanidades y Educación  
Universidad Central de Venezuela



Fondo Editorial Trópikos